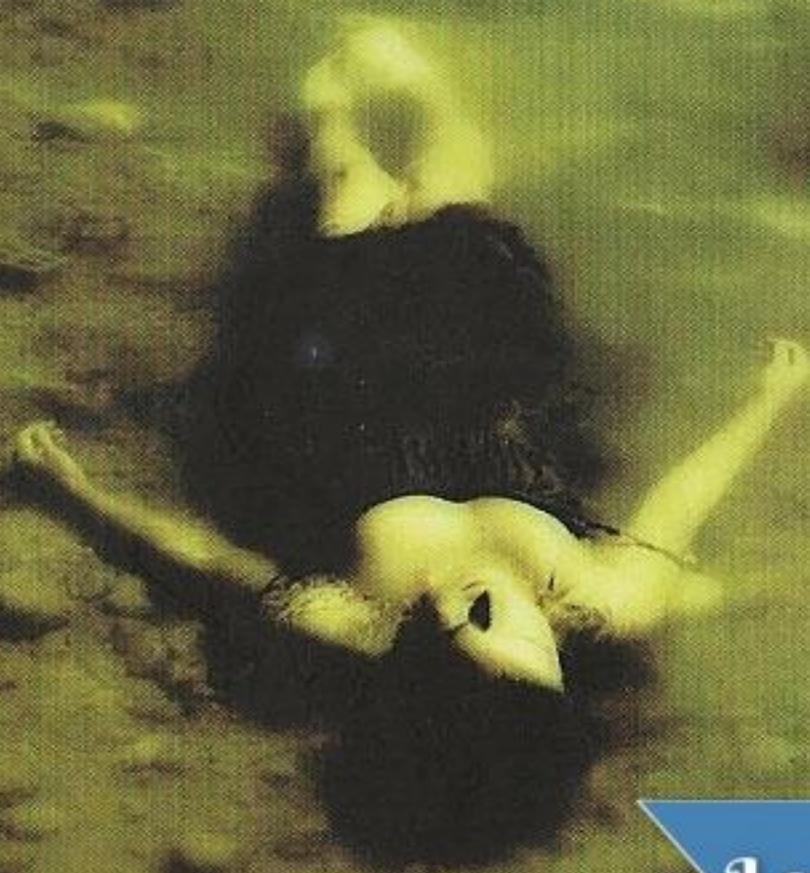


BRIAN FREEMAN
caso abierto



Lectulandia

Fue hace veinte años, un Cuatro de Julio, en Duluth, Minnesota. La misma noche en que los jóvenes Jonny Stride y Cindy Starr sellaban por vez primera su amor a orillas del lago Superior, Laura, la hermana mayor de Cindy, moría brutalmente apaleada con un bate de béisbol a pocos metros de donde se hallaba la pareja. Dos décadas después de aquel crimen, la vida de Jonathan Stride, ahora teniente del cuerpo de policía de Duluth, ha cambiado mucho. Cindy murió víctima de un cáncer, sumiendo a Stride en un pozo de tristeza y desamparo del que sólo supo salir gracias a la detective Serena Dial. A lo largo de todos estos años Stride parece haber escondido en su memoria el salvaje asesinato de Laura, y también las dudas e incertidumbres que rodearon la investigación policial.

Sin embargo, la periodista Tish Verdure, una antigua amiga de Laura, ha vuelto a la ciudad dispuesta a esclarecer qué es lo que ocurrió en realidad durante aquella noche de amor y sangre. La aparición de Tish, con pruebas que ponen en duda la versión oficial de los hechos, aunque también con nuevos secretos que se obstina en ocultar, despertará en Stride el remoto recuerdo de un pasado —poblado de viejos fantasmas, hondos dolores y heridas sin cicatrizar— que creía ya enterrado, pero que ha regresado para golpearle si cabe con más fuerza.

Lectulandia

Brian Freeman

Caso abierto

Jonathan Stride 04

ePub r1.2

brusina 12.09.14

Título original: *The Watcher/In the Dark*

Brian Freeman, 2008

Traducción: Nuria Barroso Rodríguez

Editora digital: brusina

Corrección de erratas: liete

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Marcia

He ahí mi última duquesa pintada en la pared,
mirando como si estuviera viva.

ROBERT BROWNING,
Mi última duquesa

¿QUIÉN MATÓ A LAURA STARR?

Por Tish Verdure

4 de julio de 1977

Cuando llegué a casa, casi a medianoche, aún se oían los silbidos y estallidos de los fuegos artificiales del barrio. Por fin, la intensa lluvia había amainado hasta convertirse en llovizna y niebla, y las calles estaban animadas con celebraciones espontáneas. Los destellos de los fuegos artificiales se abrían como flores brumosas por encima de los árboles. Las bengalas silbaban. Los cohetes de botella aullaban. La noche de verano olía a caramelo y cerillas encendidas mientras yo permanecía de pie en el patio y contemplaba el arco iris de luces a mi alrededor. En la manzana de al lado se oían los chillidos alegres de unos niños que jugaban a ser indios sanguinarios. Yo estaba empapada y me sentía también como una salvaje.

Al levantar la vista vi la ventana de Laura, en el piso de arriba, a oscuras. No había signos de vida.

Entré sigilosamente en nuestra casa por la puerta mosquitera y seguí el rastro húmedo de unas pisadas desnudas a través del suelo de la cocina. Me movía en silencio. No quería que mi padre me oyera y me preguntara dónde había estado y qué había hecho esa noche. Mi boca podía mentir, pero mi cara no. Si me descubría allí, también me haría preguntas sobre Laura. ¿Dónde estaba? ¿Con quién estaba? No quería arriesgarme a que se repitiera lo de la noche anterior.

Papá y Laura. Una amarga discusión.

Subí las escaleras de dos en dos, me precipité en mi cuarto y eché el pestillo en cuanto entré. Me sentía confusa. Puede que así se sintiera uno cuando estaba bajo los efectos de las drogas. Con las luces apagadas me desprendí de la ropa empapada, que resbaló por mi piel sucia. Tenía los muslos magullados y doloridos. Estaban pegajosos por donde me había goteado eso. Me dolía el cuerpo por dentro, pero era un dolor agradable. El dolor de la primera vez.

Mi día de la independencia.

¡Oh, Dios, la píldora! No podía olvidarme, no esa noche. Rebusqué en el cajón de la ropa interior y encontré el envase de plástico rosa que ocultaba en el fondo. Pensé en tomarme dos, sólo para asegurarme, pero era una estupidez. También pensé en abrir la ventana de mi dormitorio de par en par y gritarle al mundo: «¡CINDY STARR YA NO ES VIRGEN!». Una verdadera estupidez.

Me puse unas bragas limpias, me metí de un brinco en los pantalones

del pijama y me pasé por la cabeza una camiseta de Fleetwood Mac. No me duché ni me cepillé los dientes. Me tumbé sobre las mantas con los ojos abiertos como platos. De ningún modo iba a dormirme esa noche. Estaba demasiado llena de Jonny.

Lo había dejado en su casa después de marcharnos del parque. Su madre lo esperaba despierta. A ella no le gusto, pero sé por lo que ha tenido que pasar desde que perdió al padre de Jonny. Es lo mismo que le ocurrió a mi padre hace tres años, cuando mi madre murió. A la señora Stride le aterroriza perder a su hijo, puesto que Jonny es lo único que le recuerda a su marido. Y yo soy una amenaza. Ella sabe que le quiero. Vamos a casarnos; no sé cuándo, pero vamos a casarnos. Voy a alejarlo de ella.

¡Demasiadas cosas en la cabeza!

Me incorporé en la cama y me recogí la larga melena detrás de las orejas. Necesitaba hablar con alguien. No tengo precisamente un millón de amigas; siempre hay demasiado que hacer en casa para salir y pasar el rato con los amigos. Se me pasó por la cabeza bajar las escaleras y telefonar a Jonny de nuevo, sólo para escuchar su voz una última vez, pero lo más probable es que ya estuviera en la cama y fuera su madre la que respondiera, lo que, al fin y al cabo, no sería nada bueno.

Decidí hablar con Laura. La verdad es que no lo hago a menudo.

Lo cierto es que Laura y yo siempre hemos tenido una buena relación, pero no demasiado *íntima*. Yo tengo diecisiete años y ella dieciocho. Sólo estamos nosotras dos y, sin embargo, somos como imanes que se repelen entre sí. Yo soy la graciosa, la atleta, la coqueta, y Laura es la esquiva, la misteriosa y a la que le asustan los chicos. Ser lo contrario que tu hermana no resulta muy agradable. Siempre te miras en un espejo y piensas en lo que no tienes.

Laura lo ha pasado muy mal desde que mamá murió. Papá y ella se gritan constantemente. Casi siempre discuten sobre Dios. Laura dejó de ir a la iglesia después del accidente de mamá, como si Dios tuviera la culpa de que la perdiéramos. Papá dice que irá al infierno por haberle vuelto la espalda a Jesús. Oh, sí, de verdad que dice cosas como ésa. Papá siempre ha sido un cristiano-de-domingo-y-camisita-almidonada, sobre todo estos últimos años sin mamá. Afirma que Dios lo castigó por sus pecados. Yo creo que fue sólo un conductor borracho.

Y en cuanto a mí, después de que perdiéramos a mamá descubrí quién era yo. Sé cómo suena eso, pero tuve que tomar el mando, cocinar, limpiar, mantener el hogar unido. Decidí que había que elegir un rumbo en la vida y seguirlo, no hay más. Iré a la universidad, me casaré con Jonny, seré fisioterapeuta y ayudaré a la gente a recuperarse de heridas graves. Eso es, como mamá nunca pudo hacer. Laura tiene celos de que yo esté tan segura de adonde me encamino.

Me decidí a hablar con ella. Salí de la cama y me escabullí pasillo abajo hasta llegar a su cuarto. Imposible hacerlo en silencio, porque los tablones del suelo chirrían como brujas. Llamé con suavidad a su puerta.

-¿Laura?

La mayoría de noches la lámpara amarilla que había junto a su cama permanecía encendida hasta muy tarde, y lo más probable era encontrarla con un libro bajo la nariz. Esa noche no se colaba luz alguna por debajo de la puerta. Como no respondía, giré el pomo con

cuidado y entré.

-¿Laura? -pregunté de nuevo.

No estaba allí. Aún no había vuelto a casa. Encendí la luz, lo que hizo que mis ojos se entrecerraran y parpadearan. Su dormitorio estaba como siempre. Laura era desordenada. Ropa en el suelo. Álbumes amontonados encima del tocador, junto al tocadiscos. Pósters de Carly Simón y Linda Ronstadt, combados en las esquinas clavadas en la pared. Libros por todas partes. Virginia Woolf. Sylvia Plath. Gail Sheehy.

¿Dónde se había metido?

Intenté recordar la noche en el parque. Laura y yo nos habíamos acercado juntas en coche hasta allí. Yo había quedado con Jonny después del partido de béisbol para bajar al lago a nadar. Sabía que esa noche iba a ser nuestra primera vez. Lo había estado planeando durante semanas.

Lo cierto es que, antes de que apareciera Jonny, Laura estaba rara. Hablaba de cosas espeluznantes y que yo no entendía. Luego me preguntó si era capaz de guardar un secreto. Le dije que por supuesto, que era capaz de guardar un secreto si tenía que hacerlo, lo cual es cierto. Sin embargo, no tuvo ocasión de explicarme de qué se trataba. Se marchó sola por el sendero. Era de noche. Llovía a cántaros.

Jamás debí dejar que se marchara.

Me dije a mí misma que todo iba bien. Laura tenía una cita con un chico. Igual que Jonny y yo. De ahí que esa noche se retrasara. Estaba a punto de salir de su cuarto cuando vi algo encima de la cama, y entonces supe que me había equivocado.

La carta era como los otros anónimos que habían llegado durante los dos últimos meses. Laura me dijo que se habían acabado. ¿Por qué me mintió? Desdoblé el trozo de papel y me quedé mirando la fotografía en blanco y negro granulada y los garabatos con tinta roja; casi me caigo de rodillas y me pongo a vomitar.

Mientras la sostenía en la mano, recordé algo más de la escena del parque. Antes de que estallara la tormenta, antes de que Jonny se reuniera con nosotras, Laura había dicho que había alguien escondido en el bosque.

Vigilándola.

Supe que tenía que volver allí.

Volé escaleras abajo con las llaves de mi coche. Aún llevaba puestos los pantalones del pijama y la camiseta. Era más de la una de la madrugada, y hacía mucho que la mayoría de los fuegos artificiales habían acabado y prendido el césped, salpicándolo de parches negros chamuscados. Conducía el Opel Manta de mi padre; las calles estaban vacías, así que atravesé a toda velocidad el resplandor grisáceo de la niebla. Tardé quince minutos en hacer el camino de vuelta al refugio del parque natural que hay junto a Tischer Creek. No reconocí ninguno de los automóviles que había en la maraña de maleza. El parque se extendía a mi alrededor, y estaba segura de que había chavales ocultos al amparo de la noche, haciendo lo mismo que Jonny y yo habíamos hecho poco antes.

No tenía ni idea de dónde encontrarla.

-¡Laura! -grité.

Creí escuchar un susurro. Empecé a asustarme y a sentirme como una mema por haber ido sola hasta allí. Me di impulso con los brazos,

eché a correr hasta el centro del terreno embarrado que usábamos como campo de béisbol y empecé a dar vueltas en círculo intentando ver entre los árboles y los senderos a través de la neblina. Oí miles de grillos chirriando como locos. La hierba bajo mis pies era esponjosa y húmeda. Casi nunca llevaba zapatos en verano.

-¡Laura!

La oscura silueta de una garza con sus alas gigantescas y las patas extrañas y balanceantes pasó volando perezosamente por encima de mi cabeza. Mis gritos la habían enardecido. Descendió en picado hasta el agua fría del lago y desapareció. Tomé el mismo camino, en busca del hueco entre los árboles que llevaba a la playa sur, donde Laura y yo habíamos esperado a Jonny hacía pocas horas.

No llegué hasta ahí. A unos treinta metros me topé con algo en la hierba.

La zapatilla de Laura. Una Converse Flyer rosa.

La recogí, miré alrededor en busca de la otra y no la vi. Escudriñé el campo por si había algo más que fuera de ella, pero lo único que encontré fueron colillas de cigarrillo y botellines de cerveza. Sabía que tenía que adentrarme en el bosque si quería dar con Laura. Cerca de donde me encontraba con la zapatilla en la mano, vi un sendero que llevaba al norte a lo largo de la orilla del lago, entre los abedules. Una suerte de vínculo secreto entre hermanas me dijo que era por ahí por donde había ido.

El sendero me engulló en cuanto me adentré en él. La luna se esfumó. Caminaba con cautela, no quería hacer ruido puesto que desconocía lo que tenía delante de mí. No volví a llamar a Laura a gritos. El camino estaba cubierto por un lecho crujiente de pinaza. La lluvia goteaba a través de la envoltura de las copas de los árboles. El viento se reía por lo bajo entre los árboles y acariciaba mi nuca como un aliento cálido y húmedo.

Pasaron varios minutos. Habitualmente nunca tomaba esa ruta, así que el camino no me resultaba familiar. Mi mente recreaba historias de miedo sobre lo que se escondía en el bosque, a mi alrededor. No tenía ni idea de cuánto me había alejado ni de si debería haber tomado una de las intersecciones de los senderos que ascendían desde el lago. Si alguien hubiera estado a medio metro de distancia, ni siquiera me habría dado cuenta. Era la clase de sitio donde los monstruos parecen reales.

Vi un pálido claro en la oscuridad, allí donde los árboles eran más delgados. Una parte de mí deseaba darse la vuelta y regresar. No quería ver ese lugar secreto ni lo que ocultaba.

De alguna manera lo sabía. Simplemente lo sabía.

Oí el repiqueteo del agua sobre la arena mojada. Salí del bosque y fui a parar a un claro de unos veinticinco metros de ancho, una muesca en la vegetación allí donde el lago zumbaba por encima de una franja de playa que burbujeaba hacia los árboles en una media luna. Vetas doradas formaban ondas en el lago. Ahora veía con claridad, después de la oscuridad del sendero.

Mi mano salió disparada hacia mi boca y mi grito se quedó a medias.

Eché a correr.

-Laura -murmuré con voz ahogada.

Era peor de lo que había imaginado. Vi el bate de béisbol junto a su cuerpo, reluciente, brillante y pegajoso. Olí a cobre. Caí de rodillas, con los brazos extendidos y agitando las manos en el aire.

Mis labios murmuraban como si pronunciaran una plegaria, y un quejido me retumbó en el pecho.

-Oh, no, no, no.

Estaba completamente roja. Roja por todas partes. Como si la hubieran ahogado en vino. Su hermoso cabello dorado presentaba el color de un pintalabios chillón. Colmillos carmesíes goteaban de las alas de la mariposa tatuada en su espalda desnuda. Tenía la piel cubierta de mosquitos, algunos vivos y otros muertos, atrapados en un charco de sangre e incapaces de despegarse del festín y emprender el vuelo. Su rostro estaba vuelto hacia mí, una mejilla en el lodo, pero allí ya no había una cara, ni una sonrisa, ni sus dulces ojos marrones, nuda de lo que había sido mi hermana. Le habían quitado la vida a golpes asestados a conciencia. Intenté imaginar la bestia que había hecho eso y no pude concebir a nadie con el corazón tan negro.

Puse una mano vacilante sobre su brazo. Tenía la piel anormalmente fría. La retiré como si la hubiera sumergido en pintura para dedos.

Entonces fue cuando lo oí. Un chasquido de ramas. Movimiento. Una respiración. No de Laura, sino procedente del negro bosque. Recogí el bate de béisbol del suelo y me levanté de inmediato. Clavé las uñas en el mango de cuero. Lo sostuve en alto ferozmente, dispuesta a blandirlo.

Había alguien detrás de mí...

Primera parte

DÍA DE LA INDEPENDENCIA

El teniente Jonathan Stride se protegió los ojos cuando la puerta de vidrio le lanzó un rayo láser de luz solar a la cara, y al recuperar la vista se dio cuenta de que la mujer que había salido a la terraza era su difunta esposa, Cindy.

Durante un instante, el tiempo se ralentizó como en una larga caída, mientras a su alrededor proseguía el zumbido de las conversaciones. Se olvidó de respirar. La misma enigmática sonrisa que recordaba de hacía años. Cuando ella alzó las gafas de sol, sus ojos marrones le devolvieron la mirada con un destello familiar por encima de las cabezas del resto de comensales del restaurante. Rondaba la cincuentena, los mismos años que tendría ella si aún viviera. Menuda, como un hada, aunque atlética y fuerte. Piel bronceada. Un aura intensa.

Por supuesto, no era ella.

Habían pasado más de cinco años desde que Cindy murió de cáncer mientras él permanecía sentado junto a su cama del hospital. El sufrimiento por su pérdida se había replegado en un rincón de su alma y transformado en un dolor distante. Aun así, seguía experimentando momentos como ése cuando veía a una desconocida y algo en ella hacía que lo rememorara todo. No necesitaba mucho, sólo la forma de mirar o un ademán, para reavivar su recuerdo.

La mujer se volvió para mirarlo. Era de baja estatura, aunque un par de centímetros más alta que Cindy, quien apenas llegaba al metro cincuenta y cinco de puntillas. El cabello rubio le caía con gracia sobre los hombros y sus gafas de sol reposaban en la parte superior de la cabeza. Sus pendientes eran unas dormilonas de zafiro. Vestía una veraniega falda azul de flores que le llegaba hasta las rodillas, zapatos de tacón azul celeste, blusa blanca y una liviana chaqueta de piel color canela con flecos trenzados. Mantenía una mano posada sobre su estrecha cadera mientras lo observaba. Los flecos de la chaqueta le colgaban entre las piernas.

Le pareció que la conocía de algo.

—Tus cinco segundos se han acabado —le comunicó Serena Dial.

Stride apartó la mirada.

—¿Qué?

Serena dio un sorbo a su limonada y miró a la mujer de la chaqueta de piel mientras la acompañaban a una mesa de la terraza. Una ráfaga de viento azotó el lago e hizo susurrar su sedoso cabello oscuro.

—Tienes carta blanca para mirar a cualquier mujer durante cinco segundos. Si los sobrepasas, se convierte oficialmente en flirteo.

—Me ha recordado a alguien —explicó Stride.

—Seguro que sí.

Serena era ex policía e investigadora privada. Stride y ella llevaban casi dos años compartiendo cama.

Stride se giró hacia su compañera en el departamento de detectives, Maggie Bei, como si consultara una decisión con un juez olímpico.

—¿Eso de los cinco segundos es cierto? —preguntó.

—Desde luego —contestó Maggie guiñándole un ojo a Serena.

Stride sabía cuándo iba a salir derrotado en una discusión.

—De acuerdo, estaba flirteando —admitió.

Serena extendió un brazo perezosamente y con el dorso de la mano acarició la mejilla de Stride, áspera por la barba entrecana de varios días. Acercó con timidez sus largos dedos al pelo ondulado de él y se inclinó hacia delante para plantificarle un lento beso en los labios. Serena sabía a limón y azúcar.

—Muchos animales marcan el territorio con su orina —señaló Maggie con la boca llena de un gran mordisco de sandwich de carne.

Pestañeó inocentemente con sus ojos almendrados hacia Serena y sonrió de oreja a oreja.

Stride se echó a reír.

—¿Podemos volver al trabajo?

—Adelante —dijo Serena; luego birló una patata frita del plato de Maggie y le dio un mordisco, mientras mostraba sus dientes.

—¿Cuál es la última del voyeur? —preguntó Stride a Maggie.

Miró de reojo al otro extremo del restaurante, donde se encontraba la mujer, y se dio cuenta de que ella también lo observaba por encima de su carta.

—Volvió a actuar el viernes por la noche —informó Maggie—. Una chica de dieciséis años de Fond du Lac vio desde su dormitorio a un individuo entre los árboles mientras se desnudaba. Empezó a gritar y el tipo se largó.

—¿Pudo verle bien?

Maggie negó con la cabeza.

—Cree que se trataba de un hombre alto y flaco, eso es todo. Estaba oscuro.

—Es el noveno incidente en un mes —dijo Stride.

—Queda poco para el verano. La época en que los pervertidos salen a la luz.

El calendario marcaba el 1 de junio. A pesar de que era domingo a última hora de la tarde, el sol aún calentaba y brillaba en lo alto de la empinada ladera sobre la que se erigía la ciudad de Duluth, en Minnesota. No oscurecería hasta pasadas las nueve. Tras el consabido invierno largo y glacial, los turistas volvían a aparecer los fines de semana para contemplar el ir y venir de los barcos metalíferos por el estrecho canal que desembocaba en el lago Superior. El área de Canal Park, donde se encontraban los tres sentados en la azotea del Grandma's Saloon, estaba repleta de enamorados y

niños que alimentaban a las ruidosas gaviotas del paseo. Stride y su equipo tenían más trabajo a medida que los turistas y los lugareños empezaban a compartir espacio y la temperatura subía. La delincuencia se incrementaba sigilosamente al tiempo que avanzaba la estación, aunque, hasta el momento, lo único que había era la habitual sucesión de hurtos, robos, borrachos y drogadictos.

Además de un voyeur obsesionado por las rubias de instituto.

Stride llevaba más de una década al mando del departamento de detectives de la ciudad, encargado de los delitos mayores de Duluth, y había logrado acorazarse contra la conducta humana que desafiaba cualquier explicación racional. Abusos sexuales. Laboratorios de metanfetamina. Suicidios. Homicidios. El voyeur no había mostrado inclinación por la violencia, pero Stride no minimizaba la peligrosidad de alguien a quien le gustaba mirar a las jovencitas desvestirse en sus dormitorios. El camino a través del espejo hacia el acoso y la violación era muy corto.

—Ha estado acechando por la zona sur, ¿verdad? —preguntó Stride.

Maggie gruñó afirmativamente y se apartó el flequillo negro de los ojos. Era una policía china diminuta que trabajaba codo con codo junto a Stride desde que éste se hizo cargo de la unidad de delitos mayores.

—Así es; todas las denuncias proceden del sur de Riverside —informó Maggie—. Aunque también ha cruzado un par de veces el puente hasta Superior.

El gran lago que surgía imponente por encima del hombro de Stride se estrechaba en las bahías escarpadas y puertos del río St. Louis y serpenteaba hacia el sur entre las ciudades de Duluth y Superior. En el pintoresco recorrido a lo largo del río, Duluth se separaba en pequeñas poblaciones como Riverside, Morgan Park, Gary y Fond du Lac. Ninguna de ellas era lo bastante grande para tener su propio cuerpo de policía, así que la policía de Duluth extendía su cobertura por toda la ribera del serpenteante río.

—Ya sabes cómo son los pueblos del río —dijo Maggie—. La gente deja las persianas subidas y las ventanas abiertas. En un lugar así, un voyeur se siente como un gato con una pecera llena de peces de colores. Tiene mucho que mirar.

—¿Alguna pista sobre su identificación? —inquirió Stride.

—Nada, todavía. No tenemos ninguna descripción ni sabemos cuántos años tiene. Estamos repasando la lista de agresores sexuales, pero ninguno de ellos parece ser el sospechoso en cuestión.

—¿Qué hay del vehículo?

—En las denuncias se hace referencia a un todoterreno ligero, parecido a un CRV o a un Rav4, visto por los alrededores de tres de los lugares donde merodeó el voyeur. Puede que plateado, gris o arena. No pertenece a nadie de la zona. Eso es lo más cerca que he estado de tener una pista.

—¿Y en cuanto a las víctimas? —quiso saber Stride—. ¿Cómo las encuentra el

tipo ese?

—La edad de las chicas abarca de los catorce a los diecinueve —respondió Maggie—. Van a institutos diferentes y no he hallado ninguna coincidencia en su círculo social. Sin embargo, todas son rubias. No creo que se dedique a ir casa por casa tentando la suerte. Si se hubiera limitado a lanzar el anzuelo en los patios traseros, a estas alturas ya lo habríamos atrapado. Cuando se acerca a una vivienda, ya sabe que hay una chica con el aspecto deseado.

—¿Ha hecho alguna intentona de colarse dentro? —preguntó Serena.

Serena no pertenecía a la policía de Duluth, pero había trabajado como detective de homicidios en Las Vegas. Además de ser su pareja, Stride la consideraba una de las investigadoras más sagaces con las que había trabajado. Maggie y él le habían pedido consejo extraoficial en casi todos sus casos.

—No, se limita a observar —contestó Maggie—. Las ventanas de las víctimas estaban abiertas en la mayoría de los casos, pero él siempre se queda fuera.

Serena birló otra patata del plato de Maggie.

—Sí, pero puede que se esté armando de valor. Y de otras cosas más. El voyeurismo es el umbral del delito.

—Eso es lo que me preocupa —repuso Maggie—. Quiero coger a ese tipo antes de que pase a mayores. —Echó un vistazo al otro lado de la terraza del restaurante y añadió—: Por cierto, jefe, estás a punto de averiguar por qué las mujeres adoptaron la norma de los cinco segundos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Stride.

Levantó la vista y lo comprendió.

La mujer de la chaqueta de piel con flecos, la que le recordaba a su difunta esposa Cindy, se acercaba hacia ellos.

—Es usted Jonathan Stride, ¿verdad? —preguntó.

Stride apartó la silla y se puso en pie. Medía más de metro ochenta y al bajar la vista por encima de la cabeza de ella, vio las raíces plateadas sobresalir sigilosamente de su melena rubia. Le cogió la mano que ella le tendía y se la estrechó. Sus largas uñas se le clavaron en la palma.

—Sí, así es.

—Estoy segura de que no me recuerda, pero fuimos al mismo instituto. Me gradué un año antes que Cindy y usted. Me llamo Tish Verdure.

Su voz era un susurro seductor y jadeante. Su ropa olía a perfume de violetas, que encubría el olor a humo de cigarrillo. Iba perfectamente pintada, pero bajo esa capa de maquillaje el paso de los años y la nicotina habían cincelado sendas serpenteantes en la piel que circundaba sus ojos marrones y en la frente. Aun así, era muy hermosa, con una nariz pequeña y puntiaguda, labios ovalados de un rosa pálido y barbilla

afilada.

Stride recordaba su nombre y nada más, aunque eso explicaba por qué le había resultado tan familiar.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo él en tono de disculpa.

—No se preocupe; yo conocí a Cindy antes de que ustedes dos se conocieran.

—No recuerdo que Cindy la mencionara —repuso él.

—Bueno, por aquel entonces yo era la mejor amiga de Laura.

Al escuchar el nombre de Laura, Stride sintió que una oleada de recuerdos inundaba su mente. Cindy y él, desnudos en el agua, haciendo el amor. Ray Wallace revisando su arma. El negro gigantesco, Dada, escapando en un vagón de tren. Y, sobre todo, el sonido sibilante de un bate de béisbol en las manos de Peter Stanhope. Era como estar de vuelta en 1977.

Serena carraspeó estentóreamente. Stride salió del trance.

—Lo siento. Tish, ésta es mi pareja, Serena Dial, y ella es mi compañera en el cuerpo de policía, Maggie Bei.

Maggie saludó con la mano que sostenía su medio sandwich sin levantarse. Serena se puso en pie, empujando a la mujer, y Stride sintió pasar una ráfaga de aire frío como el hielo entre Serena y ésta. No se conocían de nada, pero un simple vistazo le bastó para saber que no se habían gustado.

—¿Vive por aquí? —preguntó Stride.

Tish examinó el lago Superior con una mirada melancólica.

—Oh, no. Hacía años que no me pasaba por Duluth. La verdad es que no tengo un hogar fijo. Soy cronista de viajes, así que la mayor parte del tiempo estoy de un lado para otro. Cuando no, vivo en Atlanta.

—¿Y qué la ha traído de vuelta? —quiso saber Stride.

—Pues, en realidad, le estaba buscando —respondió Tish.

—¿A mí? —preguntó Stride, sorprendido.

—Sí.

Stride intercambió una mirada con Serena y Maggie.

—Quizá debería sentarse con nosotros y explicarme por qué.

Tish tomó asiento en la única silla vacía de la mesa para cuatro, encarada al lago. Deslizó el bolso de piel del hombro y lo depositó en la mesa, frente a ella. Sacó una cajetilla de tabaco abierta.

—¿Se puede fumar en las terrazas de los restaurantes?

—Preferiría que no lo hiciera —pidió Serena.

—Lo siento —contestó Tish—. Sé que debería dejarlo, pero fumar es una de las formas que tengo de mantener los nervios a raya. La otra es el alcohol. No es muy inteligente, supongo, pero qué se le va a hacer.

—Pues yo soy un fumador rehabilitado —informó Stride.

—Bien, no pretendía ser tan misteriosa —explicó Tish. Sonrió a Maggie y a Serena, pero las dos mujeres parecían haberse cubierto el rostro con máscaras de piedra. Tish las ignoró y se centró en Stride—. Antes que nada quiero decirle cuánto lamento la muerte de Cindy. Sé que el vuestro fue un verdadero matrimonio por amor.

—Hace muchos años de eso, pero se lo agradezco —contestó Stride.

—Hubiera debido asistir al funeral, pero por aquel entonces estaba en Praga redactando un artículo.

Stride sintió que la sospecha le agujoneaba como un brote al emerger de la tierra en primavera.

—Muy amable por su parte, señora Verdure, pero sólo conocía a Cindy del instituto. Dudo que alguien hubiera esperado que acudiera a su funeral veinticinco años después.

—Oh, Cindy y yo manteníamos el contacto —respondió Tish.

—¿Disculpe?

—No muy a menudo, pero nos escribíamos de vez en cuando.

—¿De verdad? —No lo dijo a modo de pregunta. Lo dijo como lo que era: incredulidad. Añadió—: ¿Le importaría enseñarme su documentación?

—En absoluto. —Tish hurgó en su bolso en busca del billetero y sacó el permiso de conducir, que le alargó desde el otro lado de la mesa. El silencio de los otros tres comensales no parecía molestarle lo más mínimo—. Entiendo lo raro que parece esto, aparecer de repente después de todos estos años —prosiguió—. Cindy y yo nos enviábamos el correo al hospital donde ella trabajaba.

Sólo se trataba de postales esporádicas o felicitaciones de Navidad, ese tipo de cosas. Me resultaba agradable tener algún tipo de contacto, por mínimo que fuera, con mi antigua vida aquí. Abandoné Duluth después de graduarme y no regresé jamás, pero eso no significa que lo olvidara. Y, por supuesto, siempre que escribía a Cindy me sentía un poco más cerca de Laura. ¿Entiende lo que quiero decir?

Stride observó con detenimiento el permiso de conducir de Georgia y confirmó que el nombre de Tish Verdure y la fotografía coincidían con la mujer que tenía sentada enfrente.

—¿Quién es Laura? —preguntó Serena.

Stride sintió como si una costra se desprendiera lentamente de una herida profunda.

—Era la hermana de Cindy. —Serena arqueó las cejas, con una mirada que decía a las claras: «¿Por qué no me has hablado nunca de ella?»—. Laura fue asesinada —prosiguió Stride—. Alguien la golpeó hasta la muerte con un bate de béisbol. El día 4 de julio de 1977.

—¿Cogieron al tipo que lo hizo? —preguntó Serena.

—No; escapó. Por mi culpa.

Su afirmación no invitaba a hacer preguntas. Serena abrió la boca y la cerró de nuevo. Maggie empujó la comida por el plato sin levantar la vista.

—Quizá debería decirme por qué está aquí, señora Verdure —le pidió Stride—. Y qué quiere de mí.

—Por favor, llámeme Tish. ¿Puedo tutearle? —Se inclinó hacia delante con los codos apoyados en la mesa. Sus ojos marrones eran oscuros y graves—. De hecho, estoy aquí por Laura. Es obvio que su muerte aún te pesa. Pues bien, también a mí. Ella y yo estábamos muy unidas en el instituto.

—¿Así que...?

—Así que estoy escribiendo un libro que trata sobre el asesinato de Laura.

El rostro curtido de Stride se arrugó al fruncir el ceño.

—¿Un libro?

—Exactamente. No sólo acerca de su fallecimiento, sino también de las personas de su entorno. Sobre cómo cambiaron sus vidas. Es una novela de no ficción, algo así como *A sangre fría*, ¿sabes? Es decir, mírate. Eres el hombre que dirige la unidad de delitos mayores de la ciudad. A la hermana de tu esposa la asesinaron cuando tú tenías diecisiete años, y el caso no llegó a resolverse.

—Creo que esta conversación ha concluido —declaró Stride.

—Por favor, espera.

—No quiero formar parte de ningún libro sobre Laura —le dijo Stride—. No tengo interés alguno en sacar de nuevo a la luz esa etapa de mi vida.

—Sólo te pido que me escuches hasta el final. —Tish levantó las manos—. No se trata solamente del relato de la muerte de Laura. Hay más. Quiero que el libro sea el catalizador que reabra la investigación. Quiero resolver el caso. Averiguar quién asesinó a Laura.

Stride se cruzó de brazos.

—¿Usted?

—Así es. Mira, lo haré por mi cuenta si me veo obligada a ello, pero me gustaría que me ayudaras. Es más, creo que quieres ayudarme. Ésta es tu oportunidad para superarlo de una vez por todas. Cindy me contó la clase de persona que eres. Cómo cada muerte se lleva consigo parte de tu alma.

Él se enfadó.

—Señora Verdure, ¿no cree que habría reabierto el caso hace años de haber considerado que podía hacerse algo más? El asesinato de Laura nunca se resolvió. Sabíamos quién lo había hecho. Pero escapó. Desapareció.

Tish negó con la cabeza.

—No estoy segura de que fuera eso lo que ocurrió. Es más, no creo que lo fuera. Ni tampoco que tú lo creas. Ese verano sucedieron muchas más cosas en la vida de

Laura. A la policía le resultó muy cómodo colgarle el muerto a un vagabundo anónimo, a un vagabundo negro. Estás hablando de vuestro estereotipo del hombre del saco. Sin embargo, nadie quiso asumir el hecho de que probablemente quien asesinó a Laura fuera alguien cercano a ella.

—¿Tiene algún sospechoso en mente? —preguntó Stride.

—Pues bien, podría empezar por Peter Stanhope.

La cabeza de Serena se giró tras la mención del nombre de Stanhope.

—¿Peter estuvo implicado? —preguntó a Stride.

—Sí, durante un tiempo se le consideró el principal sospechoso —admitió Stride.

—¿Por qué no me habías hablado de todo esto? —preguntó Serena.

Stride guardó silencio. Peter Stanhope era un abogado que pertenecía a una de las familias más influyentes de Duluth; aún más: era uno de los clientes de Serena en calidad de investigadora privada.

—He hecho mis deberes —prosiguió Tish—. Por aquel entonces, Randall Stanhope tenía a la policía en el bolsillo y no le habría costado mucho que su hijo dejara de ser el foco de atención. Alguien tiene que investigar a Peter Stanhope.

Serena apartó la silla con un chirrido metálico y se levantó de la mesa.

Maggie la observó mientras se alejaba y luego se inclinó hacia delante negando con la cabeza.

—Mire, Trish.

—Me llamo Tish.

—Tish, Lish, Pish, como se llame. Permítame que le ofrezca un análisis objetivo. No puede ir por ahí haciendo acusaciones sobre alguien sin pruebas, y mucho menos sobre un acaudalado abogado como Peter Stanhope. No puede esperar que la policía le preste su ayuda.

—A no ser que consiga algo nuevo que aportar a la investigación, no podemos hacer nada —añadió Stride—. Aunque quisiéramos.

—El caso es que tengo algo nuevo —dijo Tish.

El rostro de Stride se ensombreció, receloso.

—¿Qué?

—Sé que alguien estaba acosando a Laura.

¿QUIÉN MATÓ A LAURA STARR?

Por Tish Verdure

20 de mayo de 1977

Hoy Laura me ha enseñado la carta. La pillé leyéndola en la cama cuando entré en su dormitorio, y vi lo que era antes de que pudiera esconderla. Se notaba que estaba alterada. Me pregunté cuánto rato llevaba estudiándola antes de que yo entrara.

La nota estaba escrita en papel blanco rayado, del que utilizamos en el instituto. El borde estaba dentado por donde se había arrancado de una libreta. Alguien había empleado pintalabios para garabatear el mensaje.

¿DÓNDE LO QUIERES, ZORRA?

-¿Qué demonios es esto? -le pregunté-. ¿De dónde ha salido?

Laura me arrancó la nota de la mano.

-Alguien me lo dejó en la taquilla.

-¿Quién?

-Ni idea.

Quería verla otra vez, pero Laura la escondió en el cajón de la mesilla de noche antes de que me diera tiempo a pedírselo.

-Tienes que explicárselo a alguien -dije.

Laura me ignoró. Empezó a tararear una canción de Hall and Oates que sonaba en su tocadiscos. *Sara Smile*. Su cabello rubio y sedoso se movía mientras sus hombros se balanceaban y se frotaba el dedo índice con el pulgar, con impaciencia, como si intentara borrar una mancha. Se comportaba como si al ocultar la nota ésta hubiera dejado de existir.

-Laura -la regañé-. Esto es serio. Si no quieres hablar con nadie de ello, lo haré yo.

Me amenazó con un dedo.

-Oh, no, no lo harás, hermanita. No quiero hacer una montaña de un grano de arena. Ya sabes cómo son los chicos. Sólo es una broma. Sería mucho peor si me comportara como si tuviera miedo.

Yo no creía que se tratara de una broma.

Me dejé caer en el puf blanco de Laura. Sabía que no lograría hacerla cambiar de opinión, porque sólo me llamaba «hermanita» cuando

se empecinaba en algo. Sin embargo, a Laura le gustaba que fuera yo quien estuviera al mando de la casa. Y casi siempre podía mangonearla, al menos con las tareas domésticas; a ella no le importaba. Era como un velero a la deriva en un lago: dejaba que el viento decidiera adonde ir sin importarle dónde acabaría. En cuanto a mí, aceleraba el motor y bordeaba la orilla.

La miré mientras ella seguía sentada en su cama. Llevaba puesta una camiseta blanca de cuello de pico y unos pantalones cortos con un cinturón negro ancho. Era mucho más guapa que yo. Tenía las curvas, las tetas y el pelo de la gran Farrah Fawcett. La semana anterior Jonny me había dicho que mi cara era mucho más interesante que la de Laura, porque no era tan simétrica y perfecta como la suya. Él creyó que era un cumplido. Le dije que tenía que esforzarse más.

Mi pelo es tan oscuro que casi parece negro, y tan lacio como el palo de una escoba, con una raya perfecta en medio. Tengo la nariz puntiaguda y angulosa, como una pequeña aleta de tiburón que sobresale de mi cara. Mis iris son tan grandes y oscuros que desbancan el blanco de mis ojos. Tengo dos melocotoncitos por pechos.

Está bien, yo sabía por quién se entusiasmaban los tíos. Por Laura, no por mí. Puede que por eso Laura se sintiera menos cómoda con ellos que yo. Mantenía las distancias. Apenas tenía citas. Durante el invierno, fue unas cuantas veces al cine con Peter Stanhope, pero le dejó cuando él quiso meterse en sus vaqueros. Por lo que sé, Laura aún era virgen. Aunque tampoco me habría contado una cosa así.

-Últimamente no se te ve mucho el pelo -dije.

Hacía más de una semana que Laura desaparecía al salir del instituto. Llegaba tarde o se pasaba toda la noche fuera de casa. Actuaba de forma sigilosa y crispada. En dos ocasiones la había oído llorar en su habitación.

-¿Y?

-Que si estás bien.

Laura se encogió de hombros. En realidad no esperaba que me lo contara todo. No nos confesábamos nuestros secretos. Pero aun así, no iba a permitir que aquello se quedara en agua de borrajas. Podía fingir cuanto quisiera, pero yo sabía que algo iba mal. Con Laura había que fijarse en los pequeños detalles. Cuando nuestra madre murió, la única pista de lo que le pasaba por la cabeza la tuve cuando encontré una figurita de cerámica de Jesucristo hecha trizas bajo su ventana.

Busqué un indicio. Algo diferente. No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que había puesto boca abajo una fotografía en su mesilla de noche. Cuando vi que aún se tironeaba del dedo, también me di cuenta de algo más: en el índice no llevaba el anillo de plata, sólo había una marca pálida en la piel. Laura vio hacia dónde se había dirigido mi mirada, y se sentó encima de las manos para ocultarlas. Yo sabía que era inútil preguntarle por eso, así que probé otra cosa.

-¿Con quién has estado saliendo? -pregunté.

Otro encogimiento de hombros.

-Casi siempre estoy en casa de Finn.

-Tú y tus causas perdidas -le contesté.

Eso fue lo peor que pude decirle. Sus ojos echaron chispas. Aun así, yo estaba en lo cierto. Laura sentía debilidad por la gente maltratada. Creía que podía encontrar la manera de mejorar su autoestima. Era una de sus mejores cualidades, pero Laura también era

demasiado ingenua, demasiado confiada. Puede que yo tenga genes cínicos, porque no creo que las personas lleguen a cambiar de verdad.

Finn era un buen ejemplo de ello. Vivía al otro lado del puente, en Superior, con su hermana mayor, Rikke Mathisen, la profesora de nuestro instituto preferida de Laura. Yo conocía a Finn porque Laura le echaba una mano de vez en cuando. Era un adicto. Siempre iba drogado. Sus espeluznantes ojos se clavaban en ti cuando creía que no lo mirabas. La señorita Mathisen sabía que Laura era un alma cándida y pensaba que podía ayudar a Finn a luchar contra sus demonios. Así pues, Laura se pasaba horas allí. Yo consideraba que era un error, pero no podía decirle nada.

Abrí la boca para insistir una vez más y que Laura me contara lo que iba mal, pero me interrumpió con una pregunta. Como llovida del cielo.

-¿Así que ya te has acostado con Jon? -quiso saber.

Me aseguré de que la puerta de su dormitorio estuviera cerrada para que mi padre no pudiera escuchar.

-No.

-Pero vas a hacerlo, ¿no?

-Sí, en verano, creo. Él sabe que quiero hacerlo. Pero le dije que no me apetecía tener relaciones sexuales con él hasta que nos sintiéramos tan unidos que pareciera que ya nos habíamos acostado juntos.

-Me gusta.

-Además, tengo que empezar a tomar la píldora.

-Podéis usar condones -sugirió.

Era la conversación más extraña que habíamos mantenido hasta ese momento, porque se trataba de una charla normal entre hermanas. Nosotras nunca habíamos hablado así. Sin embargo, sabía lo que pretendía. Había desviado el tema hacia mí.

-No quiero hacerlo ahora -dije-. Si voy a hacer el amor, quiero sentirlo de verdad, ¿sabes?

Laura se rió.

-No, no lo sé.

-¿Tomas la píldora?

-No la necesito.

-Oh. -No supe qué más decir-. He encontrado un trabajo para el verano.

-¿Ah, sí? ¿Haciendo qué?

-De camarera en ese sitio nuevo del puente. En Grandma's.

-Me alegro por ti.

-Necesitan gente. Puedo conseguirte algo si piensas quedarte.

Eso fue lo más cerca que estuve de preguntar a Laura de una vez por todas si planeaba marcharse de casa después de graduarse el mes siguiente. Se había pasado meses diciéndole a papá que iba a largarse en cuanto acabara el instituto. Viajar. Trabajar. Ver mundo. Pero yo no estaba tan segura. No desde que había visto que no llevaba su anillo.

-Aún no sé qué haré -contestó Laura.

Me levanté del puf.

-Me voy a dar una vuelta -dije.

-Que te diviertas.

Decidí seguir metiendo la nariz en sus asuntos.

-Oye, de verdad creo que deberías contarle a alguien lo de la nota.

Sea quien sea ese salido, parece peligroso.

Laura abrió el cajón de la mesilla de noche y echó un vistazo a su interior. La carta estaba encima de todo. Vi la marca de pintalabios a través del fino papel.

-Sólo es un pirado -afirmó-. Voy a tirarlas a la basura.

Cogió la nota, la rompió en pedazos tan pequeños como el confeti y espolvoreó con ellos el interior de la papelera.

Me inquieté.

-¿Tirarlas? ¿Es que hay más?

Laura se encogió de hombros.

-Sí.

-¿Cuántas?

-No sé. Puede que diez.

-¿Diez? ¿Cuándo empezó todo esto?

-Hace unas cuantas semanas.

-¿Aún las guardas?

Asintió.

-Quiero verlas -le pedí.

Laura suspiró teatralmente, como si yo estuviera haciendo una montaña de un grano de arena, y empezó a hurgar en el cajón. Sacó un pequeño fajo de papeles atados con una goma, la soltó y los desparramó encima de la manta.

No podía creer lo que veían mis ojos.

Algunas notas estaban escritas con pintalabios, como la otra. Todas eran obscenas y violentas.

TE VOY A FOLLAR.
CIERRA BIEN LA PUERTA.
¿VAS A ESTAR SOLA ESTA NOCHE, PUTA?

También había fotografías. Quienquiera que hubiera hecho eso, las había recortado de revistas porno. Vi fotos en blanco y negro de hombres con penes enormes y mujeres complaciéndoles con la boca. Muchos de los anónimos estaban garabateados en las fotografías.

*Tú también vas a chupármela.
¿Tu culo aún es virgen?*

-¿Estás loca? -le espeté casi a gritos-. Tienes que llevar todo esto a la policía.

-No quiero empeorar las cosas. Las clases acaban dentro de poco y se acabará todo.

-Eso no lo sabes.

-Venga, no ha hecho nada. Sólo intenta asustarme. Es un simple fisgón que pretende molestarme. Y no pienso permitirselo.

-¿Tienes idea de quién puede estar haciendo esto? -le volví a

preguntar.

-No. He hablado con algunos tipos, ya sabes, para ver si habían oído algo. Pensé que a lo mejor había estado fanfarroneando con sus colegas. Pero nadie pudo decirme de quién se trataba, y si lo sabían, no me lo dijeron.

-¿Se lo contaste a papá?

-¿Bromeas? Habría flipado. Y no se te ocurra chivarte, hermanita. Encima parecería que ha sido culpa mía.

Mientras la observaba, Laura empezó a romper todos los anónimos y las fotografías. Quise detenerla. Le dije que estaba cometiendo una gran equivocación, pero Laura siguió haciendo tiras, pedazos y trizas hasta obtener una montañita de restos que arrastró por encima de la cama y arrojó dentro de la papelera.

-Asunto concluido -dijo.

Stride y Tish abandonaron juntos el Grandma's Saloon. Tish encendió un cigarrillo cuando se quedaron solos en el embarcadero de hormigón que se adentraba en el lago Superior. Relajó los músculos. Echó la barbilla hacia atrás y exhaló una voluta de humo como un suspiro. La brisa la atrapó y la dispersó, aunque Stride aún pudo saborear el rescaldo del humo en el aire, y tuvo que meterse las manos en los bolsillos para contener la ansiedad de fumar.

Tish se apoyó en el muro que bordeaba el canal. Stride estaba junto a ella. El canal, profundo y angosto, discurría desde el lago hasta las dársenas de Duluth y Superior. Un centenario puente levadizo, de resplandeciente acero gris, se alzaba y descendía por encima del canal con la llegada de los botes. Al otro lado del puente se hallaba el área conocida como el Point, un dedo minúsculo de tierra que sobresalía como un refugio natural del puerto. Stride y Serena vivían allí, en un chalé a orillas del lago que databa de la década de 1890. La parte de la ciudad que daba al puente se conocía con el nombre de Canal Park, y se había convertido en un paraíso para restaurantes y hoteles durante los últimos veinte años. Los turistas recalaban en Canal Park para contemplar las enormes embarcaciones: era como observar los dinosaurios vivientes del pasado de la ciudad. En otro tiempo, Duluth había sido una ciudad con un floreciente desarrollo industrial, cuya economía estaba unida al destino de cientos de imponentes barcos que transportaban mineral ferroso. El centro de la ciudad estaba repleto de antiguas mansiones victorianas, recordatorio de una época en que la villa era rica gracias a las minas y el tráfico marítimo. Ahora ya no era así.

—Es increíble lo que ha cambiado este lugar —comentó Tish—. Cuando era pequeña, lo único que había ahí abajo eran fábricas viejas. Y ahora se parece a Coney Island.

—Sí, hay mucho dinero en Canal Park, pero no fluye —le contó Stride—. Están construyendo apartamentos para que la gente suba de Minneapolis y, mientras, la ciudad pasa apuros. Como siempre.

—¿Vives en el Point? —preguntó Tish.

Stride asintió.

—En los viejos tiempos nadie vivía allí. El Point era el sitio donde los críos iban a fumar marihuana y a hacer el amor en la playa.

Stride se echó a reír.

—Y aún lo es.

Tish se subió la cremallera de su chaqueta de piel. La temprana brisa vespertina procedente del lago era fresca.

—Había olvidado que aquí los veranos no son calurosos.

—Tenemos que empezar a dar importancia al calentamiento global —señaló Stride—. Dentro de unos cuantos años esto será la nueva Florida.

—Eso ha sonado un poco cínico.

—No se puede vivir toda la vida en Duluth y no ser un poco cínico —dijo Stride—. Aquí todo el mundo busca hacerse de oro, y nadie quiere admitir que se nos ha pasado la oportunidad. Cuando tú y yo éramos pequeños el transporte marítimo ya estaba de capa caída. Y nada pudo reemplazarlo. Los políticos siguen vendiendo sueños, pero la mayoría de nosotros hemos aprendido a no prestarles atención y a seguir adelante.

—Hay un mundo enorme ahí fuera —afirmó Tish.

—Sí, bueno, no me malinterpretes. Amo este lugar. Una vez intenté marcharme y tuve que volver.

Tish asintió.

—Lo sé. He hecho mis averiguaciones. Has sido policía toda tu vida. Llevas más de diez años al mando del departamento de detectives, y probablemente podrías ser jefe de policía si quisieras, pero te gusta estar en la calle. Hace un par de años, durante la investigación de la desaparición de una adolescente, dejaste tu cargo y seguiste a una policía llamada Serena Dial hasta Las Vegas. Pero no duró mucho. Unos meses después, estabas de vuelta en Duluth, y Serena se vino contigo.

—¿Y todas esas averiguaciones son para tu libro? —preguntó Stride.

—Sí —admitió Tish—. Aparte de que sentía curiosidad. Era como si a través de Cindy ya te conociera. Me preguntaba qué había sido de ti después de que ella muriera.

—Vamos a dejar las cosas claras —le dijo Stride—. Todo lo que te cuente será extraoficial. ¿De acuerdo? Tan sólo acepté hablar contigo porque tienes razón: la muerte de Laura aún me preocupa. Pero nada de cuanto te explique saldrá en ningún libro hasta que yo le dé luz verde.

Tish frunció el ceño.

—Eso me deja las manos atadas.

—Tienes razón; así es. Puede que no trabajes con fuentes de información cuando escribes artículos de viajes, pero así es como funciona en el mundo real. Si quieres mi ayuda, tendrás que esperar a que te diga que sí.

—No te fíes de mí, ¿verdad? —preguntó Tish.

—No.

Ella arrojó el cigarrillo a sus pies y lo aplastó.

—Entiendo —contestó—. He sido una ilusa al venir hasta aquí, al imaginar que te abrirías a mí. Siempre se me olvida: Cindy me conocía, pero tú no.

Stride guardó silencio. No sabía qué pensar respecto a Tish. No había detectado

nada sospechoso en su voz, pero no creía que Cindy hubiera mantenido una relación con una mujer desde la adolescencia y nunca le hubiera hablado de ello. No obstante, Tish le caía bien. Puede que fuera porque le recordaba a Cindy, o porque intuía que su interés por Laura no era fingido.

No se trataba sólo de un libro. Para ella era algo personal. Y él quería saber el porqué.

—¿Qué puedo hacer para que confíes en mí? —quiso saber Tish.

—Puedes empezar por contarme tu historia —respondió Stride.

—¿Y qué más puedo hacer? —insistió ella sonriendo.

Él no le devolvió la sonrisa.

Tish suspiró y contempló las colinas de la ciudad, donde las calles ascendían desde el agua como terrazas en la pared de un acantilado.

—Tienes razón, la ciudad no ha cambiado mucho en treinta años. Aún se mantienen en pie todos esos viejos edificios y casas. Si cierro los ojos volveré a ser la niña que fui.

Stride percibió un temblor en su voz.

—¿Y eso no es bueno?

—Pues no. En la mayoría de sitios adonde voy la gente se queja de los constantes cambios. Nada es como antes. Supongo que esperaba que Duluth fuera diferente. No estaba preparada para que los recuerdos me abofetearan en pleno rostro. —Él esperó a que ella siguiera hablando—. En aquel entonces, no veía el momento de marcharme de Duluth —prosiguió Tish—. Dejé la ciudad el día después de graduarme en el instituto.

—¿En qué año fue eso?

—En junio de 1977, un mes antes del asesinato de Laura. Me trasladé a St. Paul, conseguí un empleo y un apartamento. No quería volver a Duluth nunca más.

—¿Por qué ansiabas tanto marcharse?

Tish titubeó. Stride la observó atentamente y se preguntó si estaba a punto de contarle una mentira. Se había pasado años interrogando a sospechosos, y la mayoría tenía esa misma expresión en el rostro cuando inventaba una historia. Era como si necesitaran unos segundos para orquestar una falacia y asegurarse de que era creíble. Esperaba una mentira genérica de Tish que no le dijera nada sobre su vida. «Yo era una niña». «Un culo inquieto». Algo semejante.

Ella le sorprendió.

—Verás, yo estaba desquiciada. A mi madre la asesinaron cuando yo tenía once años. Desde entonces, pasé unos cuantos años dando tumbos por la ciudad en casas de acogida. Estaba enfadada con el mundo. Me sentía como una vagabunda. No culpó de ello a ninguno de mis padres de acogida. Hicieron cuanto pudieron, y yo no se lo puse fácil.

—¿Y qué hay de tu padre? —quiso saber Stride.

—Desaparecido del mapa. Mi madre se quedó encinta con sólo veintidós años. Por aquel entonces vendía perfumes en unos grandes almacenes, así que conocía a un montón de hombres casados. Cuando yo era pequeña, me explicó que había tenido una relación con un marinero finlandés que un día llegó a la ciudad en un barco metalífero. A mí me parecía muy romántico. No se molestó en contarme la verdad. No fue hasta mucho después que me di cuenta de que tenía a un cobarde por padre.

—Lo lamento.

—No lo lamente por mí —respondió Tish—. Mi madre era la única que lo tenía difícil. En los cincuenta, ser madre soltera era como tener la peste. La expulsaron de su iglesia. La despidieron del trabajo. Estuvo meses sin trabajar hasta que consiguió un puesto de cajera en un banco. Hacíamos malabares para llegar a fin de mes. Pero era una mujer sensacional. Muy orgullosa. Muy independiente.

—Estoy seguro de que debió de ser muy duro perderla.

—Lo fue.

Stride sabía hasta cierto punto cómo se sentía. También él había vivido como un vagabundo cuando su padre falleció. Stride tenía dieciséis años. Si al cabo de unos meses no hubiera conocido a Cindy, que de algún modo le rescató, puede que hubiera acabado siendo un niño perdido, como Tish. Amargado. Solitario. Buscando una vía de escape.

—De todas maneras, trato de no pensar demasiado en el pasado —afirmó Tish—. Las cosas van como van. He disfrutado de una vida increíble, y eso no hubiera sucedido de haber tenido una infancia normal. Todos tenemos que pagar nuestras deudas.

—¿Qué hiciste después de abandonar la ciudad? —se interesó Stride.

Tish se apoyó en el muro del embarcadero y bajó la vista para contemplar el agua marrón chocolate.

—Si uno decide largarse de Duluth, St. Paul no está lo bastante lejos para escapar, así que decidí ir a algún lugar más cálido. Me marché al Caribe y trabajé de forma esporádica, de isla en isla. De vez en cuando escribía un artículo sobre mis experiencias y lo vendía a una revista de viajes del Reino Unido. Así fue como empecé. Luego comencé a escribir más artículos y contacté con otras revistas europeas. Me pagaban para que viajara por todo el mundo, y eso es lo que hice.

—Suená bien.

—Sonaba. Lo hice durante bastante tiempo. Luego conocí a alguien, un fotógrafo que trabajó conmigo en un artículo sobre Talín, en Estonia. Nos enamoramos. Y así fue como acabé en Atlanta. Ambos conseguimos un empleo en el *Journal-Constitution*. Estuvo bien durante una temporada, pero la cosa no funcionó. Bueno, aún somos amigos, pero después de muchos años nos dimos cuenta que no estábamos

hechos el uno para el otro. Así que empecé a viajar de nuevo, pero ya no ponía en ello todo mi empeño. Por eso decidí darme un descanso. Y cuando lo hice, me di cuenta de que pensaba demasiado en Laura.

—Hace mucho que Laura murió —comentó Stride.

—Lo sé, pero algunas heridas nunca acaban de cicatrizar. —Tish deslizó una cadena de plata por su cuello y ésta susurró al entrar en contacto con la seda blanca de su blusa. Tocó el aro delgado que pendía de la cadena—. ¿Ves este anillo? Laura tenía uno igual. Los compramos juntas en el auditorio de la feria estatal. Eso fue el verano anterior a su muerte. Es una baratija, pero me gusta llevarlo conmigo.

—¿Erais amigas íntimas?

Tish asintió.

—Inseparables.

—Entonces, ¿por qué no recuerdo haberte visto en casa de Cindy?

—Oh, eso. Cosas de chicas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tuvimos una discusión. Puede que fuera por la época en que Cindy y tú salíais juntos. Estuvimos unas cuantas semanas sin hablarnos. Fue en mayo, no mucho antes de que acabaran las clases en el instituto. Después de eso me fui directa a las Cities.

—¿Cuál fue el motivo de la discusión?

—No lo recuerdo. Alguna tontería.

En esta ocasión, Stride pensó que estaba mintiendo.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó.

—Las dos estábamos en la clase de geometría de Rikke Mathisen en nuestro penúltimo año —explicó Tish—. Laura y yo nos sentábamos juntas. Éramos como almas gemelas. Laura era una persona inquieta, como yo. También ella había perdido a su madre y su padre era un mierda, así que entendía cómo me sentía yo en esos momentos. —Titubeó—. Lo siento. Supongo que no debería haber dicho eso. Era tu suegro.

Stride se encogió de hombros. William Starr y él nunca habían congeniado. El hombre había capeado las tragedias de su vida desquitándose de su ira y su culpabilidad puritana con todos cuantos le rodeaban. Menos con Cindy. Él sabía que era mejor no liarla con su hija menor. Cindy había dirigido más o menos la vida de su padre durante los quince años transcurridos desde la muerte de su esposa hasta que William Starr sucumbió a un cáncer. Como también haría la propia Cindy diez años después. Stride comprendía lo fácil que hubiera sido acabar como su suegro, pues también él había perdido a su mujer en la flor de la vida.

—Creo que en esa época Cindy estaba celosa de mí —prosiguió Tish—. Sabes tan bien como yo que Cindy y Laura nunca fueron las mismas desde que su madre

murió. Cindy se hizo con el control de la situación y Laura lo consintió, pero eso no es lo mismo que ser hermanas. Así que cuando aparecí yo, fui como la hermana que Laura había estado buscando. Cindy nunca dijo nada, pero no creo que eso le gustara. Yo estaba allí constantemente. Me quedaba a dormir casi siempre. Laura y yo lo compartíamos todo. Pensábamos irnos juntas de Duluth, ver mundo, ¿lo entiendes?

—Pero tú te marchaste y Laura no —señaló Stride.

El rostro de Tish se ensombreció.

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

—Ya te lo he dicho, nada importante.

—No, me has dicho que no lo recordabas —repuso Stride.

Tish lo miró a la cara.

—Tienes razón, no lo recuerdo.

Mentía.

—De todos modos, lo superamos —continuó Tish—. Le escribí cuando me trasladé a St. Paul y ella me contestó, y volvimos a ser amigas como antes. Laura iba a reunirse conmigo en las Cities. Sin embargo, nunca tuvo ocasión de hacerlo. La asesinaron antes de poder marcharse. Supongo que eso es lo que me ha estado corroyendo todos estos años. Se suponía que las cosas no tenían que acabar así. Se suponía que teníamos que escaparnos juntas. Y, en cambio, dejamos que una estúpida discusión se interpusiera entre nosotras y ella se quedó. Y nunca logró salir de aquí.

Hizo que sonara como si Duluth fuera una zona de guerra y Laura, un soldado atrapado tras las líneas enemigas.

—¿Cuándo empezaron a acosarla? —preguntó Stride.

—En primavera. A finales de abril o principios de mayo.

—¿Sabía Laura quién lo hacía?

Tish negó con la cabeza.

—No, pero puede que fuera alguien del instituto. La mayoría de las notas las encontró en su taquilla. Ella creía que todo acabaría después de la graduación.

—¿Y no fue así?

—No, después de acabar el instituto las cartas y las fotos empezaron a llegar por correo. Laura me lo contó cuando me escribió a las Cities. Yo tenía miedo por ella.

—¿Por qué has mencionado el nombre de Peter Stanhope? ¿Tienes algún motivo para creer que era él quien la acosaba?

—Él fue una de las últimas personas que la vio con vida. Sé que se le consideró sospechoso de asesinato. —Y añadió—: ¿Tu novia tiene algún tipo de relación con Peter Stanhope?

—Él es cliente suyo —contestó Stride.

No le dijo que su relación con él iba mucho más allá. Stanhope le había ofrecido a

Serena un puesto de detective a tiempo completo en su firma de abogados, y Serena estaba sopesando la propuesta. Stride creía que acabaría por aceptar el trabajo.

—¿Y eso puede ser un problema? —preguntó Tish.

—Peter es rico y poderoso. Y eso siempre es un problema.

Tish se encogió de hombros.

—No me da miedo. Mira, sé que Peter iba detrás de Laura. Salieron unas cuantas veces esa primavera. Peter buscaba una nueva conquista. Si Laura se hubiera abierto de piernas, ahí se habría acabado todo.

—Pero ¿ella no lo hizo? —preguntó Stride.

—De ningún modo. Peter sólo buscaba sexo, pero Laura no quería, así que rompió. Él se lo tomó mal. Ya sabes cómo pueden llegar a ser los gamberros jóvenes y ricos como Stanhope. Creen que pueden obtener cuanto quieran porque sus papas tienen dinero. Él deseaba a Laura y se puso hecho una furia cuando ella lo rechazó. Las cartas empezaron a llegar no mucho después.

—Pero eso no basta para establecer una conexión —argumentó Stride.

—Bueno, pero yo sé cómo era Peter. Fue por mí antes que por Laura, y no quise nada con él. Se puso muy desagradable cuando le dije que no.

Tish se estremeció cuando el sol se ocultó tras la cima de la colina. Sombras alargadas acompañaban el frío húmedo procedente del agua.

—Escúchame, Tish —dijo Stride—. Voy a contarte un par de cosas, pero como ya te he dicho antes, extraoficialmente. ¿De acuerdo?

Tish asintió con tristeza.

—Necesito que lo digas en voz alta —le pidió Stride.

—Sí, esto es extraoficial.

—Bien. Debes recordar que yo conozco este caso por dentro y por fuera. Por aquel entonces lo viví con Cindy y Ray Wallace, el policía a cargo de la investigación. Cuando tomé el mando del departamento de detectives, revisé el archivo página a página. Repasé todas las declaraciones, porque también yo tenía mis dudas. No encontré nada nuevo que señalara a Peter o a cualquier otro aparte de Dada, el hombre a quien me enfrenté cerca de las vías del ferrocarril.

—¿Y qué encontraste? —preguntó Tish.

—En primer lugar, había un informe de huellas dactilares. Se encontraron huellas en el bate de béisbol que coincidían con las de Dada.

—Pero ese bate era de Peter Stanhope —dijo Tish—. Lo leí en la prensa. También debieron de encontrar sus huellas en el bate.

—Sí, pero las de él tenían una explicación. Y las de Dada, no.

—A Laura la estaban acosando —insistió Tish—. Alguien llevaba semanas persiguiéndola. Y no se trataba de un extraño; era alguien que la conocía.

Stride puso con suavidad una mano en su hombro.

—La policía estaba al tanto del acoso.

—¿Estás seguro?

—Cindy se lo contó. Yo estaba allí cuando habló con Ray. Mira, Cindy era de la misma opinión que tú: creía que quien acechaba a Laura era el mismo que la mató. Incluso tenía en su poder una de las notas que le envió ese tipo. Una fotografía porno con una amenaza garabateada en ella.

—¿Y?

—Pues que no había huellas dactilares en la foto —explicó Stride—. Por lo que no fue de ninguna utilidad.

—Pero eso era antes. ¿No tenéis ahora mejores técnicas para obtener huellas? Puede que aún encontréis algo.

Stride asintió.

—Tenemos técnicas mucho más sofisticadas para ese tipo de cosas, pero lo que no tenemos es la fotografía. Ha desaparecido, junto con las otras fotos de la escena del crimen que se tomaron por aquel entonces. Y también el bate. En algún momento del camino la mayor parte de las pruebas físicas del caso se perdieron.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Tish—. ¿Y no crees que eso es sospechoso?

—Estás hablando de un caso de hace treinta años. Las pruebas se traspapelan.

No le contó que tenía la sospecha de que Ray Wallace era quien había hecho desaparecer las pruebas.

Tish echó a andar. Estaban cerca del faro que había al final del embarcadero. Subió los peldaños y se recostó en la agrietada pintura blanca de la torre del faro con los brazos cruzados. El bolso le colgaba del hombro. Stride la siguió por la escalera.

—Lo siento —se disculpó Stride.

Tish alzó la vista hacia él.

—¿Puedo confiar en ti?

—¿Qué?

—Tú has dicho que no confiabas en mí. ¿Puedo confiar yo en ti?

—Creo que sí. Siempre habrá datos que tendré que considerar confidenciales, pero no te mentaré.

Tish abrió la cremallera del bolso. Sacó una bolsita de plástico transparente que contenía un sobre amarillento. Stride vio que estaba escrito a mano con letra de molde e, incluso sin cogerlo, pudo leer el nombre que había escrito en la parte delantera del mismo.

«LAURA STARR».

—Ten —dijo Tish—. Una prueba física.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Stride.

—Una de las cartas anónimas que Laura recibió. Me la envió cuando yo vivía en St. Paul.

—¿Has estado en posesión de esta carta todo este tiempo y nunca se lo has dicho a nadie?

—En aquel entonces no pensaba que tuviera importancia —dijo Tish—. Y después la guardé y me olvidé de todo eso. La encontré de nuevo hace tan sólo unos meses, mientras revisaba unas cajas viejas en Atlanta antes de mudarme del apartamento de mi pareja. ¿No te das cuenta? Esto lo cambia todo. Por eso volví a darle vueltas a la idea del libro, porque sabía que tenía algo que podía reabrir el caso.

Stride sí se había dado cuenta.

La carta dirigida a Laura no era una nota dejada en la taquilla de un instituto. Quienquiera que se la hubiese enviado la había echado al correo, tras pegar un sello y humedecer un sobre. Incluso treinta años después, eso significaba algo.

ADN.

Clark Biggs observaba a su hija arrodillada en el suelo del salón. Mary cogió unos bloques de colores y amontonó diez de ellos uno encima del otro hasta levantar una torre multicolor. Cuando terminó, sonrió a Clark con la sonrisa más amplia y hermosa jamás vista, la clase de sonrisa que hacía que le doliera el corazón cada vez que la veía. Entonces ella derribó la torre con un soplo como si fuera el lobo malo del cuento, dedicándole una risilla, y empezó una vez más a apilar los bloques. Podía hacerlo una y otra vez sin llegar a cansarse del juego. Se comportaba como cualquier niña de cinco años.

Excepto que Mary tenía dieciséis.

Para cualquiera que la viera, era una adolescente típica. Tenía una mata de pelo rubio y rizado y unos ojos que a Clark le recordaba el azul del Caribe. Su rostro era redondo y lleno de vida. Medía un metro ochenta y era corpulenta. Una chica grande. Podría haber sido corredora o luchadora. Parecía incorrecto e impropio que siguiera creciendo como una joven atractiva mientras permanecía atrapada en la mente de una niña. Clark se pasaba las noches en blanco culpándose a sí mismo y a Dios por aquel accidente en el agua. Se consolaba con la creencia que Mary sería eternamente feliz, eternamente inocente, sin la torpeza, el dolor, la duda ni la timidez que conlleva convertirse en una adolescente de verdad. Al menos eso le servía de consuelo.

—Hora de ir a la cama, Mary —murmuró.

Ella fingió no haberlo oído. Siguió jugando con sus bloques y canturreando una cancioncilla entre dientes. Clark se dio cuenta de que era el tema musical de un programa de televisión que habían visto aquella misma tarde. Siempre le sorprendían las cosas que asimilaba su cerebro, cuando no podía hacerlo con tantas otras.

—A la cama, Mary —repitió sin entusiasmo.

Mary se detuvo y frunció el ceño. Sus labios se curvaron hacia abajo como los de un payaso. Él se rió y ella también.

—Cinco minutos más —dijo él.

Clark odiaba los domingos por la noche. A las diez, Mary se iría a la cama y él se quedaría solo en la pequeña vivienda durante otra hora mientras miraba la tele y se servía una última cerveza. A la mañana siguiente, su ex esposa Donna se pasaría por casa y harían el intercambio en silencio. Mary se echaría a llorar y se marcharía con ella, y Clark lloraría y la observaría partir. Después llenaría un termo de café, envolvería en silencio un sandwich de pavo para comer y se encaminaría a la obra en el puerto de Duluth, sabedor de que la casa estaría vacía cuando regresara a su hogar.

Le quedaban por delante cinco largos y solitarios días. Durante la semana, era como si estuviera en trance, esperando a que llegara el viernes por la noche, a que el todoterreno ligero de Donna se detuviera frente a su puerta y Mary subiera corriendo el camino de entrada para enterrarse entre sus brazos. Su hermosa chica. Su niña. Vivía para esos fines de semana con ella, pero éstos se terminaban tan pronto como habían empezado y lo dejaban igual que antes, temiendo la hora en que ella debía irse a dormir, sintiendo que su alma se ensombrecía ante la idea de una semana de soledad.

—Vamos, cielo —le dijo con voz quebrada.

Clark se levantó del sofá. Mary había heredado su osamenta. Él era fornido y fuerte. Había trabajado en la construcción desde los dieciocho, y tras veinte años al aire libre con un frío glacial y veranos a treinta y cinco grados, se levantaba todas las mañanas con su musculoso cuerpo agarrotado por los nódulos. Cuando tenía veinte años, podía darse una ducha caliente y salir a la calle fresco y ágil. Pero ya no. El dolor le atenazaba día tras día.

Mary se levantó de un salto y le tendió la mano. Él se la cogió para acompañarla hasta su dormitorio. Su piel era suave y rosada; la de él era como el cuero. Ella sabía que por las noches se ponía triste e intentaba animarlo haciendo muecas. Él sonreía y le dejaba creer que surtían efecto, cuando lo cierto era que, en esos momentos, nada podía sacarlo de su depresión.

—Los bloques, papá —dijo ella.

—Sí, cielo, cuidaré bien de tus bloques. Estarán aquí esperándote la semana que viene.

Su dormitorio estaba en la parte trasera de la pequeña vivienda y tenía dos ventanas que daban a los bosques que había tras la parcela. Mary bailoteaba en el cuarto de baño detrás de él mientras se cepillaba los dientes. Estaba oscuro, y Clark se acercó a las ventanas y estudió su reflejo en el vidrio. Bolsas hinchadas y marrones se combaban bajo sus ojos. Llevaba el cabello rubio oscuro demasiado largo; necesitaba un corte de pelo, algo que hacía él mismo para ahorrar dinero. Los vaqueros estaban deshilachados. Podía meter un dedo por el bolsillo izquierdo y tocarse la pierna. Vestía una camiseta NASCAR y una gorra de béisbol de camuflaje.

—¡Yooooooo! —gritó Mary volviendo a entrar con grandes aspavientos en la habitación y dando un brinco encima del chirriante armazón de la cama.

Dormía en una cama individual conseguida en una subasta y que era demasiado pequeña para ella, pero a Mary no le importaba que le colgaran los pies. Apenas había sitio para ella entre tantos pufs de animales allí acumulados. Llevaba puesto un camisón con volantes que le llegaba a las rodillas. Había algo que preocupaba a Clark cuando Mary salía al mundo sin él: desconocía el concepto de sexualidad, aunque su cuerpo decía lo contrario. Tenía la apariencia de una chica normal, saludable y

atractiva. Carecía de vergüenza, y a menudo se quitaba la ropa y se paseaba desnuda por la casa sin entender por qué Clark insistía en que se vistiera.

—¡Qué rapidez! —dijo Clark—. ¿De verdad te has cepillado los dientes?

Mary asintió con gravedad.

—¿De verdad? —insistió él.

Ella se cruzó de brazos con fuerza y volvió a asentir, temblando como si su cuerpo fuera de gelatina.

—De acuerdo —dijo él.

Clark apagó la luz del techo pero dejó encendida la lamparilla que había junto a su cama. A Mary le gustaba que la habitación estuviera iluminada de noche. Clark revisó las ventanas y las cerró para que no pudiera saltar afuera y echarse a correr por los patios traseros del vecindario. Ella no dormía bien. Podía cerrar los ojos durante una hora para después levantarse, momento en que Clark la escucharía botar su pelota contra la pared del dormitorio. Cuando no estaba demasiado cansado, se levantaba y jugaba con ella, hasta que por fin volvía a adormilarse. A veces simplemente se ovillaba en el suelo y él quitaba las mantas de la cama y la tapaba.

La arropó en la cama. Tenía los ojos brillantes.

—Buenas noches, Mary.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, cariño.

El dolor que sintió en el estómago al pensar en su partida a la mañana siguiente fue tan intenso que no pudo decir nada más. La besó en la frente y mientras cerraba la puerta la vio agitar las manos hacia el techo, como si pudiera ver las estrellas y dirigirlas como una orquesta.

Clark regresó al sofá, se acabó su cerveza y abrió otra. Pensaba ver a Donna a la mañana siguiente, cuando viniera a recoger a Mary. Donna vivía al otro lado del puente, en Superior, y trabajaba como secretaria jurídica. Clark estaba en Gary, y vivía en la casa blanca de hormigón que antaño había pertenecido a sus padres. Llevaba cinco años compartiendo a Mary con Donna desde la distancia, y durante esos cinco años había odiado tanto ese acuerdo que le parecía como si fuera una enfermedad.

No era culpa de Donna. Hacía mucho que el rencor entre ellos se había extinguido hasta convertirse en soledad. Se habían casado muy jóvenes y se habían esforzado por salir adelante, pero la presión de criar a Mary juntos había podido con ellos. Los dos amaban a su hija, pero Mary exigía tanto que apenas les quedaban energías para amarse el uno al otro. Donna pensaba que podían intentarlo de nuevo. Había armado mucho ruido para que volvieran a empezar. Dos semanas antes, cuando llegó a su casa para dejar a Mary, se quedó a pasar la noche, los tres juntos como en los viejos tiempos. Después de que Mary se fuera a la cama, bebieron vino, rieron y acabaron

acostándose juntos. Volvían a ser unos niños, como antes de que Mary naciera, antes del divorcio. El sexo fue cálido y familiar. Pero cuando él se despertó, estaba solo. Donna no era capaz de enfrentarse a él. Y con eso le dijo todo cuanto necesitaba saber.

Sabía que debía irse a la cama, pero era incapaz de levantarse del sofá. Estuvo mirando la tele hasta que los ojos empezaron a cerrársele y la cabeza se le cayó sobre el pecho. Se quedó profundamente dormido, como si el agotamiento y el alcohol lo hubieran drogado, y perdió la noción del tiempo.

Clark se despertó al escuchar a Mary gritar.

Un terrible aullido de pesadilla.

Se despertó al instante, aunque desorientado, no muy seguro de que fuera real. Al final del pasillo, en sombras, la puerta de Mary se abrió de repente y golpeó contra la pared. La silueta de su hija apareció recortada contra la pálida luz de su habitación.

—¡Él él él él él! —gritó.

Clark saltó por encima del respaldo del sofá y se dio impulso con las rodillas mientras sacudía la cabeza para quitarse el sueño de encima. Extendió los brazos de par en par. Mary corrió hacia él y lo agarró con tanta fuerza que Clark a punto estuvo de caer en la alfombra. Su hija tenía la piel húmeda por el sudor y el miedo. Sus ojos azules sobresalían de las cuencas y las aletas de la nariz se dilataban a medida que llenaba los pulmones de aire. Clark notaba sus uñas clavadas en la espalda como cuchillas. Lo sujetaba con una fuerza tan intensa que apenas podía respirar.

—Mary, ¿qué pasa? ¿Qué sucede, pequeña?

—¡Él él él él él él él él!

—Eh, Mary, tranquila, tranquila, aquí no hay nadie.

—NO NO NO NO NO.

Clark le acarició el pelo y le cantó en susurros. Ella temblaba como un pajarillo. Había sucedido lo mismo el fin de semana anterior. Había tenido una pesadilla e imaginado que había alguien en su dormitorio y se negó a volver al cuarto en lo que quedaba de noche. Mary no diferenciaba entre lo que era real y lo que no. Cuando imaginaba algo, era como si realmente estuviese allí.

—Shhh —murmuraba él una y otra vez.

Ella se echó a llorar en su hombro. Clark cogió una manta de lana del sofá y la envolvió en ella. Sus lágrimas le humedecieron el cuello.

—Vamos, te demostraré que no pasa nada —le dijo—. Te demostraré que aquí no hay nadie.

—No, papi, no, él él él él.

—Oh, lo sé, lo sé, pero no ha sido más que un sueño, tesoro, eso es todo.

Mary negó con la cabeza enterrada en el pecho de su padre y alzó la mirada con una expresión de pánico, acercó la boca a su oído y susurró una palabra con tanta

claridad que le provocó un estremecimiento.

—Ventana.

Clark se quedó de piedra.

Apretó los puños y la adrenalina lo mantuvo alerta. Su mirada se dirigió velozmente hacia las ventanas del salón, que había dejado abiertas, orientadas a las oscuras cuadrículas de la noche. Las cortinas respiraban al compás del viento. Olió a pino y lluvia. No comprendía lo que había sucedido, pero para Mary usar una palabra como aquélla era de gran importancia.

Clark cogió en volandas a Mary. Pesaba mucho, pero ella le pasó los brazos alrededor del cuello y dejó que la llevara hasta el sofá. La tendió entre los cojines, la besó y la miró profundamente a los ojos, intentando comprenderla, hacer que se comunicara con él. Clark siempre había acariciado la idea de que hubiera un lugar en sus mentes donde pudieran reunirse y borrar el abismo que su discapacidad había puesto entre ellos. Lo único que deseaba era poder encontrarlo.

—Ahora voy a cerrar las ventanas, Mary. No saldré de la habitación.

Ella se tapó la cabeza con la manta. Su padre se acercó a las cuatro ventanas que daban al patio delantero, las cerró de golpe y echó el pestillo. Vio salpicaduras de lluvia en los vidrios. Regresó junto a ella y poco a poco le bajó la manta hasta dejar al descubierto la mitad del rostro de su hija.

—¿Has soñado que alguien estaba en tu cuarto, cariño?

—Ventana —repitió ella.

—¿Has visto a alguien fuera?

—Él él él él él —insistió Mary, y se cubrió de nuevo la cabeza con la manta para esconderse.

—Aquí estarás bien, cariño. Papá irá a echar un vistazo.

Clark volvió a atravesar el pasillo oscuro que llevaba al dormitorio de su hija. Era más de medianoche. Apagó la lamparilla de noche y, con el cuarto a oscuras, se acercó a la ventana y miró hacia fuera, hacia el patio trasero y los bosques que había unos metros más allá. No vio nada. Permaneció allí unos minutos, observando, pero nada se movía en el exterior.

Cuando regresó al salón, encontró a Mary dormida con su cabello rubio desparramado por la manta. Veía la mitad de su rostro, con una expresión tranquila y angelical. El corazón le latió aceleradamente; sabía que dentro de unas pocas horas tendría que levantarse. Se sentó junto a ella, le acarició la mejilla con un dedo calloso y fue recompensado con un suspiro. Mary emitió unos nudillos de felicidad.

Clark se acomodó de nuevo en el sofá sin molestarla. Se notaba nervioso y no estaba seguro de por qué. Los niños tenían pesadillas, eso era todo. Aun así, jamás había escuchado a Mary pronunciar una palabra tan concreta. «Ventana».

Cogió una linterna potente de la cocina, fue hasta la puerta principal y salió

afuera. Cerró la puerta detrás de él. Al bajar los escalones del porche, la lluvia le escupió en la cara. Las hojas murmuraban con la brisa nocturna. Encendió el haz de luz amarillento y lo hizo oscilar alrededor del patio para ver todo lo que debería estar allí y nada más: el sauce llorón, el columpio atado al árbol, los tres coches viejos desguazados a piezas, la hierba alta que había que cortar. Caminó en silencio y con sigilo hacia la parte trasera de la vivienda. Sostuvo con fuerza la linterna y con el haz de luz se orientó para girar en la esquina.

Clark examinó el patio trasero con detenimiento. No solía permanecer mucho rato allí, excepto para pasar el cortacésped cada pocas semanas. Apenas había una estrecha franja de césped y, tras ésta, la densa arboleda de abedules cuyas cortezas blancas se desprendían como pintura. Observó los bosques y tuvo la extraña sensación de que alguien invisible le devolvía la mirada.

Se encogió de hombros. La mente le estaba jugando una mala pasada.

Clark inspeccionó la ventana de Mary y enfocó el alféizar con la linterna. Se dio cuenta de que podía quedarse allí con medio cuerpo por encima de la altura de la ventana y que, si la luz del dormitorio estaba encendida, se podía ver claramente el interior de la estancia.

Dirigió el haz de luz hacia los pies.

Cerca de sus botas halló unas hendiduras húmedas en la hierba y, detrás de él, vio un rastro de pisadas que se alejaban y desaparecían al amparo de los árboles.

A medianoche, Stride tomó el camino de entrada de su chalé. No tenía garaje, tan sólo una parcela de tierra enlodada donde aparcar. En invierno, tendían unos cables eléctricos desde la casa para enchufarlos en los automóviles y mantener los motores calientes durante las gélidas horas nocturnas. Metió como pudo el Expedition en el hueco que había cerca de la valla junto al Mustang de Serena y se apeó del auto. Una lluvia ligera le siguió mientras avanzaba por el césped y subía los escalones del porche delantero.

Dentro de la vivienda, las luces estaban apagadas, pero cuando abrió la puerta vio que en la chimenea del otro lado del salón ardía un fuego. La leña se había convertido en cenizas y brasas. Una balada de Patty Loveless sonaba en el estéreo. Stride oyó a Patty cantar sobre una mujer moribunda que subía a las estrellas. Había escuchado esa canción cientos de veces cuando Cindy agonizaba e, incluso ahora, hacía que se le rompiera el corazón.

Serena estaba sentada en el suelo en la postura de loto, con los ojos cerrados y expresión tranquila. Había empezado a hacer yoga como parte de su método de recuperación de las quemaduras que había sufrido durante un incendio que había tenido lugar meses atrás. La intensidad mental de los ejercicios también le ayudaba a controlar los recuerdos de los abusos a los que había sido sometida durante la infancia. Parecía funcionar. Estaba más en paz consigo misma que nunca desde que se habían conocido.

Físicamente, Serena era muy diferente a Cindy. Era alta y corpulenta. El cabello oscuro le llegaba hasta los hombros pero era más espeso y ondulado que el de Cindy. Tenía la frente amplia y los ojos de color verde esmeralda. Su piel era brillante, pero él aún podía ver las cicatrices que las laceraciones habían dejado en sus piernas. Se estaba recuperando de los estragos causados por el incendio; ya podía correr sin que le fallaran las piernas o los pulmones, pero se había visto obligada a aceptar que su cuerpo había quedado tocado. Que ya no era perfecto. Que no sería joven para siempre. Era el pacto con el diablo que todos hacían con su edad, pero Serena lo había pospuesto durante más tiempo que la mayoría. Había ocultado su cuerpo tras el incendio, incluso a Stride, pero ahora volvía a usar pantalón corto sin que le importara que la gente la viera. También había ganado unos kilos en primavera, al no poder hacer ejercicio con la misma intensidad que en el pasado. Seguía una dieta para perderlos, aunque a Stride le traían sin cuidado. Él pensaba que tenía un aspecto voluptuoso.

Abrió los ojos cuando él tomó asiento en la butaca de cuero que había junto a ella.

Con cuidado, desdobló las piernas y las extendió. Además de los pantalones cortos, llevaba puesto un sujetador negro que le cubría sus voluminosos pechos. Se había recogido el pelo en una cola de caballo.

—Es tarde —le dijo.

—Sí, perdona, perdí la noción del tiempo.

—¿Has estado con ella?

No detectó ningún deje de celos en su voz, pero aun así quiso tranquilizarla.

—No, hace horas que dejé a Tish en el paseo. He revisado los documentos policiales y apartado los del asesinato de Laura para repasar de nuevo el archivo. Cuando me di cuenta ya era casi medianoche.

—Te tiene preocupado, ¿no es cierto? —preguntó Serena.

—Supongo que sí.

—¿Qué piensas de ella?

Stride restregó las yemas de los dedos contra las tachuelas de metal de la butaca de cuero rojo.

—Me oculta algo. No sé el qué, pero no me gusta nada. —Y añadió—: Y me he dado cuenta de que no te cae bien.

Serena negó con la cabeza.

—Te equivocas.

—Venga ya. Vi cómo se te ponía el vello de punta.

—Pues no es así. Soy yo la que no le caigo bien a ella. Hay una gran diferencia.

—¿Y cómo lo sabes?

—Las mujeres sabemos ese tipo de cosas, Jonny.

Stride no estaba dispuesto a discutir.

—¿Encontraste algo en el archivo policial? —preguntó Serena.

—No, pero Tish tiene algo nuevo.

Le habló de la carta que le había dado y de la posibilidad de encontrar ADN en el sello o en la solapa del sobre.

Serena digirió la información y luego lo estudió con una mirada meditabunda.

—Me sorprende que nunca me contaras nada ni de Laura ni de su muerte. Llevamos juntos bastante tiempo, Jonny. ¿Hay algún motivo por el que no quisieras compartirlo conmigo?

No supo qué contestar, porque no estaba seguro de por qué se había guardado esa historia para él. Esa semana de julio le había cambiado tanto, y en tantos aspectos, que nunca volvió a ser el mismo. Durante esa semana tomó conciencia de que iba a pasar el resto de su vida con Cindy. Esa semana, la misma que conoció a Ray Wallace, había decidido que una manera de luchar contra la muerte era convertirse en policía. También había descubierto lo doloroso que era cometer errores y que algunas equivocaciones jamás podían rectificarse. Cuando pensaba en lo que era ahora, podía

dibujar una fina línea recta que conducía directamente a ese verano. Aun así, nunca había sido capaz de hablar de ello. Apenas hablaba de las pasiones que lo impulsaban. Era consciente de que durante los dos años que había invertido persuadiendo a Serena para que compartiera sus secretos del pasado, él casi nunca había dedicado tiempo a compartir los suyos.

Serena vio por su silencio que no estaba preparado para contarle nada. No le presionó. En su lugar, su rostro se suavizó con una sonrisa burlona.

—Adivina qué he hecho esta tarde —dijo. Él ladeó la cabeza con una pregunta muda—. He ido a la biblioteca y he encontrado una copia de tu anuario del instituto de 1977 —le informó.

—Oh, no —repuso él.

Serena se inclinó hacia él y murmuró:

—Bonito peinado.

—Por aquel entonces llevaba el pelo largo.

—Tú y Shawn Cassidy.

—Eran los setenta, por el amor de Dios. La década en que el gusto desapareció.

—No, no, me gusta. Menudo rompecorazones estabas hecho. Tan serio... ¡Y qué ojos! ¿Qué decía Cindy de ellos? ¿Ojos de pirata? Es como si te estuviera viendo, Jonny. Provocativo, meditabundo, un atormentado detective en potencia.

Serena se tapó la boca y se echó a reír.

—Pasas demasiado tiempo con Maggie —le dijo.

—También vi una foto de Cindy. Nunca había visto una fotografía de cuando era joven. Era increíble.

—Sí, lo era.

—Tenía un rostro muy interesante.

—Se lo comenté una vez y por poco me hace una cara nueva.

—No, en serio, con esos ojazos, esa nariz respingona y el pelo azabache, era digna de ser mirada. Entiendo que te enamorases de ella. Quiero decir que Laura era la típica adolescente guapa, pero Cindy era única. —Dejó que el silencio se alargara y luego añadió—: Háblame de Laura. ¿Cómo era?

—En realidad no llegué a conocerla bien —admitió Stride—. No paraba mucho en casa cuando yo iba por allí. Siempre creí que era una de esas chicas a quienes les resultaba molesto ser guapas. No le gustaba que los chicos la mirasen.

—¿Cindy y ella estaban unidas?

—No. En realidad no mucho. No eran enemigas como otras hermanas, pero cada una tenía su vida. Cuando asesinaron a Laura, Cindy lamentó sinceramente que hubieran estado tan distanciadas. Creía que se había perdido lo que significaba tener una hermana.

—También vi a Tish en el anuario —le dijo Serena—. No mintió sobre su

relación con Laura. Las he visto juntas en tres fotos distintas, colgadas una de la otra como si fueran inseparables.

—Un tanto para Tish —comentó Stride.

—Aunque tú nunca las viste juntas, ¿no es verdad? Ni siquiera conocías a Tish. ¿Por qué?

—Tish dice que Laura y ella tuvieron una discusión y que se trasladó a St. Paul después de graduarse. Eso fue entre mayo y junio, cuando Cindy y yo empezamos a salir.

—¿Te explicó Tish el motivo de la pelea?

—Asegura que no lo recuerda y que fue por algo sin importancia. Creo que miente en ambos casos.

—Así pues, ¿por qué fue?

—No lo sé, pero ¿por qué acostumbran las chicas a discutir entre ellas? —preguntó Stride.

—Por los chicos.

—Eso suponía.

—¿Se te ocurre de quién podría tratarse?

—Tish dice que Laura quedó unas cuantas veces con Peter Stanhope. Prácticamente lo ha acusado de ser quien acosaba a Laura.

Serena frunció el ceño.

—Peter.

—Lo siento, pero está metido hasta el cuello en este caso —dijo Stride.

—¿Por qué no me lo contaste? Sabía que estabas disgustado cuando empecé a trabajar para la firma de abogados de Peter, pero no me di cuenta de que hubiera tantas cosas entre vosotros.

—Hace treinta años de eso. Apenas he hablado con él desde entonces. La gente cambia.

Eso era mentira. Stride creía que en realidad nadie cambiaba. No le entusiasmaba la idea de que Serena aceptara un empleo en la firma de abogados de Peter Stanhope, pero al mismo tiempo quería que dejara las calles. Que estuviera a salvo. El incendio en el que casi perdió la vida aquel invierno no había sido un accidente. Su carrera la había puesto en el punto de mira de un acosador, y Stride se encontró a sí mismo batallando con su ansiedad cuando ella volvió a las calles. Serena era una ex policía de homicidios de Las Vegas, una de las ciudades más duras que él pudiera imaginar. Su formación la había convertido en alguien extremadamente independiente. Aun así, ahora comprendía las emociones que Cindy debía de experimentar cada vez que él salía de casa, y el miedo que revolotearía por su mente cuando contestaba al teléfono. Para la esposa de un policía, la llamada definitiva podía producirse en cualquier momento.

—¿Puedo contarle a Peter lo de Tish y su libro? —preguntó Serena.

Stride se encogió de hombros.

—Si Tish sigue hurgando, tarde o temprano llegará a oídos de Peter. Puedes decírselo. De momento, no estoy implicado.

—¿De verdad crees que Peter pudo haber matado a Laura?

—No lo sé. Es posible, pero por entonces nadie quiso investigar el asunto.

—¿Por culpa del padre de Peter?

—Sí.

—¿Quién llevaba el caso?

Stride se rascó la cicatriz del hombro, donde una bala había profanado su carne. La herida le punzaba a modo de recordatorio.

—Ray Wallace.

Serena dejó escapar una lenta bocanada de aire.

—¿Crees que Ray hizo la vista gorda con Peter?

—Puede.

—Deberías explicarme exactamente lo que sucedió aquella noche —dijo Serena—. ¿No crees?

—Sí.

Stride formó una pirámide con los dedos, se quedó mirando el fuego de la chimenea y no dijo nada más.

—Si quieres puedo leer el informe policial —dijo Serena—. O hablar con Maggie. Aunque preferiría oírlo de ti.

Stride se pasó una mano por el pelo ondulado, como solía hacer cuando estaba tenso. Pensaba en la larga melena que llevaba por aquel entonces. Y en los dedos de Cindy acariciándole el cabello mientras estaban en el agua.

—Durante mucho tiempo Cindy y yo nos sentimos culpables —le explicó a Serena.

—¿Por qué?

—Por haber dejado sola a Laura aquella noche.

—No sabíais lo que iba a pasar.

—No, pero estaba oscuro y llovía, y los chicos habían bebido y dejamos que Laura se internara sola en el bosque. Fue una estupidez. Deberíamos habernos quedado con ella.

Serena esperó.

—Algunos de nosotros habíamos jugado a béisbol aquella noche —continuó Stride—. Yo estaba allí. Y también Peter Stanhope. Se suponía que Cindy tenía que encontrarse conmigo después; íbamos a ir un rato al lago. Ni siquiera sabía que Laura estaría con ella, pero Cindy y su hermana se pasaron por el campo mientras nosotros jugábamos y luego se marcharon solas. Yo estaba cabreado. No quería a Laura

merodeando por allí.

—¿Por qué no?

—Se suponía que ésa era la noche. «La» noche. Cindy y yo habíamos planeado hacer el amor por primera vez.

—Oh —dijo Serena alargando la interjección—. Ahora lo entiendo.

—Así que en esos momentos yo no pensaba exactamente con el cerebro.

—Estoy segura.

—Lo cierto es que Cindy y yo hablarnos de ello más tarde; los dos sabíamos que algo iba mal, pero en aquel momento no le dimos importancia.

—¿Qué quieres decir con que algo iba mal?

Stride frunció el ceño.

—Esa noche había alguien en los bosques.

¿QUIÉN MATÓ A LAURA STARR?

Por Tish Verdure

4 de julio de 1977

Escuché el rugido del trueno más allá de los árboles, como si la tormenta fuera un animal acercándose. El camino estaba oscuro, y eso significaba que el cielo sobre nuestras cabezas se había ennegrecido, impidiendo que la luz pasara a través de los árboles. Sentía el aire denso como un peso en el pecho cada vez que respiraba. Casi podía verse la húmeda neblina colgada de una nube por encima del sendero. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y la larga melena adherida a mi piel como una enredadera. Llevaba puesta la parte de arriba de un biquini y pantalones cortos, e iba descalza.

Laura estaba muy nerviosa mientras caminaba a mi lado. Pateaba con impaciencia la tierra del camino con sus Flyers rosas. Su mirada revoloteaba de un lado a otro entre los árboles, como si esperara pillar a alguien espiando. Llevaba unos vaqueros y una blusa azul a cuadros con las mangas arremangadas hasta los codos. Una mochila le colgaba de un hombro. Hacía girar el anillo de plata que lucía en el dedo.

-Espero que la lluvia amaine para los fuegos artificiales -dije.

Laura alzó la vista hacia las copas de los árboles. Hizo un ruido con la garganta y no replicó.

Yo sabía que los festejos del Cuatro de Julio serían un fracaso. Apenas faltaba una hora para que anocheciera, pero aun antes volvería a diluviar. En ese momento el aire estaba totalmente en calma. Nada se movía. Los pájaros pardos que solían brincar a nuestro alrededor a lo largo del sendero, en busca de migas, se habían puesto a cobijo. Parecía como si cada abedul y cada pino contuviera el aliento.

Las tormentas de verano siempre caían de repente. En un momento todo parecía sereno y, al instante, el viento cobraba vida y doblaba a los árboles jóvenes. Densos nubarrones se combaban y se abrían, dejando caer el agua a raudales. La noche se convertía en día con destellos de luz cuando las ramificaciones de los relámpagos restallaban de la tierra al cielo.

Laura se detuvo en el camino. La miré interrogativamente. Le temblaba el labio inferior y su mirada reflejaba miedo.

-¿Qué pasa?

No me contestó. Los árboles que había a nuestro alrededor parecían un desfile militar de color negro. Seguí con los ojos su mirada pero no vi nada entre las sombras.

-¿Qué? -repetí.

-Hay alguien ahí -dijo Laura.

Miré de nuevo. Me acerqué un par de pasos a los árboles. Sólo olía a pino, como si en lugar de en julio estuviéramos en Navidad.

-¿Estás segura?

-He oído a alguien -insistió.

Pensé que se equivocaba, pero en el parque era muy fácil creer que no estabas solo. Ahí estribaba su grandeza. Parecía algo primitivo, como si estuviéramos a kilómetros de la ciudad. La gente iba hasta allí para hacer cosas secretas. Nunca sabías quién podía haber por ahí.

-¡Venga, sal! -grité-. ¡Eh!

Un violento crujido sacudió la maleza y me quedé helada, completamente sorprendida. Ante mí, un urogallo salió del bosque dando tumbos y aleteando con gran excitación. Era un manojito tembloroso de plumas pardas a rayas con un pescuezo rojo cereza; batía las alas de un lado a otro del sendero y se enterraba en la maraña de frondosos arbustos.

Laura y yo dimos un bote y nos pusimos a gritar. Nos alejamos dando tumbos y a punto estuvimos de caer al suelo. Laura se abrazó a la correa de su mochila y la apretó contra su cuerpo. El corazón me latía a galope tendido. Era ridículo, pero también una de esas cosas que te hacen bombear adrenalina y te ponen histérico. Cuando el urogallo se marchó, continuamos caminando, aunque Laura se daba la vuelta cada pocos pasos y miraba nerviosa por encima del hombro.

Oí las voces de los chicos delante de nosotras a medida que nos acercamos al campo de béisbol. Hacía una hora que habíamos aparcado el coche cerca del campo. Yo quería sentarme y ver jugar a Jonny, pero Laura no estaba dispuesta a perder el tiempo con chicos, y no la culpaba por ello. Tenían cerveza en todas las bases, y muchos de ellos ya estaban borrachos. Éramos las únicas chicas que había por allí, y no nos quitaron los ojos de encima desde que llegamos. Algunas se hubieran alegrado y pavoneado con semejantes atenciones, pero Laura se hizo la víctima y quiso largarse.

En ese preciso instante, cuando llegamos al final del sendero que daba al campo, dio un paso atrás.

-Bajemos al lago -propuso.

-¿Por qué no esperamos a que acabe el partido? Así Jonny podrá venir con nosotras.

-No, ya sé que queréis estar a solas.

Era cierto. Me hacía sentir mal, pero esa noche quería a Jonny sólo para mí. Él y yo. En el agua y luego juntos en la orilla. No obstante, no quería dejar sola a Laura.

-No pasa nada. Puedes quedarte con nosotros.

-Al menos dilo como si realmente lo pensaras -replicó Laura, y luego sonrió.

-No, es sólo que...

-No te preocupes, me iré en cuanto te reúnas con él. Vamos.

-Tengo que decirle a Jonny dónde nos encontraremos.

Me dirigí hacia el camino que se alejaba de los bosques. Laura cruzó los brazos por encima del pecho y me siguió con paso vacilante. Las voces y las risas se oían más cerca. Había una veintena de chicos en un tosco rombo dibujado en medio del campo; algunos jugaban, otros permanecían sentados en el sendero de tierra que había junto al

aparcamiento. Los vehículos estaban aparcados de cualquier modo en la maleza que había detrás de ellos, junto a un camino serpenteante que bajaba desde la carretera. El terreno de juego no era más que césped y maleza, lo bastante pequeño como para lanzar la bola al cenagal con un golpe fuerte. Por encima de las espadañas, vi un arroyo que zigzagueaba en dirección al lago.

Hacia el oeste, el cielo estaba negro como el carbón. Ráfagas de rayos hacían resplandecer a las nubes, y olía a lluvia. Desde algún lugar cercano, uno de los senderos que formaban una telaraña a través del extenso parque, escuché el sonido de los petardos.

Jonny estaba jugando en la primera base. Los árboles se acababan en el linde del campo de béisbol, y al salir Laura y yo nos encontramos detrás de él. Se giró al ver a los otros chicos saludarnos con la mano. Algunos nos silbaron. Había botellas de cervezas vacías tiradas por todas partes.

Jonny tenía una expresión seria, pero sus rasgos se suavizaron al verme. Me había acostumbrado a volverme invisible siempre que estaba con Laura, pero en cambio Jonny me miraba como si no viera a nadie más. Me gustaría poder explicar qué clase de conexión había entre nosotros o por qué ésta se produjo con tanta rapidez. La verdad es que no tengo ni idea. Por supuesto que es un chico atractivo. Alto y delgado, aunque aún falto de carne y músculo, como la mayoría de chicos. Y también tiene esa mata de pelo larga y ondulada que parece indomable. Y esos ojos extraordinarios. Eso fue lo primero en lo que me fijé: en sus ojos, oscuros y profundos. En ellos puedo verlo todo. Dolor. Pérdida. Humor negro. Intenciones serias. Es tan intenso que de vez en cuando tengo que bajarle los humos, y a él no parece importarle que le lastime el ego.

En este momento está buscando. Lo comprendo, porque también yo lo hice después de que mi madre muriera. Tenía catorce años y pasé mucho tiempo buscando, preguntándome adonde iría, qué haría, en qué me convertiría. Ahora me siento como si hubiera hallado las respuestas, pero Jonny perdió a su padre hace tan sólo nueve meses, y aún está buscando su camino. Creció deseando echarse a la mar como su padre, pero ya no lo desea. Su madre no permitirá que otro Stride vuelva a embarcarse en un barco metalúrgico. Tampoco creo que Jonny quisiera hacerlo ya. Como si el lago le hubiera traicionado al llevarse a su padre. Ahora el lago es el enemigo.

No sé qué hará, pero sé que cuando lo averigüe, se volcará en ello en cuerpo y alma. Como se vuelca en cuerpo y alma en mí.

Jonny gritó algo al *pitcher*, que agarró la pelota y le esperó. Salió de la base y se acercó corriendo hasta nosotras. Llevaba pantalón corto y zapatillas de deporte, y el pecho desnudo. Me besó.

-Hola.

-Hola.

Nos comportábamos con torpeza el uno con el otro porque sabíamos lo que estábamos pensando en ese momento. Resulta excitante, inquietante y desconcertante saber que vas a hacerlo.

-Vamos a bajar hasta el lago -le dije-. Nos encontramos allí, ¿vale?

-Vale.

-¿Tardarás mucho?

-No, casi hemos acabado, y de todas maneras la lluvia nos va a estropear el partido dentro de unos minutos.

-Bien. Te quiero.

-Yo también te quiero.

Jonny volvió a besarme. Saludó a Laura con la mano y vi que se preguntaba si podríamos estar los dos a solas. Una parte de mí quería que Laura se quedase porque estaba nerviosa por lo que estaba a punto de suceder. Pero otra parte de mí no podía esperar a dar el gran salto.

Seguimos caminando por el borde del terreno de juego hasta llegar a otro sendero que bajaba a lo largo del arroyo hacia el lago. Los chicos nos seguían con la mirada. Hacían bromas. Laura se quedó a mi izquierda y clavó la vista en el suelo.

Me di cuenta de que entre los chicos también se encontraba Peter Stanhope. Era el siguiente en batear. Tuvimos que pasar a escasos metros de él, que agarró el bate y se nos quedó mirando todo el rato, con la cabeza vuelta para seguirnos el rastro con los ojos brillantes. Laura no levantó la vista en ningún momento, aunque diría que sabía que él estaba allí. Era a Laura a quien él quería. No dijo ni una palabra a ninguna de las dos, pero sentíamos su presencia. Peter tenía mucho aplomo porque estaba muy seguro de sí mismo. No era tan alto como Jonny, pero sí de complexión robusta y fornida. Tenía una espesa mata de pelo rubio, peinado con la raya en medio y echado hacia atrás en dos ondas. Mascaba chicle implacablemente y sus labios siempre estaban curvados en una perpetua sonrisa de suficiencia que formaba unos hoyuelos en sus mejillas. Su piel era rubicunda y pecosa.

Muchas chicas le iban detrás. Querían que las llevara en su Trans Am. Nadar en la piscina de dimensiones olímpicas que su padre tenía en el jardín trasero. Peter iba de chica en chica, haciendo lo que había hecho con Laura: presionarlas para que se acostaran con él. La mayoría decía que sí. Se rumoreaba que hasta se había encamado con un par de profesoras casadas del instituto. Ésa es la clase de vida que uno lleva cuando se apellida Stanhope. La palabra «no» no existe en tu vocabulario. El padre de Peter, Randall, es propietario de un gran negocio minero en el puerto. La gente le tiene miedo. Es el tipo de hombre que obtiene cuanto quiere con una llamada de teléfono. Así que también Peter vive de esa manera. Apoderándose de cuanto desea.

Yo le guardaba rencor porque en casa no había tanto dinero; me imaginaba que cualquiera que poseyera esa fortuna la habría conseguido pisando a quien hiciera falta. Tampoco me gustaba la forma en que trataba a Laura. Nunca acabé de entender por qué Laura salió con él. Aunque a él poco le importaba lo que pensara yo. Yo no era nadie. Miraba a través de mí y yo veía cómo en su mente calenturienta le arrancaba la ropa a Laura.

-Vamos -le dije a ella.

Nos alejamos deprisa del terreno de juego. Al internarnos en el bosque el cielo volvió a oscurecerse. Laura miró hacia atrás, como si Peter nos estuviera siguiendo.

-Es un asqueroso -dije.

Laura no abrió la boca.

El arroyo lamía las piedras que había al lado del sendero. Caminamos junto a él durante unos diez minutos, hasta que el riachuelo se dispersó entre los árboles y llegó a un nido marrón de espadañas, desde donde podíamos ver el agua azul medianoche del lago reunida en la orilla más allá de la maleza. Corrimos hacia la playa.

Mis pies levantaban la arena a medida que me acercaba al agua, donde chapoteé en la espuma. Un puñado de patos alzó el vuelo ruidosamente.

-¿Quieres nadar? -le pregunté a Laura.

-No he traído traje de baño.

-¿Y qué?

Ella negó con la cabeza.

Salí del agua y me senté en la arena. Laura dejó caer la mochila de su hombro y tomó asiento junto a mí. No hablamos. Contemplé la mancha negra del cielo que crecía como si se acercara cada vez más. La parte norte del lago estaba oscurecida por el anochecer, y la línea donde el agua se transformaba en árboles era imposible de distinguir. En ese lado había otra playa y más senderos que descendían desde el otro lado del parque.

La cálida brisa se volvió más fresca. Laura estaba sentada con los brazos alrededor de las rodillas, y miraba fijamente el agua.

-Anoche papá y tú tuvisteis una buena -dije.

Las peleas no eran nada nuevo entre ellos, pero ésa había sido peor que de costumbre.

-No quiero hablar de ello -contestó Laura.

-¿Por qué ha sido esta vez? -insistí.

-Por nada.

Apartó la mirada para que me callara. Movía las piernas con nerviosismo. Torció el cuello para mirar por encima del hombro y pensé que iba a levantarse y salir corriendo.

-¿Qué pasa? -pregunté.

-No pasa nada -respondió.

-¿Estás segura?

Laura se encogió de hombros.

-La vida es extraña.

-¿Por qué?

-No sé. Sólo es extraña.

-También tú eres bastante extraña -le dije sonriendo.

No me devolvió la sonrisa.

-Lo siento -me disculpé-. Era una broma.

-No pasa nada.

La lluvia me salpicó la piel.

-En serio, ¿qué pasa?

-Sólo pensaba en cosas.

-¿Como qué?

Laura se abrazó las rodillas. La llovizna caía como lágrimas sobre sus mejillas.

-¿Crees que serías capaz de matar a alguien? -preguntó.

La miré fijamente.

-¿Qué clase de pregunta es ésa?

-Quiero decir, ¿crees que sólo un demente podría hacer algo así?

Intenté descifrar la expresión de su rostro, una máscara de sombras. Entonces me di cuenta de que lo que había en su rostro no era lluvia, sino lágrimas.

-Me estás asustando, Laura. ¿De qué va todo esto?

-¿Y si te dijera que papá abusa de mí? -preguntó-. ¿Lo matarías?

Me estremecí.

-¡Oh, Dios mío! ¿Ha pasado algo entre vosotros?

Laura negó con la cabeza.

-No, no se trata de eso.

-Pues entonces, cuéntamelo.

-Ahora ya no importa.

Temía que Laura hubiera llegado al límite de su capacidad para abrirse a mí.

-Laura, por favor.

-Sólo desearía que las cosas no fueran tan complicadas -contestó.

-¿Qué cosas?

-No sé. Todo. -Laura me miró-. ¿Puedes guardar un secreto?

-Desde luego.

-¿Incluso con Jon?

-Si tuviera que hacerlo, por supuesto que sí. ¿De qué se trata?

No me lo dijo. No tuvo ocasión. Esta vez, lo oímos las dos. Algo crujió en los bosques que teníamos detrás. Nos giramos y escuché a Laura aspirar hondo. No vimos a nadie, pero allí había alguien.

-¿Jonny? -grité.

Nadie respondió.

-Quédate aquí -dije.

Esta vez no chillé. Arremetí contra los bosques: corrí a toda velocidad sobre la arena hasta el sendero, donde derrapé y me detuve. Presté atención pero tan sólo escuché el viento mientras se deslizaba con frenesí, devolviendo el bosque a la vida. Di una vuelta sobre mí misma con los ojos entrecerrados mientras trataba de penetrar en la oscuridad. Observé el lugar donde creía haber oído una rama romperse; me quedé allí clavada.

Sabía que no estaba sola.

Oí a Laura gritar, y en cuanto me giré a mirar hacia la playa, me di cuenta de que volvía a llover. El agua caía a raudales. Los relámpagos chisporroteaban y los truenos sacudían el bosque. El ruido se extendía por todas partes. Quienquiera que estuviera cerca de allí, podía servirse de la tormenta para escapar.

Aguardé unos segundos más y después me llegó el olor de algo raro y empalagosamente dulzón por encima del frescor de la lluvia.

Marihuana.

Tish Verdure sostenía un *gin- tonic* entre las manos y estudiaba la hilera de envejecidas fotografías deportivas de instituto que colgaban encima de las mesas del bar del centro de la ciudad. Una de ellas era una foto de grupo del equipo de hockey en un campeonato estatal. La otra era de una toma en movimiento de dos chicos blancos y altos que disputaban una canasta de baloncesto. En una tercera, una vitoreante sección de jugadores de béisbol en el banquillo de un estadio, con los bates desparramados por el suelo. Algunas de las fotografías eran de su promoción, de la década de los setenta, y algunos rostros le resultaban familiares. Por lo que ella sabía, alguno de esos chicos se encontraban en ese instante en el bar. Aunque no los hubiera reconocido.

La camarera, una aburrida estudiante de la Universidad de Maryland con una camiseta de los Rascal Flatts, le dijo que uno de los hombres que había en el bar quería invitarla a una copa. Tish la despidió con la mano sin molestarse en echar un vistazo al hombre en cuestión. No era la primera vez que le sucedía esa noche. Los hombres presuponían que lo único que buscaba una mujer sola en un bar era ligar, cuando lo que ella deseaba en realidad era emborracharse. Tish sabía que fumaba y bebía demasiado. Una manera más de matar los días y las noches.

Se preguntaba si no había cometido un error al regresar. Remover su vida no la iba a llevar a ningún sitio, aparte de que había mentido sobre su pasado. Stride lo sabía; lo vio en sus ojos cuando él la miró. Una parte de ella deseaba hacer las maletas y marcharse de allí antes de que las cosas fueran a peor, pero se lo debía a Laura. Y también a Cindy. Le había hecho una promesa alocada, y ya no podía postergar por más tiempo su obligación de cumplirla.

Pagó su consumición. Era la una de la madrugada. Salió del bar, atravesó la muchedumbre de fumadores que se agolpaba ante la puerta y paseó por delante de los oscuros escaparates de camino a su coche de alquiler. En lugar de entrar en el auto, pasó de largo y bajó por la empinada pendiente hacia la esquina de la Segunda Avenida. Se detuvo en el parquímetro del bordillo y miró fijamente en diagonal al otro lado de la calle, allí donde un retazo de periódico arrugado se elevaba volando por un edificio de ladrillo como una planta trepadora.

Los bajos del edificio albergaban una tienda de teléfonos inalámbricos tras sus grandes ventanales. Las luces de neón brillaban intensamente en el escaparate.

Cuando era niña, ese mismo espacio lo ocupaba una sucursal bancaria. El banco donde su madre trabajaba como cajera.

Tish estaba en el instituto cuando ocurrió. El policía que fue a buscarla tenía un

lunar negro en la mejilla y el aliento le olía a café requemado. Se la llevó a la comisaría y la metió en una habitación blanca; después, una mujer con un vestido floreado entró y se lo contó. Eso fue todo. Esa noche durmió en compañía de extraños.

—Estoy en casa, mamá —murmuró Tish al aire.

Se dio la vuelta, de manera que el antiguo edificio del banco quedó detrás de ella, y se encaminó con paso resuelto hacia su coche. El aire fresco disipó parte del alcohol que le nublaba la mente. Condujo hacia el norte alejándose del centro a través de calles sin tráfico. Los semáforos estaban en verde. Giró a la derecha en la avenida Veintiuno, cruzó la autopista y tomó una curva pronunciada hacia la carretera del barranco que llevaba a la casa que había alquilado. Aparcó bajo los árboles del final de la calle y salió del coche. Encendió un cigarrillo y se quedó allí, fumando y dejando que el pitillo se consumiera. El lago titilaba a sus pies. Los abedules eran siluetas con miles de brazos, vivos y en movimiento. Detrás, el paso elevado de la autopista retumbaba en sus zancos como un gigante de hormigón. Se sentía rara. Como si unos ojos la estuvieran observando. Así es como Laura debió de sentirse. Tish se estremeció, pero se acabó su cigarrillo antes de aplastar la colilla en la calle y echar a andar hasta la puerta principal.

Se detuvo. Paralizada.

Uno de los minúsculos paneles cuadrados de la vidriera de la puerta estaba roto y dejaba salir un haz de luz blanca. El panel roto estaba cerca del pestillo.

Tish retrocedió y aguzó el oído. Todo estaba tranquilo. Miró detrás de ella con una punzada de pánico. La sensación de ser observada desapareció. Estaba sola, pero se sentía mancillada. Llamó a la policía desde el móvil. Le dijeron que enseguida llegaría un coche patrulla. Saber que la ayuda se presentaría al cabo de poco le proporcionó el valor suficiente para acercarse de nuevo hasta la puerta principal, que no estaba cerrada con llave, y abrirla con el codo. Dio un paso cauteloso hacia el recibidor tratando de escuchar algún sonido que delatara la presencia de un extraño. Tomó aire en un intento de detectar el rastro de quienquiera que hubiese estado allí, pero lo único que captó fue el persistente olor a pintura de las reformas que se habían llevado a cabo en la vivienda antes de su llegada.

Por lo que vio, nada parecía fuera de su lugar. No faltaba nada. No obstante, tan sólo hacía unos cuantos días que estaba en la ciudad, los suficientes para armarse de valor e ir a ver a Stride y para visitar la playa norte del parque. Una peregrinación para volver a sentir el espíritu de Laura.

Todo cuanto tenía se reducía a una maleta y algo de comida.

Tish aguardó durante un buen rato en la puerta delantera y, cuando se convenció de que estaba sola, se dirigió hacia el dormitorio. Sus papeles estaban esparcidos por la cama, pero no de la manera en que ella los había dejado. Su ropa estaba en parte

dentro y en parte fuera de los cajones. El armario estaba abierto al igual que su maleta. Tish contuvo la respiración e inmediatamente después se acercó hasta la maleta y abrió la cremallera de la redecilla que había encima del compartimiento principal y dio con el bolsillo oculto de su interior. Rebuscó tan hondo como le fue posible y respiró aliviada.

La carta de Cindy aún estaba ahí. Sin tocar. Y también el recorte de prensa sobre el atraco.

Regresó a la sala de estar y se sentó a esperar a la policía. Obviamente, sin importar el poco tiempo que llevaba allí, alguien sabía que había vuelto.

Y ese alguien quería que se fuera.

Tendido boca arriba en la cama, Stride contemplaba el techo. La ventana del dormitorio estaba abierta y se oía el oleaje del lago Superior al abordar la costa desde el otro lado de la duna. La estrecha franja de playa se hallaba a escasos pasos de la puerta trasera de la vivienda. Tish tenía razón cuando decía que en los viejos tiempos casi nadie vivía todo el año en el Point. La gran mayoría de chalés como el suyo no se utilizaban más que para las escapadas de verano. En la actualidad, eran urbanizaciones de primera residencia. Las casas viejas se derruyeron y se sustituyeron por mansiones y chalés. Cualquier cosa en cualquier parte de la orilla del lago se convertía en oro. A él le gustaba más tal como estaba al trasladarse allí con Cindy, cuando la gente se preguntaba por qué a alguien le gustaría vivir en el epicentro de las tormentas del lago Superior. Tampoco Stride estaba muy seguro del porqué, pero el lago era tan vasto que a veces sentía como si contemplara la eternidad.

Serena se hallaba sentada con las piernas cruzadas, observándolo. Las luces estaban apagadas. En ocasiones él cerraba los ojos y esperaba ver al abrirlos a Cindy allí sentada, en la misma pose, con una sonrisa torcida en el rostro. Como si todo el tiempo pasado hasta ahora sólo hubiera transcurrido en su imaginación. Como si en realidad no se acercara a la cincuentena. Como si en realidad no hubiera sido lacerado por la muerte y la pérdida. Era un adolescente. Un policía. Un esposo joven. Todo lo que iba a ser estaba por llegar, no por concluir.

—¿Sabes qué es lo que recuerdo de aquella noche? —le dijo a Serena—. Aparte de Cindy y de mí, quiero decir. Recuerdo el bate de béisbol.

Serena guardó silencio. Lo veía como en un videoclip que se reproducía en bucle en su mente una y otra vez. En primer plano. El bate dando vueltas y más vueltas.

—Era el bate de Peter. Uno de esos de aluminio. Plateado brillante. No dejaba que nadie lo utilizara. Lo recuerdo practicando lanzamientos y escuchando el zumbido del bate. Aún puedo verlo en sus manos. En lo único que puedo pensar es en que, no mucho después, alguien usó ese mismo bate para golpear hasta la muerte a una

muchacha inocente. La chica que iba a ser mi cuñada. Alguien la atacó y la golpeó sin parar.

—Si era el bate de Peter, ¿cómo acabó en manos de otra persona? —preguntó Serena hablando casi en un susurro.

—Así que supones que fue eso lo que sucedió.

—Has dicho que se encontraron las huellas dactilares de otra persona en el bate.

—Sí, es verdad —admitió él—. Alguien más lo usó. La persona que asesinó a Laura. Ésa es la única explicación que durante todos estos años ha tenido algún sentido para mí.

—¿Cómo acabó el bate en la escena del crimen?

Stride recordó. Vio el bate de nuevo en su mente. En primer plano. En el terreno de juego.

—Empezó a llover —dijo—. Y echamos a correr. La tormenta era muy intensa. De repente todo se oscureció. Sonaba como un tren, como un tornado. Bajé por los bosques para encontrarme con Cindy y Laura en el lago. Peter estaba en la segunda base y se largó de allí en cuanto comenzó el aguacero. Mientras yo corría hacia el sendero vi el bate de Peter tirado en la maleza. Debió de olvidarse completamente de él. Así que cualquiera pudo haberlo cogido. Había muchos chavales con nosotros en el campo.

—¿Pero...? —preguntó Serena al verlo dudar.

—Pero recuerdo que pensé que Peter regresaría a por el bate.

Stride se distrajo viendo cómo Cindy y Laura se alejaban. Estaba ansioso por que el partido acabase de una vez. Aún sentía el sabor de sus labios, que siempre era el mismo: a polo de fresa. Cuando se besaban, cuando se entrelazaban, era como si la corriente pasara entre ellos. Tuvo una erección al pensar en lo que iban a hacer después. Si es que realmente iban a hacerlo. Si es que realmente ella quería. Él creía que estaba nerviosa. Se preguntaba si había traído a Laura consigo a modo de escudo protector, y tener así una excusa para no acostarse con él. Sin embargo, cuando las dos chicas desaparecieron entre los árboles, vio que Cindy se volvía a mirarlo, y su rostro le dijo que nada había cambiado. Ella le quería. Le estaba esperando.

Echó un vistazo al cielo oscuro. El tiempo apremiaba. Se golpeó con impaciencia en el hueco del guante. Dave McGill estaba en la meta y seguía lanzando bolas que driblaban hasta el borde del campo, donde Raymond Anderson, el catcher, tenía que recogerlas. Stride creía que suspenderían el partido enseguida. Olía a lluvia, y de inmediato sintió que el cielo le goteaba en la cara. Nadie más se dio cuenta.

Finalmente, McGill lanzó fuera. Peter Stanhope ocupó su puesto, balanceando el bate de béisbol de forma teatral con una arrogante sonrisa. En realidad, Stride

apenas conocía a Peter, excepto por su reputación. No eran amigos. No salían juntos. Lo único que tenían en común era el béisbol. La conversación más larga que recordaba haber mantenido con él fue acerca de Rod Carew.

Peter bateó con fuerza y falló. Strike uno.

Stride vio un destello e imaginó el bate de Peter, suspendido por encima de su cabeza, atrayendo la corriente como un pararrayos. Menos de cinco segundos después, los truenos azotaban el terreno de juego con su redoble.

Peter bateó de nuevo. Strike dos. Su rostro se contrajo por el esfuerzo y la frustración. Sus mandíbulas mascaban chicle con furia. Era un buen bateador, aunque demasiado impaciente, siempre en busca de un cuadrangular con cada lanzamiento. Fallaba los golpes muy a menudo. Sin embargo, al tercer lanzamiento, su bate de aluminio azotó la bola con un sonoro «ting» y ésta salió propulsada por encima de la cabeza de Stride fuera del campo, donde cayó limpiamente. Peter trotó hasta la primera base. Se agachó, recogió media botella llena de Grain Belt, la vació de un trago y la arrojó a la maleza. Se limpió la boca con la punta de su camiseta sin mangas.

—Así que Cindy Starr y tú, ¿eh, Stride? —comentó.

—Pues sí.

—Ya sabrás que el premio gordo es su hermana. —Stride no replicó—. Las tetas de Laura son las mejores —continuó Peter—. La mitad de los tíos aquí presentes se han empalmado cuando ellas han pasado por aquí. ¿Por qué no lo intentas con Laura?

—Porque me gusta Cindy.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es?

—¿Y a ti qué te importa? —contestó Stride.

—No me pone cachondo, si es eso en lo que estás pensando. Sólo me preguntaba si el papel de princesita es cosa de familia.

—¿Y eso qué diablos significa?

—Quiero decir que Laura se pavonea como si fuera la reina de las nieves —replicó Peter—. Y alguien tiene que bajarle los humos.

—Cierra el pico —dijo Stride.

—¿Y qué hay de Cindy? ¿También es una bollera frígida como su hermana?

Stride se quitó el guante de béisbol y le dio un empujón a Peter en el pecho con las manos desnudas. Peter trastabilló hacia atrás, perdió el equilibrio en el césped húmedo y aterrizó de culo en el fango. Stride se lo quedó mirando con los puños cerrados y levantados, dispuesto a pelear. Oyó los gritos de algunos de los chicos en el terreno de juego. El pitcher tiró la bola; el bateador arrojó el bate; todos se congregaron alrededor de Stride.

Peter se echó a reír mientras se levantaba, sacudiéndose la tierra de encima. Los

apartó con la mano.

—Eh, no pasa nada. Me lo estaba buscando.

Stride lo observó con detenimiento a la espera de un golpe bajo.

—No te hagas mala sangre —continuó Peter—. Es que me gusta demasiado saber hasta dónde puedo pinchar a la gente antes de que me la devuelvan. Es una lección que aprendí de mi padre.

—Pídeme perdón —le ordenó Stride.

—Pues claro. Lo lamento. ¿Te vale? Necesitas tranquilizarte, Stride.

Stride le ignoró. El juego continuó. El bateador lanzó un golpe fuerte y otro ocupó su posición. Una entrada más y se acabó. Apenas distinguía las jugadas en el campo a medida que la noche caía y las nubes oscuras se reagrupaban.

—¿Has visto El abismo? —preguntó Peter.

Stride gruñó. Cindy y él habían ido a verla el fin de semana anterior.

—Yo la he visto tres veces —explicó Peter—. ¡Joder, cómo estaba Jacqueline Bisset con esa camiseta! ¡La hostia! Ya me gustaría que las actrices como se le parecieran. La semana pasada vi Teenage Sex Kitten en el centro. Menudo hatajo de fracasadas. Eso no eran tetas sino granos.

En la meta, Gunnar Borg le dio a una bola que pasó por delante del pitcher con un salto irregular al rebotar en una piedra medio enterrada en el campo. Stride saltó hacia su derecha y recogió la bola. La agarró del guante y se preparó para lanzarla a Nick Parucci a la segunda base en busca del out. Y luego vio las estrellas. Peter Stanhope se le echó encima, arrojándolo a tierra con el hombro izquierdo y haciendo que se le cayera la pelota de las manos. Stride se puso en pie rápidamente y volvió a recoger la bola de la hierba pero, mientras tanto, Peter ya estaba en la segunda base con una sonrisa de oreja a oreja, y el otro corredor permanecía en la primera.

El costado derecho de Stride estaba negro de tierra. Se sentía como si alguien le hubiera golpeado con una pala.

—No te metas conmigo, Stride —gritó Peter.

Stride volvió a lanzar la bola al pitcher, giró sobre sus talones y se marchó corriendo hacia la primera base. Gunnar Borg se echó a reír.

En ese preciso instante, al fin el cielo se abrió.

El viento empezó a soplar con fuerza y se puso a llover a cántaros. Las gotas les acribillaban como agujas. Comenzaron los relámpagos, como si reventaran bombillas, y los chicos echaron a correr hacia los coches aparcados de cualquier modo en la maleza. Stride también corría, pero en la dirección opuesta: hacia los bosques y el lago. El campo estaba inundado, como un río de lodo. Al pasar, Stride vio botellas de cerveza, un guante de béisbol tirado y bolsas de patatas vacías. El bate de aluminio de Peter Stanhope estaba donde lo había arrojado al correr hacia la primera base. Stride oyó un grito unos metros más allá y luego el rugido de los

motores de los automóviles. Los faros se reflejaron a lo largo del terreno de juego. Sonaron las bocinas.

El chaparrón lo siguió hasta el bosque. La lluvia caía de lleno en un millón de hojas. La melena se le pegaba a la piel. Corría, y como estaba demasiado oscuro para ver lo que había en el camino, puso mal un pie, dio un traspié y se hizo un corte en la rodilla. Le escocía, pero la lluvia le limpió la sangre. Se apartó el agua de los ojos y se peleó con las ramas de un árbol torcido que se inclinaba sobre el sendero. Sus larguiruchas ramitas le devolvieron el golpe y le arañaron el rostro.

Olía a leña chamuscada y pensó que una parte de los bosques cercanos podía haberse incendiado. Cuando el siguiente relámpago retumbó, vio un reflejo anaranjado en la superficie del agua y una cortina de lluvia plateada más allá de los árboles. El lago no estaba lejos. Aceleró la marcha.

Entonces, Stride escuchó un extraño sonido.

Un silbido.

Lo oyó tan cerca como si alguien estuviera junto a su hombro. Se giró y apretó el paso a través de la maleza que cubría el sendero hasta llegar a un minúsculo claro. Alguien había prendido allí una hoguera. Unas cuantas brasas aún estaban calientes, y las que estaban empapadas por la lluvia humeaban. Ése era el olor a quemado que había olido. No vio a nadie en el claro, pero entonces una sombra lo bastante grande para tratarse de un oso se apartó de un abedul y se acercó a la hoguera agonizante. Instintivamente, Stride se retiró. El hombre no le vio enseguida. Era un negro enorme, de casi dos metros, con rastas hasta los hombros y una estrafalaria boina de colorines roja, verde y oro. Tenía las extremidades tan gruesas como los troncos de un árbol gigantesco y los músculos muy marcados. Vestía una camiseta blanca y unos pantalones negros holgados con las mismas rayas tricolores de la gorra.

Stride le reconoció. Le llamaban Dada. Era uno de los vagabundos que merodeaban junto a la vía férrea durante los meses cálidos. Dada estaba silbando, no como un tipo nervioso en un cementerio, sino como un pájaro cardenal al final del invierno. Libre. En voz alta. Stride dio marcha atrás en silencio, pero Dada ya le había visto. Sus ojos se encontraron. La música que emitían sus labios se extinguió. Stride vio cómo los labios del hombre se curvaban en una sonrisa, mostrando sus dientes blancos que contrastaban con su piel carbón. Dada no parecía ni asustado ni sorprendido. Se rió mientras Stride regresaba al sendero sin decir palabra. Su risa tardó en desaparecer de los oídos de Stride y se debilitó a medida que la tormenta la ahogaba.

Continuó andando hacia el lago, guiándose por el instinto mientras avanzaba trabajosamente a través de los árboles. El agua le resbalaba por la cara. Los mosquitos le atacaban y él los aplastaba con los dedos. No sabía cuántos minutos

quedaban hasta que el camino desembocara en el claro de arena y sus ojos fueran capaces de ver lo que tenía delante.

Primero vio a Laura. Se había refugiado bajo un pino viejo; sus ramas extendidas formaban una techumbre verde por encima de su cabeza. Tenía la ropa empapada. Agarraba la mochila contra su pecho y miraba fijamente entre los resquicios del agua. Parecía inhibida, ansiosa. Cuando le tocó el hombro, gritó y se tapó la boca con la mano.

—Soy yo —dijo él.

—Me has dado un susto de muerte.

—¿Dónde está Cindy? —preguntó.

Laura señaló con un dedo. Él dirigió la vista hacia la playa, y allí estaba ella. Se había quitado los pantalones cortos y estaba en biquini, bailando bajo la lluvia. Ésa era Cindy. Una ninfa del agua. Un espíritu libre.

—¡Hola! —gritó Stride.

Cindy se detuvo al verle y subió dando saltos por la playa con los pies desnudos.

—¡Hola! —saludó ella.

Le pasó los brazos alrededor del cuello y lo besó. La piel de Cindy estaba mojada y era suave. La larga melena le caía por el rostro.

—¿Quieres irte a casa? —le preguntó Jonny—. No contábamos con la tormenta.

—No, no, quedémonos —insistió ella.

—¿Estás segura?

—Sí. De verdad. Quiero quedarme, Jonny.

Laura se colgó la mochila al hombro y se metió los pulgares en los bolsillos de los vaqueros. Les dirigió a ambos una extraña sonrisa.

—Portaos bien, ¿de acuerdo, chicos? Tengo que irme.

Cindy la miró dubitativa. Se mordió el labio inferior.

—No, mejor no lo hagas, Laura. Y menos sola.

—Estoy bien, hermanita.

—Quédate con nosotros. No pasa nada.

—Vosotros dos no necesitáis una carabina. Esta noche no. Te dije que me iría en cuanto viniera Jon.

—Nos iremos contigo —dijo Stride—. Los tres.

—Sí, nos vamos juntos —afirmó Cindy.

Laura abrazó a Cindy con fuerza.

—Quedaos. No os preocupéis por mí.

—Ni hablar. ¿Cómo vas a ir a casa? No te puedes ir en coche ahora. Estoy segura de que todos se han largado en cuanto ha empezado a llover.

—Puedo subir andando hasta la carretera y coger un autobús.

—No, no, no; eso es una locura. Vamos, nos iremos juntos.

Laura se apartó de su hermana y le puso una mano en el pecho.

—Mira, no te lo tomes como un acto de nobleza por mi parte. Te quiero, pero tengo que irme.

—Pero no sola —repitió Cindy—. No dejaré que te vayas sola.

—No estaré sola —contestó Laura.

—¿No iba a estar sola? —preguntó Serena—. ¿Tenía que encontrarse con alguien?

Stride asintió desde la cama.

—Eso fue lo que nos contó.

—¿Con quién?

—Peter Stanhope dijo que con él. Le explicó a la policía que Laura y él tenían una cita.

—¿Le creíste?

—Su historia coincidía con los hechos, pero Laura le había explicado a Cindy que había cortado con Peter porque él la presionaba para mantener relaciones sexuales. Y Tish me contó lo mismo.

—A no ser que Laura no quisiera que nadie supiera que aún se veían.

—Sí, es posible.

—¿Qué sucedió después? —quiso saber Serena.

Stride se detuvo a escuchar el oleaje tras la ventana. La vieja casona vibraba con el azote del viento.

—No lo sé. Ésa fue la última vez que vi a Laura. Algo le sucedió en el campo de béisbol, donde se encontró una de sus zapatillas. Pero no la mataron allí. Cogió otro camino al llegar al terreno de juego y fue a parar a una playa del lado norte del lago, a casi un kilómetro y medio de distancia. Allí es donde Cindy la encontró.

—¿Así que el bate de Peter no se encontró en el campo de béisbol donde lo viste por última vez? —preguntó Serena.

—No. Estaba en la playa junto al cadáver. Alguien cogió el bate, siguió el sendero que llevaba del campo de béisbol a la playa y allí mató a Laura. También se encontró algo más.

—¿Qué?

—Nadie sabe nada al respecto —dijo Stride—. Jamás se notificó a la prensa. Me enteré cuando al hacerme cargo del departamento de detectives revisé el archivo. La policía encontró semen cerca del cuerpo.

—¿Laura mantuvo relaciones sexuales esa noche? —preguntó Serena.

Stride negó con la cabeza.

—No se encontró en el cuerpo, sino cerca del cuerpo. En los bosques colindantes a la playa donde Laura fue asesinada. Pasara lo que pasase, allí había alguien mirando. O bien el que la asesinó o bien el que vio quién lo hizo.

¿QUIÉN MATÓ A LAURA STARR?

Por Tish Verdure

¿Qué recuerdo de aquella noche?

Recuerdo que estábamos los dos solos, después de que Laura se marchara por el sendero que llevaba al terreno de juego. Jonny y yo. Sé que fue una equivocación dejar que ella se fuera, pero en aquel momento el deseo nos cegaba. Cualquiera de los dos podría haber tomado una decisión diferente. En ese caso, la noche hubiera transcurrido de otra manera. Intento no pensar demasiado en ello. En la vida sucede lo que tiene que suceder. Y lo mismo ocurre con la muerte.

Recuerdo que abandonamos el refugio de los árboles cogidos de la mano. La lluvia caía a raudales, pero los relámpagos habían desaparecido y también los truenos; sólo había viento y agua. Puede parecer romántico, aunque en realidad a nosotros nos hacía gracia. Nos reíamos. Parpadeábamos y tragábamos aire como los peces, como si respiráramos bajo una cascada. Tiritábamos de frío. El viento nos azotaba como si fuéramos muñecos.

Recuerdo que dije:

-Vayamos a nadar.

Tuve que dar el primer paso. Si Jonny se hubiera atrevido a quitarme la ropa, yo le habría dejado, pero él nunca hubiera hecho eso. Me desabroché la parte de arriba del biquini por la espalda, dejé que los tirantes me colgaran de los hombros y vi cómo mis pechos blancos se liberaban de la prenda en la oscuridad. Los cubría mi melena larga y húmeda. Me aparté el pelo para que él pudiera verme. Mis pezones rosados y las pequeñas protuberancias de alrededor estaban hinchados. Le cogí la mano para que me tocara; guiando sus dedos con los míos le mostré cómo acariciarlos y frotarlos de la manera que a mí me gustaba. Cuando volvimos a besarnos, recuerdo la sensación de nuestros pechos húmedos y desnudos presionando el uno contra el otro.

También recuerdo que di un paso atrás y me quedé con la vista fija en los pies mientras me quitaba la parte de abajo del biquini, y lo nerviosa y avergonzada que me sentí al quedarme desnuda delante de él. Era incapaz de mirarle a los ojos. Sentí la imperiosa necesidad de taparme, una tontería. Recuerdo que reuní el valor suficiente para levantar la vista, extender los brazos y decir:

-Ahora ya lo has visto todo.

No pude controlarme y me eché a reír. Él estaba paralizado. La expresión de su rostro era de sobrecogimiento.

-Eres preciosa -me dijo.

Lo era, pero ¿cómo no va a ser una preciosa con diecisiete años? Yo no era una modelo, aunque sí la chica a quien él amaba. Recuerdo que crucé los brazos por encima del pecho y le dije:

-Te toca.

Él lo tenía peor que yo. Como todos los chicos. Yo sentía una gran curiosidad, a pesar de que no le demostré hasta qué punto. Se quedó atascado. Se peleó con los pantalones. Cuando se los quitó, vi que sus calzoncillos eran aún más blancos que mis pechos privados de sol. Tenían una protuberancia debido a su erección. Parecía tan nervioso como yo cuando acabó de desvestirse, y le llevó más tiempo que a mí volver a mirarme.

Recuerdo que quería alargar la mano y tocarle, pero no lo hice.

-¿Estamos preparados para esto? -preguntó.

-Tú sí que lo pareces.

-No es eso lo que quiero decir.

-Ya sé lo que quieres decir.

No, yo no estaba preparada. Tenía un miedo atroz. Y sabía que también él lo tenía. Pero no iba a echarme atrás.

Recuerdo que nadamos. Paseamos nuestra desnudez por el lago oscuro, con la lluvia cayendo en cascada. El lecho del lago era una mezcla resbaladiza de arena y piedras bajo nuestros pies. El agua nos envolvía y nos llegaba al cuello. Te sientes tan expuesto y vulnerable cuando estás desnudo y sumergido, con el cielo entero extendiéndose sobre tu cabeza. Tienes pensamientos extraños acerca de lo que puede haber allí contigo. Recuerdo que grité cuando un pez que nadaba entre nosotros me rozó el estómago, aunque, desde luego, enseguida me di cuenta de que no se trataba de un pez y me alegré de que Jonny no pudiera ver cómo me sonrojaba.

Recuerdo flotar; mis pequeños pechos, cimas nevadas por encima de la superficie del agua, Jonny me cogió. Sus manos me exploraron. Me gustó.

Recuerdo que al fin le toqué y vi que tenía los ojos cerrados y la boca abierta.

Podríamos habernos quedado ahí afuera toda la noche, posponiendo lo que ambos realmente queríamos hacer. Al salir del lago, nos adentramos en una especie de mundo de hielo, nada por delante, nada por detrás. El repiqueteo de la lluvia y el silbido del viento tapaban el resto de sonidos. No había ninguna luna brillando en la superficie, sólo una oscuridad total. Estaba ciega a la realidad. Ciega a la violencia en la que había permitido que mi hermana se adentrara.

Recuerdo que nos tumbamos de espaldas en la arena. No había estrellas. La niebla y la bruma emergían como nubes de las tierras bajas. La lluvia entonces ya no era más que salpicaduras en la piel. Mosquitos hambrientos empezaron a despertarse, a zumbar, a la caza de sangre. Si no lo hacíamos en ese momento, esa noche ya no lo haríamos.

Lo recuerdo encima de mí. Me sentía aplastada pero no me importó. Nuestros besos eran apremiantes, los dos éramos bastante patosos. Recuerdo que tenía las piernas extendidas como alas. Nos reímos y forcejamos. Le ayudé, y en algún punto, después de la presión y el dolor, en algún punto después de que nuestras manos, pies y rodillas encontraran su lugar correcto, nos dimos cuenta de que lo estábamos

haciendo. Fue en esa pequeña pausa cuando tomamos aire y nuestros ojos se encontraron con una suerte de asombro. Después sentí sus músculos unidos en uno solo, lo rodeé con fuerza entre mis piernas y estudié su rostro mientras se corría.

Recuerdo que nos quedamos así durante mucho rato. Recuerdo el sudor y la lluvia. Cuando se apartó, le mostré con las manos cómo tenía que tocarme, y le observé mientras me miraba en el preciso momento en que nuestros dedos se movían al unísono hasta llevarme al clímax; cerré los ojos y también yo me corrí.

Recuerdo que pensé que, a la mañana siguiente, el mundo sería un lugar completamente distinto.

Y, que Dios me ampare, así fue.

Segunda parte

HABLAR CON DESCONOCIDOS

Maggie ya estaba despierta cuando el teléfono sonó a las tres de la madrugada.

Estaba sentada con los pies apoyados en una silla de la cocina y una taza de té *oolong* enfriándose junto a ella. Vestía una bata de seda floreada. Todas las luces del piso de abajo estaban encendidas, como si hubiera dado una fiesta hasta el amanecer y se hubiera olvidado de enviar las invitaciones. La luz era el único medio que tenía para calentar la casa. Maggie la llamaba *Dark Shadows*^[1]. Le recordaba a la serie cursi de televisión de los sesenta cuya reposición había visto. Por fuera, la piedra color vainilla dominaba en las cuatro plantas, con molduras ornamentales a lo largo de los bordes del tejado como el oleaje de un océano. Un batiburrillo de arcos y entrantes hacía que se asemejara a un castillo de Lego diseñado por un niño. Por dentro, había pequeñas habitaciones por todas partes y encajes polvorientos colgaban de las ventanas.

Como cualquiera que viviera solo, se paseaba por la vivienda haciendo ruido. Incluso mientras estuvo casada, no soportaba la oscuridad de esa casa cuando anochecía. A Maggie le gustaban los espacios modernos, luminosos y abiertos, de cromo y vidrio. La casa estaba a la venta, y esperaba a que se animara el mercado inmobiliario para poner el precio. En cuanto se vendiera la casa, le echaría el ojo a un piso del centro.

A lo largo de la semana, Maggie se despertaba en numerosas ocasiones batallando con sus pesadillas en mitad de la noche. El año anterior había sido el peor de su vida: culminó con el asesinato de su marido en enero y ella se convirtió en la principal sospechosa de su muerte^[2]. Se arrepentía de sus errores y secretos, los mismos que habían crispado temporalmente su relación con Stride y la habían hecho caer no sólo a ella, sino también a Serena, en las garras de un brutal acosador. De día era muy sencillo perdonarse a sí misma. Las noches eran otra historia.

Tenía un portátil delante, y se abría camino a través de las páginas web de adopciones. Durante meses había contemplado la posibilidad de adoptar un niño, pero el tiempo y la burocracia que precisaba el proceso formal la intimidaban. No estaba segura de poder soportar una espera de años para luego llevarse una decepción. Se había entrevistado con varias agencias de adopción internacional, pero sus respuestas fueron descorazonadoras. Ella era una ciudadana estadounidense naturalizada que había pedido asilo desde China tras el levantamiento de la plaza de Tiananmen, lo que descartaba de todas todas la posibilidad de adoptar a un bebé chino. Al mismo tiempo, como china, había tenido que soportar el racismo de países que no estaban interesados en entregar un niño blanco a una madre asiática. Además, también sus

circunstancias personales se ponían en su contra, incluso en Estados Unidos. No estaba casada. Tenía más de treinta y cinco años. Su trabajo implicaba que su seguridad personal estuviera constantemente en peligro. La única cosa a su favor era que había heredado millones de dólares del negocio de su difunto marido. Y el dinero siempre es importante.

Maggie cerró el portátil cuando sonó el teléfono. Era Max Guppo.

—Lamento haberte despertado —dijo él.

—Ya estaba despierta.

—Dijiste que querías que te informaran en cuanto lo vieran de nuevo.

—¿Al voyeur?

—Exacto. He bajado hasta Gary. Una chica retrasada lo vio husmeando por su dormitorio. Estoy con el padre. Se llama Clark Biggs.

Maggie apuntó la dirección.

—Estaré allí dentro de una hora.

Se tomó cinco minutos para ducharse, se puso una camiseta negra, vaqueros y un par de botas de tacón cuadrado con cordones. No se molestó en secarse el pelo, sino que dejó que le cayera en mechones húmedos y alborotados. Cogió del armario una chaqueta de cuero color burdeos, salió de su casa y se metió en el Avalanche amarillo aparcado en el camino de entrada.

Maggie aceleró al bajar la colina y meterse en la I-35 y circuló entre el revoltijo de pasos elevados de la autopista que conducían por la ruta sur hacia las afueras de la ciudad. El puerto brillaba bajo una franja de luna a medida que las nubes se desplazaban por su izquierda. Aceleró hasta alcanzar los ciento treinta y cinco kilómetros por hora mientras atravesaba la zona industrial, donde columnas de vapor se elevaban en el aire formando dragones blancos contra el cielo negro. Las gotas de lluvia golpeaban el parabrisas con persistencia. Abandonó la interestatal en la carretera 23 y siguió el tramo de veinticuatro kilómetros de poblaciones desvincijadas que se extendían a lo largo del curso del río St. Louis. Unas montañas bajas aparecieron más allá de la carretera, abarrotadas de árboles de hoja perenne y abedules. Vio caminos verdes tallados en las colinas, que en invierno se volvían blancos debido a la nieve y se convertían en pistas de esquí. No es que fueran exactamente diamantes negros, pero si uno quería esquiar cuesta abajo, no había muchas alternativas en un estado tan llano como Minnesota.

Clark Biggs vivía en un pueblo llamado Gary, una de las muchas pequeñas comunidades que habían perdido comba en la generación de los hipermercados. Su calle principal parecía el escenario de una película de los años cincuenta. La mayoría de los edificios de ladrillo estaban abandonados. La pintura se había descascarillado en los viejos anuncios de Coca-Cola y cerveza Miller. Entre todos los bloques de pisos había un hueco vacío cubierto de maleza que crecía entre las grietas del

cemento. Los bares eran el nuevo eje económico de esas poblaciones, y mantenían ocupada a la policía de Duluth todas las noches a partir de medianoche.

La pequeña vivienda de Clark estaba al oeste de la carretera y casi frente a la escuela primaria del pueblo. La urbanización se daba de bruces contra una densa área boscosa de zonas verdes. Maggie pasó con el coche por delante de la urbanización para explorar la escena del crimen y se encontró de repente en un camping para caravanas al otro lado de los bosques. El bosque invadía las casas móviles de la comunidad por todas partes, y no era difícil aparcar un vehículo sin que nadie se diera cuenta para después internarse entre los árboles y desaparecer.

Realizó un cambio de sentido y regresó a la urbanización donde vivía Clark Biggs. Las calles eran anchas y las parcelas, amplias y llanas, estaban ocupadas por cajas de cerillas de una o dos plantas, con garaje aparte. Los robles altos y frondosos daban mucha sombra. Era el tipo de vecindario donde los coches y las furgonetas no se aparcaban en el garaje; simplemente se dejaban en el césped, oxidándose. Muchas viviendas estaban rodeadas por vallas para impedir que entraran los ciervos, pero no así la casa de Biggs, abierta y de una sola planta. Estaba pintada de blanco, y tenía un tramo de cinco escalones de hormigón que llevaba a la puerta principal. Al tejado le faltaban unas cuantas tablillas rojas. En el amplio patio destacaban unos pinos de gran altura y un sauce llorón y, justo detrás, empezaba el bosque. La hierba estaba crecida.

Para un fisgón, era una elección excelente. Una zona tranquila. Ventanas en la planta baja. Una carrera corta hasta el bosque.

Se trataba de un vecindario donde la máxima preocupación era que el padre no perdiera su empleo en la fundición o que apuñalaran al hermano Jim en una pelea de bar después de medianoche. Nadie pensaba en cerrar persianas y cortinas. No había nadie que se dedicara a fisgonear.

Maggie aparcó en la calle y Guppo se reunió fuera con ella. Rondaba la cincuentena y no era mucho más alto que ella, pero los pantalones elásticos que debían dar cabida a su contorno podían usarse como paracaídas. Unos cuantos pelos negros y grasientos se esforzaban por estirarse a lo largo de su cráneo.

Guppo la puso al corriente enseguida.

—¿Qué hay de esas pisadas que encontró Biggs? —preguntó Maggie.

—Poca cosa se puede hacer con ellas —respondió Guppo—. Cuando llegamos la lluvia ya las había borrado.

—¿Se encaminó el voyeur directamente hacia los bosques?

Guppo asintió.

—Seguimos el rastro hasta los árboles y allí lo perdimos.

—Hay un camping de caravanas al otro lado —señaló Maggie—. Tenemos que interrogar a la gente que vive allí. También a los niños.

—¿Quieres que vaya por ahí despertando a la gente por un mirón?

—No, puedes hacerlo mañana. Quiero saber si alguien ha visto a algún extraño, coches, cualquier cosa fuera de lo normal. Averigua también cuántas personas conocen a esa chica. Quiero saber cómo las encuentra ese tipo. Se trata de otra rubia, ¿no?

—Sí.

—¿Guapa?

—Bueno, sí, pero no como una adulta. Parece una niña.

—De acuerdo.

Maggie subió los escalones. Sus grandes tacones resonaban como los cascos de un caballo. La mosquitera no estaba cerrada; llamó con los nudillos y entró. La casa olía a comida de McDonald's. La alfombra de la sala de estar estaba desgastada y gris. El mobiliario mostraba los años que tenía a través de sus muescas y arañazos.

—¿Señor Biggs? —llamó en voz alta.

Clark Biggs emergió desde las sombras de un pasillo situado a la izquierda. Tenía un dedo sobre los labios para indicarle que no hablara.

—Mary se ha dormido al fin.

Maggie asintió y se presentó. Evaluó con un vistazo a Clark, quien parecía un obrero. Grande y fuerte, un adicto a la carne asada y la cerveza. Botas sin cordones. Ropa vieja. Pelo largo y rubio oscuro con la marca de haber llevado puesta la gorra de béisbol. También percibió la falta de sueño y la preocupación de su rostro.

Tomaron asiento en el andrajoso sofá.

—¿Cómo está ella? —preguntó Maggie.

—Muerta de miedo —respondió Clark con amargura—. ¿Qué tipo de monstruo puede hacer eso a una inocente criatura?

—Entiendo cómo se siente —se solidarizó Maggie—. Mi sargento me ha dicho que Mary es disminuida psíquica, ¿es verdad?

Clark asintió.

—Sufrió un traumatismo cerebral cuando era pequeña que le causó el retraso mental.

—¿Qué sucedió? —preguntó Maggie.

—Unos niños con los que estaba jugando la obligaron a permanecer debajo del agua demasiado rato; ¿no le parece increíble? Físicamente, es una chica normal de dieciséis años, pero su nivel de aprendizaje apenas es superior al del jardín de infancia.

—Lo siento mucho.

—No lo sienta por mí, señora Bey. Mary es lo mejor que me ha pasado en esta vida, y me importa una mierda si tiene una edad mental de cinco años en un cuerpo de cuarenta. Haría cualquier cosa por ella.

—Por supuesto.

Maggie se dijo que Clark Biggs le gustaba. Tenía debilidad por los hombres que se ocultaban tras una máscara de brusquedad. Mary era el centro del universo de Clark, a pesar del dolor, el gasto y las privaciones que su incapacidad debía de haberle causado con el paso de los años. Guppo le había dicho que Clark estaba divorciado, y ella imaginaba que cuidar de una chica como Mary había resultado ser más duro de lo que su matrimonio pudo soportar. No parecía un hombre que se compadeciera de ello. Se limitaba a seguir con su vida.

—El otro oficial de policía me dijo que ese hombre lo había hecho antes — comentó Clark—. ¿Es cierto?

—Creemos que se trata del mismo hombre, sí. Nos han informado de nueve casos de voyeurismo en el sur de la ciudad y en el suroeste de Superior. Todas las chicas son adolescentes rubias, como Mary.

—¿Quiere decir que él las elige?

—Eso creemos, sí.

—¿Y quién es ese hijo de perra?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. ¿Conoce usted a alguna de las otras víctimas?

Recitó la lista de nombres de memoria.

Clark se encogió de hombros.

—Katie Larson. Ésa es la hija de Andy, ¿no? ¿Los que viven en Morgan Park?

—Sí.

—Conozco a Andy de la iglesia. Katie hizo de canguro para Mary un par de veces. Eso fue hace dos o tres años. No sé nada de las otras.

Maggie tomó nota de la relación entre ambas. También había algún tipo de conexión entre algunas de las otras chicas. Dos de ellas jugaban en el mismo equipo de fútbol. Otras dos se cortaban el pelo en el mismo sitio. Tres iban al mismo instituto. Sin embargo, no había ninguna pauta establecida para el resto.

—¿Mary va a la escuela? —preguntó Maggie.

Clark asintió.

—Asiste a clase en un colegio particular de Superior para niños con discapacidades. Mi mujer la lleva durante la semana.

—¿Su esposa y usted están divorciados?

—Sí, yo tengo a Mary los fines de semana, y Donna entre semana.

Su rostro se contrajo en un tic nervioso. Se trataba de un asunto delicado.

—¿Podría facilitarme la dirección y el número de teléfono de Donna? Necesito hablar con ella.

Clark se los dio.

—No he telefoneado a Donna para explicarle lo sucedido. Tiene que venir por la

mañana. Quiero contárselo en persona.

—No hablaré con ella hasta que usted lo haga. —Él asintió—. Estoy segura de que el sargento Guppo ya le ha preguntado algunas de estas cosas, pero, por favor, tenga paciencia conmigo. —Maggie prosiguió—: ¿Ha detectado últimamente la presencia de extraños merodeando por la casa? ¿Ha visto algún coche aparcado en el vecindario que no le resultara familiar?

—No que yo recuerde.

—¿Ha sucedido cualquier cosa fuera de lo corriente en relación con Mary? ¿O na mencionado su esposa algún problema surgido con ella a lo largo de la semana?

Clark negó con la cabeza.

—Nada fuera de lo normal.

—¿Se relaciona Mary con otras chicas fuera de la escuela?

—No, casi siempre está con Donna o conmigo.

Maggie asintió.

—Le agradecería que mañana hiciera Tina lista de las personas con las que Mary se relaciona de forma habitual. Hombres y mujeres. Gente del colegio. De su trabajo o del trabajo de su esposa, si es que ella va allí. Cualquier cosa. Debido a su condición, el mundo de Mary es sustancialmente más reducido que el de las otras chicas que han sido acosadas, lo que podría facilitarnos encontrar una conexión con el resto de víctimas.

—Le haré una lista —dijo Clark.

—Ésta es una pregunta delicada, señor Biggs, pero ¿podría decirme algo más en cuanto al grado de inteligencia de Mary? ¿Cree usted que ella reconocería al hombre que la estuvo observando? ¿Que lo identificaría en una rueda de reconocimiento?

—No es estúpida —espetó Clark—. Sólo discapacitada.

—No pretendía ofenderle. Solamente quiero saber si podría servirnos como testigo.

—No sé si vio la cara del tipo ese o no, pero Mary es capaz de recordar cosas. Si ella le vio, y ustedes le muestran un puñado de fotos, ella lo reconocerá. Pero no voy a permitir que asista a un juicio, si eso es lo que está pensando.

—Lo entiendo. ¿Le importaría que enviara a un oficial con un álbum de fotos de los delincuentes sexuales fichados en esta zona? ¿Para que Mary le echara un vistazo?

—No sé si quiero traumatizarla con algo así —respondió Clark—. Si lo reconoce, se asustará.

—Puede que ésa sea la única forma de encontrarle.

Clark suspiró.

—De acuerdo. Pero quiero estar presente.

—Por supuesto. —Maggie añadió—: Me gustaría volver y hablar con Mary, si a

usted no le importa.

—Estará con Donna. Tendrá que pedirle permiso a ella. Aunque, si quiere que le diga la verdad, la idea no me vuelve loco de contento. No va a sacar nada en claro, y no me gusta que Mary hable con extraños.

—Le prometo que no le causaremos ningún trastorno.

—Ésa no es una promesa que pueda cumplir —repuso Clark—. Es una chica mayor, pero también es una niña. Le asusta todo lo que no comprende.

—¿Puedo verla? —preguntó Maggie.

—¿Qué? ¿Ahora?

—No quiero hablar con ella. Sólo quiero saber cómo es.

Clark frunció el ceño.

—Preferiría no despertarla.

—No haré ruido. También me gustaría ver su dormitorio.

Clark cedió y la condujo pasillo abajo. A pesar de ser un hombre corpulento, caminaba en silencio sobre los tablones del suelo. Abrió unos centímetros la puerta de la habitación de Mary, asomó la cabeza por la rendija y dejó que Maggie se escurriera dentro. Mary dormía y roncaba levemente. Su padre tenía razón: su apariencia era la misma que la de cualquier adolescente de su edad. Aparte del cabello rubio, Maggie no vio ningún otro rasgo físico que compartiera con las demás víctimas. Era más corpulenta que la mayoría de ellas y tenía el pelo más rizado. Yacía boca abajo, y las mantas dejaban al descubierto la mitad de su cuerpo. Tenía el camisón hecho un gurrño y las lumbares a la vista. Maggie reparó en el dibujo de una mariposa tatuado en su columna.

En silencio, comprobó las ventanas. Bajo aquella luz nocturna, no estaba segura de que Mary hubiera podido ver mucho ahí afuera. Maggie no confiaba en obtener resultado alguno del fichero fotográfico de los delincuentes sexuales locales.

Regresó con Clark Biggs al salón.

—He visto que su hija tiene un tatuaje —dijo Maggie.

—¿Y?

—Me ha sorprendido.

—A Mary le encantan las mariposas. Su madre pensó que le gustaría tener el tatuaje de una. Lo hicieron sin consultarme.

—¿Se hubiera opuesto?

Clark frunció el ceño.

—No, supongo que no, pero también yo tengo tatuajes, y sé que hace un daño de mil demonios. Aun así, Mary estaba encantada con la idea. Le gusta mostrarlo y para eso se levanta la blusa. Se lo enseña a todo el mundo. Y eso no me gusta.

—¿Qué quiere decir con «todo el mundo»?

—Si ella está en el patio mientras alguien pasa en coche, se levanta la blusa. Si

alguien se acerca a la puerta, hace lo mismo. Me resulta imposible impedirle que lo haga.

—Comprendo. Creo que, de momento, eso es todo, señor Biggs.

—Espero que cojan a ese bastardo. Dormiré en el suelo de la habitación de Mary hasta que lo pillen.

—No es necesario llegar a ese extremo —le tranquilizó Maggie—. Sé que para Mary ha sido una experiencia terrible, pero se ha acabado.

—Hasta la próxima vez —afirmó Clark.

—No creo que tenga que preocuparse por una próxima vez. Ese voyeur cambia constantemente de objetivos. Intentamos atraparle averiguando cómo selecciona a sus víctimas.

—Chorradas —espetó Clark.

Maggie ladeó la cabeza, sorprendida.

—¿Perdone?

—Quiero decir que ya le había hecho antes eso a Mary. ¿Cómo sabe que no volverá?

—¿Me está diciendo que no es la primera vez que Mary ve a ese hombre?

Clark negó con la cabeza.

—Creo que le pasó lo mismo la semana pasada.

—¿Por qué no me lo ha contado antes? ¿Por qué no dio parte?

—No creí que fuera algo de lo que tuviera que dar parte —se justificó Clark—. Pensaba que Mary había tenido una pesadilla. Creía que se lo había imaginado. Pero ahora que pienso en ello, la forma en que gritaba: «¡Él! ¡Él!»... Creo que fue porque el tipo había vuelto.

«El tipo había vuelto».

Por lo que Maggie había descubierto hasta ahora, eso podía ser un punto de partida. Ninguna de las otras víctimas había sugerido que ese hombre las hubiera espiado antes. Por supuesto, también podía ser que él hubiera tenido suerte. O que ellas no se hubieran dado cuenta.

No obstante, Maggie no lo creía así. Se trataba de un nuevo patrón de conducta. Nuevo y aterrador.

Y eso no le gustaba nada.

Esa mañana de miércoles, Serena conducía por el Point en dirección oeste. Después de bastantes días de lluvia, las nubes habían desaparecido del lago y ahora la ciudad disfrutaba del sol y el calor. En el puerto en calma que quedaba a su izquierda, descubrió la superestructura de color óxido de un buque metalífero transportando su carga por las aguas profundas hacia el puente levadizo. Lanzó una imprecación. Ya llegaba tarde a su reunión con Peter Stanhope, y sabía que tendría que esperar diez minutos a que la embarcación dejara libre el canal y pusiera rumbo al mar abierto.

Como suponía, el puente estaba alzado. El suyo era el cuarto vehículo en cola. Aparcó, bajó la ventanilla para dejar entrar la brisa húmeda y cogió un libro de bolsillo de Louise Penny. Si vives en el Point, siempre vas preparado para las demoras en el puente. Serena ya había leído unas cuantas páginas de *Still Life* cuando vio el gigantesco barco deslizarse bajo la estructura del puente. Las embarcaciones siempre parecían atravesar el puente a escasos centímetros de éste, y constituían un espectáculo impresionante, vasto y silencioso. Cuando el barco y el puente intercambiaron despedidas con varios toques de sirena, Serena volvió a meterse en el Mustang y, un par de minutos después, se dirigía por Canal Park hacia el centro de la ciudad.

La firma de abogados de Peter Stanhope ocupaba las dos últimas plantas del edificio Lonsdale, situado en el área comercial de la calle Superior, entre bancos, brokers, abogados y empleados gubernamentales que marcaban el ritmo de la ciudad. La fachada de ladrillo cobrizo estaba elegantemente cincelada y el perfil del tejado parecía una columna dórica. El edificio era más pequeño que los rascacielos circundantes y databa de 1894. Peter podía haber escogido un entorno más elevado y moderno en la torre de cristal del edificio del banco una manzana al este, pero le había explicado a Serena que quería que su oficina tuviera un vínculo con un pasado más glamuroso, cuando la ciudad, al igual que su padre, era rica y próspera.

Serena encontró un parquímetro y se apresuró entre el tráfico hasta la calle Superior. Vestía un traje pantalón negro de raya diplomática que resaltaba sus largas piernas, tacones de aguja y blusa de seda turquesa por fuera. Llevaba la negra melena suelta, por los hombros, y una pequeña maleta color burdeos; parecía haberse vestido como una ejecutiva de altos vuelos, lo que le producía una extraña sensación. Cuando era una policía de Las Vegas, usaba vaqueros ceñidos y camisetas sin mangas y llevaba la placa colgando del cinturón.

Cogió el ascensor hasta la última planta a las diez y diez. Le horrorizaba llegar tarde, pero se relajó cuando la recepcionista le dijo que Peter estaba reunido y que,

como mínimo, llevaba un retraso de veinte minutos en su horario. Tomó asiento en un sofá, luego se levantó y se dedicó a pasear tranquilamente por la sala de espera.

El mobiliario del vestíbulo era antiguo y caro. Las paredes estaban decoradas con fotografías en blanco y negro del padre de Peter, edificios de la posguerra, barcos y vagones de Stanhope Industries. Serena vio también objetos modernos de interés, incluidos titulares de prensa enmarcados sobre las victorias más importantes obtenidas en litigios por la firma de abogados de Peter. Habían ganado cuarenta millones de dólares en indemnizaciones por daños y perjuicios de un fabricante de Twin Cities por un *stent* coronario defectuoso. A ellos les siguieron casi veinte millones de dólares por el accidente de un autobús escolar que causó la muerte de un niño. Y un largo etcétera. Peter y sus socios eran abogados vindicativos especializados en daños personales.

Serena se preguntaba, y no por primera vez, qué hacía allí. Ella era detective de homicidios. Investigadora privada. Le llevó mucho tiempo imaginarse a sí misma trabajando para un bufete de abogados, aunque el trabajo no fuera tan diferente del que había desempeñado hasta entonces. Seguiría entrevistándose con víctimas y testigos. Intentaría recabar información en el interior de las compañías para destapar lo que sus ejecutivos querían ocultar. Aún se trataba de un trabajo de investigación. Le preocupaba que el empleo no fuera tan estimulante como estar en la calle, pero la experiencia vivida el pasado invierno había menoscabado su predisposición física y mental para ponerse a sí misma en constante peligro. Al menos durante un par de años, quería dar un paso atrás y replantearse la vida.

La oportunidad de hacerlo había surgido de improviso. Dos meses antes, Peter Stanhope había leído un artículo en la prensa de Duluth sobre la experiencia de Serena como detective en Las Vegas. La telefoneó para que colaborara con él como *freelance* en un caso de facturaciones fraudulentas en el hospital de Twin Cities. A lo largo de las seis semanas siguientes, Serena entabló amistad con dos enfermeras y un contable, quien le entregó los documentos que permitieron a los abogados de Peter interponer la demanda de petición de pruebas y negociar un acuerdo por la vía rápida. Peter estaba tan impresionado que llamó a Serena a la semana siguiente para pedirle que se uniera a la firma como empleada fija.

La había confundido la renuencia de Stride cuando ella le habló de la oferta, porque Serena sabía que él quería que encontrase un trabajo menos peligroso. Ahora qué conocía su pasado con Peter, lo entendía todo. También su entusiasmo se había enfriado.

Un pasante acompañó a Serena hasta el despacho de Peter a las 10.45. La suite esquinera se hallaba en la parte trasera del edificio y gozaba de una amplia panorámica del lago. Al igual que el resto de la oficina, el despacho de Peter estaba decorado como si estuvieran en 1950. Hasta cierto punto, pensaba Serena, Peter

intentaba mantenerse a la altura del legado de su padre. No debía de ser fácil vivir a la sombra de un magnate industrial. Serena consideraba que era curioso que, tras el fallecimiento de Randall Stanhope, lo primero que hizo Peter fue vender el negocio familiar.

Peter rodeó su escritorio y le estrechó la mano con firmeza.

—Serena, lamento haberte hecho esperar —dijo—. Esto es lo que nosotros llamamos «horario de abogado». Llegamos tarde a todas partes excepto a las comparecencias en los juzgados. Gajes del oficio.

—No importa —le tranquilizó Serena.

Peter hizo un gesto con la mano en dirección a la mesa ovalada de conferencias de madera de roble situada cerca de la ventana.

—Por favor.

Los dos tomaron asiento. Serena se fijó en una fotografía situada por encima del hombro de Peter en la que se veía a Randall Stanhope y su hijo, que en la imagen tendría unos diez años, sobre el arco del andamio levadizo del puente del canal de navegación, cerca del Point.

Peter vio que ella observaba la imagen.

—Es una de las pocas fotos que tengo de mi padre y yo juntos —le explicó—. Randall no pasaba mucho tiempo conmigo. Quien diga que aquéllos no fueron tiempos difíciles desconoce por completo lo duro que tuvo que trabajar.

—Me sorprende que te hayas convertido en abogado y no en consejero delegado de Stanhope Industries —comentó Serena.

—Las vi venir —replicó Peter—. El dinero a espuestas hacía mucho que se había esfumado del negocio del acero para no volver. Demasiada competencia extranjera. Cuando Randall murió, decidí que fuera otro quien llevara la compañía a la quiebra. Y así fue.

—¿Por eso decidiste convertirte en abogado?

Sí. Probablemente Randall se esté revolviendo en la tumba. Odiaba a los abogados. Sin embargo, para mí, los litigios son la quintaesencia de la competitividad. —Y añadió—: ¿Quieres un café?

—Cómo no.

Peter regresó al escritorio para telefonar a su secretaria.

Era la segunda vez que Serena se citaba con Peter Stanhope en persona. Peter no escondía su dinero. Su traje había sido confeccionado con un tejido gris marengo que brillaba bajo la luz. Sus zapatos parecían espejos. Llevaba una corbata de seda color ámbar con un pañuelo a juego en el bolsillo de la americana, un reloj *Tiffany* y gemelos de plata con sus iniciales grabadas. Con tacones, Serena era unos cinco centímetros más alta que él. Era un hombre atractivo, fornido y musculoso. Tenía un mentón recio, la nariz quemada por el sol y la cara llena de pecas. Llevaba gafas que

dibujaban dos círculos de alambre alrededor de sus ojos. El pelo, que le empezaba a ralear, se lo peinaba hacia atrás. Al igual que Stride, rozaba la cincuentena.

Serena siempre había pensado que la inteligencia se reflejaba en los ojos, y los de Peter eran inteligentes. Se comportaba con elegancia y confianza, como alguien que se siente a gusto en su propia piel. Aun así, no es posible tener tanta riqueza y tanto éxito sin rezumar arrogancia. De vez en cuando, Peter se sonreía y Serena veía al gallito que asomaba de su interior. Ella sabía que los abogados eran unos expertos en ponerse máscaras y se preguntaba quién era el verdadero Peter: el profesional inteligente o el adolescente arrogante. Probablemente fuera los dos.

—¿Te has pensado lo del empleo? —Le preguntó él mientras volvía a sentarse.

—Lo he hecho, y aún estoy en ello. Espero que no te moleste.

—Por supuesto que no. Tómame todo el tiempo que necesites, pero ni un minuto más. Te quiero conmigo. Harías un gran trabajo aquí. Además, tu sueldo sería mucho mayor del que hayas ganado nunca como detective o investigadora privada.

—Eso no es muy difícil de superar —dijo ella irónicamente.

—Me comentaste que tenías que hablar conmigo. Supongo que querrás hacerme algunas preguntas.

—Así es, pero no respecto al trabajo.

—Ah.

—Me preguntaba si recuerdas a una mujer llamada Tish Verdure —inquirió Serena.

Peter se retrepó en la silla y frunció los labios.

—Tish Verdure. Estoy seguro de que había una chica en mi instituto llamada Tish.

—Así es.

—Bien, ¿y qué pasa con ella?

—Ha vuelto a la ciudad. Está escribiendo un libro sobre el asesinato de Laura Starr.

El rostro de Peter se ensombreció.

—Lo que significa que habrás oído algunas historias sobre mi época de adolescente.

—Correcto.

—Historias que hacen que te preguntes si quieres trabajar con un hombre como yo.

—Sí, así es —admitió Serena.

Peter irguió la silla y se inclinó por encima de la mesa.

—Pues bien, valoro tu franqueza, y también yo voy a intentar serte franco. Antes que nada, vamos a dejar algo claro: no voy a disculparme ni por lo que soy ni por lo que fui. En la escuela era un capullo, y muchos te dirán que aún lo soy. Y probablemente entre éstos se incluyan muchas de las mujeres con las que salí.

—Eso es más o menos lo que he oído.

Peter se encogió de hombros.

—No me sorprende, ni me importa lo que piensen. Mira, por aquel entonces, Randall estaba forrado y yo creía que eso me daría carta blanca para gobernar el mundo. Yo era un chico listo y no me amilanaba ante nada. Me acosté con todas las chicas que pude. Era un arrogante hijo de puta.

—¿Intentas ganar puntos con tu honestidad?

—En absoluto. Ya te lo he dicho: sin disculpas. Ése soy yo.

—Ya sabes que mi pareja es Jonathan Stride —dijo Serena.

—Desde luego. En el instituto no llegué a conocer bien al teniente Stride, ni tampoco ahora lo conozco muy bien. Pero por lo que recuerdo dudo mucho que tenga una buena impresión de mí.

—Ya puedes decirlo.

—Pues muy bien, pero hasta aquí puedes llegar. Yo no maté a Laura Starr.

—¿Quién lo hizo?

—La policía dijo que fue un vagabundo.

—¿Y qué creías tú?

—Todo lo que sé es que no fui yo.

—La asesinaron con tu bate de béisbol.

—Eso no prueba nada. El bate estaba tirado en el campo y cualquiera pudo cogerlo.

La secretaria de Peter llamó a la puerta y entró con una cafetera pequeña de plata y dos tazas de porcelana. Sirvió el café y se marchó sin decir una sola palabra. Serena lo probó y reconoció el sabor fuerte de Starbuck's.

—Así que intuyo que esa escritora, Tish, me tiene en su punto de mira —comentó Peter—. Quiere inculparme del asesinato.

—Desde luego estás en su lista.

—Sabes que la publicidad negativa no me quita el sueño. Casi siempre ando bien servido de ella. Simplemente, no soporto que usen chismorreos desfasados en mi contra.

—No estoy segura de que eso pueda considerarse un chismorreos —repuso Serena—. Stride me ha dicho que se te consideraba sospechoso. Hay quien cree que Ray Wallace te desvió deliberadamente del rumbo de la investigación.

—Ray era un policía problemático. Los dos lo sabemos.

—Pocos años después, lo obligaron a dimitir como jefe de policía debido a un intento de soborno que salpicó a Stanhope Industries —señaló Serena.

—Eso fue mucho después de que yo vendiera la compañía.

—Sí, pero la amistad con Ray empezó con Randall. Tu padre.

—Todo cuanto puedo decirte es que si Ray me ayudó bajo mano, fue cosa suya.

Yo era inocente.

Serena frunció el ceño. Peter era convincente, pero vender historias a un jurado formaba parte de su trabajo.

—Explícame todo lo que recuerdes de Tish Verdure —le pidió ella.

Peter dio un sorbo a su café.

—Recuerdo que Laura y ella eran uña y carne. Las dos eran rubias y guapas.

—¿Saliste con Tish? —preguntó Serena.

—Por supuesto que sí, fui por ella. Por aquel entonces iba detrás de cualquier rubia con un buen par de tetas. Y aún lo hago. Tish dijo que no. Me sentó como un jarro de agua fría.

—¿A ti?

Peter sonrió burlescamente. Serena vio de nuevo en sus ojos al gallito que había sido.

—Asombroso, ¿eh? Bueno, Tish era una chica rara. Laura era para ella mucho más que una amiga. Se queda sin padre, y luego le pegan un tiro a la madre. Una vida muy dura.

Serena levantó una mano.

—Espera un momento, ¿dispararon a la madre de Tish?

—En efecto.

—¿Qué sucedió? —preguntó.

Peter frunció los labios.

—Trabajaba de cajera en un banco del centro. Hubo un robo y la cosa se puso fea. La madre fue una de las rehenes que no salió con vida.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Oh, no lo recuerdo. Mucho antes del instituto. Probablemente, Tish ni siquiera era una adolescente cuando sucedió. Me enteré de lo ocurrido porque los chicos siempre hablaban de ello. Todos se preguntaban por qué Tish era tan reservada al respecto, y el rumor sobre su madre se extendió como un reguero de pólvora. Como ya te he dicho, era una chica rara.

—Pero, aun así, le pediste para salir.

—Era un esclavo de mi libido —contestó Peter—. Hay cosas que no cambian nunca.

—¿Detrás de quién fuiste primero? ¿De Tish o de Laura?

—En realidad, de Tish.

—Y cuando ella te dijo que no, ¿fuiste tras su mejor amiga?

—Algo así.

Serena negó con la cabeza.

—Tienes razón, Peter. Por aquel entonces eras un auténtico capullo.

—Nunca he dicho que no lo fuera.

—¿Te molestó que Tish te rechazara?

—No mucho.

—No imagino a muchas chicas rechazándote.

—Pues por eso no me molestó —respondió Peter con una sonrisilla.

—He oído que Tish y Laura tuvieron una buena trifulca esa primavera. ¿Puede ser que discutieran por ti?

—¿Por mí? No se me ocurre por qué.

—A no ser que fuera porque por aquel entonces salías con Laura, ¿es así?

Peter observó a Serena. Tomó otro sorbo de café.

—Así es.

—Y puede que a Tish no le gustara que Laura saliera contigo.

—En ese caso, jamás oí nada al respecto.

—¿Cómo conociste a Laura?

—Íbamos juntos a la clase de geometría de la señorita Mathisen durante el penúltimo curso. Al igual que Tish.

—Tish nos ha contado que Laura rompió contigo después de un par de citas porque querías acostarte con ella y Laura no aceptó.

—¿Eso ha dicho? Pues bien, se equivoca, aunque de eso ya hace mucho.

—¿Hay algún motivo por el que Laura quisiera mantener vuestra relación en secreto?

—Ni idea, pero también tú has sido adolescente. ¿No es ésa la clase de cosas que hacen las adolescentes?

—A veces.

Serena quería hacerle más preguntas sobre la noche que asesinaron a Laura, pero sabía que ya no podía seguir presionando a Peter. El resto estaba en manos de Jonny. Él era el policía, no ella. Ya no.

—Te agradezco que hayas aceptado contestar a todas estas preguntas —le dijo—. Supongo que en el fondo sigo siendo una detective.

—Por eso quiero contratarte.

—Lo sé. Te daré una respuesta cuanto antes.

—Puede que me ponga en contacto contigo mucho antes —dijo Peter.

—Ah.

—Tengo otro trabajo de *freelance* para ti.

—¿De qué se trata? —preguntó Serena.

—Bueno, si Tish insiste en la idea de escribir ese libro, puede que eso me cause problemas con los medios de comunicación. Sacarán a relucir una vez más todas esas viejas patrañas. Voy a necesitar tu ayuda.

—¿Qué puedo hacer?

—Puedes encontrar a la persona que mató a Laura —le dijo Peter—. O al menos,

puedes demostrar que no fui yo.

Tish llegaba tarde.

Stride estaba sentado en un banco de piedra en los jardines de rosas de Leif Erickson Park. Comía un sandwich de rosbif y aspiraba el perfume de las miles de rosas rojas, amarillas y blancas que le rodeaban. Cerca, había un cenador con vistas al lago, en un precipicio colindante al paseo entarimado que reseguía el borde del acantilado y bajaba a lo largo de la orilla hasta Canal Park. A mediodía, con el inmenso cielo azul en lo alto, el parque estaba abarrotado de gente que comía en el césped y admiraba las flores.

Vio a Tish aparcar al otro lado de London Road y salir de un Honda Civic azul marino. Ella esperó a que una camioneta de reparto pasara y luego cruzó la calle hacia el parque. Saludó a Stride con la mano y siguió el sendero de adoquines que atravesaba el jardín para reunirse con él.

—Hola —dijo sin aliento mientras se sentaba.

No había traído su almuerzo, pero sí llevaba consigo un vaso blanco desechable con café. Lucía gafas de sol, una camiseta blanca Georgia y pantalones de chándal grises. Calzaba unas Nike sin calcetines.

—Hola, Tish.

—Siento llegar tarde. Estaba en el departamento de ingeniería y he tenido que hacer cola en la fotocopidora.

—¿Qué buscabas allí? —quiso saber Stride.

—Fotos aéreas de la ciudad de finales de la década de 1970.

—¿Para el libro?

Tish asintió.

—Quería ver cómo era exactamente el terreno por aquel entonces.

—En el periódico de Duluth de hoy sale un artículo sobre ti y tu libro —la informó Stride.

—Sí, creí que eso podría sacar a la luz a la gente que aún recuerda lo que sucedió por aquel entonces. No es que queden muchos.

—Habría estado bien que me advirtieras —dijo Stride—. Estoy recibiendo llamadas.

—Lo siento. Tienes razón. No pensé en ello.

Stride dio otro mordisco a su sandwich y no replicó. Vio la camioneta de reparto que había pasado por delante de Tish volver por London Road en la dirección contraria y detenerse frente a ellos en una zona donde estaba prohibido aparcar.

—Ya me han contado lo del robo en tu casa —dijo Stride.

—Los policías que vinieron creen que es cosa de críos.

—Es probable —contestó Stride—. Tal vez te vieron mudarte y supusieron que podían anotarse un tanto rápido. Esas viviendas frente al lago normalmente las ocupa gente con dinero.

Tish se encogió de hombros.

—No tengo esa suerte. Estoy escribiendo una doble columna sobre Duluth para una revista sueca y durante el verano los administradores de la casa me permiten usar un módulo que no se ha vendido. Ésa es una de las ventajas de ser una cronista de viajes.

—Aún estamos investigando el robo, pero parece como si no se hubieran llevado nada.

—Es verdad, mi portátil estaba en el coche —explicó Tish y añadió—: Sin embargo, no creo que hayan sido unos simples chavales.

—¿No?

—Creo que alguien trata de asustarme.

—¿Por tu libro?

—Sí. Supongo que creerás que soy una paranoica.

—Un poco sí —admitió Stride—. Han pasado treinta años, Tish.

Ella guardó silencio.

—Háblame de la vida de una cronista de viajes —pidió él cambiando de tema—. Suena bastante glamuroso.

—No tanto como se cree. A veces me siento permanentemente desarraigada. En cuanto le tomo cariño a un sitio, me tengo que ir.

—¿Cuál es tu lugar favorito?

Tish sopló el café y bebió un sorbo.

—El Tíbet. Adoro las montañas pero no podría vivir allí.

—¿Por qué no?

—Las alturas —contestó Tish—. No soporto las alturas. Nunca me han gustado. Tuve que cruzar un puente de cuerdas por encima de un cañón, y te juro que se vieron obligados a sedarme y a arrastrarme por el culo con los ojos cerrados.

Stride se echó a reír.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Tish—. ¿A qué le tienes miedo?

—¿Yo? No lo sé.

—Vamos, tiene que haber algo —dijo Tish—. ¿O los tipos duros como tú no le tienen miedo a nada?

—Me dan miedo muchas cosas.

—¿Cómo qué?

—La pérdida.

Ella lo miró.

—¿Quieres decir como perder a Cindy?

—Quiero decir como perder cualquier cosa. Aborrezco los finales, los adioses, los funerales y cualquier cosa que se le parezca. El final de un libro. El final de una película. El final de las vacaciones. Me gusta que las cosas tengan continuidad, pero eso nunca sucede.

—¿Qué me dices de Serena y tú? —preguntó Tish.

—¿Qué pasa con nosotros?

—¿Lo vuestro va a tener continuidad?

Stride frunció el ceño.

—¿Por qué te interesa eso? ¿Necesitas desarrollar nuestros personajes en tu libro?

—No, no se trata de eso. Pienso mucho en Cindy y en ti, y me preguntaba si Serena te hace feliz.

—Lo hace —respondió Stride con brusquedad.

—Lo siento, ¿es una pregunta demasiado personal?

Él se encogió de hombros.

—Soy de Minnesota. Aquí hablamos del tiempo y de los Twins, Tish. Y no entro en temas más personales.

—Oh, lo había olvidado —dijo Tish. Y añadió—: Bonito día.

—Sí.

—¿Y qué hay de esos Twins?

—Puede que éste sea su año.

—Tienes razón, este año van mucho mejor —contestó Tish, sonriendo.

Stride le guiñó un ojo y se terminó el sandwich. Arrugó el envoltorio hasta formar una pelota, se levantó y la tiró a una papelería situada a unos veinte metros de distancia. Volvió y se sentó de nuevo junto a Tish.

—¿Esperas algún paquete? —le preguntó a ella.

—¿Qué?

Él hizo un gesto en dirección a la camioneta de reparto aparcada indebidamente unos cuarenta y cinco metros más allá.

—El conductor de la furgoneta te está observando. Seguía tu coche cuando has llegado.

Tish lo miró fijamente.

Un rostro apareció por la ventanilla de la camioneta y luego desapareció. El hombre se ocultaba tras unas gafas de sol y llevaba la cabeza afeitada.

—¿Puedes hacer algo al respecto? —preguntó ella.

—Ponerle una multa.

Tish dejó a un lado la taza de café y se quitó las gafas de sol. La expresión de su rostro era tensa.

—¿Lo conoces? —preguntó Stride.

—No.

—Se ha dado cuenta de que lo hemos descubierto.

El motor de la furgoneta arrancó con un rugido de tigre. La camioneta de reparto se alejó bruscamente del bordillo en dirección norte por London Road. Tish siguió mirando hasta que desapareció detrás de una hilera de edificios de ladrillo.

—¿Aún crees que soy una paranoica? —preguntó.

Stride no estaba seguro.

—¿Habías visto antes esa camioneta?

—Ahora que lo pienso quizá la haya visto un par de veces estos últimos días.

—Puede que no sea nada, pero haré una comprobación con la empresa de reparto —dijo él.

—Gracias.

—No creas que te he estado ignorando estas dos últimas semanas —añadió él—. No quería telefonearte hasta que tuviera algo más de lo que informarte.

—¿Tienes los resultados de las pruebas de ADN?

Stride asintió.

—El laboratorio me los ha entregado esta misma mañana.

—¿Y?

Él negó con la cabeza.

—Lo siento. No hay coincidencias. Recogimos el ADN de la solapa del sobre de la carta del acosador enviada a Laura, y pudimos extraer una muestra. La comparamos con la base de datos estatal y del FBI, pero no obtuvimos ningún resultado. Quiquiera que sea, o fuera, no está en nuestros archivos.

—Maldita sea.

—Era una apuesta arriesgada.

—Deja que te haga una pregunta —dijo Tish—. ¿El ADN de Peter Stanhope está incluido en alguna base de datos?

—Lo dudo mucho.

—Así que si se tratara de su ADN no habría manera de saberlo.

—En efecto.

—¿Podemos acudir a los tribunales para obligarle a proporcionar una muestra de ADN? —preguntó Tish.

—No sin una causa probable —respondió Stride—. Necesitaríamos tener algo específico que lo relacionara con el crimen.

—Laura fue asesinada con su bate —protestó ella.

—Eso hubiera podido proporcionarnos una muestra de ADN si el crimen hubiera ocurrido la semana pasada y aún tuviéramos el bate. Después de treinta años, ningún juez nos concedería un recurso con lo que tenemos hoy.

—Y eso es porque Peter Stanhope está forrado.

—Si te soy sincero, sí. Lo lamento, Tish, pero tenemos que enfrentarnos a la realidad de la vida.

Tish contempló las aguas azules y calmas del lago. Una ligera brisa onduló su cabello.

—No puedo creer que no podamos hacer nada. Tiene que haber una forma de obtener una muestra de ADN de Peter.

—Hay algo más —añadió Stride—. Más malas noticias.

—¿Qué?

—Esto no puedes incluirlo en el libro.

—De acuerdo, ¿de qué se trata?

—Tenemos más material genético de la escena del crimen. Se encontró semen cerca del cadáver. La policía lo mantenía en secreto.

—¿Aún tienen la muestra? ¿Todavía está intacta?

Stride asintió.

—Mandé analizar el ADN del semen. No es la primera vez que lo hago, pues cada año añadimos a miles de personas a nuestras bases de datos. Aunque no ha servido de nada. No ha habido ninguna correspondencia.

—¿Puedes comparar el ADN del semen con el de la nota del acosador? —preguntó Tish.

—Ésas son las malas noticias.

—¿Qué quieres decir?

—Comparé las dos muestras. El ADN de la nota del acosador no se corresponde con el semen hallado junto al lugar donde se encontró el cuerpo de Laura.

—No son muy buenas, no —ratificó Tish con el ceño fruncido.

—No. Aunque pudiéramos encontrar una correspondencia con el ADN del acosador, eso sólo significaría que tenemos a «alguien más» en la escena del crimen. El fiscal del condado se negaría a imputar cargos a alguien si no podemos identificar a la persona que depositó allí esa muestra de semen.

—¿Tenéis el ADN de Dada?

—No.

—Así que podría ser de él. Sabemos que esa noche estaba en los bosques. Pudo haber visto al asesino de Laura.

—Lo más probable es que la asesinara él —le recordó Stride—. Recuerda que las huellas de Dada estaban en el bate de béisbol. Además, todo esto no son más que especulaciones. No sabemos quién era Dada ni adonde fue. Después de treinta años, puede que ya esté muerto. Las expectativas de vida de los vagabundos como él no son muy halagüeñas.

—¿Recuerdas algo que pudiera servir para localizarle?

—Sabes tanto como yo. Era un *rastafari*. Rastas, gorra, el equipo completo. Es

probable que hoy en día su aspecto no se parezca en nada al que tenía por aquel entonces.

—Pero no era muy mayor, ¿no? —preguntó ella.

—No. Unos veinte años, quizá.

—Así que puede que aún esté vivo.

—Tendrías más posibilidades de encontrar a Amelia Earhart^[3]. —Stride escuchó el sonido ahogado de un motor y echó un vistazo a la calle—. Ha vuelto —comentó.

—¿Quién?

—El de la furgoneta de reparto...

La misma camioneta que habían visto antes estaba aparcada al otro lado de London Road, cerca del Civic de Tish. Esta vez, la puerta del conductor se abrió y el hombre se apeó. Cruzó la calle y se dirigió directamente hacia ellos. Era alto y muy delgado, con piernas como palillos. Vestía el uniforme de reparto de la compañía: camisa de manga corta con botones en el cuello, pantalón corto y zapatillas de tenis blancas.

—¿Le conoces? —preguntó Stride.

Tish se mordió el labio.

—No.

A medida que se acercaba, Stride vio las huellas de la edad y la disipación en el rostro del conductor. Parecía el de un gran bebedor. Tendría unos cincuenta años, pero su piel estaba repleta de motas que le cubrían el cuero cabelludo, y los vasos sanguíneos rotos se extendían por las mejillas y la nariz como una telaraña rosada. Cuando se quitó las gafas de sol dejó al descubierto sus pálidos ojos azules enrojecidos. Llevaba las cejas rubias muy recortadas. Su cara era alargada y estrecha.

—¿Tish? —preguntó el conductor haciendo caso omiso de Stride—. ¿Eres tú?

Ella titubeó.

—Sí, soy yo.

—Había oído que estabas de vuelta en la ciudad.

—¿Nos conocemos? —preguntó ella.

—Soy yo. Finn Mathisen. Ya sé que ha pasado mucho tiempo. He cambiado mucho desde entonces, pero ¿quién no, eh? ¿No te acuerdas de mi gran melena rizada?

—Oh, Finn, desde luego, lo siento —dijo Tish. Sonaba como si de verdad lo hubiera reconocido—. ¿Cómo estás?

—Me las apaño como puedo. Le dije a Rikke que estabas en la ciudad y me contestó que estaba loco. Pero aquí estás.

—Sí, aquí estoy —dijo Tish.

—Me han dicho que estás escribiendo un libro.

—Pues sí.

—Me preguntaba si podríamos comer o cenar juntos algún día.

Ya sabes, para hablar de Laura y de los viejos tiempos. Me gustaría mucho.

Tish dudó.

—Claro, por qué no.

—¿Tienes un número de móvil o algo parecido?

—Por supuesto.

—Espera —dijo Finn. Sacó un boli del bolsillo y lo abrió con un clic. Stride le vio escribirse «TISH» en el dorso de la mano—. Dispara.

Ella le dio el número y Finn se lo garabateó en la mano.

—Te llamaré —le dijo.

—De acuerdo.

—Tienes muy buen aspecto, Tish.

—Gracias.

Finn regresó a la camioneta sin decir ni una palabra a Stride. Se alejó conduciendo mientras decía adiós con la mano a Tish a través de la ventanilla bajada. Tish le devolvió el saludo a medias.

—¿Un viejo amigo? —preguntó Stride.

—Más amigo de Laura que mío.

—Parece que ha tenido una vida dura.

—Sí, tampoco le iban muy bien las cosas por aquel entonces. Su hermana mayor, Rikke, era nuestra profesora de matemáticas. Le pidió a Laura que le diera clases particulares a su hermano. Finn estaba metido en drogas hasta el cuello. Completamente jodido. No tenían padres.

Stride asintió.

—Recuerdo a Rikke Mathisen. Una profesora noruega rubia, muy atractiva. Todos los chicos del instituto estábamos locos por ella.

—En realidad, a mí no me gustaba pero a Laura sí —dijo Tish—. Yo era bastante independiente, pero Laura aún necesitaba a alguien que le hiciera de madre. Yo creía que Rikke sólo se mostraba amable con ella para que ayudara a Finn, y eso me molestaba.

—¿Por qué?

—Ya lo has visto. Finn tenía grandes problemas. Laura quería salvar a todo el mundo, pero era muy inocente. Le dije que no perdiera el tiempo con él.

—¿Le dijiste lo mismo de Peter Stanhope? —preguntó Stride.

—Sí, así es.

—Pero ella no te escuchó.

Tish negó con la cabeza.

—Sí que lo hizo. Laura le dio la patada a Peter. Él miente al decir que se veían en secreto.

—No tenemos forma alguna de demostrar eso.

—Podemos demostrarlo con el ADN de Peter —insistió Tish—. Si lo consiguieras, podrías probar que acosaba a Laura tras compararlo con el de la nota.

A Stride no le gustó lo que vio reflejado en su rostro.

—Déjame darte un consejo, Tish. En calidad de policía. Si quieres escribir un libro, hazlo, pero si lo que pretendes es inmiscuirte en una investigación policial, entonces vas a buscarte un montón de problemas. Así que no cometas ninguna estupidez.

Stride consultó su buzón de voz en el camino de vuelta al ayuntamiento y encontró un mensaje urgente de la nueva fiscal del condado de St. Louis. Aparcó en su plaza habitual detrás del edificio, pero en lugar de dirigirse directamente a su oficina del ayuntamiento, fue hasta el juzgado y subió a la quinta planta en ascensor. Las puertas de vidrio del despacho de la fiscal del condado estaban a la derecha.

Pidió a la telefonista que le comunicara a Pat Burns que estaba allí fuera.

Pat era nueva en el cargo. El anterior fiscal del condado, Dan Erickson, había dimitido debido a un escándalo acaecido el pasado invierno. Stride y Dan habían sido enemigos durante años, y estaba contento de que se hubiera marchado. La junta del condado había tardado bastantes meses en encontrar un sustituto y, finalmente, habían recurrido a Pat Burns, socia administradora de la oficina en Duluth de una firma corporativa de abogados con sede en Twin Cities. Era una experta en delitos de guante blanco y había pasado muchos años en la oficina del procurador general del Estado en Chicago antes de trasladarse a Minnesota. Era una mujer dura e inteligente.

Stride se preguntaba por qué una abogada que obtenía unos buenos ingresos como socia administradora en una firma corporativa de abogados renunciaría a ganar cientos de miles de dólares anuales para procesar a violadores y pornógrafos infantiles, aunque sabía que la respuesta se resumía en una palabra. Política. Como todo aquél cuyo culo se aposentaba en la butaca de fiscal del condado, también ella tenía los ojos puestos en un cargo más importante. Aquello no molestaba a Stride, pero significaba que cualquier decisión procesal se analizaba a través de la lupa de las recaudaciones de fondos y la obtención de votos.

Esperó veinte minutos antes de que se abriera la puerta del despacho de Pat. Estaba leyendo la carpeta de un expediente con hojas de tamaño oficio y levantó la vista hacia él por encima de sus gafas de media luna.

—Hola, teniente, pase.

Ya había estado allí antes una vez, una visita de cortesía dos semanas atrás. En esa ocasión, el despacho aún tenía la misma apariencia que cuando Dan Erickson era fiscal del condado. Desde entonces, el toque masculino había sido suprimido. El mobiliario macizo de Dan había desaparecido. Pat prefería el cristal y el arce danés. La pintura era nueva e iluminaba la estancia con un tono melocotón. La vieja moqueta había sido arrancada y sustituida por una de lana frisé. Toda la habitación olía a reformas, como una casa nueva.

—Muy bonito —dijo.

—Gracias. Aún conservo una botella de ginebra Bombay de Dan si le apetece. Yo

prefiero el Chardonnay.

—No quiero nada, gracias.

—¿Le importa que me dé el capricho?

—En absoluto.

—Ejercí en Londres durante dos años después de licenciarme en Derecho. Allí adquirí la costumbre europea de beber vino con las comidas, y aún no he podido quitármela.

Depositó la carpeta del expediente en su escritorio y se quitó las gafas de lectura. Abrió la portezuela de una nevera de acero inoxidable, sacó una botella abierta y vertió el vino blanco en un pequeño vaso campaniforme. Tomó un sorbo y luego le hizo un ademán con la mano en dirección a un sofá de microfibra color arena pegado a la pared. Encima del sofá, en un estante de madera, había una escultura moderna de acero con un bloque de hormigón a modo de base.

Él llevaba vaqueros, una americana deportiva y botas negras, y se sentía vestido de forma inapropiada. Pat lucía un traje pantalón a medida de color crema con una chaqueta escotada y un top blanco. Un collar de piezas cuadradas entrelazadas pendía por encima de la tenue línea del escote. Su cabello castaño lo llevaba corto y bien peinado, como una ola marina rompiendo desde la frente. Era alta y delgada, y Stride sabía por su biografía que había cumplido los cuarenta en enero.

Pat tomó asiento en la otra punta del sofá y cruzó las piernas. Mantuvo el vaso de vino equilibrado en la rodilla e inclinó la cabeza hacia el expediente de su mesa.

—La viuda del golfista muerto por un rayo el mes pasado ha puesto una demanda al condado —le dijo.

—¿Cómo puede haber sido culpa nuestra? —preguntó Stride.

—No lo es, pero cada día surgen nuevas teorías con lo de la responsabilidad legal.

—Los golfistas son pararrayos ambulantes —dijo Stride—. Cada verano se fríe un par.

—Exactamente. Se hallaba en un campo de golf del condado y el abogado de su esposa afirma que carecemos de los procedimientos adecuados in situ para proporcionar protección ante una amenaza inevitable y predecible.

—¿Qué tal una señal de advertencia con una foto de Ben Franklin? —preguntó Stride.

—No les dé ideas —replicó Pat con una sonrisa. Y añadió—: Bueno, hablemos de temas policiales. ¿Ha hecho algún progreso Maggie con el caso del voyeur?

—Pues no. No se ha dejado ver desde el incidente con la chica discapacitada de Gary, hace un par de semanas. Tenemos apostado un coche sin identificación cerca de su vivienda todas las noches por si vuelve.

—¿Y es eso posible?

—El padre cree que ya la había espiado antes. Puede que tenga un interés especial

en esa chica.

—Manténgame informada del caso —le dijo Pat—. A las familias no les preocupa que los traficantes de droga se maten entre ellos, pero se sienten desprotegidos cuando un perverso se dedica a mirar a sus hijas por la ventana.

—Entendido.

—Me gustaría tener con usted una reunión mensual de evaluación —añadió Pat— para poder revisar los casos pendientes. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. Me pondré de acuerdo con su ayudante.

—No trato de invadir su terreno, pero quisiera estar al tanto de lo que se cuece. No me gustaría verme sorprendida por los titulares ni que la prensa me vapulee.

—Lo entiendo —dijo Stride—. Si ocurriera algo, tanto K-2 como yo nos pondremos directamente en contacto con usted para mantenerla informada.

K-2 era el apodo departamental del inspector jefe Kyle Kinnick.

—Se lo agradeceré —contestó Pat y añadió—: Peter Stanhope me ha telefoneado esta mañana.

—¡Ah!

—Le preocupa esa periodista, Tish Verdure, y el libro que está escribiendo sobre un asesinato sin resolver de la década de los setenta. El periódico de hoy habla de ello en un artículo.

—Así es —dijo Stride.

—Ése es el tipo de asunto que necesito conocer de antemano, teniente. —Aunque no le hablaba con brusquedad, su tono de voz era frío y directo—. Sobre todo si está involucrado alguien como Peter Stanhope. No me gusta encontrarme en desventaja cuando el mayor contribuyente de nuestra campaña me telefona para hablar de una investigación de asesinato y no sé nada al respecto.

Stride asintió.

—Tiene razón. Le pido disculpas. Debería haberla llamado la primera vez que vi a Tish y tuve conocimiento de su proyecto. Ingenuamente, no creí que...

Pat lo interrumpió con un ademán.

—No importa. No quiero ni explicaciones ni excusas. Ya está hecho. Sólo quiero que haya quedado claro para el futuro, ¿de acuerdo?

—Completamente.

—Ahora hábleme de ese caso. Tengo entendido que conocía a la víctima.

—Era la hermana de mi esposa.

—Oh, ya veo. Lo siento. Cuénteme qué sucedió.

Stride le hizo un resumen de los hechos y volvió a recrear la investigación para ella. Asimismo, le explicó cuanto sabía del libro de Tish y de las pruebas de ADN que se habían llevado a cabo en las últimas semanas.

Pat dio un sorbo a su vaso de vino y escuchó atentamente el relato.

—Peter me preguntó si teníamos intención de reabrir la investigación de ese caso.

—No creo que tengamos pruebas suficientes para ello —contestó Stride—. Hasta el momento, no ha cambiado en absoluto la hipótesis original: que Laura fue asesinada por un vagabundo. Tish no ha mencionado nada que refute o desacredite esa hipótesis.

—Pero usted ha mandado hacer pruebas de evidencias físicas.

Stride asintió.

—Es verdad. Si hubiéramos hecho una comparativa de ADN y hubiéramos averiguado quién acosaba a Laura, o de quién era el semen que se encontró cerca de su cadáver, ciertamente eso hubiera cambiado las cosas. Tendríamos más preguntas que hacer y, en potencia, a alguien con información nueva.

—Además de lo que me ha contado, también ha desaparecido una evidencia física clave —comentó Pat—. A saber, el arma del asesino. Tampoco sabemos cómo encontrar a ese vagabundo después de treinta años, ni si aún está vivo. No sé cómo podría encargarme de armar un caso contra alguien en esas circunstancias.

—De acuerdo —dijo Stride—. Tenemos muchos sospechosos y muchas dudas razonables.

—Lo que significa que debemos ser extremadamente cautelosos en cuanto a permitir que las especulaciones se filtren a los medios de comunicación. No quiero que se juzgue a nadie en la prensa cuando no tenemos intención de presentar cargos contra ese alguien en el juzgado.

—Se refiere a Peter Stanhope —dijo Stride.

—Me refiero a cualquiera. —Pat hizo una pausa—. Mire, teniente, soy una persona práctica. Ambos sabemos que el dinero es poderoso caballero. Si yo pudiera probar que Peter Stanhope es culpable de algo, ¿le arrojaría ese libro a la cara? Por supuesto. ¿Quiero que usted evite que se extiendan los rumores sobre él si no podemos probar que es culpable de algo? Por supuesto. Diría lo mismo respecto de cualquier sospechoso, pero sí, tengo que ser sumamente cuidadosa cuando se trata de alguien que es un amigo y simpatizante. La vida es así.

—Soy plenamente consciente de ello.

—Desconozco por completo cómo era Peter Stanhope de adolescente o de joven. Todo cuanto puedo decirle es que mi firma de abogados se dedica a otro campo distinto al suyo en cuanto a litigios, y que mis socios hablan maravillas de su profesionalidad.

—Comprendido.

—Así que establezcamos algunas reglas básicas. Primero, será cauteloso en extremo con lo que le cuente a Tish Verdure. No la conocemos. Es periodista y un peligro en potencia. Lo último que necesitamos es que convierta esto en el caso Martha Moxley^[4], ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Stride no mencionó que acababa de tener un encuentro con Tish y que había compartido con ella cierta información que probablemente no debería haberle contado. Como la existencia de semen cerca del cuerpo de Laura.

Pat levantó dos dedos.

—Segundo, los dos sabemos que este caso podría explotarnos en las manos con independencia de lo que hagamos. Si Tish logra captar el interés de algún medio de comunicación neoyorquino vamos a tener que enfrentarnos a cientos de preguntas. Y eso acabaría emitiéndose en *20/20* o en *Caso abierto*. Y en la prensa nacional.

—¿Y qué sugiere? —preguntó Stride.

—Sugiero que se asegure de estudiar el caso al dedillo. ¿De acuerdo? Que lo revise punto por punto. Asegúrese de que es capaz de responder a cualquier pregunta que pueda surgir. Repase la investigación de cabo a rabo, pero sea discreto.

Stride titubeó.

—¿Qué sucede? —quiso saber Pat.

—Sospecho que la investigación original pudo haber sido manipulada.

Pat asintió.

—Lo dice por Ray Wallace.

—Sí.

—Ray pertenece al pasado, pero me han llegado rumores. Se convirtió en todo un problema.

—Ray era un buen policía, pero cruzó la línea —explicó Stride—. Puede que se precipitara al proporcionar una teoría respecto al asesinato para exonerar a Peter Stanhope. Y puede que hiciera desaparecer el arma del crimen y la carta original del acosador.

—Si Ray la jodió, deberíamos saberlo antes de que Tish o alguien más se nos adelante.

—Por supuesto.

—Y una última cosa —añadió Pat.

—¿Sí?

—En cualquier momento puedo acabar con esto de raíz. Si lo único que hacemos es mordernos la cola y resulta obvio que nunca vamos a encontrar las pruebas suficientes para procesar a nadie, me veré obligada a cerrar el caso. Lo siento, sé que esa chica significaba mucho para usted y para su difunta esposa. Pero si no encontramos nada nuevo, entonces Tish y usted tendrán que hacerse a la idea de que el caso permanecerá sin resolver.

¿QUIÉN MATÓ A LAURA STARR?

Por Tish Verdure

5 de julio de 1977

Aquel martes por la tarde estábamos los tres en el salón. Mi padre, Jonny y yo. La casa nunca me había parecido tan pequeña. No había dormido nada, y daba la sensación de que las paredes se acercaran por momentos y de que el techo fuera a caerme encima. No podía respirar. La habitación parecía un horno y hacía tanto bochorno que sudabas sin ni siquiera moverte. Allí estábamos los tres sentados, sin decir una palabra, contemplando los rayos de luz solar que entraban por la ventana delantera, Jonny me cogía de la mano y yo tenía enterrada la cabeza en su hombro. Lágrimas de rabia y reproche resbalaban por el rostro de mi padre. Tenía la cara roja como un tomate. Había maldecido a Laura por vivir cuando mi madre murió, y ahora la maldecía por morir de la forma en que lo había hecho. De nuevo había perdido a alguien.

Mi padre. Nunca fue un hombre corpulento y parecía encoger con el paso de los años. Su pelo oscuro, tan espeso y fuerte cuando yo era pequeña, ahora casi había desaparecido. La ropa ya no le quedaba bien, pero no me dejaba comprarle otra, así que sus camisas blancas se le abullonaban en los hombros. Por las noches, se sentaba en su sillón reclinable y leía la Biblia encuadernada en piel bajo una luz mortecina. No tenía ambiciones. Tan sólo sueños desastrados y un tira y afloja con Dios. Recuerdo que solía llegar a casa de su trabajo en Wahl's con sus trajes de raya diplomática marcada, como un hombre en la cima del mundo, un hombre de éxito. Algún día dirigiría esos grandes almacenes. Eso es lo que le decía a mamá. Y ahora otros hombres estaban por encima de él, y mi padre escribía los anuncios de prensa de las ofertas. A los cincuenta, parecía tener sesenta. Nunca llegas a darte cuenta de hasta qué punto una persona depende de otra, y cuando ésta ya no está, es como caerse de un puente y no llegar nunca al suelo.

Yo había ido a casa de Jonny. Después. En mitad de la noche. Él mismo me abrió la puerta; yo parecía un poema, llorando y llena de salpicaduras de sangre. Telefoné a la policía porque yo no podía. Vinieron y nos llevaron de nuevo allí, y los guíé a través de los bosques hasta el cadáver, pero no pude bajar hasta la playa. No me sentía capaz de verlo otra vez. Ni siquiera los policías corpulentos y forzudos podían creer lo que le habían hecho. Cosas como ésa no pasan. No aquí, en Duluth.

Me hicieron un montón de preguntas en un coche patrulla aparcado en la maleza y me hicieron repetir una y otra vez todo lo que había hecho y visto. Creo que hubieran sido capaces de seguir durante horas, pero Jonny se encaró con ellos e insistió en que me llevaran a casa. Necesitaba contárselo a mi padre. Necesitaba meterme debajo de la ducha y quitarme la sangre. Me hicieron fotos; las bombillas del flash estallaban en mi cara, allí, en los bosques. Me rasparon la sangre de la piel. Me di cuenta de que pensaban que a lo mejor lo había hecho yo. Que yo la había matado. No entendía como alguien podía pensar eso. Les dije que era inocente. No estoy segura de que me creyeran.

-Lo siento, papá -murmuré.

Sentí la imperiosa necesidad de encargarme de eso yo sola, por su propio bien. Jamás tendría que haber dejado que se marchara sola.

Mi padre no me miró.

-El castigo de Dios es algo terrible.

-Ya sabes que no me gusta oírte decir eso.

-Advertí a Laura que vivía en pecado -dijo él.

Quería gritarle, pero no lo hice. Me mordí la lengua. Así era como él manejaba el dolor, como se explicaba las cosas horribles y aleatorias. Con el paso de los años se había vuelto duro e inflexible. Como si permanecer erguido pudiera suponer alguna diferencia cuando te encontrabas en la trayectoria de un tornado. Como si el rayo distinguiera de alguna manera entre lo bueno y lo malo.

Papá inclinó la cabeza y empezó a llorar una vez más. Suspiré y alcé la vista para mirar en el interior de los ojos oscuros de Jonny. Me besó en la cabeza. Esa noche los dos nos habíamos hecho mayores, en muchos aspectos.

Escuché un golpe en la puerta principal.

-Ya voy yo -dije.

El hombre que había en los escalones de la entrada tenía una tupida mata de pelo pelirrojo y un bigote del mismo color. Cubría sus ojos azul cielo con unas gafas descomunales de montura metálica. Supuse que tendría unos treinta y tantos. De altura mediana, aunque corpulento y fuerte, con unos dedos como salchichas. Vestía un abrigo deportivo de cuadros escoceses y una camisa blanca que le apretaba por encima del cinturón. No llevaba corbata. El cuello estaba desabotonado y el pecho, cubierto de una pelusa rojiza. Vaqueros acampanados y zapatos de vestir embarrados. Vi unos churretes de suciedad en su calzado. Me pregunté si sería sangre.

-Soy el inspector de policía Ray Wallace -me informó-. De la policía de Duluth.

-Pase -contesté.

Wallace entró cojeando. Me siguió hasta el salón y yo volví a sentarme junto a Jonny. Wallace se presentó a mi padre, quien no se levantó de la butaca. Los ojos del inspector barrieron la habitación mientras cogía una silla del comedor y se sentaba. Se ve enseguida cuando alguien es un tipo listo, y Wallace lo era.

-Lamento profundamente su pérdida, señor Starr -empezó.

Mi padre se sonó la nariz con un pañuelo y luego lo dobló y se lo guardó en el bolsillo. Colocó las manos sobre sus rodillas y no contestó.

-Intento averiguar qué fue exactamente lo que le sucedió a su hija,

señor -prosiguió Wallace.

Mi padre seguía sin hablar. Continuaba con la mirada perdida en las motas de polvo.

-Yo no lo hice -espeté, rompiendo el silencio.

Para cualquier policía eso era como una enorme señal iluminada que dijera: «¡He sido yo! ¡He sido yo!».

Wallace sonrió con los labios, no con los dientes. Su bigote se retorció como un gusano rojo.

-Nadie dice que lo hicieras tú, jovencita. -Miró a Jonny-. ¿Y éste quién es?

-Yo soy Jon Stride. El novio de Cindy.

-Encantado de conocerte, Jon. ¿Por qué no te vas a casa, en?

Jonny se levantó del sofá y estrechó la mano de Wallace. En ese momento vi en él algo diferente, algo en lo que no había reparado hasta entonces, como si fuera más maduro y atractivo. Los dos midieron sus fuerzas como hacen los hombres.

-Si Cindy dice que no lo hizo, puede darlo por seguro. Y además, me quedo. También yo estuve allí anoche.

Los ojos de Wallace chispearon.

-Como quieras.

Jonny volvió a sentarse.

-Ellos se pusieron a hacerme fotos -dije- y yo tenía sangre porque la toqué y cogí el bate porque creí oír a alguien en los bosques.

-¿Cogiste el bate? -preguntó Wallace.

-Sí.

-Así que ¿encontraremos tus huellas en él?

Oh, maldita sea.

-Sí, supongo que sí.

-Muy bien, pues; es bueno saberlo. Tú eres Cindy, ¿no?

-Sí.

-¿Te llevabas bien con tu hermana, Cindy?

-Sí, claro. Me llevaba bien.

-Porque ya se sabe que las hermanas discuten de vez en cuando.

-Pues sí, a veces, pero nunca por nada importante.

Mi padre despertó de su letargo y le interrumpió.

-¿De qué va todo esto, Wallace? Si está acusando a mi hija es que se ha vuelto loco.

Wallace se ajustó las gafas a la cara con el pulgar y el índice.

-No estoy acusando a nadie, señor Starr. Me limito a recabar información. -Se volvió de nuevo hacia mí-. Cindy, ¿aún tienes la ropa que llevabas anoche?

-Sí.

-¿La has lavado?

-No, está en la cesta de la ropa sucia.

-Vamos a necesitarla, ¿de acuerdo? Tengo que llevármela.

-Sí, claro.

-Y los zapatos.

-No llevaba zapatos.

-Ah. -Wallace sacó una instantánea Polaroid del bolsillo de la camisa-. Ésta eres tú anoche, ¿verdad?

-Sí.

-Tienes restos de sangre en las manos, las piernas y los pies.

-Sí, lo sé. Ya se lo he dicho, la toqué...

Wallace negó con la cabeza.

-No pasa nada. No te preocupes. Los del laboratorio me han dicho que quienquiera que lo hiciera estaría cubierto de sangre. Y quiero decir cubierto. De pies a cabeza. No unas cuantas salpicaduras. - Dirigió la mirada hacia William Starr-. Lo siento, señor, no pretendía ser tan gráfico. Lo que trato de explicar es que ya hemos establecido que es muy improbable que Cindy esté implicada. Pero me gusta verle la cara a la gente antes de sacar mis propias conclusiones.

-Si quiere culpar a alguien, culpeme a mí -anunció mi padre.

Wallace se agitó en su asiento y la silla de madera crujió. Le miró con curiosidad.

-¿Qué quiere decir, señor?

-Quiero decir que primero fue mi mujer y luego mi hija. Las dos están muertas. No importa quien blandiera ese bate. Fue Dios quien la mató.

-No creo que Dios se dedique a matar a jovencitas de dieciocho años -respondió Wallace.

-Se equivoca. Lo hace constantemente. Todos los días. Los pecadores reciben su castigo.

-Ya veo. -La voz de Wallace se volvió inexpresiva y fría-. Señor Starr, sus vecinos oyeron gritar a Laura la noche anterior a su asesinato.

Vi cómo los dedos de papá se aferraban a la Biblia que tenía en el regazo.

-Sí, a veces discutíamos.

-¿Y cuál fue el motivo esta vez?

-Yo quería que siguiera la senda del Señor.

-¿Y ella no lo hacía? -preguntó Wallace.

-No siempre.

-¿En qué sentido?

-Eso era un asunto entre Laura y yo -espetó papá-. ¿Cómo se atreve a preguntarme eso cuando Dios está decidiendo en este preciso momento el destino de su alma?

A Wallace no le gustó la respuesta.

-Señor Starr, ¿usted sabía que Laura no estaba en casa anoche?

-Sí. Fui a su dormitorio hacia las diez y no se encontraba allí.

-¿Qué hizo entonces?

-Nada. Me fui a la cama.

-¿Sabía adónde había ido Laura?

-No.

-¿Se quedó despierto esperándola?

-Sí, pero me dormí.

-¿Estuvo toda la noche en casa?

-Por supuesto, se lo acabo de decir.

-¿Habló con alguien?

-No.

Wallace asintió.

-Señor Starr, ¿ha pegado alguna vez a su hija?

Mi padre se levantó de sopetón de la silla; temblaba, y su camisa blanca ondeaba. Hacía años que no lo veía moverse tan deprisa.

-¿Cómo se atreve!

Wallace ni se inmutó.

-Ya ha oído mi pregunta, señor.

-Jamás -insistió mi padre.

-A veces las discusiones se salen de madre.

-Jamás le he puesto una mano encima.

Wallace me miró. Era como si, aun sin decirlo a viva voz, quisiera que le contestara sí o no. Que le transmitiera el secreto en silencio. Quería saber si era verdad, si papá había golpeado alguna vez a Laura. O a mí. Me enfrenté a su mirada.

-Mi padre jamás haría una cosa así -afirmé.

Wallace asintió. Por ahora ya tenía suficiente. Me dije que había dicho la verdad, porque mi padre nunca me había levantado la mano, y no creía que se la hubiera levantado a Laura. A pesar de todo, no podía quitarme de la cabeza las palabras de Laura.

«¿Y si te dijera que papá abusa de mí? ¿Lo matarías?».

No comenté nada al respecto.

Wallace mantenía su atención centrada en mí.

-Cindy, ya has repasado con mis hombres lo que sucedió anoche. Ahora tengo que pedirte que me repitas a mí algunas de esas respuestas.

-Claro -contesté.

-Sé que has vivido una pesadilla, y sé lo duro que ha sido para ti.

-Gracias.

-Por favor, cuéntame exactamente una vez más qué hiciste anoche y todo lo que sucedió hasta que la policía atendió vuestra llamada. Sin omitir ni un solo detalle.

Y eso hice.

Bueno, no del todo. Algunas cosas las omití. Como lo mío con Jonny aquella noche. Y otras, también, Jonny se inmiscuyó en la conversación y le contó lo de Peter y el partido de béisbol, lo de la tormenta y lo del bate tirado en el terreno de juego. Podía ver la mente de Wallace trabajando a mil por hora cada vez que salía a relucir el nombre de Peter Stanhope; una parte de él estaba con nosotros y otra, en otro lugar. Yo no era estúpida. Prácticamente estábamos acusando de asesinato al hijo de uno de los hombres más ricos de la ciudad. En cuanto un poli oye algo así, se pone a buscar como un loco hacia dónde echar a correr. Wallace lo supo enseguida: hacia un hombre negro que estaba en los bosques.

-Así que Laura y tú tuvisteis la impresión de que alguien os vigilaba -comentó cuando acabamos.

Nada sobre la nota del acosador. Nada sobre las citas de Laura y Peter, ni de que luego ella rompió porque él le exigía que se acostaran. Nada sobre el bate ni sobre las amenazas que lanzó contra Laura durante el partido.

-Sí.

-Sin embargo, no podía tratarse de Peter Stanhope, ¿verdad? Porque él aún estaba en el campo de béisbol con el aquí presente Jon cuando oísteis a alguien.

Jonny y yo nos miramos. Ambos asentimos.

-¿Estás segura que era marihuana lo que oíste?

Miré a mi padre.

-Nunca he fumado, pero sé cómo huele.

-¿Viste a ese tipo negro del que habló Jon?

-No vi a nadie.

Wallace desvió la vista hacia Jonny.

-Puede que vieras a ese tipo, a ese vagabundo, en el mismo lugar en que estaban las chicas, ¿no es así?

-A unos noventa metros de ellas, más o menos -contestó Jonny.

-Muy bien, cuéntame más cosas del tipo ese de las rastas.

-Lo llaman Dada.

Wallace se relamió los labios con la lengua.

-¡Vaya! ¡Qué tenemos aquí! ¿Sabes quién es ese individuo? ¿Lo habías visto antes?

Jonny asintió.

-Deambula por las vías del puerto. Las de los trenes que van al sur.

-¿Y qué hacías tú por ahí abajo?

-Es un lugar como cualquier otro para ir -contestó Jonny.

Yo sabía por qué iba allí. Era su escondrijo secreto, su vía de escape, su lugar para pensar, Jonny me había contado que le gustaba dar un paseo hasta ahí abajo, entre los trotamundos que iban y venían, eludiendo a la policía y refugiándose en la seguridad de las vías férreas. En su imaginación, también él se sentía un viajero. Un vagabundo.

-Muy bien; así pues, ¿quién es ese tipo?

-Lo vi por primera vez hará cosa de un mes. Estaba en los bosques que hay bajando por la calle Raleigh, la que desemboca al otro lado del puente Arrowhead. Los otros le tienen miedo por su tamaño. Creen que es una especie de fantasma.

Wallace resopló.

-Un fantasma.

-La mayor parte de los tipos que hay ahí abajo están algo tarados. Así que cuando ven a alguien como Dada, es fácil creer cualquier cosa.

-¿Es violento?

-No lo sé. Sólo le he visto un par de veces.

-¿Podrías mostrarme dónde le viste?

Jonny asintió.

-Sí, eso creo. Aunque va de un lado para otro. Todos lo hacen.

-Si ha matado a una chica, probablemente habrá cogido el primer tren en dirección sur -dijo Wallace-. Supongo que ya debe de estar muy lejos.

Se levantó. La pierna derecha, de la que cojeaba, parecía agarrotada. Se restregó la rodilla y vi en su rostro una mueca de dolor.

-Creo que de momento eso es todo -concluyó. Después miró a Jonny-. Puede que necesite tu ayuda, Jon. ¿Tienes tiempo para venir conmigo?

Jonny me miró y yo asentí.

-Por supuesto.

Wallace se acomodó los pantalones por encima del estómago. Yo estaba decepcionada. Él se aferraba a la idea de que lo había hecho un extraño, a pesar de que Laura llevaba meses recibiendo amenazas. A pesar de que la habían matado con el bate de Peter Stanhope. Poderoso caballero es don dinero.

-¿Así que va a perseguir a ese hombre, Dada? -preguntó mi padre.

También él se lo creía. Como todos. Nadie quería pensar en la otra alternativa, porque era demasiado complicada. Demasiado escalofriante.

-No -respondió Wallace-. Quiero decir que lo haremos, pero aún no.

Me lo quedé mirando, sorprendida. Quizá no debería haberme sorprendido tanto. Al fin y al cabo, era muy listo.

-Lo primero que quiero hacer es sacarle la verdad a Peter Stanhope
-afirmó Wallace.

Ray Wallace.

Durante años, había sido el mejor amigo de Stride. Su mentor en el cuerpo de policía. Era como si, en los agitados meses que siguieron a la pérdida de su padre, hubiera estado esperando encontrar a alguien que pudiera proporcionarle una nueva orientación. Más adelante, Stride descubrió que cuando pones a alguien en un pedestal, es casi seguro que se romperá al caer.

Stride aún recordaba la primera pregunta que le formuló a Ray mientras cruzaban la puerta de la casa de Cindy el 5 de julio de 1977.

—¿Y esa cojera?

Ray se detuvo con la mano en la puerta del conductor de su Camaro.

—Vietnam —respondió—. Me pegaron un tiro en la rodilla.

—¡Oh, vaya!

—Sí, fue una putada pero ¿sabes qué? Después de una cosa así, es difícil que te preocupe cualquier nadería con la que te tropieces en la vida.

Stride recordaría durante años ese comentario.

Hasta el momento en que Ray le disparó.

—Me ha gustado la forma en que has defendido a tu novia, Jon —dijo Ray mientras ponía el coche en marcha.

—Cindy no ha hecho nada malo —le respondió Stride.

—Creo que tienes razón, a pesar de que no me lo ha contado todo.

—No es una mentirosa.

—No he dicho que lo sea, pero hay una diferencia entre mentir y omitir parte de la verdad, ¿sabes?

Stride guardó silencio.

Ray conducía con una mano, con el codo apoyado en la ventanilla abierta de su Camaro. Con la otra, sorbía café frío bajo su mostacho panocha.

—¿Cree que descubrirá quién mató a Laura? —preguntó Stride.

—Eso espero. Te lo diré en cuanto lo haga; sin embargo, no va a ser fácil. Por lo que me has contado, había mucha gente en los bosques. Y eso significa muchos sospechosos y un montón de mierda que cualquier abogado defensor estaría dispuesto a arrojar en un tribunal. A no ser que alguien viera algo, puede que jamás sepamos la verdad. Y lo cierto es que a veces la verdad es tan escurridiza como el hielo.

La cálida brisa veraniega se colaba por las ventanillas bajadas. El motor del vehículo rugía mientras Ray aceleraba.

—Tengo que parar un momento —dijo.

Condujo a lo largo de la orilla del lago por London Road hasta llegar a Glensheen Mansión, donde se adentró en el camino de entrada de la colosal finca. Stride vio bastantes coches patrulla aparcados allí. Ray apagó el motor, salió del coche y se inclinó sobre la ventanilla abierta del Camaro.

—Espera aquí un par de minutos, ¿de acuerdo?

Stride vio a Ray acercarse a otro agente que se hallaba con dos o tres oficiales de uniforme en medio del camino de entrada. La enorme mansión de ladrillo rojo con sus tres picos inconfundibles era visible entre los árboles. Ray encendió un cigarrillo. Stride podía oír el murmullo de la conversación pero no descifrar las palabras. Se imaginaba de qué hablaban. Una semana antes, habían encontrado asesinadas en el interior de la mansión a la heredera de la fortuna minera Congdon, Elisabeth Congdon, y a la niñera interina. Una estrangulada y la otra apaleada. La prensa afirmaba que el móvil había sido el robo, pero Stride había oído los rumores que pululaban por la ciudad de que entre los asesinos podía haber un miembro de la familia Congdon, y que el móvil era una herencia de decenas de millones de dólares.

Quince minutos después Ray regresó al coche.

—El dinero —afirmó— es lo que mueve el mundo.

—¿Ha arrestado a alguien?

Ray guiñó un ojo y se mostró complacido.

—Echa un vistazo a la prensa.

Dio media vuelta al Camaro.

—No es un buen año para los obscenamente ricos —dijo Ray—. En mayo, encontraron a esa mujer de Indianápolis, Marjorie Jackson. Un disparo en el estómago y cinco millones de pavos escondidos por toda la casa. ¿Te imaginas guardar el dinero en la bolsa del aspirador? Y ahora hemos perdido a la señora Congdon. A veces te preguntas si vale la pena tener toda esa pasta.

—Como Randall Stanhope —sugirió Stride.

Ray asintió.

—Aja.

—Creo que fue Peter quien mató a Laura —le dijo Stride.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Era su bate. Creo que la atacó en el campo de béisbol, que ella se las arregló para escapar y que él la atrapó en la playa norte.

—Imaginemos que es verdad —dijo Ray—. ¿Cómo lo pruebas?

—Puede que alguien le viera.

Ray se salpicó los pantalones de café y se frotó la mancha con los dedos.

—Puede, pero antes necesitamos encontrar un testigo, y ese testigo debe estar dispuesto a testificar contra el hijo de uno de los hombres más ricos de la ciudad. No te hagas ilusiones. La mayoría de testigos no haría eso.

—¿Así que me está diciendo que es intocable?

—Yo no he dicho eso. Pero a veces uno sabe que alguien es culpable y, sin embargo, no se pueden presentar cargos. Ah, y guárdate tus opiniones para ti, fon. Cuando entremos en la casa, no hables si no te lo pido. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Y por qué quiere que lo acompañe?

Ray sonrío.

—Por tres motivos. Primero: quiero que Randall crea que Peter es un simple testigo, y no un sospechoso, y yendo contigo me aseguro de que se trague el anzuelo. Segundo: creo que Peter no se atreverá a mentir contigo en la misma habitación, porque no está seguro de lo que viste.

—¿Y tercero? —preguntó Stride.

—Tercero: no quiero que nadie crea que he hecho la vista gorda con Peter por el dinero de su padre. Eres mi as en la manga, fon. Bienvenido al cuerpo de policía.

Era el tipo de finca que apestaba a rancio abolengo. Dinero de magnate amigo de lo ajeno. La casa y su jardín estaban circundados por una cerca de alambre de espino y columnas de piedra intercaladas, a conjunto con las piedras de cantera moteadas de la mansión. La amenazante finca de quinientos metros cuadrados se hallaba rodeada de pinos, y era casi invisible desde la carretera. Ray se detuvo en la casa de dos plantas del guarda y se anunció por el intercomunicador. Un minuto después, una verja de hierro se abrió en silencio. Condujo a través de la arboleda y aparcó bajo la entrada cubierta de la mansión.

Stride nunca la había visto de cerca. Atisbo unas fuentes en la parte de atrás. Arbustos recortados con forma de esfera. Una pista de tenis vallada. La vivienda estilo Tudor se alzaba por encima de él con picos puntiagudos, docenas de cañones de chimeneas y piedra roja de Duluth. La mayoría de las ventanas de las alcobas estaban cubiertas por tupidos cortinajes.

—¿Randall construyó todo esto? —preguntó Stride.

Ray negó con la cabeza.

—No, todo esto es de finales del siglo pasado. Antes del impuesto sobre la renta, si sabes a lo que me refiero. En aquel tiempo, el puerto de Duluth movía más tonelaje que el de Nueva York. Éramos los número uno. Un puñado de familias como los Stanhope y los Congdon se hicieron muy, muy ricas.

—¿Y ahora?

—Ahora hacen cuanto pueden para no perder su fortuna.

Una sirvienta los recibió en la puerta y los acompañó hasta una biblioteca

situada al otro lado del vestíbulo abovedado. Stride se sentía cohibido por los pantalones cortos y la sudadera blanca de béisbol que llevaba puestos. Sus zapatillas de deporte resbalaban sobre el mármol. En el interior de la biblioteca, reparó en las vigas cuadradas que se extendían a lo largo del techo, los revestimientos trigueños de las paredes y la alfombra oriental que cubría el suelo de madera maciza. En uno de los muros había todo un desplegable de estanterías talladas a mano, repletas de antiguos libros de bitácora del siglo XIX. También vio retratos de ancianos trajeados.

—Será mejor que me marche —dijo Stride.

—No te dejes intimidar —replicó Roy—. Esta gente eructa, se tira pedos y tiene mal aliento como cualquier otra persona.

Escucharon unas risas desde la entrada y olieron a humo de cigarro puro.

—¿Ah, sí? Supongo que no tendría que haber pedido pasta a la puttanesca para comer.

Quien hablaba era Randall Stanhope.

Stride nunca lo había visto en persona, sólo en televisión y en fotos de prensa. Era más bajito de lo que él esperaba: no debía de medir más de metro setenta. Llevaba el cabello gris bien cortado, unas gafas cuadradas negras y, como los retratos de las paredes, también él vestía un traje oscuro de tres piezas. En la mano izquierda sostenía un vaso bajo con hielo y un líquido ambarino. Con la derecha, sujetaba un habano entre el pulgar y el índice.

—Usted es Ray Wallace, ¿verdad? Su superior me ha hablado mucho de usted. Dice que es toda una promesa en el departamento. Eso me gusta.

—Gracias, señor.

—¿Y quién es el chico? —preguntó Stanhope clavando sus ojos azules en Stride.

—Éste es Jon Stride —dijo Ray—. Estaba anoche en el parque con Peter. Me está ayudando a reconstruir lo que ocurrió para que muriera esa jovencita, y he pensado que Peter podría ofrecerme algunos detalles que Jon no conoce por no haber estado presente.

Stanhope sonrió.

—Eres jugador de béisbol, como mi hijo.

Stride asintió.

—Así es.

—Muy bien. —Stanhope se volvió hacia Ray—. He oído que están a punto de detener al yerno de Elisabeth Congdon por los asesinatos de Glensheen. Un trabajo rápido.

—Aún no se ha hecho público, señor.

—Oh, ya lo sé, pero el mayor me telefoneó. Un asunto muy desagradable.

—Sí, señor.

—Pero usted no ha venido hasta aquí por eso.

—No, señor. ¿Está Peter en casa? Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

—Por supuesto. Me horroricé al enterarme del asesinato de esa joven. Una brutalidad. Como es natural, Peter le explicará cuanto sabe. Esa chica era amiga suya, y está deseando ayudarle a encontrar a quien la mató.

—Se lo agradezco —dijo Ray.

—Contésteme honestamente, detective. Usted no habrá pensado ni por un instante que mi chico es sospechoso, ¿verdad?

—En realidad, no dispongo de la información suficiente para considerar a nadie sospechoso de nada, señor —replicó Ray.

Stanhope sonrió. Ray le devolvió la sonrisa.

—El sheriff tenía razón al decir que era usted un tipo listo, detective.

—Gracias, señor.

—Ya he hablado en detalle con Peter sobre este incidente. Creo que puede ayudarle a identificar al culpable.

Ray arqueó las cejas.

—¿Vio quién mató a Laura?

—No vio cómo se cometía el crimen, pero cuando escuche su relato de los hechos, creo que será de la misma opinión.

—Me gustaría hablar con él.

—Por supuesto. ¡Peter!

Peter entró tranquilamente en la biblioteca. Estaba esperando fuera. Se había lavado y peinado la mata de pelo rubio. Se acababa de afeitarse. Llevaba unos pantalones de vestir, camisa blanca, corbata y un blazer de tweed. Stride detectó unos rasguños profundos en su rostro ancho y pecoso, y un morado púrpura en la frente. Los andares de Peter eran artificiosos e impostados. Tenía las manos metidas en los bolsillos y una mueca de dolor en el rostro.

Detrás de Peter, la misma sirvienta que les había atendido en la puerta entró en la biblioteca sin hacer ruido y entregó a Randall Stanhope una caja de cartón grande. Salió de la estancia y Stanhope le dio la caja a Roy.

—La ropa que Peter llevaba puesta anoche —explicó Stanhope—. Sin lavar. Repleta de manchas de lodo y hierba aunque, como podrá comprobar, sin rastros de sangre, excepto, quizás, unas gotas de la suya. Me imaginé que ésa sería una de sus máximas preocupaciones, así que me he asegurado de conservar las pruebas.

Roy hizo un gesto con un dedo hacia Stride, quien miró el interior de la caja. Echó un rápido vistazo a las prendas y asintió. La ropa de la caja era la misma que Peter llevaba puesta la noche de antes.

—¿Qué te ha pasado, Peter? —le preguntó Roy.

—Alguien me dio una paliza de cajones, ¿qué aspecto tengo? —soltó Peter.

—¡Peter! —le interrumpió su padre con severidad. Stanhope se volvió hacia Ray

—. *Lo lamento. Peter está muy alterado por lo sucedido.*

—*Por supuesto.*

—*¿Sabe? Peter y Laura eran novios.*

Stride abrió la boca para protestar y luego decidió mantenerla cerrada. Ray se cruzó de brazos y estudió a Peter, que se apoyaba incómodo en la estantería.

—*¿Es eso verdad, Peter?*

Peter se encogió de hombros.

—*Sí.*

—*¿Desde cuándo?*

—*Un par de meses.*

—Su hermana me ha dicho que Laura rompió contigo después de un par de citas. Dice que presionabas a Laura para que se acostara contigo y que ella te dijo que no.

—*Me han dicho que sí más veces que no.*

—*Eso no es una respuesta.*

—Laura quería mantenerlo en secreto. Lo suyo conmigo. No quería que nadie lo supiera.

—*¿Y eso por qué?*

—¿Quién sabe? Las chicas son así de raras. Puede que no quisiera que nadie le pidiera favores, ¿sabe a lo que me refiero? En cuanto la gente oye mi apellido empieza a pedirme de todo.

—*¿Y qué pasó anoche?*

Peter miró a Stride.

—Cayó una fuerte tormenta. Tuvimos que cancelar el partido y me fui corriendo hasta mi coche. Me quedé allí hasta que casi dejó de llover y luego volví al campo.

—*¿Por qué?*

—*Sabía que Laura estaría allí.*

—*¿Habíais quedado? ¿Teníais una cita?*

—No habíamos planeado nada, pero la vi en el campo con su hermana. Me lanzó una mirada. Y supe qué significaba eso: que quería quedar conmigo para estar juntos.

—*¿Una mirada?*

—*Sí, una mirada.*

—*De acuerdo, continúa.*

—La oí llegar, así que la sorprendí. Me acerqué a ella por detrás. Se quedó flipando un rato porque no sabía que era yo. Y ahí fue cuando me arañó —dijo, tocándose la cara.

—*¿Te arañó sin querer?*

—*Exactamente.*

—*Y luego ¿qué?*

—Empezamos a hacerlo. Quiero decir que cuando se dio cuenta de que era yo, se arrepintió mucho. Dijo que había oído a alguien antes en los bosques y que estaba asustada. Entonces empezamos a besarnos, nos tumbamos en la hierba y... bueno, ya sabe.

—No, no sé —dijo Roy.

—Empezamos a hacer el amor.

—Allí mismo, en el campo de béisbol.

—Así es.

—¿Y lo hicisteis?

Peter negó con la cabeza.

—No. Nos revolcamos en la hierba y empezamos a quitarnos la ropa y entonces es cuando pasó.

—¿Qué pasó?

—Ese tipo nos atacó.

—¿Qué tipo?

—No sé quién era. Un tipo negro y grande.

—¿Qué hizo ese tipo?

—Me golpeó con mi bate de béisbol.

—¿Cómo se hizo con tu bate?

—Lo había dejado en el campo. Debí de cogerlo. Me golpeó en la espalda. El médico dice que tengo unas cuantas costillas rotas. Luego me separó de Laura. Quiero decir que me agarró como si yo fuera un muñeco de trapo. Ese tío era muy fuerte. Laura gritó y la vi correr hacia los bosques, intentando escapar. Él fue detrás de ella. Aún llevaba el bate en la mano. Me levanté e intenté golpearle y él me dio un puñetazo en la cabeza. De repente perdí el sentido y caí de espaldas. Eso es todo lo que recuerdo.

Roy lo miró.

—¿Qué sucedió cuando recobraste el conocimiento? ¿Cuánto tiempo estuviste desmayado?

—No lo sé. Quizás unos quince minutos.

—¿Dónde estaba Laura? ¿Dónde estaba ese tipo negro?

—Los dos habían desaparecido.

—¿La buscaste?

Peter reacomodó los pies.

—No.

—Esa chica era tu novia, un tipo la persigue por el bosque ¿y tú te limitas a levantarte del suelo y largarte?

—Estaba aterrorizado. Muerto de miedo.

Randall Stanhope lo interrumpió.

—Disculpe, detective. Como es obvio, mi hijo debería haber comprobado que su novia estaba sana y salva. Su comportamiento me ha decepcionado profundamente.

Los ojos de Peter destellaron con rabia.

—¡Eh! ¿Qué querías que hiciera? Si hubiera ido tras él, también yo estaría muerto. ¿Es eso lo que quieres?

—Cállate, Peter —le ordenó su padre.

—Volvamos al hombre que te atacó —prosiguió Ray—. ¿Qué más recuerdas de él? Peter se encogió de hombros.

—Era grande. Como un oso. Creo que llevaba rastas.

—¿Le habías visto antes?

—No.

Ray asintió.

—Jon vio anoche en los bosques a un hombre negro que concuerda con tu descripción.

—¡Ah! —exclamó Randall—. Bueno, eso está bien. Otro testigo. ¿Cree que será capaz de encontrarlo?

—Jon dice que es un vagabundo que vive en las vías —dijo Roy.

—Oh, ¿así que lo habías visto antes? —preguntó Randall a Stride.

Stride asintió.

—Menuda suerte —dijo Randall—. Detective, espero que puedan detenerlo. Por supuesto, ya sé que la mayoría de esos individuos son trotamundos desesperados. No me sorprendería que en estos momentos ya estuviera lejos de aquí. Puede que sepa que la policía va tras él.

—Sin duda —contestó Roy.

—¿Necesita algo más de Peter?

Roy negó con la cabeza.

—De momento no.

—Está bien. ¿Tiene un minuto, detective? Me gustaría hablar con usted en privado.

Roy se acarició el bigote y asintió en dirección a Stride. Le añojó las llaves del Camaro y éste las cogió al vuelo.

—Espérame fuera, ¿de acuerdo, Jon? No tardaré mucho. Pon la radio, si quieres.

Stride y Peter salieron juntos de la habitación. La macilenta luz del sol se agrupaba a través de los altos ventanales en la bóveda del vestíbulo, pero allí donde se hallaban los dos jóvenes la estancia estaba cubierta de sombras polvorientas. Stride escuchó el tictac de un reloj. Un fuerte olor a carne dé ciervo subía de la cocina del piso inferior. Peter lo escoltó en silencio hasta la puerta principal y Stride sintió una tirantez helada entre los dos.

—Tú no tenías una cita con Laura —dijo.

—¿Y qué eres tú, un poli? No te metas en lo que no te importa.

—¿La has matado tú?

—No, no he sido yo, gilipollas. Lárgate de aquí de una puta vez.

Peter abrió la pesada puerta de par en par. Stride le empujó al pasar y oyó el portazo de la puerta en cuanto traspasó el umbral. Pateó la grava suelta, se agachó, cogió una piedra y la arrojó a un estanque de patos ovalado. Pasó por delante del Camaro de Roy y encontró un banco negro de hierro forjado donde se sentó con sus largas piernas estiradas. Esperó. Las siluetas de los pájaros revoloteaban en los abetos. En el exterior, la atmósfera era húmeda y empezó a sudar. Veinte minutos después, la puerta principal volvió a abrirse y Roy salió solo. Encendió un cigarrillo y se acercó paseando hasta el banco.

—Hola, fon, siento haber tardado tanto.

—No pasa nada.

Ray exhaló una nube de humo blanco.

—¿Qué crees?

—Creo que Peter miente.

—Quizá —dijo Ray—. Pero su historia del tipo ese, Dada, concuerda con lo que tú viste. No te encontraste con ese tío hasta que cayó la tormenta y abandonaste el partido de béisbol, ¿verdad? —Verdad.

—¿Es posible que Peter lo viera merodeando por allí antes del partido?

—Ni hablar —dijo Stride—. Yo ya estaba en el campo de béisbol cuando Peter llegó y no vi a Dada por allí.

—Así que Peter tuvo que verlo después que tú. Después de la tormenta. Cuando Laura volvió al campo de béisbol.

—Eso creo —respondió Stride.

—¿Crees que Laura podía estar ocultando su relación con Peter?

Stride frunció el ceño.

—Creo que Cindy lo habría sabido.

—Las hermanas no siempre se lo cuentan todo.

—Bueno, sí, es verdad. Cindy y Laura no eran las mejores amigas ni nada así. Pero no me pareció que Peter tuviera una cita con Laura cuando habló conmigo durante el partido.

—Puede que lo mantuviera en secreto.

—Quizá —respondió Stride, aunque no parecía muy convencido.

—Por cierto, ¿puedes quedarte conmigo un rato? Podrías serme de ayuda una vez más.

—Claro —contestó Stride.

Ray metió una mano en el interior de su abrigo y sacó un revólver de cañón largo. Abrió la recámara y la comprobó. Stride vio el recubrimiento plateado de las

balas cargadas en su interior. Ray la hizo girar, la cerró con un fuerte clic y volvió a meterla en la cartuchera que llevaba al hombro.

—Pues muy bien —dijo Ray—. Vayamos por Dada.

Donna Biggs salió de la carretera 23 cerca del mirador del río con vistas al parque del lago Perch. Apagó el motor del automóvil y permaneció sentada en silencio junto al agua, bañada en el resplandor anaranjado de la puesta de sol. En esa zona, el río estaba dividido en estrechas espirales de tierra, como virutas de chocolate vertidas en una masa de tarta de vainilla. Desde la orilla de Fond du Lac había unos heladores treinta metros a nado con estrellas por encima hasta las playas y abedules de la isla más cercana. Donna recordaba las medianoches que se había bañado allí desnuda de adolescente, cuando una docena o más de chavales se escabullían del muelle de pesca para beber, fumar hierba y hacer el amor con torpeza en la arena. Clark y ella se habían enrollado por primera vez en una noche de ésas.

Mary le tironeó una manga en busca de atención.

—¿Mamá?

Donna sabía lo que quería su hija. Habían convertido esas paradas de las noches de los viernes en un ritual. Unos escasos momentos de paz juntas antes del solitario fin de semana.

—¿Te gustaría sentarte un rato a la orilla del río? —preguntó ella. Mary asintió con un vigoroso movimiento de cabeza—. Vamos pues.

Se hallaban a escasos kilómetros de la casa de Clark en Gary. Llegaba con retraso para dejar a Mary, y Clark ya la había telefoneado dos veces, extrañado de su tardanza. Normalmente, Donna llevaba a Mary a su casa con tiempo suficiente para que los dos pudieran ir a cenar, pero esa noche había tenido que quedarse a trabajar hasta tarde, y se detuvo en el McDonald's para comprarle a Mary unos *nuggets* de pollo y patatas fritas porque estaba hambrienta. Donna no había comido ese día; estaba cansada y tenía náuseas. Cuando acabó de hacer la bolsa de Mary y se lanzó a la carretera, ya eran más de las ocho de la noche.

Mary saltó fuera del coche y corrió desgarbadamente hacia el agua.

—Cuidado, cielo, no te acerques tanto —gritó Donna.

Estiró las piernas y tomó asiento en un viejo banco de madera. Al mirar a través del laberinto de árboles a su derecha, entornó los ojos ante el sol poniente. A su izquierda, un estrecho sendero de tierra subía alejándose del río. Las poco frondosas parras y algunas flores blancas colgaban por encima del sendero, arrojando su polen a la cálida brisa. Las abejas zumbaban cerca de su rostro, y las alejó de un manotazo.

Mary perseguía a una mariposa monarca de alas naranjas y negras. El insecto aleteaba de arriba abajo, y Mary extendió un dedo a la espera de que se posara allí. Corría de un lado a otro tras ella, hasta que la mariposa desapareció sobre el agua.

—Ven a sentarte conmigo, cariño —le dijo Donna.

Mary se dejó caer con pesadez en el banco. Donna pasó un brazo por encima del hombro de su chica mayor y depositó la cabeza de Mary en el hueco de su cuello. Besó sus rizos rubios y hundió un dedo en la mejilla de la muchacha. Mary se echó a reír. Eran una extraña e incongruente pareja de madre e hija. Mary había heredado la altura y la complexión de Clark. Donna era bajita, medía casi quince centímetros menos que Mary y pesaba casi veinte kilos menos. Sabía que parecía raro, esa adolescente grandota agarrada de la delgada mano de su madre. Mary aún era una niña. Donna era la única que se había hecho mayor y más consciente de la carga de ser madre. Una cosa era cuidar de un hijo cuando tienes veinticinco y otra muy distinta cuando tienes casi cuarenta.

Donna aún llevaba puesta la ropa de la oficina. Trabajaba como secretaria jurídica en una pequeña firma de abogados de Wisconsin, donde insistían en que vistiera trajes y llevara peinado a la moda su cabello rubio cobrizo. No obstante, el sueldo y los beneficios eran buenos y el bufete le permitía flexibilidad laboral cuando Mary precisaba cuidados especiales. Hacía cinco años que trabajaba allí, desde que Clark y ella se separaron. La seguridad era una compensación por las largas horas de trabajo y la soledad de su vida.

—¿Has visto eso? —preguntó Donna señalando un chapoteo en el agua y las amplias ondas—. Era un pez.

—¡Pez! —repitió Mary.

—¿Te gustaría ser un pez? —preguntó Donna—. Podrías nadar bajo el agua y ser amiga de las tortugas. Quizá también podrías ser una sirena con una larga cola de pez. ¿No sería divertido?

—¡Pez! —insistió Mary.

Donna sonrió. Tenía a Mary cogida de la mano, y ambas permanecieron sentadas observando los halcones que sobrevolaban en círculo sus cabezas y el perezoso ir y venir de los barcos. Contaron los pájaros de los árboles. Donna cogió una flor silvestre y dejó que Mary le arrancara los pétalos. Pasó media hora con tanta rapidez como el agua a sus pies, y el sol se acomodó bajo los árboles. Los destellos dorados sobre el agua se convirtieron en sombras.

Era hora de irse. Clark las estaba esperando y no estaba bien llegar tan tarde. Él echaba de menos a Mary.

Donna también echaba de menos a Clark. Aún esperaba que su amor por él acabara de extinguirse; sin embargo, era la amargura de su ruptura lo que había empezado a parecer algo distante y carente de importancia. Ambos se habían sentido desesperados, incapaces de cuidar juntos a Mary. Cuando lo veía ahora, se encontraba a sí misma arrastrada una vez más por su coraje y su dignidad. Incluso se había permitido quedarse a dormir una noche, de eso ya hacía unas cuantas semanas, y

volver a acostarse en su cama. No habían hablado de ello. A la mañana siguiente se había escabullido antes de que Clark despertara, no porque lo considerara una equivocación sino porque tenía miedo de que Clark no sintiera lo mismo que ella.

—¡Eh! ¡Mary!

Alguien saludó con un grito desde la carretera que quedaba detrás. Donna se volvió a mirar y vio a un adolescente de la edad de Mary que bajaba volando en bicicleta por la abrupta colina. Las saludó alocadamente con la mano, su rostro con una sonrisa de oreja a oreja, su cabello negro ondeando con las ráfagas de aire. Ella lo reconoció, un vecino de sus años en Gary que vivía dos manzanas más allá de su vieja casa. Era un niño coreano adoptado, rechoncho y fuerte. Quería mucho a Mary y habían jugado juntos desde que eran pequeños. Al hacerse mayores, él se convirtió en uno de los pocos chicos que no se burlaba de su retraso mental.

Mary también lo vio.

—¡Charlie! ¡Charlie!

Charlie viró al cruzar la carretera. Su gran trasero gravitaba sobre el sillín banana de la bicicleta. Tiró hacia atrás de los manillares y levantó la rueda delantera del asfalto, exhibiéndose como hacen todos los chicos. Mary gritó de placer. Donna oyó el patinazo del caucho cuando Charlie frenó con brusquedad. La bicicleta redujo la velocidad y la banda de rodamiento quedó marcada en la carretera con una raya negra.

Con el chirrido del neumático, la bici se tambaleó y levantó gravilla del suelo.

Ella se quedó sin respiración antes de poder gritar una advertencia. El neumático delantero se levantó aún más, como una ballena saltando, y la rueda trasera derrapó por debajo. Al segundo siguiente, la bici volaba por los aires. Y Charlie también. La bicicleta rebotó, hizo un ruido metálico y empezó a dar vueltas tras estrellarse contra el pavimento; sus radios giraban como peonzas. Las manos y piernas de Charlie se estiraron formando una X en el aire. Planeó; primero se golpeó la cabeza, luego dio con sus huesos en el asfalto e, incluso a unos cincuenta metros, pudo oírse un sonido que estalló en el aire quebradizo como un petardo.

Se quedó tendido en medio de la carretera.

—¡Charlie! —gimió Mary.

Donna se quedó rígida. Estaba de pie, paralizada, su mirada iba de un lado a otro, de Charlie a Mary. Su instinto le decía que debía echar a correr y ayudarle, pero también que no debía dejar sola a su hija. Se agachó, cogió el rostro de Mary entre las manos y le habló con suavidad y firmeza.

—Mary, quédate aquí sentada. No te muevas, ¿de acuerdo? No te muevas. Quédate aquí sentada. Por favor, cielo, necesito que lo entiendas. Demuéstrame que lo entiendes.

La mirada de Mary era confusa y vidriosa. No se movió.

—Eso es, cielo, tú te quedas aquí sentada, no te muevas.

Donna echó a correr hacia la carretera, manejando el móvil con torpeza y marcando el número de emergencias mientras corría. Su traje de chaqueta le impedía moverse con soltura. Se le salió la blusa de la falda. Perdió el equilibrio cuando sus zapatos de tacón la hicieron tropezar; lanzó una maldición y se los quitó. Las piedras le arañaban las medias y le laceraban los pies. Cuando llegó a donde estaba Charlie, murmuró una plegaria al ver el reguero de sangre que se extendía como un cáncer bajo la cabeza del chico. Estiró el cuello para mirar arriba y abajo de la carretera, que ahora estaba a oscuras debido a lo avanzado del crepúsculo. No se veía ni un coche acercarse en ninguna dirección. Distinguió un Rav4 plateado aparcado en el arcén a medio kilómetro en dirección norte, pero no había nadie dentro. Estaba sola.

Donna miró a Mary. Seguía sentada en el banco. Con el pulgar en la boca.

Escuchó a la operadora de emergencias a través del móvil y se sintió aliviada al oír la voz de otra persona. Respiró hondo y contuvo el pánico. Intentó recordar exactamente dónde se encontraba, pero a su mente no acudían los nombres de las calles y pueblos. Por un instante pensó que podría estar en cualquier lugar del planeta. Luego, la ubicación borboteó en su cerebro e intentó transmitirla mientras tartamudeaba. La operadora se mantenía insoportablemente tranquila y le hacía las mismas preguntas una y otra vez, obligando a Donna a repetirle las respuestas.

—¡Necesito ayuda! —insistía—. ¡Ayúdeme!

Finalmente, la operadora le dijo lo que quería escuchar. La policía estaba en camino. Una ambulancia estaba en camino. Todos iban hacia allá. Ella debía quedarse con él.

Donna oyó un lamento a sus pies. Charlie se esforzaba por incorporarse, intentaba mover las extremidades.

—No, no, quédate quieto —murmuró ella. No sabía si la oía. Se arrodilló en mitad de la carretera y le cogió una mano. Estaba flácida. No se la apretó—. Quédate quieto.

El chico tenía los ojos cerrados. Intentó girar la cabeza y ella acercó la boca a su oreja. Su mano estaba manchada de la sangre de él.

—No te muevas. Quédate quieto, Charlie. La ayuda está en camino.

Permanecía atenta por si oía el sonido de las sirenas. ¿Dónde estaban? Volvió a echar un vistazo a ambos lados de la carretera, temerosa de que los coches no los vieran ni a Charlie ni a ella en la oscuridad hasta que fuera demasiado tarde para esquivarlos.

Sonó su móvil. Respondió a la llamada con los dedos pringosos y escuchó la voz de Clark.

—¿Dónde demonios estáis? Esto es injusto, Donna, maldita sea.

A Donna se le atropellaron las palabras en la boca. Era incapaz de hablar más

despacio.

—Clark, ven aquí ahora mismo. ¡Ven ahora mismo!

—¿Qué pasa? ¿Se trata de Mary?

—Ven rápido, estoy en la carretera del sur del pueblo. ¡Ven ahora mismo!

Gracias a Dios, no le hizo más preguntas. Había colgado. Ya había salido y estaba en camino. Clark siempre estaba ahí cuando lo necesitaba. Por eso ella lo había amado durante tanto tiempo.

Ahora todo lo que tenía que hacer era esperar. Esperar las sirenas. Esperar a Clark.

Donna se dio la vuelta. Arrodillada en el suelo, no podía ver el banco junto al río donde Mary estaba sentada. No quería gritar su nombre y arriesgarse a que se aventurara en la carretera. Depositó la mano de Charlie en el pavimento.

—Sigo aquí —le dijo.

Donna se puso en pie.

—¡Oh, Dios! —gritó.

En las sombras, se dio cuenta de que el banco de madera estaba vacío. No se veía a Mary por ninguna parte. Donna se mesó el cabello. Se manchó la cara de sangre. Miró por todas partes, en su coche, entre los árboles, en el sendero que se perdía en la orilla del río.

—¡Mary! ¡Mary!

Gritó una y otra vez, pero seguía sin ver a su preciosa hija.

—¡Oh, Dios, que alguien me ayude! ¡Socorro! ¡Mary!

Una cría de conejo no más grande que el puño de Mary asomó el hocico tras una vara de oro y se plantó dando saltitos en medio del sendero de tierra. Mary quería cogerlo para sentirse mejor. Ya había tenido la oportunidad de tomar en brazos a un conejo: había sentido su piel suave entre los dedos y su cuerpecillo cálido la había hecho feliz. Se levantó y se dirigió con sigilo hacia el sendero, poniendo los pies en el suelo despacio y sin hacer ruido. El conejo la vio venir. Su gran ojo oscuro le hizo un guiño. Su hocico la olisqueó. El animal dio un par de saltitos y mostró su cola a Mary. Empezaron a bailotear una breve danza, Mary daba un paso y el conejillo daba un salto, como si jugaran el uno con el otro.

—Conejito —ronroneó Mary—. Aquí, conejito.

Lo siguió por el sendero. Bajó la vista a sus pies, no hacia los árboles ni hacia el río, ni tampoco hacia la carretera, que pronto desaparecieron de su vista detrás de ella. No se dio cuenta de que empezaba a oscurecer. El conejito se la llevaba lejos, de brinco en brinco, y cuando finalmente saltó sendero arriba y desapareció, Mary echó a correr para darle caza. Llamó al conejito con un susurro y lo persiguió a través de la maleza. Se había marchado, pero cuando ella se precipitó hacia una parcela de flores

silvestres, se enardeció con otra mariposa, que flotaba en el aire fuera de su alcance. Se olvidó del conejo y se puso a perseguir a la mariposa.

También se olvidó de Charlie. Y de mamá. No pensaba en que estaba sola porque la mariposa estaba con ella. No fue hasta que el insecto se elevó por encima de las copas de los árboles que Mary se detuvo, miró a su alrededor y se dio cuenta de que ya no había nadie junto a ella. Se quedó a oscuras entre los árboles. Veía el río más allá de la orilla que tenía debajo, aunque los topos danzarines de la luz del sol habían desaparecido y el agua parecía negra. Mary se quedó en medio del sendero sin saber qué hacer. Se mordió el labio y parpadeó. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¿Mamá?

No se atrevía a hablar en voz alta. No sabía quién podía estar escuchándola. Quería que el conejito regresara. En algún lugar, por debajo de donde se hallaba ella, terriblemente lejos, creyó oír la voz de su madre. Mary no sabía cómo encontrarla, y temía que mamá se enfadara con ella por haberse alejado corriendo. Ya lo había hecho otras veces y mamá siempre se preocupaba, aunque luego le daba un fuerte abrazo.

Mary quería un abrazo en ese preciso instante.

Oía ruidos procedentes de los bosques. Abrió los ojos como platos. Esperaba que se tratara de su madre, o de Charlie, o de su padre, y que hubiera ido a buscarla y a llevársela a casa. Dio un paso hacia atrás y entrelazó los dedos sobre el estómago. Era difícil ver algo más aparte de las sombras que se parecían a la noche que se veía por la ventana de su dormitorio. Alzó la vista, esperando distinguir el cielo, pero las ramas de los árboles colgaban como brazos por encima de su cabeza, y eso no le gustó nada. Los ruidos se volvieron más fuertes. Se echó a llorar con fuerza y a gimotear.

—Lo siento.

Los árboles se movieron. Estaban vivos. Mary vio a un individuo salir de los árboles a menos de tres metros de distancia. Extendió sus brazos hacia ella tal y como lo haría un monstruo, pero no era ni Charlie ni papá; era un extraño, y ella no podía hablar, ni gritar, porque se suponía que no debía hablar con extraños. De ninguna manera. Nunca.

No quería mirarlo. Pensó que si cerraba los ojos, él se marcharía, como si fuera una pesadilla. Cuando así lo hizo y luego los entreabrió, aún estaba allí, y se aproximaba a ella. Se le acercó tanto que pudo verle la cara, y su boca se abrió en una terrible O, porque ese hombre era mucho peor que un extraño.

Era el señor de la ventana.

El señor que la había asustado.

—¡Él él él él él él él!

El hombre le dijo algo. Avanzó hacia Mary con sus brazos avariciosos

extendidos.

—¡No no no no no!

Mary echó a correr, cayó mientras huía, se levantó y se puso a llorar. No miró hacia atrás. No quería volver a ver a ese hombre, no quería volver a verle la cara, no quería volver a sentir su presencia observándola, no quería volverlo a encontrar al otro lado de su ventana. Quería que mamá y papá hicieran que se fuese. Quería despertarse y encontrarse en su cama.

Apenas veía nada delante de ella mientras corría. No sabía dónde estaba. Sólo sabía que se le hundía el mundo, que las ramas y la maleza la asían como las manos de los monstruos, que oía la respiración y los gruñidos de los animales.

La tierra bajo sus pies se convirtió en un charco oscuro de arenas movedizas.

Agua.

Estaba en el agua. Estaba en el río.

Dejó de notar la tierra bajo sus pies y se hundió.

Stride abrió un pequeño cajón de su escritorio. Lo único que contenía era una fotografía, que cogió por una esquina con el pulgar y el índice. La imagen tenía más de diez años. Mostraba a dos hombres, los dos vestidos con traje, de pie ante una chimenea de ladrillo en el Kitch, el club privado donde los peces gordos de Duluth bebían Martini, comían carne roja y decidían el futuro de la ciudad. Stride era el de la derecha de la foto. Junto a él estaba Ray Wallace, con un brazo por encima del hombro de Stride y una sonrisa tan ancha como el lago. La habían tomado la noche en que a Stride le adjudicaron el mando del departamento de detectives de la ciudad. Ray era jefe de policía.

Aún veía el orgullo paternal que se reflejaba en los ojos de Ray. Ese brillo no tenía nada de falso. Ray había guiado cada paso de su carrera desde sus primeros días en el cuerpo de policía. Esa noche en el Kitch, Ray le dijo que sólo volvería a sentirse tan feliz el día en que pudiera entregar las llaves del despacho de jefe de policía a Stride, en cuanto se retirase.

Dos años después, Ray le perforó el hombro a Stride de un disparo.

Usó el mismo revólver de cañón largo que conservaba en un estado imaculado de sus días de detective, la misma arma que había empleado para dar caza a Dada. Mientras Stride observaba, sangrando, desde el suelo de la cabaña de Ray, éste cogió el revólver, se metió el cañón en la boca bajo su bigote pelirrojo y sus sesos salieron volando por la parte trasera del cráneo.

Al mirar atrás, Stride sabía que debería haber detectado los primeros indicios. Los que ahora veía en la fotografía que observaba en esos instantes. Ray era un gran bebedor. Tenía las mejillas enrojecidas de los cuatro *whiskies* que se tomaba con la cena. Los años le habían pasado factura. Mostraba símbolos de una riqueza que nunca debería haber poseído, como el reloj de su muñeca, la botella de champán para cenar, las vacaciones de primavera en Aruba y las perlas alrededor del cuello de su joven esposa. Por aquel entonces, Stride no quiso ver esos indicios. Se había negado a dejarlos anidar en su mente, hasta que un soplón de Stanhope Industries le mostró todos los documentos en el hotel Twin Cities, y Stride pudo contemplar veinte años de soborno y corrupción con sólo un nombre para ofrecer una explicación convincente a todo ello: Ray.

Stride contrató a un contable forense que siguió el rastro hasta Ray y un puñado de directivos de Stanhope. El alcalde y el fiscal del condado se habrían dado por satisfechos con que Ray dimitiera y se marchara sin hacer ruido. Pero los medios de comunicación querían hincarle el diente a la historia, porque Ray no sólo debía hacer

frente a la vergüenza y la bancarrota, sino también a una posible temporada entre rejas. Cuando la mujer de Ray telefoneó a Stride desde la cabaña que tenían cerca de Ely, éste estaba amenazando con matarlos a todos. A su mujer. A sus dos hijos. Stride subió hasta allí solo; quería disuadir a Ray, de hombre a hombre, de detective a jefe de policía. Creyó que lograría que todo acabara pacíficamente cuando Ray dejó que su mujer y los chicos traspasaran el umbral de la puerta. Sólo más tarde se dio cuenta de que se trataba de un asunto entre Ray y él, de que su traición era como la un hijo que derrotara a su padre. Ray quería que Stride estuviera allí cuando se quitara la vida.

—No seguirás culpándote de eso, ¿verdad?

Stride vio a Maggie ante la puerta de su despacho. El resto del departamento de detectives estaba a oscuras a sus espaldas; era más de medianoche. Ella se paseó por la estancia y se sentó de lado en la silla tapizada que él tenía en una esquina. Sus cortas piernas quedaron colgando. Llevaba en una mano una lata de Coca-Cola Light.

—He recorrido ese camino demasiadas veces —dijo Stride—. No hay nada que hubiera hecho de otra manera.

Maggie y Cindy eran las dos únicas personas en su vida que le ayudaron a salir del pozo de la depresión en que se hundió tras la muerte de Ray. Sin Maggie, dudaba que hubiera podido volver al trabajo en cuanto su hombro sanó. Estaba dispuesto a dejarlo, pero Maggie le había dado tanto la lata con los casos abiertos que se dio cuenta de que aún quería ser policía, con Ray o sin él.

—Hay algo que no entiendo —comentó Stride.

—¿El qué?

—Aún me pregunto por qué Ray nunca intentó corromperme. Estuvo en el ajo durante todos esos años y no me pidió ni una sola vez que le hiciera un trabajo. Nunca me pidió ayuda.

—Él sabía que le dirías que no —contestó Maggie.

—¿Eso crees? Si Ray hubiera venido a mí cuando yo era un poli joven y me hubiera pedido que hiciera la vista gorda, ¿crees que no lo habría hecho? De ninguna manera le hubiera podido decir que no.

—Quizá se trata de eso, jefe.

—¿De qué?

—Tú eras lo único de lo que Ray se sentía orgulloso —le explicó Maggie—. No iba a malograrte como se había malogrado él. No quería que acabaras como él.

Stride dejó la foto en su escritorio.

—A lo mejor tienes razón. —Levantó la vista hacia ella y añadió—: ¿Qué haces aquí tan tarde?

—Vi luz en tu despacho.

—¿Alguna novedad del centro de adopción?

—No. Aún no he tomado una decisión.

—Ya sabes lo que pienso. Que lo vas a lograr.

Maggie se encogió de hombros y guardó silencio.

—¿Estuviste en el escenario de Fond du Lac? —preguntó.

Maggie bebió un largo sorbo de su lata de refresco. Dejó caer la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo.

—Sí.

—¿Se salvó la chica?

—No. Ya estaba muerta cuando la sacaron del agua.

—¿Qué hay del muchacho? ¿El de la bicicleta?

—Tuvo más suerte. Sus constantes vitales están estables. Los médicos creen que saldrá de ésta.

—¿Cómo están los padres de la chica?

Maggie negó con la cabeza.

—Están los dos destrozados. Mary lo era todo para ellos. Hacerse cargo de ella destrozó su matrimonio, pero vivían por y para esa chica.

—Espero que la madre no se culpe por haberla dejado sola —dijo Stride—. Fue un terrible accidente. No podría haber hecho nada.

—No estoy tan segura de que se tratara de un accidente.

Stride apoyó los codos en su mesa.

—¿Qué quieres decir?

—Donna Biggs cree que el voyeur estaba allí. Que por eso Mary se asustó y salió corriendo. Y que él se largó cuando ella se metió en el agua.

—¿En qué se basa?

—Donna jura haber visto un automóvil aparcado más allá de la colina donde ella estaba. Dice que era un Rav4 plateado, lo que nos lleva a las denuncias sobre un todoterreno ligero visto cerca de bastantes de los lugares donde ha actuado el voyeur. Por supuesto, nadie ha visto la matrícula.

—Eso no es mucho.

—Donna también vio a un hombre meterse en el Rav mientras ella corría sendero arriba cuando oyó a Mary gritar.

—¿Podría identificarle?

—No.

—¿Alguna prueba física?

—Vamos a registrar los bosques que hay entre el sendero y el lugar donde estaba aparcado el coche.

—No quiero parecer pesimista, pero aunque encontréis a ese tipo, va a ser muy difícil probar que fuera responsable de la muerte de Mary.

—Si él intentó cogerla y ella acabó muerta como resultado de sus actos, podemos

acusarlo de homicidio sin premeditación.

—Lo sé, pero ¿con qué prueba? —preguntó Stride.

—La denuncia de voyeurismo de la chica. El coche. Cualquier prueba física que podamos encontrar. El grito de Mary. Demonios, ¿quién sabe con qué recuerdos se queda ese tipo? Quizá cuando demos con él, encontremos fotos. Si logro juntar unas cuantas piezas, seguro que Pat Burns podría hacer que un jurado viera la luz.

—Hablas como si este caso fuera algo personal —dijo Stride.

Maggie asintió.

—Vi a la chica mientras dormía en su casa. Era un encanto. Le dije a su padre que no tenía de qué preocuparse, y resulta que ha acabado muerta. Pusimos vigilancia en la vivienda de Clark y en el apartamento de Donna, pero parece como si él se burlara de nosotros. Donna dice que se detenía en ese parque todos los viernes por la noche antes de dejar a Mary en casa de su ex marido. Debió de seguirlos.

—O puede que la madre esté equivocada.

—No creo que lo esté.

Stride confiaba en el instinto de Maggie.

—Pues adelante con tu intuición —dijo él.

Cogió la fotografía que antes había depositado en su mesa y volvió a examinarla. Le había llevado mucho tiempo superar el pasado.

—¿Sabes? Siempre he creído que la muerte de Ray fue parte del efecto dominó provocado por el asesinato de Laura —afirmó.

—¿Y eso?

—Creo que el contacto entre Ray y Randall Stanhope se inició a raíz de esa muerte —le explicó—. Que fue entonces cuando Ray se convirtió en un policía corrupto.

—Eso no lo sabes con certeza.

—¿No? Después de que interrogáramos a Peter, Randall le pidió a Ray que se quedara. Al cabo de un rato Ray salió de la casa y los dos fuimos a buscar a Dada. Pasaron muchos años hasta que me di cuenta de lo que pudo haber sucedido allí dentro.

—Crees que Ray y Randall hicieron un trato —concluyó Maggie.

Stride asintió.

—Exacto. Ray no me llevó allí para atrapar a Dada. Fue allí para matarlo.

Estaba oscureciendo. Ray conducía por el arcén de grava desde el que se veía el puente Arrowhead. Los dos tramos gemelos de carretera sobresalían como un par de alas en el arco del puente, y franqueaban el paso a uno de los barcos metalíferos rojo óxido procedente del Soo. El viento barrió el agua negra. Los dos salieron del Camaro de Ray y se apoyaron en el capó, cerca del parachoques. Frías gotas de

lluvia estallaban contra el parabrisas. Unas nubes pálidas se concentraron encima de sus cabezas en su lento avance desde las altas colinas hacia el lago.

Ray le dio unos golpecitos a su cajetilla de tabaco y le ofreció uno a Stride, quien aceptó el cigarrillo. Tosió cuando el humo le llenó los pulmones. Ray le sonrió. La brisa susurraba en su pelo rojizo.

—¿Así que éste es el lugar donde viste a Dada?

—Sí.

—Mal lugar para que un chaval se dé un paseo. Deberías pensártelo dos veces antes de volver a bajar hasta aquí tú solo, ¿no crees?

—No pasa nada.

Ray hizo un gesto hacia las vías férreas.

—¿Conoces a esos tipos?

Unos cien metros más allá, Stride vio a una veintena de hombres en vaqueros, sin camisa; bebían cerveza y paseaban por el terreno embarrado, pateando tallos de trigo silvestre. Pirámides de taconita y troncos de árboles desnudos se erigían como montañas alrededor de los raíles. Uno de los hombres se acabó su botella de cerveza y la depositó de lado encima de la vía. Cuando llegara el siguiente tren, partiría la botella en dos. Stride había encontrado medias botellas tiradas por los alrededores. Algunos de ellos hacían servir las bases de las botellas como cuencos para la sopa.

—No. Nunca los había visto.

Ray apagó su cigarrillo en el suelo.

—Voy a hablar con ellos.

—Déjeme ir con usted —le pidió Stride.

—Lo siento, Jon. Si las cosas se ponen feas, no puedo tener a un adolescente en medio del follón.

—Pero yo conozco esta zona.

—Ya sé que la conoces. No obstante, lo que ahora necesito es que me dejes llevar esto a mi manera. ¿De acuerdo?

Stride se encogió de hombros.

—Sí, por supuesto. Estaré por ahí.

—Bien.

Ray se subió los pantalones y avanzó por el camino de tierra que llevaba hasta las vías. Stride se sentó en el capó del coche y vio cómo se alejaba. Ray se acercó a unos cincuenta metros de donde se hallaban dos de los hombres antes de que uno de ellos se girara y reparara en él. Se largaron los dos. Ray maldijo en voz alta y fue tras ellos, pero por culpa de su cojera no podía ni correr mucho ni llegar muy lejos. Los dos tipos sortearon una colina poco pronunciada y desaparecieron de su campo de visión. Eso fue cinco minutos antes que Ray coronara la misma colina y se perdiera de vista.

Stride se quedó solo. Sintió la tierra vibrar con el estruendo que provocó un tren al pasar a toda velocidad por la playa de maniobras. Un serpentín de vagonetas rojas y verdes, cubiertas de grafitos y hasta los topes de mineral ferroso, se estremecía a lo largo de las vías paralelas mientras se acercaba cada vez más. Stride se deslizó del capó del coche y cruzó la carretera de asfalto. En el otro lado, una pendiente poco pronunciada llevaba hasta un robledal, donde un riachuelo serpenteaba perezosamente hacia las aguas del puerto. Stride se escabulló colina abajo y caminó hasta las vías. Aguardó a que pasara el tren, que seguía el curso del agua mientras se dirigía al sur. El convoy era muy largo. Arrastraba docenas de vagonetas. Olió el polvillo del mineral, tan alquitranado como el humo de un cigarrillo en sus pulmones. Los vagones golpeteaban, traqueteaban, culebreaban y se sacudían.

El tren tardó diez minutos en pasar. Después de que el furgón de cola pasara frente a él traqueteando, el ruido disminuyó a medida que se alejaba. Lo vio marchar. Se dio cuenta de que tenía la piel mojada a causa de la lluvia.

—¿Quién es tu amigo?

Stride se sobresaltó. Miró a su alrededor y vio a Dada detrás de él. Un roble podrido se recortaba tras el hombre negro, y sus largas ramas parecían crecer de su cabeza. Dada le hacía parecer enano, y eso que Stride no era bajo.

—¿Es un poli?

Dada estaba a unos quince centímetros de él; Stride quiso retroceder, pero se contuvo. Al verlo de cerca, se dio cuenta de que Dada era joven. Tendría unos veinte años. No llevaba puesto su gorro de colorines. Sus rastas enmarañadas le brotaban de una frente despejada y le colgaban hasta el pecho como gusanos retorcidos. La esclerótica de los ojos contrastaba con su piel oscura. Tenía las cejas arqueadas como las de un demonio.

—He preguntado si es un poli.

La voz de Dada era sorprendentemente suave, casi hipnótica.

—Sí —contestó Stride.

—¿Es por lo de esa chica?

—Sí.

—¿Creen que yo la maté?

—Quieren hablar contigo —respondió Stride.

Dada hizo oscilar una cantimplora abollada cogiéndola por la cadena plateada de la tapa, y luego se la llevó a los labios y dio un sorbo. Se limpió la barba descuidada.

—¿Hablar? Matan a una chica blanca, ven a un hombre negro con ella, ¿y lo único que quiere la policía es hablar?

La lluvia caía ahora con más fuerza. El agua resbalaba por la cabeza y el rostro

de Dada. Stride oía las gotas golpear contra la tierra.

—¿Lo hiciste tú? —preguntó Stride.

—¿Tú qué crees?

Stride se lo quedó mirando.

—No, no creo que lo hicieras tú.

—Entonces apártate de mi camino. Está a punto de llegar otro tren. Es el momento de que me vaya a otra parte.

—No puedo hacer eso —contestó Stride.

Volvió a sentir la sacudida del suelo ante el temblor de tierra que provocaba la llegada de un tren. Cada minuto, un largo dragón abandonaba el puerto.

—Eres un valiente al quedarte aquí, pero también eres un estúpido si te crees que me vas a detener.

—Al menos habla con él —le pidió Stride—. Dile lo que viste. Sin ti, nunca podrán resolver este caso.

—¿Conocías a la chica?

—Era la hermana de mi novia.

—Lo siento.

—Cuéntame lo que viste.

Se escuchó el silbido de un tren. Caía una manta de agua que goteaba por las pestañas de Stride.

—Esa chica tenía secretos —dijo Dada.

Le dio un manotazo a Stride en el hombro y de un empujón lo apartó sin esfuerzo alguno. Una locomotora rugía detrás de ellos, cargada con oxidados furgones de mercancías grisáceos. El rechinar de las ruedas de acero en las vías produjo un terrible chirrido. Stride había visto cómo castraban a las crías de cerdo. Sonaba igual.

Se arrojó contra Dada, pero fue como placar a un tronco. Dada dobló el codo con fuerza sobre el pecho de Stride y se lo clavó una sola vez, como un solo golpe de martillo. El aire se le escapó de los pulmones. Cayó de culo y quedó sentado en el lodo, esforzándose por respirar. Dada estaba a pocos pasos de los vagones traqueteantes. Stride se puso en pie como pudo y se abalanzó sobre él una vez más, apuntando bajo. Stride lanzó la parte superior de su cuerpo contra el tobillo del hombre negro. El pie de Dada se hizo un rasguño contra el suelo húmedo y luego el chico se vino abajo y se cayó. La cantimplora resbaló de su mano y salió rodando.

—¡Cuéntamelo! —gritó Stride.

Tenían el cuerpo cubierto de barro. Los vagones traquetearon al pasar a apenas tres metros de ellos, con un ruido ensordecedor. Stride intentó agarrar a Dada por la muñeca, pero éste se puso en pie arrastrando a Stride consigo. Éste le golpeó en el cuello, pero el golpe no le hizo nada. Dada lo ahuyentó como si fuera una mosca,

empujándolo hacia atrás, pero Stride volvió a la carga y aguantó, golpeando los riñones del joven con el puño derecho. Los músculos nudosos de Dada eran como un saco de arena de boxeo: amortiguaban todos los golpes.

—Chico estúpido —dijo Dada.

Le propinó a Stride un puñetazo en la boca. Su anillo de plata le hizo un con e en la cara. Stride sintió como si una pala metálica hubiera dado contra sus dientes. Dio dos pasos tambaleantes y se hundió en la maleza. Tosió y notó el sabor de la sangre. Al apretar los dientes, las mandíbulas no se alinearon y una muela se balanceó como si pendiera de un hilo. Quería levantarse, pero sus ojos enviaban a su cerebro un revoltijo de imágenes de lo que tenía delante. El dolor era pulsátil y le amartillaba el cráneo.

Oyó algo. Un chasquido. Un agudo sonido metálico.

Una voz.

—¡Alto!

Era Ray. Estaba disparando.

Stride pugnó por ponerse a gatas. Tenía la boca abierta y la sangre le brotaba de las comisuras de los labios como a un vampiro. Sacudió la cabeza, intentando enfocar su visión borrosa. Cuando la imagen se aclaró, vio a Dada corriendo hacia el tren mientras éste aceleraba. En la carretera, cerca del Camaro, Ray sostenía su revólver con las dos manos y disparó una vez más.

La bala rebotó en uno de los furgones.

Dada se asió al travesaño de una escalera de acero y balanceó garbosamente su enorme pierna hasta el primer tramo de escalerilla. Los últimos vagones del gigantesco ciempiés serpentearon al pasar. Stride vio a Ray cojeando e intentando correr, pero fracasó. El tren los dejó a los dos atrás. Dada se encogió ante sus ojos, se perdió en la creciente oscuridad, se desvaneció, escapó.

Stride se arrastró unos cuantos centímetros, volvió a sentir que el mundo daba vueltas y luego se desmayó.

—Vaya, eres simplemente genial —le dijo Maggie a Stride con una sonrisa.

—No fue mi mejor momento —admitió.

—¿Cómo le sentó a Ray que Dada se le escapara?

—Visto en retrospectiva, creo que se sintió aliviado. Él sabía que Dada se largaría bien lejos en cuanto subiera a ese tren. Que nunca volveríamos a verle. Todos lograron lo que querían. Ray. El padre de Laura. Peter Stanhope y su padre. Todos ellos creían que sabíamos quién había matado a Laura y que se había largado de la ciudad para siempre. El asunto podía darse por muerto y enterrado. Y eso es lo que pasó.

—Pero ¿mató Dada a Laura? —preguntó Maggie.

—Ray mandó al laboratorio las huellas dactilares de la cantimplora de Dada, y las compararon con las del bate de Peter. Encontraron una coincidencia. Las huellas de Dada estaban en el bate, lo que concordaba con la historia de Peter. Y no aparecieron más testigos. —¿Y a Ray le bastó con eso?

—Le bastó a todo el mundo. Incluso a mí. Hasta ahora.

¿QUIÉN MATÓ A LAURA STARR?

Por Tish Verdure

Jamás me creí la historia sobre Dada. No obstante, no pude decir nada al respecto. Mi padre necesitaba un punto y final, no una herida abierta. La policía no me hubiera escuchado. Fingían buscar a Dada por todo el país, aunque en realidad nadie quería encontrarlo. Si regresaba, habría preguntas, y era mejor que las respuestas siguieran enterradas junto con el cadáver.

Es fácil creer en el mal. Es fácil reconocerlo. El demonio negro vino a la ciudad y se llevó a una chica para sacrificarla, y luego subió a un sucio tren de regreso a las tierras salvajes. Ése es el tipo de fábula que solían contarnos en la iglesia. A la gente de por aquí le gusta creer que el bien y el mal son tan simples como el blanco y el negro. Los buenos llevan la cruz. Los malos no. Los malos son los extraños. Es mucho más duro aceptar que el mal puede vivir entre nosotros. Tu vecino. Tu profesor. Tu amigo.

¿El acosador? Nadie quería saber nada de él. Dada no era quien se paseaba por los patios de las escuelas y deslizaba notas horribles en la taquilla de Laura. Él no le enviaba amenazas por correo. No importaba. Si Dada la mató, ¿para qué buscar a un acosador? Si Dada la mató, la ciudad estaba de nuevo a salvo. Los padres podían volver a respirar tranquilos. Los chavales podían seguir enrollándose en el parque. Eso es lo que todos queríamos.

Así que lo dejé estar, aunque sabía que era mentira. Aunque sabía que había un asesino entre nosotros. Desconocía su rostro, pero estaba segura de que lo conocía.

Esperaba que algún día la verdad saliera a la luz, pero no era algo que dependiera de mí.

Jonny se lo tomó a pecho. Sentía que me había fallado. Se echó la culpa de lo sucedido; había dejado escapar a Dada. Los médicos se ocuparon de su mandíbula, pero a partir de entonces su rostro adquirió una apariencia imperfecta, levemente deformada. A mí me gustaba. Lo hacía más humano. También le hacía parecer mayor. Más duro. Como la cicatriz en su cara causada por el anillo de Dada, recordatorio de que podías luchar y perder, pero jamás vencer si no intentabas luchar por ello. Empecé a ver al hombre con quien viviría. A quien amaría. Con quien me casaría.

Lo raro es que supe que iba a ser policía antes que él mismo. La experiencia vivida con Laura, Peter y Dada le cambió. Y también a Ray. jamás le dije que no me fiaba de Ray, que nunca lo había hecho, ni por un instante. Pero Jonny había encontrado a alguien a quien

tomar como ejemplo, de la forma que una vez esperó seguir el de su padre. Siempre pensé que sería mejor policía que Ray, porque éste sólo pensaba en su propio bien. Jonny era diferente. Lo era porque ese año se llevó consigo algo de él, y ésa era una forma de recuperarlo.

No lo logró. Cuando pierdes algunas cosas, es para siempre.

La vida sigue, para bien o para mal, aunque a veces, en silencio, la mente viaja al pasado. En realidad, nunca superé ese verano. Nunca volvimos a hablar de ello, pero cargué con él todos los días de mi vida. Y sabía que él también.

Jamás volví al parque. Ni al lago. No quería recordar. Aun así, habría días, mientras conducía por la carretera que bordeaba el refugio del parque natural, en que miraría hacia abajo, hacia el corazón de los árboles, y de nuevo tendría diecisiete años. E iría descalza. Con el bate de béisbol en mis manos.

Ojalá pudiera contarle a Jonny lo que de verdad sucedió esa noche.

Tercera parte

EL TESTIGO

Clark Biggs parecía entumecido e incómodo sentado en una silla de madera apoyada contra la pared del salón. Sus manos descansaban inertes en el regazo. Tenía los ojos clavados en una estantería situada al otro lado de la estancia. Maggie siguió su mirada hasta un marco que contenía una foto de Clark y Mary tomada en el patio trasero. Jugaban con las hojas caídas. Mary arrojaba a lo alto hojas de roble de colores; su sonrisa era amplia, sus rizos rubios flotaban en el aire. En la fotografía, Maggie podía atisbar la satisfacción y el orgullo que se ocultaban tras la mirada solemne de Clark. Ese día, la felicidad había sido barrida dejando su corazón vacío.

—¿Señor Biggs? —preguntó otra vez con suavidad.

Él salió de su estado de trance.

—Lo siento, ¿qué?

—Le he preguntado si había visto un Rav4 plateado aparcado en el vecindario, o si alguien que conozca tiene un vehículo como ése.

—Oh. —Puso las manos sobre las rodillas y estudió el estampado descolorido de la alfombra que tenía a sus pies—. No, creo que no.

—Yo tampoco —añadió Donna Biggs—. Lo lamento.

Estaba sentada junto a Maggie en el sofá de Clark. Cada poco, echaba miradas furtivas a su ex marido, como si pugnara contra el deseo de consolarlo. Los ojos de Donna estaban enrojecidos y húmedos.

—La mala noticia es que hay cientos de automóviles como ése en Duluth y en el área de Superior —les explicó Maggie—. Hay una larga lista. Sin embargo, estamos comprobando si los propietarios tienen antecedentes penales para intentar estrechar el cerco de sospechosos. Asimismo, vamos a volver a los vecindarios donde actuó el voyeur para interrogar de nuevo a todos aquéllos que pudieron haber visto algo, ahora que ya tenemos un modelo concreto de automóvil. También cruzaremos las fichas de los propietarios de ese tipo de vehículo con la lista de personas y organizaciones que nos han dado, para averiguar si alguno de ellos conocía a Mary.

—Nadie que la conociera pudo hacer algo semejante —dijo Donna.

Clark asintió con la cabeza.

—Sí, sin duda tiene que ser un extraño. Si se tratara de alguien que la conociera, la reacción de Mary hubiera sido diferente.

—Lo entiendo, pero tenemos que estudiar todas las posibilidades —señaló Maggie—. Recuerde que podría tratarse de alguien que tuviera un contacto muy superficial o indirecto con Mary. A menudo, los voyeurs y acosadores desarrollan elaboradas fantasías con respecto a sus víctimas, basándose simplemente en su

aparición física o en un encuentro insignificante. Para una chica, puede que tan sólo se trate de saludar a un dependiente de una tienda. Para una mente inadaptada, esa simple conversación puede desencadenar una obsesión.

—Mary era una niña —protestó Donna—. ¿Cómo podría alguien haber pensado de ella una cosa semejante?

Maggie suspiró.

—Mary también era una chica muy guapa.

—Era vulnerable —dijo Clark—. ¿Cómo pudiste dejarla sola, Donna? ¿Cómo? Dímelo.

Las mejillas de Donna perdieron su color y palidieron.

—¿Qué querías que hiciera, Clark? Quiero decir, por el amor de Dios, ¿qué podía hacer?

—Llamar a emergencias y quedarte sentada esperando con Mary. Eso es lo que tenías que hacer. Eras responsable de ella.

—¿Y dejar que ese chico se desangrara en la calle?

—Deberías haber encerrado a Mary en el coche.

—¡No había tiempo! ¡No tuve tiempo para pensar!

Maggie colocó una mano sobre la rodilla de Donna.

—Señora y señor Biggs, sé que los dos están alterados, y lo comprendo. Con independencia de lo que piensen, ustedes no son los culpables. Señora Biggs, usted le salvó la vida a ese chico y no podía saber de ningún modo que algo así podría sucederle a Mary. Señor Biggs, sé que está desolado, pero lo mejor que podemos hacer en estos momentos es encontrar al hombre que aterrorizó a su hija y asegurarnos de que no volverá a hacer nada igual a ninguna otra chica. ¿De acuerdo?

Clark Biggs se levantó de su silla y empezó a caminar por la estancia. Algunos de los bloques de plástico de Mary estaban esparcidos por la alfombra del salón. Se agachó, recogió uno y lo apretó en uno de sus carnosos puños. Cerró los ojos. Tenía un aspecto desaliñado, el pelo sucio y el rostro cubierto por una barba de varios días.

—¿Señor Biggs?

—De acuerdo. Lo siento.

—No pasa nada —dijo Maggie.

—¿Por qué tuvo que ser en el agua? —preguntó Clark.

—Oh, Clark, por favor, no —intervino Donna.

—¿Tanto le cabreó a Dios que la salváramos aquella vez? ¿Creía Él que no había sufrido bastante? ¿Cómo pudo Él volverla a meter en el agua? Que alguien me diga cómo consintió Dios que muriera en el agua.

Maggie esperaba ver aparecer las lágrimas en los carnosos pómulos de Clark, pero su rostro curtido por el sol estaba seco y sus ojos, vacíos. Desde el sofá, Donna hizo ademán de levantarse para acercarse a su ex marido, pero se contuvo. Maggie

era consciente de que el amor que existía entre ambos no había muerto, pero también que cada uno estaba a un lado del puente, y no había por dónde cruzarlo.

—¿Encontraron algo en el bosque? —preguntó Donna en voz baja—. Usted dijo que peinarían el bosque en busca de pistas.

—Ojalá pudiera decirle que esta vez tuvimos más suerte —replicó Maggie—. Hallamos restos de basura a un lado de la carretera, pero nada que estuviera directamente relacionado con el voyeur o su automóvil. En cuanto lo identifiquemos, es posible que algo de lo que encontramos nos ayude a situarlo en la escena del crimen.

Clark dejó que el bloque de Mary le cayera de la mano.

—Cuando encuentre a ese hombre, ¿le acusará de asesinato? ¿Pagará por lo que le hizo a Mary?

Maggie titubeó.

—Eso no depende de mí. No es algo que pueda decidir yo. La fiscal del condado será quien tome esa decisión, basándose en las pruebas que reunamos. Pero le aseguro que haré cuanto esté en mi mano para que este caso llegue a los tribunales. Quiero que se le haga justicia a Mary.

Donna negó tristemente con la cabeza.

—Si no logra reunir pruebas, entonces sólo se tratará de mi palabra, ¿no es cierto? Trabajo en un despacho de abogados, señora Bey. Sé que eso es un problema.

—¿Por qué es eso un problema? —preguntó Clark—. Si Donna dice que le vio, es que le vio.

—Pero es que no le vi —dijo Donna—. Vi un coche y a un hombre que no puedo identificar. Sé cómo trabajan los abogados defensores. Dirán que pudo haber sido cualquiera. O que me lo inventé.

—¿Inventártelo? —preguntó Clark—. ¿Qué demonios significa eso?

—Fui la única persona que vio el Rav en la carretera, Clark. Dirán que me sentí culpable por haber dejado sola a Mary, y que intenté protegerme a mí misma culpando a otro. Dirán que tenía conocimiento de la existencia de un voyeur, y que lo usé a modo de excusa.

—Sandeces —repuso Clark.

—Es demasiado pronto para pensar en todo eso —intervino Maggie—. Una vez hayamos identificado al hombre, lo más probable es que encontremos más pruebas en su domicilio y en su vehículo. Si hay algo que lo relacione con Mary, entonces su testimonio, Donna, ejercerá una gran influencia en el jurado, y no importará en absoluto todo el humo que la defensa intente levantar.

Maggie pretendía sonar convincente, pero sabía que Donna tenía razón. También Stride tenía razón. Lo máximo que podían hacerle sería condenarlo por intromisión en la vida privada. Dos años por el delito de acechar a un menor. Y dos años era un

pésimo canje por perder a una hija.

—Lo primero que tenemos que hacer es encontrarlo —añadió—. Ese hombre acosó a Mary. En algún lugar, de alguna manera, sus vidas se cruzaron.

—Usted ha dicho que pudo ser algo tan simple como que Mary saludara a alguien en la calle —dijo Donna—. Si eso es verdad, ¿cómo van a estrechar el cerco?

—Bueno, esperemos de que no se tratara de algo tan simple —le explicó Maggie—. Mary no era la primera chica a la que acosaba, pero tenía algo especial para él. Algo en ella le cautivó hasta el punto de querer verla una vez más. La cuestión es: ¿qué? No había nada en su aspecto físico que la diferenciara de las otras chicas. Si las pusiéramos en fila, no encontraríamos nada en Mary que nos llamara la atención.

—Era disminuida psíquica —dijo Donna.

Maggie asintió.

—Sí, pero a simple vista nadie lo hubiera dicho. Creo que hubo alguna suerte de interacción entre ese tipo y Mary, por nimia que fuera. Volveré a hablar con la gente de su escuela, pero si resulta que el contacto no se estableció allí, eso querrá decir que se produjo estando ustedes con Mary, porque casi nunca estaba sola, ¿no es cierto?

Sabía que al pronunciar esas palabras había clavado sin querer otro dardo en la conciencia culpable de Donna. Solamente había dejado sola a su hija una vez, y ahora Mary estaba muerta. Donna se enjugó las lágrimas.

—Sí, tiene razón —respondió—. Siempre estábamos con ella.

—Señor Biggs, usted me dijo que creía que el voyeur estuvo tras la ventana del dormitorio de Mary la semana anterior a que denunciara el incidente. Eso también sucedió un sábado por la noche, ¿correcto?

Clark asintió.

—¿Cree que ésa fue la primera vez?

—Ésa fue la primera vez que Mary le vio —insistió—. De eso estoy seguro.

—Trato de establecer la cronología de los hechos —explicó Maggie—. Me gustaría saber cuándo fue la primera vez que ese hombre vio a Mary. Así que quisiera que se esforzaran ustedes en pensar en los días previos a ese sábado. Quiero que recuerden si algo fuera de lo común sucedió durante ese intervalo de tiempo.

—Lo comprobaré en la agenda que tengo en el trabajo —respondió Donna—. Mary estuvo conmigo hasta el viernes por la noche.

—Ese sábado no sucedió nada extraordinario —contestó Clark—. Mary y yo estuvimos todo el día en casa. Había pedido un columpio y me lo entregaron esa mañana. Después de montarlo, no pude sacar a Mary de allí en todo el día. Pasamos la tarde allí fuera, y luego preparé unas hamburguesas en la barbacoa para cenar.

—¿Se detuvo alguien cerca de la casa mientras estaban fuera? ¿Reparó en algo fuera de lo habitual? ¿Alguien que merodeara por el vecindario?

Clark negó con la cabeza.

—Siempre tengo los ojos bien abiertos para ese tipo de cosas.

—Mary estuvo enferma un par de días esa semana —añadió Donna—. No fue a la escuela ni el miércoles ni el jueves. Tuve que llevarla al médico.

—¿Vio a alguien nuevo mientras estaban allí?

—Sí, había un enfermero en el laboratorio que nunca habíamos visto antes. A Mary le cayó bien.

Maggie anotó el nombre de la clínica de Superior donde el médico de Mary pasaba consulta.

—Está bien —dijo—. Es exactamente la clase de información que necesito. Si recuerdan algo más, cualquier tipo de contacto casual que Mary tuviera con un extraño, por favor, háganmelo saber de inmediato.

Donna y Clark Biggs asintieron.

—Dígame, señora Bei, ¿cree que... bueno, que ese hombre es violento? —preguntó Donna—. ¿Pretendía lastimar a Mary?

Maggie sabía lo que estaba pensando. Quizás, en cierta manera, fuera mejor así. Morir ahogada era un destino mejor que ser secuestrada por un perverso. En realidad, Dios había sido misericordioso.

—La verdad, no lo sé —respondió Maggie—. Aún no ha demostrado tener ninguna inclinación por la violencia, aunque eso no significa que no acabe traspasando esa frontera. Puede que lo haga.

—No importa cuáles fueran sus intenciones —gruñó Clark—. Él la mató. Ese perverso mató a mi pequeña.

La brisa del lago hacía que el agua se encrespara más allá del puente elevado. Docenas de gaviotas se dejaban llevar plácidamente por el oleaje. El barquito turístico del puerto se balanceaba sobre las olas con ribetes blancos y Tish Verdure se agarró con fuerza a la barandilla roja de acero, cerca de la proa. Se subió hasta arriba la cremallera de su chaqueta de piel, pero el frío le había calado hasta los huesos. Junto a ella, Finn Mathisen se mecía con el ondulante movimiento de cubierta. Parecía tan alto y tan flaco como el asta de una bandera. Su camisa con efecto de teñido anudado se hinchaba con el viento. Echó la cabeza hacia atrás y se acabó su lata de cerveza Miller Lite.

—Pareces helada —dijo él.

—Lo estoy.

—Vamos, sentémonos dentro.

La cogió de la mano y la acompañó hasta el anexo de la cubierta inferior del barco. Tish estuvo a punto de cantar de alegría cuando la puerta se cerró tras ellos; estaban aislados del viento y a resguardo bajo el respiradero de aire caliente de la caldera de la embarcación. Se estremeció al entrar en calor. La mayoría de pasajeros también se había congregado allí; permanecían sentados en bancos cerca de las ventanas, admirando el paisaje. Finn encontró un hueco en un banco de estribor que daba al lago, y se sentaron los dos.

—Voy a por otra cerveza —dijo Finn—. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

Lo miró alejarse hacia el bar. La ropa le iba una talla grande, como si hubiera perdido peso desde el día que se la compró. Tenía casi cincuenta años, como ella, pero mal llevados. Tish había reparado en el temblor de sus manos. En el color cetrino de su piel. Estaba enfermo. Se preguntaba si se afeitaba la cabeza por gusto o si había perdido el pelo por algún tratamiento contra el cáncer.

Cuando regresó, él se dio cuenta de que ella miraba su cráneo afeitado.

—Al fin y al cabo me estaba quedando calvo.

—Ese *look* afeitado está muy de moda —comentó Tish.

—No hace falta que digas nada. Supuse que una calva era mejor que dejar que la frente me empezara en mitad de la cabeza. Antes tenía una mata de pelo tan espesa que parecía africano, pero cuando cumplí los veinte empecé a encontrar rizos rubios en la almohada.

Arrancó la lengüeta de la lata de cerveza.

—¿Y qué tal estás, Finn? —preguntó Tish.

Finn se bebió media cerveza de un solo trago. Se limpió la boca con el puño de la camisa.

—¿Que cómo estoy? Pues ya ves cómo estoy.

—Lo siento.

—Heridas autoinfligidas —dijo él. Levantó la lata de cerveza—. Éste es mi enemigo. Por aquel entonces, le daba casi siempre a la hierba y a la coca. No hace falta que te lo recuerde, ¿no? Y acabé por dejar las drogas y aficionarme al alcohol. Los médicos me han dicho que mi hígado ondea la bandera blanca.

—Pero sigues bebiendo.

—Si me tengo que morir, mejor hacerlo feliz —contestó Finn—. Me he pasado años entrando y saliendo de centros de rehabilitación. Me mantenía sobrio durante una temporada y luego volvía a caer. Hace unos cuantos meses, me dijeron que el daño era permanente. Así que a la mierda.

—No deberías rendirte.

—Yo no lo considero una rendición, sino un suicidio para idiotas. Si tuviera huevos, hace años que me habría quitado de en medio.

—Finn, por el amor de Dios —dijo Tish.

—¿Qué, te escandaliza? Lo siento. Tampoco Laura quería verme como una causa perdida. Fue la única que intentó ayudarme.

—Preferiría que no hablaras así.

—En, al menos no estoy echando las culpas a nadie que no sea yo. Durante años, culpé a mi madre. Incluso después que Rikke y yo nos largáramos de Dakota del Norte, creía que yo era como era por lo que nos hizo mi madre. Pero eso no cambiaba nada, así que también empecé a echarle la culpa a Rikke. Pensaba que era culpa de ella que yo no pudiera mantenerme en pie. Durante unos años incluso me marché a vivir lejos de aquí. Pero después de otra temporada en un centro de rehabilitación de las Cities, me di cuenta que la única persona que me estaba jodiendo era yo mismo. Así que volví. Nada cambió.

—¿Cómo está Rikke? —quiso saber Tish.

Finn se acabó la cerveza. Temblaba. Se inclinó hacia delante y apoyó la cara contra la ventana de cristal del barco. Ahora se hallaban en el canal de navegación, de regreso al puerto. El puente estaba levantado, y Finn estiró el cuello hacia atrás para mirar el arco suspendido por encima de sus cabezas.

—Está como yo. Amargada.

—¿Aún da clases?

Finn movió la cabeza a un lado y a otro.

—Hace años que dejó la escuela. La echaron por liarse con un alumno. Hoy en día te meten en la cárcel por algo así. Pero en aquel entonces, se metía la mugre debajo de la alfombra.

—Lo siento.

—No, no es verdad. A Laura le cara bien Rikke, pero a ti no.

Al llegar al puerto, Tish empezó a sentir que el barco ya se balanceaba menos. Vio la franja de tierra del Point y recordó que Serena y Stride vivían allí. Delante de ellos, vio las torres de los elevadores de cereales y los gigantescos muelles de los barcos metalíferos. En la penumbra vespertina, parecían más grandes y oscuros.

—¿Por qué querías verme, Finn? —preguntó Tish.

Él se encogió de hombros.

—Pienso mucho en los viejos tiempos.

—Pues a mí a veces me gustaría poder olvidarlos.

—Yo ya he olvidado demasiadas cosas. Toda mi vida he tenido lagunas. Grandes espacios en blanco de los que no queda nada. Puede que sea mejor así.

Tish guardó silencio.

—He oído que estás escribiendo un libro sobre la muerte de Laura —comentó Finn.

—Es verdad.

—¿Por qué quieres hacer una cosa semejante? —preguntó.

—¿Perdona?

—Quiero decir que por qué quieres hurgar en el pasado. ¿No fue lo bastante malo como para dejarlo como está?

—Supongo que siento que se lo debo a Laura —contestó Tish.

A Finn le temblaban las manos. Echó una ojeada al bar, pero siguió sentado en el banco.

—Ya sabes que por aquel entonces yo estaba enamorado de Laura.

—No, nunca me lo comentó —murmuró Tish.

—No pasa nada. Yo sabía que ella no sentía lo mismo por mí. Nunca se lo dije porque no deseaba escuchar su respuesta. Pero, a pesar de ello, y como ya te he dicho, ella era la única persona a quien yo no le importaba un carajo. Aparte de Rikke.

Finn se puso las manos en la cabeza y se la apretó. Cerró los ojos y los abrió en un rápido parpadeo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Sí. Tan bien como siempre. —Y añadió—: ¿Qué pasó entre vosotras dos?

—¿Qué quieres decir?

—Ese mes de mayo Laura pasó mucho tiempo conmigo. Tú no estabas por aquí. Se sintió realmente decepcionada cuando te fuiste. Ella necesitaba estar con alguien.

—Cosas que pasan entre amigas —respondió Tish.

Finn asintió.

—¿Te sientes culpable por haberla dejado? Quiero decir, quizá si te hubieras

quedado, aún estaría viva.

Tish reaccionó como si la hubieran abofeteado. Abrió la boca para negarlo, pero no pudo.

—Sí, a veces pienso en ello.

—Yo también. Hubiera querido ser la persona que la salvara. Y, en vez de eso, mira cómo acabó todo.

—No fue culpa tuya.

—¿No? —Finn titubeó—. Necesito contarte algo. Hay algunas cosas que necesito sacarme de dentro.

—¿Sobre qué?

—Sobre el asesinato de Laura.

Tish contuvo el aliento.

—¿Qué cosas?

—Hay muchas cosas que he olvidado. Por completo. Sólo recuerdo fragmentos. Yo estaba colocado, medio ido, como siempre. Pero pensé que quizás esto te fuera de ayuda.

—¿Qué tratas de decirme?

—Yo estuve en el parque esa noche —le confesó Finn—. La noche que asesinaron a Laura.

Tish cerró las manos y apretó los puños.

—¿Y qué viste? ¿Viste a quien la mató?

—No.

—¿Por qué estabas allí? —le preguntó Tish.

—Cuando vi a Laura y a su hermana en el parque, me dediqué a seguirlas. Las espíe mientras estaban allí abajo, en el lago.

«Marihuana», pensó Tish.

—¿Por qué seguías a Laura?

—Porque la amaba. Ya te lo he dicho.

—¿Eras tú el que acosaba a Laura? ¿Quien le envió todas aquellas cartas?

—¿Qué cartas? ¿De qué me estás hablando?

Tish estudió su rostro en busca de alguna pista que le indicara que mentía y no halló ninguna.

—No importa, ¿qué viste esa noche?

—La vi despedirse de su hermana y su novio en el lago. La seguí por el sendero hasta que regresó al campo de béisbol.

—Y luego, ¿qué?

—Alguien la atacó en el campo.

—¿Quién?

—No lo sé. Estaba demasiado oscuro. No pude verle. Lo único que vi fue al tipo

ese abalanzarse sobre ella y tirarla al suelo. Laura se echó a gritar.

—¿Y tú qué hiciste?

Finn se miró los pies.

—Nada.

—Dios mío, Finn, ¿cómo pudiste? ¿Te limitaste a dejar que pasara?

—Pensé en pedir ayuda, pero no quería que nadie supiera que estaba allí. De todas maneras, tampoco importaba mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Mientras miraba, oí a alguien detrás de mí. Alguien se acercó corriendo cuando Laura gritó. Me oculté en los bosques, y ese tipo llegó trotando hasta el claro. Un tío negro y grande. Yo no sabía quién era.

—¿Qué hizo?

—La salvó.

—¿Cómo?

—Cogió un bate de béisbol del campo y golpeó al otro tipo en la espalda. Luego se lo quitó de encima a Laura y le dio una paliza. Laura echó a correr en dirección opuesta, hacia los bosques, hacia la playa norte. Ya sabes, donde encontraron el cadáver.

—¿Qué hizo el tío negro?

—La siguió.

—¿Con el bate?

Finn negó con la cabeza.

—No. El bate se quedó en el campo.

—¿Estás seguro de eso?

—Estoy seguro. Vi cómo el negro lo tiraba al suelo.

—¿Y luego?

—Luego nada. No recuerdo nada más.

—¿Te fuiste a casa?

—Ya te lo he dicho, no lo recuerdo —insistió Finn con brusquedad.

—Es importante —dijo Tish—. Haz un esfuerzo.

El rostro de Finn se contrajo.

—¿Acaso crees que no me gustaría recordarlo todo? Después de eso, todo está en blanco. No sé qué pasó. No me acuerdo de nada en absoluto.

Stride observaba el rostro de la fiscal del condado, Pat Burns, mientras Tish explicaba lo que le había contado Finn. Su mirada castaña era intensa y atenta tras sus gafas de media luna, pero él no supo ver en ella ni credulidad ni incredulidad, ni sorpresa ni preocupación. Cuando Tish acabó, Pat se reclinó en su silla giratoria tras el escritorio. Estudió a Tish sin pronunciar palabra alguna.

—Usted es escritora, señora Verdure —dijo finalmente—. ¿Cómo interpreta el relato de Finn?

Tish miró de reojo a Stride, que estaba sentado junto a ella, enfrente de la mesa de Pat.

—Creo que esto lo cambia todo —respondió.

—¿En qué sentido?

—Bueno, creo que resulta bastante obvio. La teoría de que Dada cometió el crimen se basa en el hallazgo de sus huellas dactilares en el bate. Y ahora sabemos por qué estaban allí. No porque atacara a Laura, sino porque la rescató peleándose con Peter Stanhope. Peter intentó violarla. No habían quedado. No se trataba de una cita planeada en secreto. Él la atacó, y ese hombre negro, Dada, lo impidió.

—Según Finn, Dada fue el único que la siguió hasta la playa donde se halló su cadáver —señaló Pat.

—Sí, pero sin el bate. Eso es importante.

Pat asintió.

—¿Y no resulta un tanto extraño que recuerde un detalle como ése con tanta claridad?

—Lo recuerda, y eso es lo que importa.

—Eso dice él.

—¿Insinúa que miente?

—No tengo ni idea, pero ¿por qué no lo explicó en aquel momento? ¿Por qué ha esperado treinta años en contar esa historia tan increíble?

—Me dijo que estuvo inconsciente toda la noche. Durante meses, fue incapaz de recordar nada. Ni siquiera recordaba haber estado allí. Luego comenzó a acordarse de pequeños fragmentos. Rescató algunos recuerdos.

—Los recuerdos no suelen ser muy fidedignos. Y no son del gusto del jurado.

—Excepto que las pistas de esta historia encajan con los hechos.

—Sí, tiene razón, encajan. —Pat miró a Stride—. ¿Qué opina, teniente?

—Diría que Finn dice la verdad, hasta cierto punto —respondió Stride—. Su relato de lo que sucedió en el campo de béisbol con Laura y Dada tiene sentido. Sus

motivos para explicarlo ahora son otra cuestión. Y tampoco sé si ha contado todo lo que recuerda.

—¿Por qué cree que Finn ha elegido este momento para hablar? —preguntó Pat a Tish—. ¿Dijo él algo al respecto?

—Creo que se siente culpable por haberlo mantenido en secreto durante tanto tiempo. —Tish titubeó—. Además, diría que no está muy bien de salud.

—¿Cree que está enfermo? ¿Algo grave?

—Me dijo que su hígado no funcionaba bien. Tiene un largo historial de abuso de drogas y alcohol.

—El testigo perfecto —dijo Pat con una leve sonrisa, y añadió—: Espero que no le importe que le haga esta pregunta, señora Verdure, pero ¿qué es lo que pretende conseguir escribiendo ese libro?

—¿Qué quiere decir?

—Bien, ¿la mueve el hecho de ganar dinero? ¿O acaso quiere obtener publicidad y grandes titulares?

—Quiero que se le haga justicia a Laura —respondió Tish—. Eso es todo.

—En otras palabras, es importante para usted que, de alguna manera, su libro «resuelva» este caso.

Tish asintió.

—Mark Fuhrman escribió un libro sobre el asesinato de Martha Moxley en Connecticut, y ahora, por fin, hay alguien en prisión pagando por lo que hizo.

—Me veo obligada a decirle, señora Verdure, que si ése es su objetivo, será mejor que se prepare para darse un gran batacazo. Estoy segura de que el teniente Stride le habrá explicado las dificultades que conlleva interponer el proceso judicial de un caso en que tenemos tantos testigos ausentes y demasiadas pruebas desaparecidas.

—Sí, lo ha hecho —replicó Tish—. Pero le estoy ofreciendo un material del que antes carecía. Una prueba nueva. Nuevos testigos oculares. Y quiero saber qué piensa hacer al respecto.

Pat cruzó las manos.

—¿Qué es lo que quiere que haga?

—Quiero que consiga una orden que obligue a Peter Stanhope a proporcionar una muestra de ADN, para que la policía pueda compararla con la muestra de la carta del acosador y con la escena del crimen.

—No —respondió Pat.

—¿No? ¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Tish empujó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—No puedo creerlo. Tenemos un testigo que afirma que Stanhope mintió sobre lo que sucedió esa noche. Si pudiéramos comparar su ADN, podríamos probar que fue

él quien acosaba a Laura. ¿No basta con eso?

Pat negó con la cabeza.

—No, no basta. Al fin y al cabo, Finn no ha mencionado el nombre de Peter. Ha admitido que no pudo identificar al chico que estaba con Laura.

—Pero, en su declaración, Peter afirmó haber estado con Laura en el campo de béisbol. Jamás negó que estuviera allí. Culpó a Dada de la agresión, pero la declaración de Finn demuestra que no fue eso lo que sucedió.

—No necesariamente. Finn dice que estaba oscuro. Es muy posible que malinterpretara lo que estaba pasando entre Laura y el chico en el terreno de juego, así como los movimientos de Dada.

—Usted quiere enterrar el caso porque Peter es uno de sus aliados políticos, ¿no es cierto? Conozco las reglas del juego.

—Usted no sabe nada de nada, señora Verdure —espetó Pat—. No voy a presentar un recurso basado en unos cuantos recuerdos fragmentarios de un drogadicto reconocido que ha guardado silencio durante décadas. Eso sería un abuso de autoridad por mi parte, y ningún juez tendría a bien ni siquiera considerarlo. Además, no voy a presentar un recurso porque el juicio no prosperaría. Aunque pudiera probar que Peter Stanhope acosaba a Laura, no tendría pruebas suficientes para sustentar una acusación de asesinato. Hasta que no esté plenamente convencida de que tenemos algo con lo que iniciar un proceso criminal, no estoy dispuesta a arriesgarme. ¿Está claro?

—¿Qué clase de círculo vicioso es éste? —preguntó Tish—. No puede obtener pruebas hasta que esté usted preparada para iniciar un proceso judicial y nunca lo estará sin pruebas. En otras palabras, no va a hacer nada.

—Yo no he dicho eso.

—Pues a mí me lo ha parecido —dijo Tish, y añadió—: Aún no he hablado con la prensa estatal, pero puede que haya llegado el momento de hacerlo.

—Si mete en esto a los medios de comunicación nacionales, perderá el control de la historia —replicó Pat—. Y eso no le será de ayuda para su libro. La presión de los medios a menudo consigue el efecto contrario del que uno busca.

—Me arriesgaré —respondió Tish.

—Señora Verdure, nos ha proporcionado un nuevo punto de vista para investigar este caso de asesinato, y lo investigaremos. Aunque no de la forma en que usted quiere que lo hagamos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Tish.

Pat hizo un gesto a Stride.

—Teniente, ¿quiere explicárselo usted?

—Vamos a comprobar la declaración de Finn —le aclaró Stride a Tish.

—Eso está bien. Es lo que quería.

—Pero eso no implica investigar a Peter Stanhope —añadió él.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Tish.

—Quiero decir que, con su declaración, Finn se situó a sí mismo en la escena del crimen —explicó Stride—. Algo que desconocíamos hasta ahora. Te ha confesado que esa noche siguió a Laura. Así que sí, quiero saber lo que Finn creyó ver. Sin embargo, la realidad es que lo único que ha conseguido es convertirse también en sospechoso.

Stride giró a la izquierda para abandonar la interestatal y se dirigió hacia el empinado arco del puente Blatnik. El estrecho cruce por encima de Superior Bay también se conocía con el nombre de High Bridge, puente alto, un apodo que se mantenía desde los días en que el segundo puente entre las ciudades de Duluth y Superior era el humilde Arrowhead. Desde que en 1985 se inauguró el puente Bong y demolieron el Arrowhead, ambos puentes habían servido en la misma medida para el paso de embarcaciones, con una caída de treinta metros desde la pasarela hasta las frías aguas del puerto. Pero para los lugareños, el puente Blatnik siempre sería el High Bridge.

La policía de ambos lados de la bahía odiaba ese puente. La niebla, el hielo y la nieve ocasionaban muchos accidentes. El viento zarandeaba los vehículos y los camiones de lado a lado de los carriles. La jurisdicción constituía un quebradero de cabeza, porque la frontera estatal se situaba en medio del puente. Y luego estaban también los ciudadanos que daban al High Bridge el mismo uso que el Golden Gate, el lugar preferido de los suicidas. El Blatnik carecía de pasaje peatonal para transeúntes, sólo había un arcén de grava y una valla de hormigón de noventa centímetros de alto. Así, que sólo era necesario detener el coche en lo alto del arco del puente y apearse para emprender un recorrido de tres segundos hasta el país de nunca jamás.

Stride había visto el puente desde ambos lados y ayudado a desenredar amasijos de vehículos en la carretera bajo la niebla, y también había navegado bajo el puente en los barcos de los guardacostas al rescate de cadáveres. Para él, el puente era sinónimo de muerte.

Aceleró en el carril de la izquierda, cruzó bajo el arco de acero azul del puente y descendió por la pendiente hasta el norte de Superior. Abandonó la carretera al llegar a la avenida Tower y pasó delante de escaparates de tiendas cerradas; la calle principal parecía un pueblo fantasma. Las dos ciudades también eran conocidas por el nombre de Twin Ports; sin embargo, Superior era la hermana pobre: su población estaba menguando y la economía se tambaleaba ante el declive industrial. Allí nadie hacía dinero. Nadie construía viviendas. Se limitaban a buscar trabajo y a evitar al lobo que se ocultaba tras sus puertas.

Stride condujo en dirección sur y dejó atrás la pequeña franja de pequeños comercios para adentrarse en un terreno llano y vacío. Giró hacia un camino de tierra que llevaba al otro lado de una sucesión de vías férreas. La casa que Rikke y Finn Mathisen compartían se hallaba en una parcela de casi una hectárea al final de un terreno urbanizado, donde el camino moría en un área baldía y de campos. La hierba

de la parcela cuadrada estaba alta. Los robles bostezaban por encima de la vivienda victoriana de tres plantas. El revestimiento de pintura azul estaba descascarillado.

Aparcó el Expedition al otro lado de la calle y se apeó del auto. Se hallaba junto a un paso a nivel sin vigilancia, donde una simple X blanca marcaba las vías. Unos postes de telefonía inclinados se extendían en paralelo a la vía. Stride vio un tren rugir entre las casas a medio kilómetro de distancia. Su silbido arremetía contra el silencio en numerosos *staccatos* violentos. Cuando el tren se detuvo, reparó en el sonido más tranquilo de las campanitas que colgaban del porche de los Mathisen.

Eran cerca de las ocho de la tarde del jueves. De tratarse de una tarde de verano soleada aún quedaría una hora de luz, pero las nubes del cielo eran densas y grises y hacían que el atardecer pareciera noche cerrada. Una brisa constante levantaba el polvo de los caminos de tierra. El aire era húmedo y caliente. Stride subió por la acera, donde la hierba verde crecía entre las baldosas del pavimento. Descubrió un camino de entrada que llevaba hasta un garaje no adosado situado en la parte trasera de la vivienda y vio un Impala color canela de la década de los ochenta aparcado en la maleza.

Los escalones de madera que conducían hasta el porche se combaron bajo sus pies. Se acercó a la puerta principal y echó un vistazo al interior; las luces de la planta baja estaban encendidas. Al llamar a la puerta con los nudillos, vio a una mujer alta y fornida salir de la cocina con un delantal atado a la cintura. Le abrió la puerta y Stride se encontró frente a una versión avejentada de la mujer que le había dado clases de matemáticas durante su primer año de instituto.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó ella mientras se secaba las manos en el delantal floreado.

Debajo llevaba una camiseta de cuello redondo y unos pantalones cortos. Las ventanas estaban cerradas y la atmósfera del interior de la vivienda era viciada y calurosa.

—¿Señora Mathisen?

—Sí.

—Soy el teniente Jonathan Stride. De la policía de Duluth. No me recuerda, pero usted fue mi profesora de matemáticas durante un curso en el instituto. Creo que de eso hace más tiempo de lo que ninguno de los dos quisiéramos admitir.

Rikke no sonrió.

—¿De la policía?

—Sí, esperaba poder hablar con Finn.

—No está aquí.

—¿Sabe cuándo volverá?

—No.

—¿Le importa que entre? También quisiera hacerle unas cuantas preguntas a

usted.

Rikke no se dio prisa en invitarlo a pasar.

—¿Dice que es de la policía de Duluth? ¿No debería haber alguien de Superior con usted? Esto no es Minnesota, ya lo sabe.

—Lo sé, pero en realidad no es necesario —le explicó Stride—. No le robaré mucho tiempo.

Rikke se encogió de hombros y abrió la puerta. El interior de la antigua casona estaba decorado con viejos cubrecamas con retazos de rombos cosidos encima y media docena de macetas de barro de filodendros mustios. Stride reparó en dos mininos flacuchos que deambulaban por los suelos de madera. Una fina capa de pelo de gato se había aposentado sobre el mobiliario del salón, y le llegó a la nariz un tufillo a amoníaco. Tomó asiento en una incómoda silla Shaker. Rikke se desató el delantal y se sentó en el sofá situado enfrente de él. Rascó la tela deshilachada y sacó gomaespuma blanca del brazo del sofá. Un gato atigrado se paseó por su regazo.

—¿Qué quiere? —preguntó ella.

Stride intentó imaginar a la profesora de veintitantos que llevaba dentro. Por aquel entonces, ella era una mujer alta y atlética, con una rizada mata de pelo rubio largo y suelto, y un porte nórdico atractivo. Sus ojos eran de un azul intenso y usaba unas enormes gafas redondas que se apoyaban en sus protuberantes pómulos. Unos pechos maduros y abundantes se hinchaban bajo sus jerséis blancos, desafiando la ley de la gravedad. Sus muslos, carnosos y prietos, resaltaban con los vaqueros que solía llevar. En clase se mostraba severa, como una dominatriz. En los vestuarios se hacían bromas al respecto. «Profe, he sido un chico malo».

Los treinta años transcurridos le habían pasado factura a Rikke. Había ganado peso y tenía celulitis en las piernas. Llevaba el pelo corto y ahora era rubia de bote. Tenía el rostro redondo y flácido. Ya no usaba gafas, aunque su mirada era tan intensa como recordaba, como dos globos de hielo azur. Se dio cuenta de que uno de sus pechos le caía como un muñeco de nieve derretido, y en el lugar en que debería haber estado el otro, la tela de su camiseta se arrugaba por encima de un espacio vacío. En el bolsillo llevaba prendida una cinta rosa con un alfiler.

—Usted daba clases de álgebra, ¿verdad? ¿O era geometría?

—Geometría.

—¿Ya no es profesora?

—Hace mucho tiempo.

—¿Entonces, estoy en lo cierto? ¿Finn vive aquí con usted?

—Sí, así es.

—¿Es su hermano?

—Sí.

—No es muy habitual que un hermano y una hermana vivan juntos durante tanto

tiempo —señaló Stride.

—Finn ha tenido una vida dura —replicó Rikke—. Tiene siete años menos que yo y siempre ha necesitado que alguien cuide de él.

—¿Por qué?

—¿Y a usted qué le importa? ¿Acaso sospecha que Finn ha hecho algo malo?

—En absoluto.

—Pues entonces ¿por qué está aquí?

—Finn nos ha proporcionado información relevante para una de nuestras investigaciones —le explicó Stride—. Francamente, trato de evaluar su credibilidad como testigo.

—¿Qué investigación?

Stride no contestó.

Irritada, Rikke apartó al gato de su regazo y se tironeó de la camiseta.

—¿Qué quiere saber?

—Hábleme de su pasado. Ha dicho que tuvo una vida dura.

—Finn y yo nos criamos en Dakota del Norte —replicó Rikke—. Nuestro padre murió en un accidente de coche cuando Finn tenía diez años. Nuestra madre falleció cinco años después. Yo acababa de obtener mi certificado de aptitud pedagógica. Cogí a Finn y nos trasladamos aquí. Conseguí un empleo. Compré esta casa con el dinero que nos dieron tras vender la granja. Esperaba que eso nos permitiera empezar de nuevo, pero las heridas de Finn eran demasiado profundas. Estuvo metido en drogas durante años. Y aún bebe como un cosaco. A veces pienso que debería haberlo echado de casa y dejado que se las apañara solo, pero soy la única familia que tiene. No podía darle la espalda.

—No debe de haber sido fácil.

—No he dicho que lo fuera.

—¿Recuerda a una chica llamada Laura Starr? —preguntó Stride.

Los músculos del rostro de Rikke se tensaron. Sus mejillas se enrojecieron.

—Sí, por supuesto.

—Una periodista llamada Tish Verdure está escribiendo un libro sobre su asesinato —la informó Stride.

—Eso he oído. Lo leí en la prensa.

—Finn le dijo a Tish que él estaba en el parque la noche en que mataron a Laura.

Rikke negó con la cabeza.

—¿Finn dijo eso? No, no es verdad.

—¿Cree que Finn miente?

—Quizás haya inventado una historia para impresionar a esa mujer, pero lo más probable es que su mente haya unido trozos y fragmentos de lo que ha leído sobre el asesinato a lo largo de todos estos años. La salud mental de Finn está muy

deteriorada, teniendo. Las drogas y el alcohol le han freído el cerebro desde que era un adolescente. No sabe discernir lo que es real de lo que no lo es, sobre todo después de tanto tiempo. Se lo vuelvo a repetir: él no estaba allí.

—Ha transcurrido mucho tiempo —dijo Stride—. ¿Cómo puede estar tan segura?

—¿Usted cree que en aquel entonces hubiera permitido que Finn condujera? —preguntó Rikke—. Nunca tuvo coche. La única forma que tenía de desplazarse era que yo le llevara. Esa noche, los dos estábamos en casa viendo los fuegos artificiales.

Stride se inclinó hacia delante con las manos en las rodillas.

—¿Finn conocía a Laura?

—Sí, los dos la conocíamos.

—Tengo entendido que Finn estaba enamorado de ella.

—¿Finn? Puede que fuera un amor adolescente. Nada más. Laura era una de mis estudiantes preferidas: una chica dulce, muy guapa y muy tranquila. Quería ser orientadora social para chicos con familias desestructuradas. Estaba muy interesada en el tema. La animé a que pasara más tiempo con Finn, porque pensaba que les podría ayudar a ambos. A su favor tengo que decir que se dedicó a Finn en cuerpo y alma. Creo que ella hizo una excepción con él y estoy segura de que mi hermano le estaba agradecido. Puede que para él eso fuera amor.

—¿Qué más puede contarme de Laura?

—Debería preguntarle a Tish —respondió Rikke—. Durante un tiempo fueron amigas íntimas.

—¿Durante un tiempo?

Rikke ladeó la cabeza.

—Sí, luego dejaron de serlo.

—Ah.

—Pues sí. Rompieron de mala manera. Laura vino aquí llorando.

—¿Le contó lo que había pasado?

—Me dijo que se habían peleado.

—¿Cuál fue el motivo de la pelea?

Rikke juntó los dedos.

—Un chico —empezó a explicar lentamente—. Tish tenía unos celos enfermizos. Le ordenó a Laura que dejara de verlo.

—¿Y quién era él?

—Laura no me lo dijo, pero yo supuse que se trataba del chico de esa familia rica de Duluth. Los Stanhope. Cuando ella murió, leí en la prensa que Laura y Peter salían juntos.

A Stride no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Le hacía preguntarse una vez más por los motivos que tenía Tish para ir tras Peter Stanhope.

—¿Habló Finn con usted sobre el asesinato de Laura después de que éste se

produjera? ¿Le dijo alguna vez que sabía algo al respecto?

—Por supuesto que no. Como ya le he dicho, él no estaba allí.

—Voy a tener que hablar con Finn —la informó Stride poniéndose en pie—. ¿Cuándo puedo encontrarlo en casa?

Rikke agitó una mano con desdén.

—Entra y sale cuando le da la gana. No soy la guardiana de mi hermano. Telefonee a la compañía de reparto, puede que ellos le ayuden a encontrarlo en algún punto de su ruta.

Stride asintió con la cabeza.

—Le agradezco que me haya concedido unos minutos. —Rikke no contestó—. ¿Sabe? Aún recuerdo alguna cosa de sus clases de geometría —añadió Stride.

—Ah.

—Creo que era algo llamado «postulado paralelo».

Rikke se encogió de hombros.

—«Si dos rectas, al cortar a una tercera, forman ángulos internos menores que dos rectos, esas dos rectas prolongadas indefinidamente se cortarán en algún momento». ¿Por qué demonios le parece tan interesante?

—Es algo que me encuentro en la mayor parte de mis investigaciones —le explicó Stride—. Tarde o temprano las dos rectas acaban siempre por encontrarse.

Después de que Stride se marchara, Rikke Mathisen se quedó ante la ventana del salón que daba a la calle. Sostenía la cortina de encaje con la mano y observó a Stride mientras éste se internaba en la oscura penumbra y se montaba en su vehículo. Los faros del auto se iluminaron de golpe como dos ojos abiertos, y la gravilla chirrió mientras él aceleraba al descender por el camino de tierra que llevaba a la carretera, traqueteando por los raíles. Lo observó hasta que las luces rojas traseras desaparecieron y siguió vigilando mientras la noche caía como una nube negra que envolviera la casa. El gato naranja atigrado se restregó contra sus piernas y maulló, pero Rikke no se movió. A lo lejos, procedente del noreste, un tren silbó. Incluso a esa distancia, sintió su vibración bajo los pies. No importaba cuánto tiempo llevara viviendo allí. Oía todos los trenes.

Rikke se apartó. En el recibidor había un espejo colgado de un alambre de acero, con un marco de grueso latón polvoriento. Echó un vistazo a su reflejo oscuro y contuvo el aliento, porque quien le devolvió la mirada fue el rostro de su madre, como un espectro de ojos malignos devuelto a la tierra. El destino era cruel. Habían transcurrido treinta años, y se había convertido en la persona que Finn y ella habían odiado durante tanto tiempo. Uno puede correr y correr, y cuando cree haber escapado, se da cuenta de que ha estado corriendo en círculos.

Apagó las luces de la planta baja y caminó a tientas, como una invidente, hasta

los escalones de madera de caoba que llevaban a la planta superior. Al llegar arriba, contempló la puerta cerrada que tenía delante. El dormitorio de Finn. Movi6 la manija de metal; estaba cerrada con llave. Siempre la cerraba con llave. A6n no se haba dado cuenta de que ella tena una copia. Entr6 en el cuarto y le dio al interruptor, sin importarle que Finn viera la luz encendida de su dormitorio cuando volviera a casa. La habitaci6n estaba hecha un revoltijo. Ropa sucia tirada por la cama y encima de la puerta del armario. Latas aplastadas de Budweiser por todo el suelo del cuarto, como discos de hockey plateados. Las sábanas olían a orina. A6n mojaba la cama.

El caj6n superior de su mesilla de noche negra laqueada estaba abierto. Lo sac6 y lo vaci6 en el suelo, donde su contenido rod6 con gran estrépito. Repiti6 la operaci6n con el caj6n inferior. Se puso a gatas y se abri6 paso con las manos entre el mont6n de baratijas. Finn lo guardaba todo. Tel6fonos m6viles viejos y cables de ordenador. Formularios de impuestos a medio rellenar. Bol6grafos con la tinta seca y lápices partidos por la mitad. Revistas como antiguas, botes de lubricante, cigüeñales de goma cubiertos por una costra de secreciones.

Una vieja fotografía.

Rikke la sostuvo en alto y la estudi6. Se trataba de una foto de diez centímetros cuadrados, con un estrecho filete blanco, de colores desvaídos y poco naturales. Reconoci6 a Finn en el patio trasero de su casa, sentado junto a Laura en un banco de *picnic*, con un brazo por encima del hombro de ella. Dos j6venes sonrientes. Laura vestía una camiseta sin mangas. Finn llevaba el pecho desnudo y su cabello rubio era rizado y espeso. Rikke recordaba haber tomado esa fotografía. Con manos temblorosas, la rompi6 por la mitad, y de nuevo por la mitad, y una vez mäs, hasta que los pedazos fueron demasiado pequeños para romperlos. Los esparci6 por el revoltijo del suelo como si fueran granos de sal gorda.

Por aquel entonces, Finn le dejaba su habitaci6n a Laura las noches en que ella se quedaba a dormir. Ella haba dormido ahí, en su cama, mientras él dormía en el sofá de la planta baja. Excepto cuando Finn subía las escaleras en silencio para mirar. Rikke tena conocimiento de todo eso. Lo haba visto en la oscuridad husmeando a través de la puerta de su dormitorio, observando la cama, donde las estrellas iluminaban pálidamente la carne desnuda. Jamäs hablaron de ello. Algunas cosas simplemente se sobreentendían.

Despu6s se acerc6 al escritorio, sac6 todos los cajones y los vaci6 como si fueran jarras de agua. Escudriñ6 los escombros sin ver lo que quería, pero sabía que finalmente encontraría lo que estaba buscando. Conocía bien a Finn. Con una expresi6n grave y carente de emoci6n, arranc6 todas las prendas de ropa de las perchas del armario, arroj6 los juegos de mesa de la estantería polvorienta y palp6 la superficie de madera veteada con los dedos extendidos. Al no encontrar nada, arrastr6

el colchón de la cama de Finn y luego levantó el somier del armazón.

Nada.

Con una mano, derribó la mesilla de noche negra. La lámpara cayó con ella, estrellándose y rompiéndose contra el suelo. Se inclinó, echó un vistazo a la parte inferior de la mesilla y asintió con gesto grave.

Ahí estaba.

Un abultado sobre de manila estaba pegado a la madera sin pulir con cinta americana que había perdido su adherencia después de ser arrancada y enganchada en incontables ocasiones. Rikke cogió el sobre. Se llevó con él trozos de cinta. Rasgó la solapa y sacó el fajo de papeles sobados que éste contenía. Los revisó uno a uno cuidadosamente, estudiando cada imagen. Eran fotografías granuladas en color impresas con la impresora del escritorio de Finn. Imágenes borrosas tomadas de noche. No importaba. Veía con suficiente claridad lo que eran.

Chicas adolescentes.

Cuando las acabó de ver todas, las volvió a guardar en el sobre. En la pared de enfrente, junto al escritorio de Finn, había una papelera metálica. Vació la basura y metió el sobre dentro. Buscó una caja de cerillas entre el caos que ella misma había generado en el suelo del dormitorio, después encendió una y la arrojó a la papelera, donde un pequeño fuego prendió en el papel hasta transformarse en una gran antorcha ardiente. El recipiente arrojaba humo y relámpagos naranjas. El sobre y todas las fotografías se ovillaron en escamas de ceniza negra que flotaron por la habitación como nieve color carbón. En el recibidor, la alarma antihumos graznó a modo de protesta. Rikke la ignoró.

Cuando acabó de arder, el interior de la papelera estaba chamuscado. Cogió una regla, se puso de rodillas y empezó a golpear las cenizas aún calientes hasta convertirlas en polvo. Tenía la piel cubierta de tiznes de hollín. Se levantó y se limpió las manos en los pantalones cortos, manchándolos de huellas negras.

Lo siguiente fue el ordenador. Y la cámara. Irían a parar al río en algún momento después de medianoche. No se podían borrar cosas como éstas. Si alguien sabía lo que estaban haciendo siempre podría recuperarlas.

Rikke oyó un ruido en el pasillo y levantó la vista.

Finn estaba en la puerta.

Tish aparcó en un callejón detrás del Kitch, que estaba a oscuras excepto por el resplandor amarillento que se colaba por las ventanas del club. Una lluvia sesgada azotaba la calle mientras ella salía del Civic. Abrió un paraguas, lo sostuvo en ángulo como si se tratara de una bandera y sus tacones chapotearon en los charcos al girar en la esquina del edificio, de camino a la puerta principal. El club de cuatro plantas se cernía sobre ella, una construcción majestuosa e imponente de ladrillo rojo, como la mansión de un hombre adinerado. Gárgolas indias de ojos hundidos custodiaban la entrada y la observaban con gesto desaprobador. Cuando se coló dentro, su vestido blanco estaba cubierto de gotas de lluvia. Se sacudió el pelo y el agua roció la moqueta color vino tinto.

El amplio pasillo principal estaba revestido de madera oscura y apliques, y en el suelo se reflejaba el logotipo de letras doradas del club. Tish dio unos cuantos pasos indecisos, a la espera de que alguien la interceptara. Sin embargo, el pasillo estaba vacío. Nunca había estado allí antes, pero recordaba que la gente hablaba del Kitch de la misma forma que los de la costa Este lo hacían de la sociedad secreta Skull and Bones. Los rostros de sus miembros habían cambiado a lo largo de ciento veinticinco años, pero la única manera de entrar seguía siendo por invitación. Para Tish, era como una sociedad secreta para privilegiados. Un lugar construido piedra a piedra en honor al dinero y la tradición.

A su izquierda había una sala con robustas vigas alineadas en el techo y una gruesa alfombra con estampado de cachemira en el suelo. Un fuego de leña ardía en una chimenea de ladrillo, y dos sillones reclinables de cuero estaban colocados con esmero a ambos lados del hogar. Estaba aterida de frío por la lluvia, así que se acercó a la chimenea y extendió las manos para calentárselas, sintiendo también cómo se calentaba su vestido. Mientras goteaba sobre la alfombra, reparó en una pintura al óleo de un rostro familiar que colgaba de la pared del lado oeste. Era el retrato de un anciano ataviado con un traje de tres piezas. Apenas tenía pelo. Aspecto severo y próspero. Al acercarse al cuadro, vio su nombre inscrito en una placa de latón en el marco.

Randall Stanhope. Antiguo presidente del club.

—¿Puedo ayudarla?

La voz surgió detrás de ella. Tish se dio la vuelta y vio a un sirviente ataviado con esmoquin que rondaba la cincuentena y lucía un bigote recortado.

—Lo siento —se disculpó Tish. Se irguió de hombros y obsequió al hombre con una agradable sonrisa—. Se suponía que tenía que reunirme aquí con Peter Stanhope.

¿Podría decirme dónde puedo encontrarlo?

No tenía ninguna cita concertada. Hacía treinta años que no veía a Peter. Pero todo el mundo le había dicho que él pasaba la mayoría de sus noches en el Kitch. Como su padre.

—El señor Stanhope está en la sala de billar de la planta baja —le comunicó el sirviente—. ¿Desea que le diga que está usted aquí?

—No, me reuniré con él allí.

—¿Conoce el camino? —le preguntó el hombre.

—Me temo que no.

—Permítame mostrárselo.

La acompañó a la planta baja, donde los techos eran más bajos y los muros parecían cerrarse. Tish oyó unas estentóreas risas masculinas. La sala de billar era más pequeña de lo que ella imaginaba; sus paredes eran de color lapislázuli, al igual que la moqueta con estampado de tablero de ajedrez. Media docena de hombres con camisa blanca y la corbata desanudada se hallaban reunidos alrededor de una mesa de billar recubierta con fieltro color borgoña. Bebían *whisky* escocés en vasos bajos de cristal.

La conversación se interrumpió al verla. Tish reconoció a Peter Stanhope de inmediato. Tenía en la mano un taco de billar hecho a medida y estaba inclinado encima de la mesa, apuntando para tirar. Era el único hombre que llevaba puesta la chaqueta del traje. Ella estaba lo bastante cerca de él como para oler su aliento a alcohol y ver las luces del techo reflejadas en su cabello plateado. Mientras ella observaba, él golpeó la bola con un chasquido seco del taco y metió la maciza bola cuatro púrpura en la tronera que quedaba más lejos.

—¿Señor Stanhope?

—¿Sí, George? —preguntó Peter.

Miró por encima del sirviente y evaluó a Tish.

—Creo que tiene una cita con esta señora.

Peter se enderezó y apoyó su taco contra la mesa. Se cruzó de brazos y se frotó el mentón moreno con la mano izquierda. Sus ojos azules centellearon curiosos tras sus gafas cobrizas.

—¿Ah, sí?

La sonrisa de George se evaporó.

—¿Algún problema, señor? —preguntó.

—No lo sé —replicó Peter amablemente, y miró a Tish—. ¿Lo hay?

—Me llamo Tish Verdure —dijo ésta rápidamente.

Tish escuchó un ruido sordo de desagrado entre los hombres de la sala. Sabían quién era ella. Peter no reaccionó, excepto por un chasquido de la lengua contra los dientes superiores.

—Ah.

—Esperaba que pudiéramos hablar.

—Lo lamento muchísimo, señor Stanhope —dijo George mientras se colocaba frente a Tish—. Esta señora me ha dicho que tenía una cita con usted. La acompañaré hasta la puerta ahora mismo.

Peter hizo un ademán con la mano.

—No, no, no pasa nada, George. Da la casualidad de que también yo estaba impaciente por hablar con la señora Verdure. Chicos, seguid sin mí, ¿de acuerdo?

Se acercó hasta Tish y le tendió la mano. Su apretón era fuerte y sus dedos, suaves, excepto por el polvillo de la tiza de billar.

—¿Le apetece tomar algo? —le preguntó.

—Una copa de vino tinto, si no es molestia.

—George, una botella de Pinot Alphonse Mellot del que me tomé anoche. ¿Hay alguien en la 306?

—No, señor.

—Llévela allí, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

Peter llenó su vaso de una botella medio vacía de Lagavulin y luego cogió a Tish por el codo.

—¿Vamos?

La guió hasta un ascensor del siglo pasado incómodamente pequeño. Estaban hombro con hombro. Peter no dijo ni una palabra mientras subían. Se limitó a sonreír, a exhibir su blanca dentadura y a alisarse el pelo. Ella se dio cuenta de que sus ojos deambulaban por su cuerpo. Cuando las puertas se abrieron, la acompañó hasta una habitación pintada de color crema, con un sofá blanco hueso, un sillón y una mesa baja y cuadrada de cristal. Al otro lado de una puerta, Tish vio una cama de matrimonio con un edredón de intrincados detalles florales. Retrocedió.

—Esto es un dormitorio —dijo ella.

—Un cuarto de invitados —replicó Peter—. A veces duermen aquí los socios que vienen de fuera de la ciudad. O los hombres cuyas esposas los obligan a pasar la noche fuera. Por ese motivo prefiero la vida de soltero —dijo, y añadió—: No se preocupe, no pienso abalanzarme sobre usted, si es eso lo que le preocupa. Simplemente creí que a ambos nos gustaría disfrutar de cierta intimidad.

—Deje la puerta abierta. —Como guste.

Peter tomó asiento en el sillón y se concentró en su bebida. Tish se sentó con desasosiego en el sofá con las rodillas apretadas. Un par de minutos después, George el sirviente entró en la estancia con una copa y una botella abierta. La depositó encima de la mesa enfrente de ella y le sirvió; después le dedicó una mirada imperiosa y se retiró cerrando la puerta tras él.

—¿Quiere que vuelva a abrirla? —preguntó Peter mientras señalaba la puerta con la cabeza. Tish se encogió de hombros—. Bueno, pues aquí estamos —prosiguió—. Ha pasado mucho tiempo. Tienes buen aspecto, Tish. ¿Te importa que te tutee?

Tish volvió a encogerse de hombros.

—Por aquel entonces eras una mujer muy sexy, y no has perdido atractivo —le dijo con mirada errabunda—. La auténtica belleza madura con la edad, ¿no crees?

—Si tú lo dices.

—No te pasaría nada por devolverme el cumplido —dijo él.

—Ya sabes que tienes buen aspecto, así que ¿por qué necesitas oírmelo decir?

Peter se echó a reír.

—Prueba el vino, Tish. Es excelente.

Tish le obedeció; lo era.

—¿Intentas decirme que has cambiado? —preguntó ella.

—Todos cambiamos. Tú eres diferente, yo soy diferente.

—No importa —dijo ella—. No me preocupa quién eres ahora ni cuánto dinero tienes. Lo único que me interesa es lo que hiciste hace treinta años.

Peter asintió.

—Crees que maté a Laura. Crees que cogí un bate de béisbol y la golpeé en la cabeza.

—Sí, así es.

—Bien, pues yo no lo hice. ¿Cómo puedo convencerte de que digo la verdad?

Tish volvió a beber un sorbo de vino. Era afrutado y ligero como el helio.

—No puedes. Sé que mentiste.

—¿Ah, sí?

—Finn Mathisen te vio —espetó Tish—. Te vio atacar a Laura en el campo. El hombre negro, Dada, la salvó. Cuando Laura salió corriendo, el bate aún estaba en el terreno de juego. Aún lo tenías tú.

—Finn Mathisen —murmuró Peter, sacudiendo la cabeza—. Hace años que no pensaba en él. Él y su hermana Rikke. Ella era una de esas atractivas profesoras que todos deseábamos. Por favor, Tish. Los dos sabemos qué clase de testigo es Finn. Pat Burns jamás llevará al estrado a alguien que probablemente no pueda recordar casi nada de los ochenta.

—No me importa qué clase de testigo sea —respondió Tish—. Estoy escribiendo un libro, no bailando ante un jurado. Lo que importa es que él dice la verdad.

—Eso es lo que afirma él. Lo cual no significa que yo matara a Laura.

—¿Estás admitiendo que la agrediste?

—Yo no estoy admitiendo nada. Sin embargo, aunque fuera tan estúpido como para creer que porque me llamo Peter Stanhope cuando una chica dice «no» en realidad está diciendo «sí», ¿crees que la mataría por algo así?

—¿Por no haber obtenido lo que querías? Sí, lo creo.

—Bueno, tienes razón, no me tomo muy bien las negativas —admitió Peter—. Tú me rechazaste y yo te llamé bollera. Y, por lo que recuerdo, te besé y te sobé las tetas. Era un cerdo.

—Sí, lo eras.

—Pero no te maté, ¿no es cierto? —Aquí estás.

—Puede que Laura te gustara más que yo.

La sonrisa de Peter flaqueó. Sus labios carnosos se contrajeron en un tic nervioso.

—Puede que estuvieras obsesionado con ella —continuó Tish—. Puede que te enfureciera saber que ella no te quería. —Buscó sus ojos y susurró—: «¿Vas a estar sola esta noche, puta?».

Los dedos de Peter se aferraron al vaso con tanta fuerza que ella pensó que el cristal se haría añicos.

—No sé de qué me hablas.

Pero sí que lo sabía.

Tish supo que había acertado. Se tragó su odio y bebió más vino.

Peter se puso en pie y estiró las piernas. Echó un vistazo a su reflejo en un espejo de latón y se cepilló las solapas de la americana. Volvió a sonreír, una sonrisa más radiante que la anterior.

—Siempre me he preguntado si te molestaba que Laura me encontrara atractivo.

—Ella no te encontraba atractivo.

—Te equivocas. Por aquel entonces todas las chicas estaban interesadas en mí. Tú eras la excepción. ¿O es que acaso te gustaba hacerte la estrecha conmigo?

—Oh, por favor.

—¿Por eso no te gustaba que me viera con tu mejor amiga?

—Laura rompió contigo. Ella me lo contó.

—Ah, ¿y cómo sabes que no te mintió? Quizá Laura no quería que supieras lo que en realidad pasaba entre nosotros dos.

—Eso es ridículo —replicó Tish.

—Me pregunto qué habrías hecho si hubieras descubierto la verdad —dijo él—. Supongo que te habrías sentido muy ofendida.

—¿Has acabado?

—Ni siquiera he empezado. No se te ocurra meterte con un abogado, Tish.

—Te cogeré —insistió ella.

Él se rió.

—Ya sabes que eso no va a suceder.

Ella se encogió, sintiéndose expuesta mientras él la observaba. Ni siquiera se molestaba en ocultar el brillo lujurioso de su mirada.

—Lo triste es que te estoy diciendo que creo que eres un asesino y aun así quieres

acostarte conmigo.

Peter se sentó junto a ella en el sofá y dio un largo sorbo a su *whisky* escocés. Sus piernas se rozaron.

—Es verdad.

—¿Tan desesperado estás? —Yo no estoy desesperado en absoluto.

—Te imaginaba con un harén de modelos veinteañeras —dijo Tish.

—A veces.

—¿Y por qué intentarlo con una casi cincuentona que piensa que eres el demonio?

—Yo no soy el demonio. Creía que por fin habías empezado a encontrarme encantador. —A duras penas.

—Lo creas o no, me gustan las señoras maduras. Fuertes. Independientes. No encuentro muchas mujeres que estén a mi altura.

—Así que me estás diciendo que te pone que una mujer te acuse de asesinato.

—He oído acusaciones peores. —Sonrió de oreja a oreja—. Creo que estás mintiendo, Tish. Me encuentras atractivo. Siempre lo has hecho.

—Tú te encuentras lo bastante atractivo por los dos.

—No hay muchas mujeres que me hayan rechazado dos veces.

Tish sintió un escalofrío de miedo.

—¿Qué significa eso?

—No lo que crees. Solamente que te las has arreglado para desinflar mi ego, por no mencionar mi virilidad, en dos décadas distintas.

—Sobrevivirás.

—Ya te he dicho que no me tomo a bien las negativas. Me hacen ser más perseverante.

—¿Voy a tener que ponerme a gritar?

—No hace falta. Ni se me ocurriría forzar a una mujer que no quiere que la fuerce.

—Bien.

—Sin embargo, voy a besarte —dijo Peter—. Creo que me lo debes.

—Yo no te debo nada.

—Puedes abofetearme si quieres.

Se inclinó en el sofá. Tish lo miró a los ojos y no se apartó. Notó sus ásperos labios al pegarse a los suyos. Ella no sintió nada pero respondió como si lo sintiera. Le puso las manos alrededor del cuello y lo acercó a ella. Olía como un hombre. Sentía sus dedos acariciarle el pecho de forma liviana, tanteando el terreno. Era ahora o nunca.

Tish le dio un mordisco a Peter en el carnoso labio inferior. Con fuerza. La sangre caliente les salpicó en la cara y ella aplastó su mejilla contra él y lo agarró con fuerza.

Peter gritó de dolor y pugnó por zafarse de ella. La apartó de un empujón y se puso en pie de un brinco. Su barbilla era un río turbio de color cereza que empapaba la camisa.

—¡Eres una puta loca! —gritó.

—Apártate ahora mismo de mí —le dijo Tish tranquilamente.

Peter abrió la puerta de la habitación de invitados.

—Estás como una puta cabra.

Tish lo vio marcharse mientras se limpiaba suavemente las manchas de sangre de la manga de su vestido blanco.

«Te pillé», pensó.

Dos horas después, un ruido despertó a Tish de un sueño profundo mientras dormía en su casa. Se sentó de golpe en la cama, la manta hecha un ovillo en la cintura. Escuchó los sonidos procedentes de la ventana abierta, donde el oleaje golpeaba en la base del acantilado. La bocina de un camión atronó en la autopista. Eso fue todo.

Salió de la cama y cogió una bata del armario. El vestido blanco descansaba en una balda envuelto en plástico.

Se detuvo. Esperó.

Unos segundos después, volvió a escucharlo. Agudo y musical. De algún lugar del exterior llegaba el sonido de un vidrio al romperse.

Tish corrió hacia la habitación principal de la casa en busca de su teléfono. La estancia estaba en sombras. Se hallaba sola, nadie la acechaba, no había nadie dispuesto a asaltarla desde una esquina. No volvió a oír ningún ruido.

En la calle, un vehículo se alejó; el sonido del motor se debilitaba a medida que rugía hacia la curva que llevaba a la ciudad. Tish se acercó sigilosamente hasta la puerta de entrada y echó un vistazo a través de la mirilla. Amara, la acera y la calle estaban tranquilas. Abrió la puerta con cuidado y vio estelas de niebla vagar bajo el resplandor de una farola. Al salir, el sudor empezó a cubrirle la piel como un hongo.

Nada se movió.

El pavimento le arañó los pies desnudos. Avanzó con paso vacilante hacia el bordillo. Al ver su coche de alquiler aparcado junto a los árboles, echó a correr.

La mitad del parabrisas estaba medio caído, y la otra mitad era una escarcha de vidrio blanco reventado. Rosetas afiladas como tijeras cubrían los asientos. Metido entre los radios del volante había un bate de béisbol de madera.

El asfalto del aparcamiento de la empresa de reparto donde trabajaba Finn Mathisen estaba mojado y el vapor ascendía de los charcos. Una cortina de agua se había paseado intermitentemente por la ciudad durante todo el día, dejando tras de sí un olor mohoso a gusanos. La humedad hacía que la camiseta negra de Stride se le adhiriera a la piel y la chaqueta deportiva gris marengo que llevaba encima estaba húmeda. Una capa de sudor le cubría la frente. Era viernes por la noche. Quería irse a casa y meterse en la ducha, pero Finn llegaba una hora tarde de su itinerario de entrega.

El aparcamiento estaba repleto de los vehículos de los conductores de reparto que habían finalizado su jornada laboral. Furgonetas y camiones retrocedían marcha atrás hacia los muelles que había a su alrededor, donde cargaban y descargaban. La subestación de la compañía se encontraba a menos de un kilómetro y medio del aeropuerto de Duluth, lo que facilitaba el suministro de paquetes a los vuelos que despegaban. Oyó el estruendo de un jet por encima de su cabeza y supo que se trataba del vuelo nocturno del noroeste procedente de las Twin Cities. Absorbería a pasajeros y cargamento y luego volvería a atronar en dirección sur.

Una sucia furgoneta amarilla se acercó con estruendo por la carretera. Stride logró divisar al conductor y reconoció el rostro alargado y la cabeza afeitada de Finn Mathisen. Finn no lo vio. Stride esperó a que diera marcha atrás a su camioneta hasta un muelle de carga abierto y lo observó saltar del vehículo, subir los escalones de la plataforma y desaparecer en el interior del edificio. Incluso a unos veinte metros de distancia, Stride percibió que el uniforme de Finn estaba sucio después de todo un día de calor. En Duluth, días como ése eran los que consumían la energía a cualquiera.

Stride aguardó media hora hasta que Finn salió pavoneándose por la puerta principal del edificio. Se había duchado y cambiado de ropa y ahora llevaba unos pantalones cortos, que hacían que sus piernas parecieran palillos, y una camiseta gris sin mangas con unas sisas enormes. Calzaba unas viejas zapatillas de deporte sin calcetines.

—Finn —le llamó Stride.

Salió del Expedition y se encontró con Finn donde acababa la acera y empezaba el aparcamiento. Finn era ocho centímetros más alto que Stride, aunque daba la impresión de ir a salir volando cuando el viento arreciara desde el lago.

—¿Quién es usted? —preguntó Finn.

Sus ojos bailoteaban nerviosos.

Stride se presentó. Cuando Finn escuchó la palabra «policía», cambió su peso de

un pie al otro y miró por encima del hombro de Stride hacia la hilera de vehículos aparcados, como si quisiera salir pitando. Un hálito a menta salió de la boca de Finn como el fuego de un dragón.

—¿Tienes una cita esta noche, Finn? —preguntó Stride.

—¿Eh? No. ¿Qué quiere decir?

—Te huele bien el aliento. Como si te hubieras cepillado los dientes unas cincuenta o sesenta veces.

—Tengo halitosis, y necesito usar esas tiras para el aliento —respondió Finn.

Stride asintió.

—Es curioso, pero cuando los agentes de tráfico huelen a menta, de inmediato les viene a la cabeza la palabra DUI^[5]. No habrás llegado tarde por haberte tomado un par de copas en algún bar, ¿no?

Finn volvió a echar un vistazo por encima de su hombro hacia la puerta de la empresa.

—Que no, joder.

—Tengo un alcoholímetro en el coche —le dijo Stride—. ¿Quieres soplar?

—¡No he estado bebiendo!

—De acuerdo, Finn. Lo que tú digas. Tengo algunas preguntas que hacerte.

—Sí, mi hermana ya me ha contado que se pasó por casa. Me ha dicho que estuvo haciendo preguntas sobre el asesinato de Laura.

—Cierto.

—No quiero hablar de eso. Han pasado treinta años. Fue una época de mierda.

—¿Y ahora es mejor? —preguntó Stride mirando al hombre de arriba abajo.

Tish tenía razón. Parecía como si estuviera en las últimas.

Finn se acobardó.

—Sí, de acuerdo, me he pasado la vida sentado en un parque con Dios revoloteando sobre mi cabeza y cagándoseme encima. ¿Es eso lo que quería escuchar? Soy un perdedor.

—Lo que quiero escuchar es si le dijiste a Tish la verdad.

—¿Y a usted qué le importa, amigo? Quiero decir, ¿qué anda buscando? Todos los de aquella época o han muerto o son unos carcamales.

Era verdad. En realidad, Stride no tenía una respuesta a esa cuestión. Tampoco se había preguntado a sí mismo por qué se implicaba en ese caso de forma tan apasionada, treinta años después de que Ray Wallace lo diera por resuelto. No se trataba de Tish. Tampoco de que Pat Burns le hubiera pedido que no levantara la liebre si la prensa nacional empezaba a hacer preguntas. Había empezado a darse cuenta de que el asesinato de Laura cambió el curso de su vida, y era inquietante descubrir que sabía menos del caso y de Laura de lo que creía.

—Si el tipo que mató a Laura está vivo, aún tiene una deuda pendiente —replicó

Stride.

—No se necesita estar entre rejas para pagar una deuda. ¿Cree que cargar con algo semejante durante treinta años no basta para acabar con alguien?

—¿Hay algo de lo que te sientas culpable? —preguntó Stride.

Finn tragó saliva.

—Sólo quiero irme a casa. No quiero tener nada que ver con esto.

—Habla conmigo, Finn.

—Ya se lo he contado todo a Tish.

—No me gustan las historias de oídas. Cuéntamelo a mí.

Finn se acarició la calva con suavidad.

—Está bien, está bien.

Repitió cuanto recordaba de la noche en que Laura fue asesinada en el parque, y coincidía con los hechos que Tish le había relatado a él. Pasó por alto los detalles, pero Stride le dejó continuar sin interrupciones. Finn terminó con la aseveración de que Dada había seguido a Laura a los bosques y que el bate se había quedado en el terreno de juego.

—¿Es posible que malinterpretaras lo que estaba pasando entre Laura y el chico en el campo de béisbol? —preguntó Stride.

—¿Qué quiere decir con malinterpretar?

—Puede que no estuvieran peleando. A lo mejor se estaban besuqueando.

Finn negó con la cabeza.

—Ni hablar.

—¿Estás seguro de que el tipo negro ese, Dada, dejó el bate en el campo? —preguntó Stride.

—Sí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Lo vi tirarlo, ¿vale?

—¿Qué más recuerdas? —quiso saber Stride.

—Nada. No me acuerdo de nada más.

Stride lo miró a los ojos. El hombre estaba mintiendo.

—Le dijiste a Tish que tienes lagunas de memoria —dijo Stride.

—Es mi vida la que tiene lagunas —replicó Finn.

—A veces la gente no está segura de lo que es real y lo que es un sueño, ¿sabes lo que quiero decir? ¿Así son las cosas para ti?

—Ya le he dicho que no recuerdo nada más, ¿vale? Y *nada* quiere decir *nada*.

Pero no era así. Finn se guardaba algo. Stride estaba seguro.

—¿Por qué seguías a Laura? —preguntó.

—Me gustaba.

—¿La seguiste hasta el parque?

—No, ella deambulaba por ahí. Su hermana y ella.

—¿Sabías que alguien acosaba a Laura? ¿Que la amenazaba? ¿Que le enviaba notas obscenas?

—No —contestó Finn.

—¿No eras tú?

—No, yo no haría eso. Lo único que hice fue seguirla.

—Conocías a Laura muy bien, ¿no es verdad? ¿Por qué no le hiciste saber que estabas allí? ¿Por qué la espías?

Finn abrió la boca y luego la cerró.

—No lo sé —farfulló.

—¿Eso es todo cuanto puedes decir?

—Yo no... A mí sólo me gustaba mirarla. Me daba vergüenza.

Stride asintió.

—¿Hay algo de toda esta historia que sea verdad, Finn?

—¿Qué quiere decir?

—Tu hermana dice que esa noche no estuviste en el parque.

Finn negó con la cabeza.

—Rikke no cree que yo sea capaz de sacarme las castañas del fuego. Para ella sigo siendo un niño.

—Así que me ha mentado.

—Bueno, ella ha dicho que vimos los fuegos artificiales, ¿no?

Usted también estaba allí esa noche. Llovía. Y no hubo muchos fuegos artificiales.

Stride hizo memoria. Finn tenía razón.

—Entonces ¿por qué me contó eso? —preguntó Stride.

—Para protegerme.

—¿Necesitas que te protejan?

—Por aquel entonces, sí, probablemente.

—¿Mataste a Laura?

—No.

—¿Cómo lo sabes? Acabas de decir que no te acuerdas de nada más. Has dicho que Dada se marchó sin el bate, y que el chico que atacó a Laura estaba inconsciente en el campo de béisbol. Eso te deja a ti con el bate, Finn. A lo mejor lo cogiste tú. Puede que hicieras lo que habías estado haciendo toda la noche. Seguir a Laura hasta la playa norte.

Finn se agarró la cabeza con sus grandes manos. Tenía las uñas mordidas y en carne viva.

—No.

—¿Y cómo lo sabes? —repitió Stride.

—Déjeme en paz —dijo Finn.

Su piel amarillenta se tino de púrpura. Se tapó los ojos.

—Creo que Rikke mintió porque cree que tú mataste a Laura.

—No.

Su voz sonó apagada. Las gotas de sudor le resbalaban por el rostro como lágrimas y se escurrían por el mentón.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Finn apretó los puños y se golpeó la frente.

—¡No estoy seguro! ¿Está contento? ¡No lo sé! ¡No me acuerdo! Lo único que sé es que puede que cogiera el puto bate y la golpeará con él. ¿Vale? Y ahora intente vivir con eso. Intente no saber si mató a una chica. Y vea en lo que se convierte su vida.

Le dio un empujón a Stride al pasar junto a él y echó a correr hacia su coche.

Mientras Stride lo observaba subirse a su automóvil, recordó haber hablado con Rikke sobre geometría y se dio cuenta de que una vez más veía ante él el postulado paralelo en funcionamiento. Estaba viendo la intersección de dos líneas.

Dos líneas que habrían preferido mantenerse en paralelo, sin tocarse jamás, para que el pasado no infectara el presente.

Finn conducía un Rav plateado.

No había manera de escapar del calor.

Incluso en el Point, donde normalmente soplaba una brisa fresca procedente del lago, el aire vespertino era sofocante. Stride aparcó en el barro cerca del chalé. El calor se desprendía de la tierra y las hojas se marchitaban en los árboles que lo circundaban. Serena no estaba en casa. No se molestó en entrar, en vez de ello trepó por la duna poco pronunciada para observar el crepúsculo caer sobre el lago. Serena y él tenían dos sillas en la arena, en la cima de la colina, donde a menudo se sentaban a beber café por las mañanas.

Una de las sillas estaba ocupada. Por Tish.

Tish no lo miró cuando Stride tomó asiento junto a ella. Sus ojos estaban clavados en la lejanía, contemplando los veleros en el agua. Tenía una bolsa de plástico en el regazo que protegía con ambas manos, como si se tratara de un niño pequeño que pudiera resbalarse y caer. No dijeron nada. El lago estaba en calma, como si fuera una porcelana azul celeste, y la línea donde el cielo y el agua se unían se difuminaba en una pegajosa calima.

—Me he equivocado de chalé —dijo ella finalmente. Stride no contestó—. He ido a la casa donde vivíais Cindy y tú. Los dueños me han explicado cómo encontrarte.

—Hace mucho que no vivo ahí.

—Lo sé —dijo Tish girándose para mirarlo a la cara—. En una ocasión, Cindy me enseñó una fotografía de vuestra casa. Nunca la olvidé. La he reconocido en cuanto la he visto. Supongo que en realidad nunca me había planteado cuánto tiempo ha pasado desde entonces. En cierta manera, pensaba que aún vivíais allí. Con Cindy. Imagino que debe de parecerse un disparate.

—No, a mí también me pasa —contestó Stride—. Pero Cindy se ha ido. Y también Laura. Igual que sus padres. Es como si toda la familia no hubiera existido jamás.

—No digas eso.

—Es así.

—Comprendo cómo te sientes —dijo Tish—. También yo perdí a mi madre. Y a Laura. Aunque parezca raro, cuando Cindy murió, volví a sentirme huérfana. Como si ella fuera el último vínculo con mi pasado y mi familia. Pero no estoy tratando de comparar mi pérdida con la tuya.

Stride guardó silencio.

—Hay algo que debo decirte sobre mi libro —prosiguió Tish—. He escrito los primeros capítulos con la voz de Cindy. Cuento la historia desde su punto de vista.

El rostro de Stride se tensó por la consternación.

—¿Por qué has hecho eso?

—Ella estaba allí. Fue testigo de lo sucedido.

—No tienes derecho a entrometerte en su vida —espetó él subiendo el tono de voz—. Ni en la mía.

Tish parecía confundida.

—Lo siento. Ella forma parte de esa historia. Igual que tú.

—Eso no te da derecho a pisotear su tumba.

—No estoy haciendo nada de eso. Te lo juro.

Stride se encogió de hombros. Sintió un peso en el pecho.

—No pensé que pudiera incomodarte tanto —dijo ella.

—No se trata de eso.

—Entonces ¿de qué se trata? —preguntó Tish.

—De nada. Olvídalo. No tiene nada que ver contigo ni con el libro.

Stride habría querido añadir algo más, pero no lo hizo. Habría deseado decirle lo furioso que se sentía cuando, cada vez que la veía, su dolor volvía a recobrar vida. Quería confesar a alguien que se sentía culpable, porque había permitido a Cindy regresar sigilosamente al latido diario de su corazón, al lugar que ahora pertenecía a Serena. No obstante, se limitó a apartar de él sus emociones y cambió de tema.

—Debido a lo que ha ocurrido con tu coche, voy a apostar a un oficial frente a tu casa por la noche —le informó él.

Tish parpadeó. Él sabía que ella había percibido la repentina frialdad de su voz.

—Así que esta vez no crees que se trate de cosas de críos.

—No lo sé, pero prefiero no arriesgarme.

—De acuerdo, por supuesto, lo que tú digas.

Tish cogió la bolsa de su regazo y se la entregó en silencio. Stride echó un vistazo a su interior y vio un vestido blanco, pulcramente doblado.

—Es para ti —dijo ella—. No estoy segura de que vayas a entender lo que hice. O por qué lo hice.

Stride se mostró interesado.

—¿Qué es?

—Una muestra del ADN de Peter Stanhope en una mancha de sangre del vestido —respondió Tish.

Stride cerró la bolsa y se quedó mirando el cielo.

—¿Qué demonios has hecho?

—Lo que tenía que hacer.

—Joder, Tish, ¿te has vuelto loca?

—Escucha, Peter es culpable, y tú me dejaste bien claro que ningún tribunal puede obligarle a proporcionarnos una muestra. Así que la cogí yo misma. Y también

espero haberle hecho una cicatriz.

—Acabas de confesar una agresión.

—Empezó él cuando intentó besarme, el muy bastardo. Sé lo que piensas, pero he conseguido algo que antes no teníamos. La manera de confirmar si era Peter quien acosaba a Laura.

Stride negó con la cabeza.

—No es tan sencillo. Existe una razón por la que un tribunal no le obligaría a entregar una muestra de ADN. No tenemos un alegato plausible. Aunque lleváramos a cabo el análisis y descubriéramos que Stanhope fue quien envió a Laura todas esas notas, eso no cambia nada. No es así como Pat Burns va a enfrentarlo a un jurado. Eso no va a ocurrir.

—¿Intentas decirme que no vas a analizar la muestra?

—¿Crees que sólo tengo que chasquear los dedos y las cosas se hacen en el acto? Hay otras prioridades. Una cosa es comparar el ADN de la nota de un acosador con una base de datos para intentar abrir un caso pendiente, y otra analizar el de un determinado individuo sólo porque a ti se te ha metido en la cabeza que es culpable.

—No lo infravalores, Jon. Dime que no he hecho todo esto por nada.

—Hablaré con Pat Burns. Es cuanto puedo hacer.

—No puedo creer que hagas caso omiso de esto —insistió Tish—. No puedo creer que pases por alto la única oportunidad que tenemos de averiguar lo que pasó en realidad. Ya has escuchado la versión de Finn. Peter atacó a Laura esa noche. Él estaba en el terreno de juego con el bate después de que Dada la rescatara.

—Finn carece de credibilidad. Si hay alguien cuyo ADN me interese analizar, es el de Finn.

—¿De qué estás hablando? ¿Acaso crees que Finn asesinó a Laura?

—Creo que es una posibilidad muy plausible. Está trastornado, Tish. No es tan descabellado creer que fuera capaz de cometer un asesinato.

—Le estás dando a Peter Stanhope carta blanca. ¿Es por su dinero? ¿Aprendiste todo lo que sabes de Ray Wallace? —preguntó Tish, y guardó silencio. Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Dios, lo siento. Por favor, perdóname.

—No voy a darle carta blanca a nadie —aclaró Stride.

—Lo sé. Lo siento.

—Tú eres la única que no puede ver más allá de Peter Stanhope —dijo Stride—. Hay mucha gente que oculta cosas sobre Laura. Incluida tú.

—¿Yo?

—Rikke me dijo que estabas celosa de la relación que tenían Laura y Peter.

—No seas ridículo.

—Me parece que estás obsesionada con él —aseguró Stride.

—Esto no tiene nada que ver con Peter. Nadie más se ha ocupado de defender a Laura, así que decidí encargarme de ello.

—¿Por qué?

—Era mi mejor amiga.

—Entonces, ¿por qué discutisteis esa primavera?

—No es verdad. Hicimos las paces.

—¿Cuál fue el motivo de la discusión?

—Ya te dije que no lo recuerdo. Han pasado treinta años.

—Estás mintiendo, Tish. No mientas a un policía pensando que no se da cuenta. ¿Discutisteis por Peter Stanhope? ¿Por eso estás tan obsesionada con él? Eso me hace preguntarme si tenías un motivo para matar a Laura.

—Menuda locura. No puedes creer de verdad que pasaría por todo esto si tuviera algo que ver con su muerte, ¿no es cierto?

—¿Dónde estabas esa noche? —preguntó Stride.

—Ya te lo dije. Por aquel entonces vivía en St. Paul.

—No, me refiero a qué estabas haciendo esa noche en concreto. ¿Dónde estabas? ¿Con quién?

Tish se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—Qué curioso. Creía que recordarías qué estabas haciendo la noche que tu mejor amiga fue brutalmente asesinada.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena —dijo Tish. Se puso en pie y la silla se volcó hacia atrás en la arena—. A Laura la mató un acosador. Tienes el ADN de Peter. Ahora es cosa tuya.

—Tengo otra pregunta —le dijo Stride—. Y harías bien en responderla.

Tish se cruzó de brazos, enfadada.

—¿Qué?

—¿Cuándo te enseñó Cindy una foto de nuestra casa?

Tish se quedó con la boca abierta. Stride pensó que ella había metido la pata, que había dicho algo que jamás pretendió compartir.

—No lo sé. Puede que Cindy la incluyera en alguna felicitación navideña.

—Deja de mentirme. Has dicho que Cindy te enseñó una fotografía. No que te la enviara por correo. Ella estaba contigo. ¿Cuándo fue eso?

—Unos meses antes de su muerte —admitió Tish.

—¿Dónde?

—Me visitó en Atlanta.

Stride hizo memoria. En aquellos últimos meses horribles, Cindy había empezado a asumir la idea de que iba a morir, de que las opciones de tratamiento se habían terminado. El único período que podía recordar en que ella no estuviera con él fue un

fin de semana que se marchó sola y desapareció de su vida durante tres largos días. Para hacer las paces con el pasado, dijo ella. Jamás le contó adonde había ido ni ninguna otra cosa sobre esa escapada. Por aquel entonces, él tenía miedo de que ella se suicidase para ahorrarle a él y a ella la agonía de una muerte lenta. Sin embargo, ahora sabía que había ido a ver a Tish.

A alguien a quien Cindy no había nombrado jamás en toda su vida.

¿Por qué?

—Me debes la verdad —dijo Stride.

Tish recogió la silla volcada y la aseguró en la arena. Tomó asiento de nuevo sin mirar a Stride.

—La primera vez que Cindy me escribió fue hace quince años —explicó Tish—. Poco después de que su padre muriera.

—¿Conocías a William Starr?

—Lo suficiente para despreciarlo.

Stride asintió. Recordó las largas semanas en que Cindy había permanecido sentada junto a la cabecera de su cama mientras él entablaba una batalla perdida con el cáncer. William Starr nunca había sido un hombre que cayera bien. Sentencioso. Rígido. Obsesionado con la rectitud y el castigo y constantemente aterrizado por la idea de ir al infierno por sus propios pecados. La muerte ablanda hasta al más duro de los hombres. Stride recordó a Cindy sosteniendo la mano de su padre, oyendo su llanto, dándole la absolución como un sacerdote jamás hubiera podido hacer.

—Cindy no se hacía ilusiones respecto a su padre —dijo él.

—Tampoco Laura. Ella lo quería a pesar de todo cuanto le hizo, pero yo sabía que era un cobarde de mierda. Engañaba a su mujer, ¿lo sabías? Lo hizo muchas veces. Laura los oyó pelearse por eso.

—¿Por qué se puso Cindy en contacto contigo cuando su padre murió?

Tish titubeó.

—Supongo que la pérdida de su padre hizo que volvieran a aflorar sus antiguos sentimientos por Laura. La soledad que se experimenta cuando has perdido a tu familia. Por eso se acordó de mí. Ella sabía lo unidas que estábamos Laura y yo, y decidió reavivar su amistad conmigo.

—¿Y luego qué?

—Nos carteamos durante años. No muy a menudo, pero sí lo suficiente para intimar.

—Nunca me habló de ti —dijo Stride.

—Bueno, Laura era nuestro nexo de unión. Cindy y yo habíamos perdido a alguien a quien queríamos mucho. Ninguna de las dos lo olvidamos jamás.

—¿Y por qué la visita a Atlanta? —preguntó Stride.

La voz de Tish se suavizó.

—Cindy sabía que se estaba muriendo. Quería verme. Despedirse. Y contarme algunas cosas. Me explicó todo lo que le sucedió esa noche de 1977. Con Laura. Contigo. En el lago. Todo. Me contó cosas que jamás había explicado a nadie. Por eso escogí escribir gran parte del libro con su voz.

Stride negó con la cabeza. Se sentía como si estuviera cayendo a gran velocidad.

—¿Y por qué hizo Cindy semejante cosa?

Tish le cogió una mano.

—Porque deseaba que yo no lo olvidara. Quería que hiciera algo al respecto. Por eso estoy obsesionada. Por eso tengo que sacarlo a la luz y hacer cuanto sea necesario para averiguar la verdad. ¿No te das cuenta, Jon? Por eso estoy aquí. Me he resistido a ello desde que Cindy vino a verme, pero ya no podía resistirme más. Regresar después de todos estos años no fue idea mía. Escribir un libro sobre el asesinato de Laura tampoco. Fue idea de Cindy.

Cuando Serena llegó a casa después de medianoche, encontró abierta la puerta del desván. El interminable espacio recordaba a *Alicia en el país de las maravillas*: era como entrar en otra dimensión. La escalera se había construido en el salón del chalé; cinco peldaños de nogal oscuro conducían a dos estrechas puertas cerradas con llave. Tras esas puertas, una bombilla solitaria alumbraba unas viejas vigas de madera que trepaban por la techumbre inclinada. Unos cuantos escalones más acababan en otra serie de puertas, cuya pintura centenaria se había descascarillado. Esa noche las puertas de arriba también estaban abiertas. Serena subió hasta el desván.

Allí arriba el calor se concentraba como una nube durante los meses más cálidos; en invierno hacía un frío glacial, y la escarcha se acumulaba en las viejas ventanas apandadas. Era un espacio abierto. Los picos agudos del tejado se levantaban por encima de su cabeza. El suelo inacabado era un campo de minas de astillas y agujeros. Las telarañas colgaban de las vigas como cortinas. Lo único que había eran cajas de mudanza sin abrir esparcidas por el suelo. Habían planeado convertir algún día esa planta superior en una gran suite para aprovechar sus estrafalarios ángulos y las vistas al lago, pero de momento era el vertedero de los restos del pasado de ambos.

—Hola —saludó ella.

Jonny estaba sentado en el suelo en medio del desván. Sólo llevaba puestos unos calzoncillos negros. Iba descalzo y tenía el pelo húmedo y despeinado después de haberse duchado. El contenido de dos cajas abiertas estaba diseminado a su alrededor. Serena vio cajas de zapatos llenas de fotos, fajos de cartas y postales atados con gomas, y el resto de parafernalia del primer matrimonio de Stride que éste había guardado hacía mucho tiempo.

Él no le contestó.

—Dios, qué calor —dijo Serena.

Se sentó junto a él y cogió una pila de fotografías en las que aparecían Jonny y Cindy en el Point, en la franja de playa a orillas del lago. Los dos eran jóvenes. Jonny tenía el pelo oscuro. La instantánea, algo descentrada, sin duda se había tomado con un disparador automático, con la cámara apoyada en el tocón de un árbol. Los mostraba a los dos besándose. La clase de beso que hace que un escalofrío te recorra el cuerpo. Serena no pudo controlarse; sintió una punzada de celos. Dejó las fotos en su sitio sin querer mirar ni una más. Se sentía como si se hubiera entrometido en algo sagrado.

—¿Estás bien? —preguntó.

Jonny parecía desorientado. No compartía sus recuerdos con facilidad. Serena había tomado buena nota de no presionarle jamás; ella misma se había pasado años luchando contra sus propios fantasmas y sabía que no era posible sincerarse cuando los demás te fuerzan. De vez en cuando, él le abría una ventana. Sólo una rendija. Y sólo cuando él estaba preparado.

Jonny se tendió apoyándose en las palmas. Cuando alzó la vista hacia las sombras del techo elevado ella vio que hacía días que no se afeitaba. Para ser un hombre de casi cincuenta años, estaba fuerte y en forma. Tenía el estómago duro. Hacía ejercicio incansablemente, igual que ella. No era más que una treta contra el tiempo, por supuesto. La edad empezaba a hacer mella en ambos, en su piel, en sus ojos, sus músculos, su pelo y sus cuerpos.

—¿Te he hablado alguna vez del día en que me enteré que Cindy tenía cáncer? —murmuró él.

—No, no lo has hecho.

Casi era capaz de ver la mente de él viajando al pasado, quitándole las telarañas a la memoria. Ella intuyó que estaba a punto de enterarse de algo importante.

—Yo estaba investigando la desaparición de una chica —le contó a Serena—. ¿Te acuerdas del caso de Kerry McGrath? Trabajaba en él dieciséis horas diarias. Cindy tenía un dolor raro y hemorragias vaginales, y le mandaron hacerse una resonancia magnética. Se suponía que yo tenía que acompañarla, pero me olvidé completamente. Así que fue sola. No volví a casa hasta cerca de medianoche, y ni siquiera me acordaba de la cita. Ella estaba sentada en la cama, sonriéndome. Esa sonrisa frágil, como de cristal. No me di cuenta. Le hablé sobre la investigación, hable y hablé, y Cindy se limitaba a sonreírme.

—Oh, Jonny —exclamó Serena en voz baja.

—Ni siquiera me paraba a tomar aire, ¿sabes? Estaba tan absorto... Y entonces por fin la miré y aun así no lo entendí. No tenía ni la más remota idea de qué era lo que iba mal. Y ella me dijo, aún sonriendo: «No tengo buenas noticias, cariño». Sólo eso. Su sonrisa se resquebrajó, y lo supe. Supe lo que se nos venía encima. Supe que todos nuestros planes de futuro se habían evaporado. Miré a mi pequeña joya en la cama, la vi sollozar, y supe que iba a perderla.

Se le quebró la voz. Cerró los ojos.

Serena notó que se le humedecían las mejillas.

—Lo siento tanto —dijo ella.

Él exhaló un largo y lento suspiro.

—No, soy yo el que lo siente. No es justo para ti.

—No tienes que ocultarme nada —le dijo Serena—. Me llevó mucho tiempo mostrarte mi vulnerabilidad. Estaba tan ocupada protegiéndome que olvidé que también tú tenías tus propios demonios.

—La culpa la tiene este caso. Me lo está recordando todo de nuevo.

—¿Y eso es bueno?

—No lo sé. Me ha llevado años superar lo de Cindy. Y ahora me siento como si se me hubieran abierto los puntos de sutura.

Serena se preguntaba si debía añadir algo más.

—¿Y eso hace que te cuestiones algunas cosas? —preguntó.

—¿Como qué?

—Yo.

Serena vio su rostro ensombrecerse.

—No pienses esas cosas —dijo él—. No tiene nada que ver con eso.

Ella pensó que él intentaba convencerse a sí mismo.

—Hay días en que me siento como si compitiera con un fantasma —admitió ella—. Alguien siempre perfecto, siempre joven.

—No hay ninguna competición. Te pido perdón si alguna vez te he hecho sentir así.

—No, es un problema mío, no tuyo.

—No se trata de que este caso haga que añore a Cindy más de lo habitual —le explicó Stride—. Siempre la echaré de menos, ya lo sabes. Lo más duro de esta situación es que estoy descubriendo cosas que me obligan a poner en tela de juicio toda mi vida. Cindy tenía secretos que yo desconocía. Jamás hubiera pensado que eso fuera posible.

Él le habló del encuentro con Tish en la playa y de todo lo que ella le había contado. Señaló hacia las cajas y añadió:

—He estado revisando todos los viejos papeles de Cindy. No he encontrado ni una sola palabra sobre Tish. Ella ocultaba algo, y por alguna razón decidió no compartirlo conmigo. No lo entiendo.

—No te precipites en creer todo lo que te diga Tish —le advirtió Serena—. Esa mujer tiene su propia cruzada. Me preocupa que esté jugando contigo, Jonny. No sé cuál es su juego, pero no me gusta.

—Si lo que pretendía era que mordiera el anzuelo, lo ha conseguido —admitió Stride—. Lo único que puedo hacer es seguir el rastro.

—Al menos no empieces a dudar de tu pasado. Quizás exista una razón para que Cindy jamás te hablara de Tish. Quizá Tish esté mintiendo.

Stride asintió.

—Lo sé. También yo he pensado en ello, pero Tish habla de Cindy con mucha naturalidad. Creo que es cierto que se conocían. Puede que mienta en otras cosas, pero no en eso.

Serena no parecía convencida.

—Creo que deberías abandonar este caso.

—Tal vez tengas razón, pero no puedo.

—No vas a obtener la satisfacción que buscas. Pat Burns está en lo cierto y tú lo sabes. Este caso no llegará a juicio a menos que alguien decida confesar, lo que no va a suceder. Así que, ¿qué es exactamente lo que esperas lograr?

Stride empezó a recoger del suelo los restos de la vida de Cindy y a guardarlos en las cajas. Manipulaba cada objeto con suma delicadeza, como si fueran antigüedades que pudieran desintegrarse en sus manos si las trataba con brusquedad.

—No estoy seguro.

Echó un vistazo al interior de una de las cajas y sacó una Biblia encuadernada en piel, con las tapas gastadas y tersas. Sopló para limpiar el polvo de la cubierta. Luego le dio la vuelta y hojeó las páginas de fino papel. Las esquinas estaban desgastadas y manoseadas.

—¿Pertenece a Cindy? —preguntó Serena.

—A su padre.

Stride intentó recordar alguna vez en que viera a William Starr sin su Biblia en la mano. Siempre la llevaba consigo, se apoyaba en ella como si fuera una muleta.

—Cindy parecía distinta después de que él muriera —dijo Stride.

—Nos pasa a todos.

Stride asintió sin soltar la Biblia.

—Había algo más. Vi cómo cambiaba. Por aquel entonces, pensé que era por la pena que sentía, pero ahora me doy cuenta de que se trataba de algo más. Se trataba de Tish.

Maggie hizo un alto en el pueblo de Gary el sábado por la tarde para visitar a Clark Biggs, pero su casa estaba vacía. Tampoco se veía la furgoneta. Dejó una nota metida en el marco de la puerta mosquitera y usó el móvil para dejarle un mensaje en el contestador automático. Estaba preocupada por él. Eran los momentos más duros: los días siguientes a la muerte de un hijo. En más de una ocasión había sido testigo de una doble tragedia: un niño había sido asesinado y un padre se había suicidado poco después.

En la carretera, giró hacia el sur camino de Fond du Lac, en lugar de dirigirse hacia el norte, hacia la ciudad. Era su día libre, pero quería volver al parque donde había muerto Mary Biggs. No había nada más que averiguar de la escena del crimen, pero ella solía volver a los lugares donde se habían producido los asesinatos, como si el eco de lo sucedido, o de lo que la víctima había visto, pudiera abrirse camino hasta su mente. Se trataba de una superstición, pero creía en ella. Además, era un día perfecto para vagar por los senderos del río St. Louis.

El calor no había remitido. El sol vespertino abrasaba el pavimento. Mantenía el Avalanche helado mientras conducía, tiritando bajo su top de tirantes finos y sus pantalones cortos blancos. Sus pequeños pies apenas llegaban a los pedales. Al acercarse a los reflejos dorados del río en el parque del lago Perch, vio una flotilla de coloridos veleros apretujados en las estrechas ensenadas. Las lanchas a motor arrastraban a los adolescentes sobre las olas en viejos neumáticos. En la orilla de la isla más próxima, divisó hileras de cuerpos semidesnudos, con la piel tostándose sobre toallas de playa.

Maggie salió del Avalanche y se puso sus gafas de sol color burdeos. Tomó asiento en el banco más cercano, se sentó con las piernas cruzadas, alzó la cabeza hacia el sol y se deleitó con los rayos solares. Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que, al igual que Mary, también estaba allí sola. Todos los demás tenían a alguien con quien compartir el día. Los maridos tenían a sus esposas. Las madres tenían a sus hijos. Los chicos tenían hermanos. Incluso los ancianos que paseaban tenían a sus perros, a los que llevaban atados con correa.

Maggie volvió a pensar en ello. Quería un hijo. Alguien a quien criar, a quien cuidar, con quien estar. Qué fácil desear algo que no se puede tener.

Se levantó del banco y se encaminó por el sendero de tierra que conducía a la orilla, pasados los abedules y la maleza de las tierras bajas. Ése era el camino que había seguido Mary Biggs, inocente e ignorante, de la seguridad del banquito gris a un lugar donde los desconocidos y el agua profunda se la llevaron. Desde donde se

encontraba, Maggie echó un vistazo a la carretera. Mientras corría para rescatar a su hija, Donna Biggs podría haber visto entre los árboles a un hombre de elevada estatura que se montaba en un SUV plateado pero, a esa distancia, era imposible que lo identificara. Maggie sabía que Donna tenía razón, porque creía que Finn Mathisen había estado allí. Acechando a Mary. Conduciendo un Rav plateado. No obstante, lo que sabía y lo que podía probar eran dos cosas diferentes.

Al llegar al punto donde Mary había echado a correr para llegar al río, Maggie se apartó del sendero y se internó en el bosque. Sabía que los técnicos de pruebas habían analizado el terreno exhaustivamente y no esperaba encontrar nada que a ellos se les hubiera pasado por alto. Aun así, quería meterse en la piel de Finn. Mary está gritando, corre para alejarse. El grito hace que él se asuste. Vuelve a agazaparse entre los árboles, camino de su coche, se abre paso entre las ramas alargadas que le laceran la piel mientras oye su propia respiración y el chapoteo de las hojas mojadas bajo sus pies. El automóvil no está lejos, pero debe de habérselo parecido mientras corría preguntándose si lo cogerían. Maggie vio el camino que tenía delante. Salió de entre los árboles, como hubiera hecho él, y se encontró de pronto en el arcén de grava de la carretera. El Rav4 plateado debía de estar aparcado allí mismo.

Él entró en el coche; los neumáticos derraparon sobre la grava suelta y se marchó a toda prisa.

Maggie miró hacia abajo y observó el tramo curvo de carretera. Vio el área llana cerca del aparcamiento donde aquel muchacho había salido disparado de su bicicleta. Desde allí, Donna podía ver con claridad la ladera. Habría descubierto el Rav aparcado ahí cuando llamó pidiendo ayuda. Todo debió de suceder muy deprisa. Mary deambula sendero arriba. Donna se da cuenta de que ha desaparecido. El hombre espía a Mary, ve que ésta se acerca, le sale al encuentro para enfrentarse a ella. Mary llora, Donna corre para encontrarla, Finn (si se trataba de Finn) se abre paso entre los árboles.

Maggie se dio cuenta de que Finn no podía adivinar que Mary subiría sola por el sendero. Aquello fue un golpe de suerte. Él sabía que Donna y Mary bajaban al parque casi todos los viernes y que pasaban un rato sentadas en el banco cerca del río. Así que a lo máximo que él aspiraba era a espiarla. Observarla. ¿Y cuál era el mejor lugar para hacerlo? Maggie no creía que se hubiera arriesgado a quedarse sentado en su coche, con el tráfico pasando a su lado. Habría usado unos prismáticos y vigilado desde un punto cercano al sendero, muy próximo a donde ellas solían sentarse.

Bajó por la pendiente, en busca de un emplazamiento donde poder agazaparse entre los árboles. Echó un vistazo al aparcamiento, tal y como hubiera hecho Finn, intentando encontrar un lugar privilegiado para ocultarse. A unos veinte metros, halló una senda angosta donde el follaje estaba aplastado, un atajo que utilizaban los niños para llegar a pie o en bici hasta el río desde la carretera. Lo tomó con la certeza de

que Finn también había seguido esa ruta. Maggie llegó hasta el sendero más ancho, el que había utilizado Mary, y descubrió que si seguía bajando hasta el agua, tendría una amplia panorámica de la curva del río y el claro donde Donna y Mary se sentaban para contemplar el vuelo de los pájaros.

Maggie bajó corriendo la suave pendiente que llevaba hasta el agua. Allí pudo imaginar a Finn escondido tras la maleza, acucillado, con los prismáticos en las manos, aumentando la imagen de un precioso y joven rostro a cien metros de distancia. Sin embargo, después de estudiar el terreno, no vio ningún indicio de que alguien hubiera merodeado por ahí. Haría que los técnicos de pruebas regresaran a la zona y la examinaran exhaustivamente, aunque no tenía muchas esperanzas.

Frustrada, Maggie volvió sobre sus pasos y subió la pendiente. Al retomar el sendero principal, le sorprendió encontrar a un hombre observándola, apenas a tres metros de donde estaba ella.

Clark Biggs.

—¡Oh! —exclamó Maggie—. Señor Biggs. Le he estado buscando.

Clark asintió en silencio. Llevaba las manos metidas en los bolsillos. No se había afeitado y parecía que no hubiera dormido. Maggie pensó que los hombres grandullones siempre se llevaban la peor parte. Los tipos duros estaban acostumbrados a considerarse fuertes, pero cuando sucedía una cosa así, un hombre fuerte no era nadie frente a la tragedia. De nada servían sus músculos. De nada servía su valor.

—¿Qué hace aquí? —preguntó ella.

—Hablar con Mary —respondió él:

—Entiendo.

—Ella adoraba el agua —continuó—. Qué irónico, pues el agua es lo que la mató. Solía llevarla hasta Wisconsin Point; nos pasábamos horas en la playa. Odiaba el momento de marcharse. Era su lugar favorito. —Maggie guardó silencio—. Dígame que ha encontrado a ese bastardo.

—Estamos siguiendo algunas pistas prometedoras, pero no quiero crearle falsas esperanzas, porque todo esto podría quedar en agua de borrajas. No obstante, necesito su colaboración.

—En todo lo que necesite.

Maggie contuvo el aliento.

—Si no le importa, quisiera saber cómo se encuentra. Yo sólo puedo imaginarme por lo que está pasando. Usted y su ex esposa. Sé que a menudo las familias son reacias a pedir ayuda, pero hay gente con la que podría hablar.

—No quiero esa clase de ayuda —dijo Clark.

—Lámeme si cambia de opinión. Puedo proporcionarle algunos nombres.

—Sé algunas cosas sobre usted, señora Bei. Sé que también perdió a alguien muy

próximo a principios de año.

—Perder a un marido no es lo mismo que perder a una hija —respondió Maggie.

No añadió que el asesinato de Eric tuvo lugar cuando hacía tiempo que su matrimonio se había acabado, cuando su amor se había consumido hasta llegar al desprecio.

Clark se encogió de hombros.

—Una pérdida es una pérdida. Y dígame, ¿en qué puedo ayudar? Quiero ver a ese hombre pudrirse en la cárcel, que es donde tiene que estar.

Maggie se metió una mano en el bolsillo de los pantalones cortos y sacó una tarjeta de veinte por veinte con seis fotos pegadas en dos hileras. Todas las fotografías eran de expedientes de permisos de conducir. Todos los hombres eran calvos, de unos cincuenta años.

—Me gustaría que mirara atentamente estas fotos y me dijera si reconoce a alguno de estos hombres.

Clark cogió la tarjeta arrugada que ella le entregó y la sostuvo en alto a un brazo de distancia de su rostro. Maggie observó sus ojos mientras él estudiaba cada fotografía. Él titubeó al llegar al individuo de la esquina superior derecha, y luego prosiguió.

Cuando acabó de estudiarlas, volvió a mirar aquella foto y le echó un vistazo durante un minuto. Finalmente, señaló la imagen con el dedo.

—Éste —dijo—. Le he visto antes. No sé dónde, pero sé que le he visto.

—Es un conductor de reparto. El sábado que Mary vio por primera vez al acosador a través de la ventana de su dormitorio, este individuo entregó un paquete en su casa. Un columpio.

Los dedos de Clark estrujaron la tarjeta. A Maggie no le gustó lo que vio en sus ojos. Le arrancó la tarjeta de las manos y se la guardó en el bolsillo.

—Así que es él —dijo Clark.

—Aún nos queda un largo camino para demostrarlo, pero eso es lo que creemos.

—¿Conduce un Rav4 plateado?

—Sí, en efecto.

—Debería bastar con eso, ¿no? Quiero decir, ¿qué más necesitan? Tienen el coche, y ha estado en mi casa. ¿No pueden arrestarlo?

—Nada me haría más feliz, pero aún no tenemos pruebas suficientes —le explicó Maggie—. Vamos a pedir una orden de registro y vamos a interrogarle a fondo. Dependiendo de lo que averigüemos, podremos acusarlo de intromisión en la vida privada. De hecho, ésa es la acusación que puede establecerse contra un voyeur. Sin embargo, nos queda un largo camino para acusarle de homicidio y, para ser honesta con usted, puede que nunca lo consigamos.

—Así que ese tipo acosa a mi hija hasta la muerte y ustedes le dan un tirón de

orejas.

—Por favor, señor Biggs. La investigación aún está en la primera fase. Si ese hombre es el que hizo daño a Mary, haré cuanto esté en mis manos para que cumpla condena por ello.

—¿Tiene algo que ver con las otras chicas que fueron acosadas?

Maggie asintió.

—Hizo una entrega en tres de las casas. Eso es significativo, pero no necesariamente convincente para un jurado. Estamos investigando de qué forma puede estar relacionado con el resto de chicas, pero todavía no hemos hallado nada.

El rostro de Clark se contrajo en un tic. Rompió la rama de un árbol que sobresalía del sendero y la partió por la mitad una y otra vez mientras arrojaba los trozos al suelo. Bajó la vista hacia el río, donde el reflejo del sol era cegador.

—Esperaba que pudiera usted recordar qué pasó cuando le entregaron el columpio —continuó Maggie—. ¿El mensajero tuvo algún tipo de interacción con Mary? ¿La vio?

Clark cerró los ojos y no respondió. Maggie esperó sin interrumpirle, y cuando Clark abrió los ojos, asintió lentamente.

—Mary y yo estábamos afuera —dijo él.

—¿Pasó algo?

Clark suspiró.

—Sí. Mary se exhibió. Se levantó la camiseta y le enseñó los pechos. Acostumbraba a hacer eso constantemente. Sólo era una niña, para ella no significaba nada.

—¿Cómo reaccionó él?

—Yo me disculpé y él dijo que no tenía la menor importancia.

—¿Dijo algo más?

—Creo que no.

—¿Recuerda haber visto antes a ese hombre cerca de Mary?

Clark negó con la cabeza.

—No. No recibo muchos envíos. No actuó como si supiera quién era ella. —Maldijo y añadió—: ¿De verdad que eso es suficiente para provocar a esos tipos? Quiero decir, ¿se convirtió en un monstruo sólo por verle los pechos a Mary?

—Acostumbra a pasar —explicó Maggie—. Para los hombres como él, la inocente exposición de un cuerpo desnudo femenino, aunque sea de forma accidental, puede detonar una explosiva mecha de fantasías eróticas. En sentido literal, las construyen mentalmente hasta llegar a creer que tienen una auténtica relación sentimental con las chicas. Puede convertirse en una obsesión.

—Hijo de puta —maldijo Clark—. Siempre le decía a Mary que no hiciera eso, pero ella no lo entendía. Creía que era divertido.

—No es culpa suya. Ni de Mary.

—¿No se dio cuenta el tipo ese de que era retrasada? Quiero decir, ¿cómo puede alguien pensar así en una niña pequeña? —Maggie no respondió—. No deje que se les escape —le pidió Clark.

—Haremos cuanto podamos.

Maggie se dirigió hacia el aparcamiento, pero Clark la detuvo con una mano en el hombro. Su gesto fue sorprendentemente tierno.

—Hay algo más —dijo él.

Ella se dio la vuelta.

—¿De qué se trata?

—Le vio el tatuaje.

—¿Disculpe?

—El mensajero vio el tatuaje de Mary. Ella se inclinó y se le subió la camiseta, y él vio el tatuaje que llevaba en la base de la espalda. ¿Recuerda? Usted también lo vio. Una mariposa. Él se lo quedó mirando y, cuando yo me di cuenta, apartó la vista. Le dijo algo al respecto. Algo así como que era un tatuaje muy bonito. A Mary le encantó. Por eso se levantó la camiseta.

—Una mariposa tatuada —dijo Maggie; lo recordaba.

—Exactamente. No sé si eso significa algo.

—Pudiera ser.

La sala de interrogatorios era pequeña. Desde la puerta a la pared apenas había dos metros. Cuando la puerta estaba cerrada, daba la sensación de que el techo descendía y las paredes se estrechaban contra los hombros. La luz fluorescente era fría y estéril. Hacía parpadear al levantar la vista. Allí lo olías todo del otro: el sudor, los pedos y los eructos. Había una mesa de metal en la que apenas se cabía y una silla tambaleante donde se sentaba el sospechoso, cerca del suelo. Stride estaba sentado junto a Maggie encima de la mesa; sus caderas se tocaban. Finn se retorcía en la silla, con sus largas piernas dobladas en una posición incómoda, como las de una araña.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Finn—. He venido hasta aquí como me habían pedido. Dios, ¿es que no tienen nada mejor que investigar, amigos? ¿Se han marchado todos los criminales de vacaciones? Mierda, eso pasó hace treinta años.

Stride asintió en dirección a Maggie, que le leyó sus derechos a Finn.

—¡Vale, vale, vale! —exclamó Finn—. ¿Qué demonios es esto? ¿Me están arrestando por algo?

—Aún no —contestó Stride.

—¿Necesito un abogado?

—No lo sé. ¿Lo necesitas?

—Mire, sólo intentaba ayudar a Tish. No tenía que haber abierto la boca. Maldita sea, Rikke tenía razón. Nunca debería haberme metido en esto.

—No estás arrestado —le explicó Stride—. Sólo queremos asegurarnos de que comprendes tus derechos. Puedes llamar a un abogado si quieres. Puedes salir por esa puerta. ¿Lo pillas? Queremos aclarar un par de cosas, pero eso depende de ti. Por supuesto, va a resultarnos difícil aclarar nada si te niegas a hablar con nosotros.

Stride vio en el cráneo de Finn unas venillas azules que serpenteaban por su cabeza como riachuelos.

—Sí, claro, hablar —repuso Finn—. No me importa. ¿Podemos abrir la puerta?

—Quizá dentro de unos minutos. Ésta es la única sala disponible.

—¿Y qué hay de un poco de agua? —preguntó Finn.

—Esto no nos llevará mucho; después saldremos y beberemos agua y tomaremos un poco el aire. ¿De acuerdo?

—Lo único que quiero es acabar con esto.

Maggie cogió un sobre de manila de la mesa. Lo abrió y sacó una fotografía que entregó a Finn.

—¿Te resulta familiar? —le preguntó.

La foto era un primer plano del tatuaje de una mariposa monarca en la espalda de

una joven, a tamaño natural y muy detallado, con alas naranjas y negras que parecía que fueran a echarse a volar en cualquier momento. La instantánea se había tomado en el depósito de cadáveres. La chica era Mary Biggs.

—Es un tatuaje —contestó Finn.

—No te he preguntado qué es —espetó Maggie—. Te he preguntado si te resulta familiar. ¿Habías visto antes un tatuaje como éste?

Finn le dio la vuelta a la foto y se negó a seguir mirándola.

—No, no lo creo.

—¿No? El sábado veinticuatro de mayo entregaste un paquete a un hombre llamado Clark Biggs, en Gary. Su hija Mary estaba en el patio trasero. Ella te enseñó este tatuaje. —Maggie palmeó la fotografía—. Este tatuaje.

—No me acuerdo, la verdad. Entrego cientos de paquetes todos los meses.

—Esta chica se exhibió delante de ti. Te enseñó los pechos. ¿También eso te pasa todos los meses?

Finn sonrió.

—Le sorprendería. Las mujeres me abren la puerta y, muchas veces, no llevan mucha ropa encima.

—¿Lo encuentras divertido? —preguntó Maggie—. La noche que hiciste la entrega había alguien tras la ventana del dormitorio de Mary, alguien que la observaba mientras ella se desnudaba. Y también estuvo allí la semana siguiente. Y la noche del viernes también estuvo en un sendero con ella en Fond du Lac. Asustándola. Aterrorizándola. Mary tenía la mentalidad de una niña. No tenía entendimiento. Corrió, cayó al río y se ahogó. Una muchacha dulce e inocente. Muerta.

La piel de Finn era del color del agua sucia después de fregar. Tenía la vista clavada en sus pies.

—Qué mala suerte.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir? Vamos al grano, Finn. La madre de Mary te vio. Y también vio el Rav plateado que conduces.

—No era yo.

—Entregaste un paquete a las otras tres chicas que han sido espiadas en sus dormitorios en el último mes.

—Ya se lo he dicho, entrego muchos paquetes.

Maggie cogió el sobre y sacó un fajo de papeles grapados. Pasó la primera página y la dobló hacia atrás.

—No es la primera vez, ¿verdad, Finn? Has estado fisgoneando a chicas desde hace mucho tiempo. Según los informes del departamento de tráfico, viviste en la zona residencial de Minneapolis durante tres años a finales de los noventa. Durante ese período, se denunciaron once incidentes protagonizados por un voyeur cuyas

víctimas eran adolescentes rubias. Los acosos comenzaron un mes después de que te trasladaras a la ciudad. Y cesaron en cuanto te marchaste.

—Minneapolis es una ciudad grande. Eso no significa nada.

—Hace quince años, te echaron del puesto de vigilante en una escuela de Superior —prosiguió Maggie—. Hablé con la mujer que dirigía el centro por aquel entonces. Me contó que te acusaron de entrar en el vestuario de las chicas a deshoras para espiarlas.

—Oh, vamos, como si fuera el primer bedel al que le gusta echar una mirada de vez en cuando —replicó Finn—. No digo que lo hiciera, pero ¿dónde está el problema? También lo hacen los profesores. Eso no significa nada.

—En estos momentos estamos registrando tu vivienda —le informó Maggie—. Hay unos cuantos oficiales poniendo tu casa patas arriba. ¿Qué van a encontrar, Finn? ¿Fotos? ¿Mapas? También vamos a mirar tu coche con lupa. Encontraremos algo que te relacione con esas chicas a las que has estado acosando.

La calva de Finn brillaba de sudor bajo la luz caliente.

—Creo que debería irme. Pensaba que querían hablar de Laura. No voy a decir nada más sobre acosar ni espiar ni lo que demonios sea que creen que hice.

—Vete si quieres —dijo Stride—. Pero ya que has sacado el tema, hablemos de Laura. Tenía un tatuaje casi idéntico al de Mary Biggs. ¿Te recordó el tatuaje de Mary al de Laura? ¿Por eso te fijaste en ella?

—Yo no he dicho nada.

—Me dijiste que esa noche viste a Laura y a Cindy en los bosques por casualidad. Después nos enteramos de lo de Mary Biggs y todas esas chicas rubias con alguien babeando al otro lado de la ventana de su cuarto. ¿Sabes lo que creo, Finn? Creo que estabas espiando a Laura. Creo que eras tú quien la acosaba. Le enviabas notas amenazadoras. Y creo que esa noche la seguiste hasta el parque.

—Yo no la acosaba —replicó Finn—. Yo jamás le envié ninguna carta.

—Hay algo más —continuó Stride—. Algo que jamás pusimos en conocimiento de los medios de comunicación. Alguien se masturbó en la escena del crimen, allí donde Laura fue golpeada hasta morir. Supongo que el tipo estaba tan excitado por lo que había hecho que tuvo que meneársela. Aún tenemos el semen, Finn. Y el siguiente paso que vamos a dar es obtener un mandato judicial para conseguir una muestra de tu ADN y compararlo con el semen que hallamos en la escena del crimen. Y creo que vamos a descubrir que coinciden, Finn. Porque creo que tú estabas en la escena del crimen esa noche.

—Ya se lo dije, no lo recuerdo —contestó Finn.

—Pues déjanos refrescarte la memoria. Danos ahora mismo una muestra de ADN. Déjanos analizarla. ¿No quieres saber la verdad?

Finn lo miró horrorizado.

—No.

—Me contaste lo duro que es vivir sin saber si has matado a alguien o no. Quizá recuperes la memoria si descubres que estabas realmente allí. —Stride guardó silencio y luego prosiguió—. O puede que ya lo recuerdes, Finn. Quizá ya sabes qué sucedió esa noche.

—No puedo contarle nada. Se me ha borrado todo.

Stride negó con la cabeza.

—No se ha borrado nada. Todo está en tu cabeza. Dices que viste a alguien atacar a Laura. Que intentaba violarla. ¿Estás seguro de que ese alguien no eras tú?

—¡No! No fui yo. Era otra persona.

—¿Quién?

—No sé quién era. No pude verle.

—Luego apareció Dada. Laura echó a correr hacia los bosques. ¿Estás seguro de que no la seguiste?

—No —les dijo Finn mientras cruzaba y descruzaba las piernas.

—Has dicho que no te acuerdas. ¿No es posible que sí siguieras a Laura por los bosques? ¿Hacia la playa?

—Yo no haría eso.

Sus ojos se movían con rapidez a su alrededor, buscando una salida.

—Esa noche no acabó en el terreno de juego. Alguien perseguía a Laura. Alguien cogió el bate de béisbol y fue tras ella hasta la playa norte. Alguien la mató. La golpeó hasta la muerte. La apaleó hasta dejarla apenas reconocible. Si yo hubiera hecho eso, probablemente también lo habría borrado de mi memoria.

—Oh, Dios mío —murmuró Finn.

—¿O acaso sólo lo viste? Eres un mirón, ¿no? ¿Viste quién mató a Laura? Porque eso es lo que necesitamos saber. Necesitamos saber qué ocurrió.

—No me acuerdo.

Maggie se inclinó hacia delante.

—Sin embargo, te acuerdas de Mary Biggs, ¿no es así? Te acuerdas de cómo era, ¿verdad? Pues bien, éste es el aspecto que tiene ahora.

Extendió un montón de fotografías sobre la mesa. Fotos de la autopsia. Las levantó una a una y se las fue metiendo a Finn entre las manos; lo vio ponerse azul, tragar saliva, inclinar la cabeza hacia delante y atrás como el tictac de un reloj mientras las observaba, incapaz de apartar la mirada de los restos sin vida y abotargados de Mary Biggs, sacada del agua después de ahogarse.

—Tú la mataste, Finn. Tú mataste a esta muchacha maravillosa.

Finn cerró los ojos con fuerza.

—¡ABRE LOS OJOS! —le gritó Maggie.

Sus párpados se abrieron de repente en estado de *shock*. Maggie agarró una foto

de un primer plano del rostro de Mary, su piel pálida e hinchada. Le acercó tanto la foto a Finn que la cara de Mary lo abarcó todo, sin dejarle ver nada más.

—Dime por qué —insistió Maggie—. Dime por qué le hiciste esto. —Suavizó el tono de voz—. Mira, sé que no querías hacerlo. ¿La querías? ¿Deseabas tener la oportunidad de explicarle lo que sentías? Pero ella no lo entendió. Se asustó de ti.

Finn tragó aire como un pez. Tragó con fuerza, como si tuviera algo en la boca que no quisiera bajarle por la garganta.

—Mary y Laura se merecían algo mejor —dijo Stride en voz baja.

Finn era una goma elástica que se había estado tensando hasta empezar a deshilacharse, a punto de romperse. Cuando enterró la cabeza entre las manos, Stride le hizo un gesto a Maggie. Ambos pensaban en las palabras que se derramarían en ese momento, como la contención de un río que filtra sus aguas a través de sacos terreros hasta lograr desbordarse. Hablaría. Confesaría. Se quitaría de encima el peso que había llevado sobre su conciencia. Pediría la absolución por los secretos que habían hecho que su vida fuera tan desgraciada como para que la única forma de escapar de ella fuera a través del paralizante universo de la marihuana, la cocaína y el alcohol.

—Suéltalo —murmuró Maggie.

—Está bien —dijo Stride.

Finn los miró con ojos de loco. Las lágrimas le anegaban la vista, los mocos le colgaban de la nariz. Se palmeó la boca con la mano, los apartó a los dos de un empujón con un movimiento brusco del brazo y salió disparado hacia la puerta, cerrándola de un portazo al salir. Oyeron las arcadas y el jadeante borboteo de su estómago al vomitar sobre el suelo de mármol del ayuntamiento. Cuando Stride volvió a abrir la puerta, el dulzón hedor a vómito le hizo taparse la nariz y apartar la vista.

Finn se había ido.

Diez minutos después, en la sala de interrogatorios aún se percibía el olor corporal de Finn. Stride se retrepó en la mesa hasta golpearse la cabeza contra la pared. Maggie se bajó de un salto de la mesa, cogió la silla en la que Finn había estado sentado y apoyó los pies en ella.

Sonó su móvil. Lo sacó del bolsillo y respondió. Stride reconoció la voz de Max Guppo, el obeso detective a cargo del grupo que llevaba a cabo el registro de la casa de Finn Mathisen, junto con la policía de Superior. Maggie le hizo unas cuantas preguntas y luego colgó. No parecía muy satisfecha.

—Nada —dijo ella.

—Venga ya.

Ella negó con la cabeza.

—No han encontrado ni una maldita prueba que lo relacione con los casos de

voyeurismo. Parecía como si hubiesen eliminado a conciencia de su habitación cualquier cosa que pudiera resultar potencialmente incriminatoria. Por el amor de Dios, si hasta ha desaparecido el disco duro de su ordenador. Sólo hay un enorme agujero en la torre. Todos sus zapatos son nuevos. Y le han lavado la ropa.

—Rikke —dijo Stride.

Maggie asintió.

—Ella sabe a lo que se dedica su hermano. Quizá podamos presionarla.

—Lleva treinta años encubriendo a Finn. Y no va a dejar de hacerlo ahora. ¿Qué hay del coche? ¿Del Rav plateado?

—Lo mismo. Limpio como una patena. Hasta han lavado los neumáticos con una manguera.

Stride suspiró.

—Así que ¿dónde estamos ahora?

—Creo que podremos endosarle el cargo de intromisión en la vida privada. Si podemos relacionarlo con las otras víctimas, un jurado podría lanzarse a la piscina.

—Si podemos.

—Tuvo que conocerlas de alguna manera. La encontraremos. Maldita sea, hizo entregas en cuatro de los nueve hogares donde una chica fue acosada. Eso es más que una coincidencia.

—Aunque grande, sigue siendo una coincidencia —dijo Stride—. Si pudiéramos relacionarlo con seis o siete habría suficiente. Pero con cuatro no basta. Ni siquiera con el Rav plateado. No tiene antecedentes. Un tribunal jamás admitiría el asunto de Minneapolis ni lo de su antiguo empleo en la conserjería. Un abogado defensor arrojaría una cortina de humo y haría creer al jurado que Finn es una simple víctima de las circunstancias.

—¿Y el asesinato de Mary?

Stride negó con la cabeza.

—Sabes perfectamente que eso no va a prosperar. Podremos considerarnos afortunados si logramos acusarlo de voyeur. No podemos situarlo en la escena del crimen junto a Mary y, aunque pudiéramos, no podríamos establecer lo que sucedió en realidad.

—Al menos podremos acusarlo de cargos múltiples. Que sepamos, lo ha hecho en diez ocasiones. Si conseguimos el jurado apropiado, podremos pedir dos años por cargo.

Stride apoyó con suavidad una mano en la pierna de Maggie.

—Sé cuánto significa este caso para ti, Mags, pero estás soñando. ¿Sin antecedentes? Le caerá un año por todo y estará en la calle dentro de tres meses. Eso si llega a ver cómo es una celda por dentro. La vida es así.

—Qué asco.

—Lo sé.

—¿Y qué demonios le digo a Clark Biggs?

—Que todavía estamos trabajando en el caso. Que aún no hemos acabado. Si podemos conseguir una muestra de su ADN y probamos que Finn estaba en la escena del crimen donde Laura fue asesinada, volveremos a intentarlo con él. Quizá confiese. Puede que no lo condenen por la muerte de Mary, pero si lo metemos entre rejas por el asesinato de Laura, en parte se habrá hecho justicia.

—Si podemos —dijo Maggie, mofándose de él.

—Ya sé, ya sé. —Stride se restregó las manos por la cara y sintió el cansancio incrustado en todos los huesos de su cuerpo—. ¿Crees que ya habrán limpiado el pasillo?

Maggie alargó la mano y abrió la puerta de un empujón.

—No.

—Mierda —dijo Stride—. Tengo que lavarme la cara.

—¿Eso es lo que dicen los tíos cuando quieren mear?

—No, decimos que tenemos que ir a mear.

—¿Y todos los tíos se lavan las manos después? —preguntó Maggie.

—Mejor no preguntes.

—Puaj.

Stride se echó a reír. Abandonó la sala de interrogatorios y se tapó la nariz para evitar el acre hedor a vómito. Los pasillos estaban vacíos. Era de noche y el ayuntamiento estaba prácticamente desierto. Encontró la puerta de cristal esmerilado del servicio de caballeros, la empujó con el hombro y abrió el grifo de agua fría de la pica más cercana de la larga encimera. Se inclinó hacia delante, se mojó la cara y se restregó con fuerza. Se pasó los dedos por el pelo, ahora húmedo y despeinado.

La olió antes de verla.

Sangre.

Tenía los ojos cerrados y al abrirlos, parpadeando, vio el primer compartimento reflejado en el espejo, con la puerta entreabierta. Dos regueros gemelos de sangre fresca perfilaban la lechada de las baldosas blancas del suelo en cuadrados de rojo rubí. Stride echó a correr hacia el compartimento y de un empujón acabó de abrir la puerta, que rebotó contra la pared del váter. Finn Mathisen estaba repantigado en el asiento, con la cabeza colgando hacia atrás, la boca abierta y flácida. Los brazos le colgaban inútilmente a los lados, y un cuchillo del ejército suizo yacía en el suelo, donde había caído al resbalarle de la mano.

La sangre de las baldosas goteaba de dos tajos irregulares y verticales que Finn se había hecho en las venas de ambas muñecas.

Cuarta parte

UN ACTO DE MISERICORDIA

Serena encontró a Peter Stanhope en un rincón del salón principal del Blackwood's. Su mesa daba a las aguas tranquilas del lago, a través de unos ventanales que iban desde el techo hasta el suelo. Era la una en punto, y en el restaurante se respiraba el ajetreo del mediodía. Cuando ella tomó asiento frente a él, Peter bebía una copa de vino tinto mientras con la otra mano consultaba el correo electrónico en su Blackberry. Serena dirigió la vista hacia su labio inferior, hinchado y amoratado.

Él le siguió la mirada y se encogió de hombros.

—Tish.

—Ya me he enterado.

—Fue culpa mía —explicó Peter. Empleó el tenedor para cortar un trozo desmenuzado de pescado blanco, que masticó con cautela—. Aun así, jamás pensé que haría algo tan disparatado.

—Puede que no sea tan disparatado —dijo Serena.

Peter ladeó la cabeza con recelo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Serena no respondió. Peter pensó en ello y luego echó un vistazo al restaurante y bajó la voz.

—¿Lo dices por el ADN? ¿Para qué demonios iba a querer Tish Verdure una muestra de mi ADN?

—¿Y tú qué crees?

Peter negó con la cabeza, regañándose a sí mismo.

—Fui un estúpido. No sabía que Stride tenía una prueba forense del asesinato de Laura.

—¿Intentas decirme que creías que Ray Wallace las había hecho desaparecer todas?

—No me gusta ese tono, Serena. No de alguien que trabaja para mí. ¿Qué clase de prueba tienen?

—No puedo decírtelo.

Peter frunció el entrecejo.

—Puedo presentar una moción para impedir que la policía lleve a cabo cualquier análisis.

—Puedes, pero entonces todo quedará al descubierto. Y saldrá en la prensa. Y la gente se preguntará qué es lo que intentas ocultar.

—Ya te he dicho que yo no maté a Laura.

—Entonces no tienes nada que temer.

—No es tan sencillo.

Serena esperó. Peter despidió a la camarera con un ademán. Frunció el ceño y se retrepó con los brazos cruzados.

—¿Qué dijo George Bush? «Cuando era joven y estúpido, era joven y estúpido».

—Tú enviaste esas cartas insultantes a Laura —concluyó Serena—. ¿Verdad?

—De acuerdo, sí. Tienes razón.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Yo salía con Laura y ella me dio puerta. Creí que estaba jugando conmigo, que me daba carrete. Estaba cabreado. Así que empecé a enviarle esas cartas. Era una broma.

—Vi una de esas notas. No era una broma.

—Dame un respiro, tenía diecisiete años.

—No busques excusas, Peter. Estabas tratando de aterrorizar a esa chica.

—Llámalo como quieras. Yo no la maté.

—No estamos hablando sólo de enviar unas cuantas notas desagradables, ¿verdad? Finn decía la verdad. Tú atacaste a Laura aquella noche en el campo de béisbol.

Los ojos de Peter se encontraron con los de Serena.

—Yo no la atacé. Esa noche volví al terreno de juego para recoger mi bate de béisbol. Me tropecé con Laura cuando ella salía de los bosques. Sí, intenté besarla, y sí, puede que llevara las cosas demasiado lejos. Pensaba que se hacía de rogar. Eso fue lo que pasó.

—A mí todo eso me suena a violación —le dijo Serena.

—No soy un violador.

—Ya, los niños ricos nunca lo son.

El rostro de Peter se contrajo de rabia.

—Podría haberte mentido y no lo he hecho.

—¿De verdad? ¿Y qué elección tenías? Te has acorralado a ti mismo. Dijiste a la policía que Laura y tú os estuvisteis besuqueando en el campo de béisbol. Admitiste que los dos estabais juntos aquella noche.

—Lo más inteligente sería no decir nada. Eso es lo que el abogado que llevo dentro dice que debería hacer.

—Pues bien, ya que has empezado a hablar, no te detengas. ¿Qué sucedió después de que abordaras a Laura?

—Ese tipo negro se metió en medio. Me golpeó hasta dejarme inconsciente.

—¿Qué ocurrió cuando recuperaste la conciencia?

—Laura se había marchado. Y el tipo negro también. Tenía un dolor de cabeza espantoso. Me fui a casa.

—¿Y qué pasó con el bate?

—Me olvidé de él.

—¿Aún estaba en el campo de béisbol?

—No tengo ni idea de si seguía allí o no. No me dediqué a buscarlo. Ni siquiera pensé en el bate. Lo único que quería era marcharme de allí.

—¿Qué más puedes contarme de esa noche?

—Eso es todo.

—¿No sabes qué ocurrió con Laura?

—No. Por lo que sé, el tipo negro la mató. Eso es lo que he creído durante todos estos años.

—¿Viste a Finn Mathisen esa noche?

—No.

Serena negó con la cabeza.

—Como policía, no creería tu historia, Peter. Acosabas a Laura. Estabas obsesionado con ella. La atacaste la noche que la asesinaron. ¿Y luego te marchas y ya estás? ¿Y alguien más va tras ella con tu bate? Debes creer que me chupo el dedo.

—Serena, por aquel entonces yo no era ningún angelito, pero ¿matar a una chica? Yo no lo hice.

Serena se levantó de la mesa.

—Creo que hemos terminado.

—Eso suena como si te estuvieras despidiendo de mí. Y del trabajo.

—Así es.

Peter se sacó la cartera y arrojó sobre la mesa un billete de cincuenta.

—Permíteme acompañarte. Tengo algo en el coche que puede hacerte cambiar de opinión. Llámalo un gesto de buena fe.

—¿Qué es?

—Tengo que enseñártelo.

Serena se encogió de hombros y aceptó. Salieron juntos del restaurante. En el aparcamiento, él señaló un Lexus negro aparcado cerca de la parte de atrás del *parking*.

—Ése es el mío. —Peter la cogió del brazo mientras caminaban hacia el coche—. Me han contado lo del intento de suicidio de Finn la semana pasada —comentó—. ¿Va a salir de ésta?

—Suponiendo que no vuelva a intentarlo.

—Finn debería ser el principal sospechoso de Stride, y no yo —se quejó Peter—. Él admitió haber estado en el parque esa noche y haber seguido a Laura. Y ahora intenta suicidarse después de interrogarlo.

—Finn es un sospechoso, pero tú te has vuelto a incluir en el juego con lo de esas cartas.

—No hay juego que valga. Legalmente, no tengo por qué preocuparme de lo que

está pasando. Pat Burns ya lo sabe. Y estoy seguro de que Stride también. Está el tema de la cadena de custodia, el de las pruebas y el de los testigos. Nadie va a acusarme jamás de asesinato.

—Entonces ¿para qué me necesitas? —preguntó Serena.

—Mi imagen pública es muy importante para mí. Si esto llega a la prensa, y si la sospecha continúa cerniéndose sobre mí, será sumamente desagradable para mí y mis negocios.

Llegaron hasta el Lexus. Peter pasó una mano por su suave acabado.

—No sé quién mato a Laura —prosiguió—, pero si los medios de comunicación y la policía quieren hincarle el diente a algo, que ese algo sea Finn. Quiero que desentierres cuanto puedas sobre él. Averigua cosas de su pasado. Demuestra que es la clase de hombre capaz de matar a una chica. Eres detective. Investiga al sospechoso.

—Ése es trabajo de Stride —contestó Serena.

—No te estoy pidiendo que le ocultes nada. Encuentres lo que encuentres, puedes compartirlo con él. Pero los procedimientos policiales y otros casos lo tienen atado de manos. Y también está Tish, murmurándole al oído que soy culpable. Quiero a alguien sobre el terreno de juego que trabaje para mí.

—No confío en ti.

—No te pido que confíes en mí. Si encuentras pruebas que me señalen a mí, pues adelante. Pero no será así, porque yo no lo hice. Mira, sé qué clase de mujer eres, Serena. Cuando uno es policía, lo es para siempre. Quieres participar en esta investigación, y yo te ofrezco la oportunidad de trabajar en ella. Y de pagarte generosamente por tu tiempo.

Serena quería rechazarla, pero Peter tenía razón.

—¿Por qué Finn? —preguntó ella—. ¿Por qué no me pides que investigue al tipo ese negro? A Dada.

—Los abogados buscan los puntos débiles. Finn es el eslabón más débil.

—En otras palabras, prefieres que Dada siga siendo un misterio.

—Cualquiera que sea sospechoso en este caso quiere que Badal continúe siendo un misterio —admitió Peter—. Es la tarjeta «quedas libre de la cárcel» del Monopoly. Mientras nadie sepa dónde está, no se podrá probar más allá de toda duda razonable quién mató en realidad a Laura.

Serena sacudió la cabeza.

—Yo sería una pésima abogada defensora. Siempre me preguntaría si mi cliente es culpable.

—A veces es mejor no saberlo.

—Yo sí. Quiero saberlo.

Peter abrió el maletero del Lexus.

—Te he dicho que iba a ofrecerte un gesto de buena fe. Esto es para que sepas lo mucho que deseo que me creas.

Buscó en el maletero y sacó una caja alargada, de un metro de largo y quince centímetros de ancho. La cinta adhesiva que la mantenía cerrada estaba seca y amarilla. Serena vio una única palabra escrita en la caja con rotulador negro.

«DESTRUIR».

—¿Qué es? —preguntó ella.

Peter le entregó la caja. Era sólida y pesada.

—Tenías razón respecto a Ray Wallace —dijo él—. Conspiró con mi padre para mantenerme al margen del caso. Randall quería que Ray se ocupara de que Dada cargara con todo.

—¿Qué hizo Ray?

—Abandonó el caso. Después, lo arregló todo para que algunas pruebas clave desaparecieran del archivo policial. Imagino que Randall suponía que alguien podría intentar reabrir el caso algún día, y quería garantías. Así que Ray eliminó la mayor parte de las pruebas físicas. Pero no ésta. Randall insistió en guardarla él mismo. Creo que sabía que le proporcionaría un seguro en caso de que alguna vez Ray tuviera remordimientos de conciencia.

—¿Qué es? —volvió a preguntar Serena.

—Es el arma del crimen —dijo Peter—. El bate de béisbol. El que se usó para matar a Laura.

La sala del hospital era como una iglesia, donde cualquier voz perturbaba el silencio. Hasta el sonido de las suelas de los zapatos de Stride al resonar contra las paredes resultaba tan estridente como los fuegos artificiales. El pasillo estaba oscuro. Muchos pacientes llevaban durmiendo desde última hora de la tarde. Se detuvo en el mostrador de enfermería y lo remitieron hasta una habitación cerca del final del corredor.

Vio a Finn Mathisen desde el umbral de la puerta pero no entró en el cuarto. El rostro del hombre, siempre pálido y cetrino, ahora mostraba un aspecto ceniciento. Tenía los ojos cerrados. Llevaba los antebrazos vendados hasta los codos. Por una vía intravenosa clavada en el hombro derecho fluía el líquido del gota a gota. Finn se encontraba estable y a punto de recibir el alta pero, a ojos de Stride, tenía un aspecto cadavérico. Les ocurría lo mismo a todos los pacientes ingresados en un hospital.

Si Stride no hubiera entrado en el servicio de caballeros, o incluso si lo hubiera hecho cinco minutos más tarde, Finn estaría muerto. A pesar de ello, aún se sentía culpable por haberlo acorralado, tanto Maggie como él, con sus preguntas hasta que decidió escapar por la vía del suicidio.

La cuestión era: ¿escapar de qué? ¿De la culpa que sentía por haber acosado a Mary Biggs hasta su muerte? ¿O de la culpa que sintió por golpear a Laura hasta la muerte?

¿O de ambas?

Si Finn lo hubiera logrado, se habría llevado consigo la respuesta. El fallecimiento de Finn hubiera significado exactamente lo mismo que la huida de Dada en ese tren. La investigación se habría suspendido una vez más, y la sospecha se habría arrojado como un ave rapaz sobre el cadáver de Finn. Acertada o equivocadamente.

—¿Qué demonios hace aquí?

Stride se dio la vuelta y se topó con Rikke Mathisen. Agarraba con fuerza en una mano una taza de café del hospital; el humo subía en espirales del líquido marrón. Era alta; casi tenían los ojos a la misma altura. Sus facciones se endurecieron por la rabia que sentía. Apartó a Stride de un empujón al entrar en la habitación y corrió la endeble cortina para ocultar a Finn de la vista de Stride.

—Le he preguntado qué hace aquí —siseó una vez más.

—Quería saber cómo estaba Finn.

Rikke señaló el exterior de la habitación con un dedo que parecía una flecha. Al final del pasillo había una pequeña sala de espera, con sofás de un espantoso color

naranja, revistas familiares antiguas y una tele de catorce pulgadas colgada del techo. No había nadie. El televisor estaba apagado. Stride se acercó a la alta ventana y vio la calle principal de Superior debajo de él. Rikke lo siguió. Vestía una sudadera que le iba grande y vaqueros.

—No quiero que se le acerque —insistió—. Ni que hable con él. ¿Está claro? He contratado a un abogado. Hemos terminado con usted, desde ahora mismo.

—¿Cómo está Finn?

—Vivo —le espetó ella.

—He oído que mañana se va a casa. Me alegro de que se encuentre bien.

—No se encuentra bien.

—Lamento lo que ha sucedido.

Los ojos de Rikke eran dos piedras azules.

—Ahórrese las disculpas. Usted sabía a la perfección qué clase de hombre es Finn. Es un adicto, por el amor de Dios. Un alcohólico. Lo ha arrojado deliberadamente por el precipicio. Espero que se sienta orgulloso de sí mismo.

—No fue así —dijo Stride.

—Ya ha puesto a salvo su conciencia al venir hasta aquí, teniente. Ahora váyase a casa. Aléjese de mi hermano y de mí.

Rikke se sentó, cogió un ejemplar viejo de *People* y lo hojeó furiosa.

—Usted sabía que Finn espiaba a esas adolescentes —afirmó Stride.

—No tengo nada que decir.

—Una chica ha muerto.

—No por culpa de Finn.

—Creo que sabe que no es así. Usted eliminó las pruebas, ¿verdad? Nuestro equipo de investigación afirma que alguien quemó papeles en la habitación de Finn. El disco duro de su ordenador ha desaparecido. Si él es un enfermo mental, usted no le ayuda en nada al encubrir lo que hizo.

Rikke cerró la revista de un manotazo.

—No es en la cárcel donde Finn tiene que estar, sino conmigo. Yo puedo cuidar de él.

—Usted no puede controlarlo —dijo Stride—. ¿No le parece evidente? Volverá a empezar de nuevo en cuanto llegue a casa. Los dos lo sabemos. ¿Y si muere otra chica? ¿Cómo se sentirá usted entonces?

—Finn nunca haría daño a nadie.

—¿No? ¿Y qué hay de Laura?

—Ya se lo dije, él no estaba allí esa noche. No tuvo nada que ver con eso. Estaba conmigo. En casa.

Stride negó con la cabeza.

—Alguien se masturbó cerca del cadáver de Laura. Aún conservamos la muestra

de semen que se recogió. Si Finn estuvo allí, podremos probarlo.

—No voy a permitir que consiga una muestra de su ADN.

—No la necesitamos. Finn nos dejó una amplia muestra sanguínea en el suelo del cuarto de baño del departamento de detectives.

—¿Cogieron su sangre del suelo? —preguntó Rikke—. ¿Qué clase de bárbaro es usted? ¿Un hombre agoniza y en lo único que piensa usted es en su investigación?

—A mí lo que me preocupan son las víctimas —respondió Stride—. Voy a mandar analizar su ADN. Vamos a demostrar que Finn estaba esa noche en la escena del crimen.

—Hablaré con mi abogado. Él detendrá esa violación al cuerpo de Finn. Es usted repugnante, ¿lo sabía? Un animal. No entiende por todo lo que ha pasado Finn en la vida.

Stride se acuclilló delante de ella.

—Finn cogió el auto esa noche, ¿verdad? Cuando llegó a casa, estaba cubierto de sangre. Creo que usted hizo exactamente lo mismo que hace tan sólo unos días. Lo encubrió. Lo protegió.

—Creo que debería marcharse —anunció Rikke—. No tengo nada más que decir.

—Finn estaba enamorado de Laura. Estaba obsesionado con ella. Así es como empezó todo.

—Usted no sabe nada —le dijo Rikke—. Debería dejar este asunto en paz. Créame, los problemas de Finn empezaron mucho antes de que Laura apareciera en su vida.

Serena hizo sonar el timbre y esperó. El Honda Civic que Tish conducía estaba aparcado en el camino de entrada de la casa frente al lago. El borde del parabrisas, donde el vidrio había sido reemplazado, estaba cubierto de cinta adhesiva. Al otro lado de la calle, Serena vio a un oficial de Duluth observándola desde un coche policía de incógnito. Ella lo saludó con la mano. Él la reconoció.

Eran más de las diez, pero aún había algunas luces encendidas en el interior de la vivienda. Como nadie contestaba, volvió a llamar al timbre. Esta vez, vio a Tish a través de la ventana mientras ésta se acercaba a la puerta. Vestía una camisa blanca de hombre que le llegaba hasta medio muslo. Llevaba las piernas al descubierto. Abrió la puerta y Serena notó cómo una bocanada a tabaco procedente de su aliento y su ropa se infiltraba en el cálido aire nocturno. El olor a humo se mezclaba con el ácido aroma de la ginebra. Tish se apoyó en el marco de la puerta y empezó a jugar con sus mechones de pelo rubio.

—Serena Dial —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Esperaba que pudiéramos hablar.

Tish se encogió de hombros con despreocupación.

—Muy bien.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la parte trasera de la casa. Serena entró también y cerró la puerta tras de sí. La vivienda estaba escasamente decorada, no había obras de arte en las paredes blancas ni cortinas en las ventanas. La moqueta color crema era mullida y suntuosa, pero el mobiliario de alquiler era funcional. Serena vio una mesa de comedor de vidrio que hacía las veces de escritorio, donde Tish tenía su ordenador portátil y su material de investigación. El mármol de la cocina estaba limpio excepto por una caja de comida precocinada y dos botellas de tónica Schweppes, todo vacío.

Siguió a Tish hasta el porche. Ésta se sentó en una silla plegable, con las piernas apoyadas en los listones de la verja de madera. Sostenía la bebida en una mano mientras un cigarrillo se consumía en un cenicero sobre el suelo. La camisa se le abrió y dejó a la vista un triángulo de braga blanca de bikini. Serena se apoyó en el porche, que daba a la negra extensión del lago. Casi no había acantilado debajo de ellas, apenas un par de metros de vacío y luego el agua oscura. Todo estaba en calma, sin un solo soplo de aire que mitigara el calor.

Tish apartó un mosquito de su antebrazo de un manotazo.

—He leído algo sobre usted —dijo.

—¿Ah, sí?

—Acerca de ese tipo que la perseguía el pasado invierno. Estuvo a punto de morir.

—Así es. ¿Y?

—Que tuvo que ser terrorífico.

—Lo fue.

—No creo que yo hubiera sobrevivido a una experiencia semejante.

—No me gusta hablar de eso —la cortó Serena.

—Por supuesto, lo entiendo. —Tish añadió—: ¿Sabe? La primera vez que la vi me cayó mal. No estoy segura de que me hubiera gustado nadie con quien saliera Stride.

—¿Y eso por qué?

—Supongo que por lealtad a Cindy.

—¿Y ahora? —preguntó Serena.

—Ahora veo que hay mucho más en usted de lo que creía.

—¿Cuántas veces recibe una mujer semejante cumplido? —dijo Serena sarcásticamente.

—Quiero decir que cuando la gente la conoce, supongo que no siempre ve más allá de una cara y un cuerpo que quitan el hipo.

—Este cuerpo tiene un par de kilos de más.

—No tiene por qué ser tan modesta. En fin, no debería haberla prejuzgado. Lo siento.

—Disculpa aceptada —respondió Serena—. No obstante, hay algo que quiero decirle.

—¿Qué?

—Stride y yo tenemos mucho en común. Puede que él no lo demuestre como yo, pero ambos hemos sufrido. La pérdida de Cindy le hizo sufrir mucho.

—No me cabe duda.

—No me gusta ver cómo ese dolor vuelve a salir a flote —dijo Serena.

—¿Lo dice por mí?

—Sí.

—Veo que es sincera.

—¿Y qué hay de usted, Tish? ¿Es sincera?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir: ¿de verdad conocía a Cindy? —preguntó Serena—. ¿O se lo ha inventado todo? Porque por lo que sé, no hay ninguna prueba de que conociera a Cindy. Si está jugando con nosotros, tengo que decirle que haré que lo lamente.

—La conocía.

—Entonces, ¿por qué ella nunca le habló a Jonny de usted?

—Hasta la esposa más fiel tiene secretos. —Tish cogió el cigarrillo con dos dedos—. ¿Acaso usted no guarda secretos?

—Algunos —admitió Serena.

—Pues ahí lo tiene.

—Si tengo un secreto, hay una razón para ello. ¿Tenía Cindy algún motivo para ocultar su relación con usted?

—Puede que yo se lo pidiera.

—¿Y por qué haría eso?

Tish agitó el hielo de su bebida y luego apuró el resto.

—Me acaba de decir que hay lugares de su pasado que no le gusta visitar. ¿Tan difícil es aceptar que yo pueda sentirme igual? No estaba preparada para volver aquí y enfrentarme a mi pasado. Cindy lo comprendía.

—Y ahora ¿está preparada para enfrentarse a su pasado?

—Estoy aquí. He tardado treinta años, pero estoy aquí.

—¿Ocurrió algo por aquel entonces entre usted y Peter Stanhope? —preguntó Serena—. ¿Por eso ha permanecido oculta hasta ahora?

—No.

—Entonces ¿por qué está tan segura de que es culpable?

—Usted no conocía a Peter por aquel entonces. Yo sí.

Serena negó con la cabeza.

—Si fuera usted policía, yo diría que se ha enamorado de un sospechoso. No hablo de amor de verdad, ni de romance. Es fácil para un policía fijarse en un

sospechoso y acabar llevando anteojeras.

—Quizá sea usted la que lleva anteojeras —dijo Tish.

—Peter no intentó suicidarse después de ser interrogado por el asesinato de Laura —le recordó Serena—. Finn sí.

—Finn no era más que un niño patético y confuso.

—La gente así se cree capaz de todo —dijo Serena—. Incluso de matar.

—Si Laura hubiera creído que Finn era violento, no habría pasado tanto tiempo con él.

—Puede que no lo supiera. ¿Le contó Laura alguna cosa del pasado de Finn?

—Me dijo que algo horrible le había pasado en Fargo, pero no sé el qué. Fue entonces cuando Rikke se abalanzó sobre él como un ave de presa y lo rescató.

—Finn estaba enamorado de Laura —explicó Serena—. El amor puede ser bastante tortuoso para alguien como él. Sabemos que espiaba a Laura. De hecho, lleva toda la vida espiando a joven-citas.

—¿Se refiere a los incidentes de voyeurismo?

Serena asintió.

—Stride y Maggie están seguros de que se trata de Finn. Acosó a una chica hasta llevarla a la muerte.

—Eso no significa que matara a Laura —señaló Tish.

—¿Sabe por qué era tan especial esa chica? Tenía una mariposa tatuada en la espalda. Igual que Laura. Aún está obsesionado con ella.

Tish abrió los ojos como platos.

—¿Eso es verdad?

—Es verdad.

Tish bajó los pies descalzos de la barandilla del porche y se llevó las manos a la cara como si estuviera rezando. Después negó con la cabeza.

—Peter fue quien atacó a Laura —insistió—. No Finn. No sabe lo vengativo que podía llegar a ser cuando se le rechazaba.

—¿Está hablando de Laura o de usted? —preguntó Serena.

—De las dos.

—Vamos, Tish. ¿Qué es lo que me oculta? ¿Qué le hizo a usted?

Tish frunció los labios en un gesto desafiante.

—¿Además de meterme en un armario del instituto y magrearme las tetas y restregarme la entrepierna? Peter era la clase de chico que cogía lo que quería aunque le dijeras que no. Creía que tenía derecho a hacerlo. Y no ha cambiado ni un ápice.

—No trato de justificar su conducta —dijo Serena.

—Me parece muy bien, porque era un asqueroso. Y cruel.

—¿En qué sentido?

—Después de que le dijera que no quería salir con él, se dedicó a propagar

rumores sobre mí por todo el instituto.

—¿Qué clase de rumores?

—Le contó a la gente que yo era lesbiana. Eso me hizo sentir muy incómoda.

—Me lo imagino —respondió Serena—. Los adolescentes siempre están dispuestos a creer esa clase de mentiras.

Tish se dedicó a contemplar las polillas que zumbaban alrededor de la luz del porche y guardó silencio. Dio una calada a su cigarrillo.

De repente, Serena lo comprendió todo.

—Un momento, no se trataba de una mentira, ¿verdad? Él estaba en lo cierto. Usted es lesbiana.

Tish asintió lentamente.

—¿Se lo contó a Peter? —le preguntó Serena.

—No, él no tenía ni idea de que era verdad, pero a mí me daba miedo de que el rumor se extendiera fuera del instituto.

—¿Y por aquel entonces usted ya sabía que lo era?

—Lo sabía.

—¿Y todavía no ha salido del armario?

—No lo oculto, pero tampoco llevo una camiseta con el lema «orgullo rosa» —dijo Tish mientras expelía el humo por la boca.

—Lo siento si hablar de ello le incomoda —apuntó Serena.

—No, pero no tiene ni idea de lo desagradable y odiosa que puede llegar a ser la gente respecto a la homosexualidad. Los mismos que me dicen que Jesús me ama me lapidarían hasta acabar conmigo si pudieran.

—No todo el mundo piensa así.

—Los suficientes para que siga vigilando a quién se lo digo.

—¿Hay alguien en su vida?

Tish apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Ya no. Estuve viviendo con Katja, una fotógrafa que conocí en Tallín, durante cinco años. Ella quería ir más allá conmigo, así que salí por patas. No fue mi primera vez. Las relaciones de pareja entre lesbianas se estrellan y se queman enseguida. Nos sentimos emocionalmente cercanas; entonces pones por medio la atracción física y, la mayoría de veces, estalla en llamas.

—¿Sabía Laura que usted era homosexual? —preguntó Serena.

El rostro de Tish brillaba de sudor debido al aire húmedo.

—No hablamos de ello.

—¿Ni siquiera se lo contó a su mejor amiga?

—Trate de recordar cómo era en aquella época, Serena. Hoy día es bastante malo, pero por aquel entonces ser gay era peligroso. Fue cuando Anita Bryant empezó a armar jaleo sobre los homosexuales. Una no anunciaba que era diferente. Se limitaba

a encerrarse en el armario a cal y canto.

—¿Y qué me dice de Laura? ¿Era lesbiana?

—Ya le he dicho que no hablamos de ello. —Tish se levantó, dando por finalizada la conversación—. Creo que debería marcharse ya.

—Si es lo que desea... —dijo Serena.

—Sí.

Serena también se incorporó.

—¿Puedo preguntarle algo más?

—¿Qué?

—¿Qué le sucedió a su madre?

Tish cruzó los brazos por encima del pecho. Su mirada reflejaba su furia.

—Si me pregunta sobre ese tema es que ya conoce la respuesta.

—He oído que le dispararon. Era una rehén en el atraco a un banco.

—Así es. ¿Por qué le interesa?

Serena no estaba segura de por qué le interesaba saberlo, puede que por curiosidad de detective.

—Cuando la violencia golpea la vida de alguien en más de una ocasión, mi instinto me lleva a buscar una conexión.

—No hay ninguna conexión —recalcó Tish—. El robo no tiene nada que ver con esto. Ocurrió años antes de que conociera a Laura. Mi madre estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Debió de ser duro quedarse sola a esa edad —dijo Serena.

Tish se encogió de hombros.

—Es duro quedarse solo a cualquier edad.

Stride estaba tumbado en el sofá de cuero del salón del chalé cuando Serena llegó a casa casi a medianoche. Se había quedado dormido, con una novela en rústica aún en la mano. Una pierna le colgaba por fuera del sofá y el pie descalzo descansaba en la moqueta. Sara Evans cantaba en el estéreo. Serena le dejó dormir mientras se desvestía y se preparaba para irse a la cama. Las ventanas estaban abiertas, con las cortinas ondeando como velas, y el aire nocturno era húmedo y caliente. Con ese tiempo, ella solía dormir con una camiseta de tirantes holgada. De vuelta al salón, apagó las luces, silenció a Sara y se preparó una taza de té, que se tomó sentada en el sofá de dos plazas frente a Stride. Una fragancia a rosas se coló de repente en la casa desde los arbustos cercanos al porche. Sus ojos se perdieron en las sombras y empezaron a pesarle. Tras dejar la taza de té en el suelo, se tumbó entre los pliegues del sofá y, enseguida, también ella se quedó dormida. En las nebulosas de su mente, se hallaba en una playa con Tish. Una fresca brisa besaba sus cuerpos. Ella estaba detrás de Tish y le acariciaba la nuca. Los huesos de la columna de Tish se dibujaban en su espalda como el grácil arco de un arpa. Su carne era joven y suave, y Serena no sentía culpa alguna, sólo liberación, cuando empezaron a hacer el amor. Más tarde, al terminar de amarse, se encontró a sí misma en el agua, flotando, sola. Era el paraíso, excepto por un ruido sordo, extraño y rítmico que se colaba en la quietud de su mundo y la turbaba. Como el tañido de un tambor o el latido de un corazón. Se vio a sí misma saliendo desnuda del agua, y lo que encontró fue a Jonny, cubierto de sangre, blandiendo un bate de béisbol que emitía un sonido de succión cada vez que golpeaba con fuerza una y otra vez un cuerpo en la playa. Estaba matando a Tish.

Serena se despertó sobresaltada; le faltaba el aliento.

También Jonny se despertó y se la quedó mirando.

—¿Estás bien?

Ella se desperezó y parpadeó.

—Sí. ¿Qué hora es?

—Casi las tres.

—Estoy hambrienta —dijo Serena.

—¿Qué te apetece?

Serena pensó en su dieta.

—Cuarenta y seis huevos.

—¿Los quieres fritos o revueltos?

—No te burles de mí. ¿Crees que bromeo?

Stride le hizo un gesto hacia la caja alargada y pesada que ella había dejado en la

mesa de comedor.

—¿Qué es eso?

—He recogido algo tuyo en objetos perdidos.

Él entornó los ojos con preocupación y curiosidad.

—El bate —explicó ella simplemente.

—¿Stanhope? —preguntó Stride sin dejar de mirarla.

Serena asintió.

—Hijo de puta —dijo él.

Ella sabía que Stride no se refería a Peter Stanhope. Se refería a Ray Wallace. Ray, que había saboteado la investigación de un asesinato a cambio de dinero y poder. Ray, que había entregado el arma del crimen a un hombre sospechoso de cometer dicho asesinato.

Stride se aproximó a la mesa. No se lanzó de inmediato sobre la caja. En lugar de eso, la estudió de cerca, como si el cartón, la tinta y la cinta adhesiva hablaran con él. Se inclinó hacia delante, muy cerca de ella, como si el olor a sangre aún impregnara el aire. Luego, usando dos dedos en cada esquina, la levantó para comprobar su peso.

—Peter lo llamó un gesto de buena voluntad —explicó Serena—. No tenía por qué dármelo. Podría haberlo destruido. —Y añadió—: Ha admitido ser la persona que enviaba esas cartas amenazadoras a Laura.

—Lo ha admitido porque de todas formas lo averiguaremos cuando analicemos el ADN, ¿no es así?

—Así es.

—En cuanto me convenzo de que Finn es culpable, Peter se abre paso a codazos en el campo de juego —dijo Stride.

—Él sostiene que es inocente.

—¿Y tú le crees?

—No lo sé, pero considero que me resulta útil estar cerca de él. Peter habla conmigo.

—¿Te dijo algo más?

—Nada que pueda compartir ahora mismo, y nada que de todas formas no imagines ya.

—Él asaltó a Laura en el campo de béisbol —aventuró Stride—. No tenían ninguna cita, ninguna relación.

—Sin comentarios.

Stride sacó el bate.

—Lógicamente, todo apunta a Peter. Ella fue asesinada con su bate y él ha conservado el arma del crimen durante todos estos años. De no haber sido por Finn, no dudaría ni un instante que Peter la mató. Pero no estamos ni remotamente cerca de tener un caso.

—Peter quiere que reúna pruebas contra Finn —explicó Serena.

—¿Vas a hacerlo?

—Creo que sí.

—Puede que estés ayudando a un hombre culpable.

—Lo sé.

—¿Y no puedes resistirte a ello?

—No —admitió Serena.

—Rikke le ha cerrado la boca a Finn —dijo Stride—. Ha contratado a un abogado. No puedes hablar con ella.

—Tengo otro objetivo en mente —respondió Serena.

—¿Ah, sí?

—Mañana voy a ir a Dakota del Norte para investigar el pasado de Finn. Tish me ha dicho que algo horrible le ocurrió allí. Quiero averiguar de qué se trata. Quizá descubra un eslabón perdido.

—Llévate a Maggie contigo —sugirió Stride—. Me gustaría tener a algún oficial presente.

—¿Te refieres a pasarme cinco horas de ida y cinco de vuelta discutiendo con Maggie por la emisora de radio? Nos mataremos la una a la otra.

Stride se echó a reír.

—Pues ve en un avión privado. Stanhope puede permitirselo.

—Cierto.

—Será mejor que vayamos a dormir —dijo él.

—¿Dormir? Y una mierda.

Serena se levantó perezosamente del sofá de dos plazas. Se apartó la mata de pelo negro de la cara. Agarró a Stride por los hombros y se sentó a horcajadas encima de él en el sofá, con las rodillas a cada lado de sus piernas y sus pechos cerca de los labios de él. Las manos de Stride se deslizaron por la espalda de ella, y las ahuecó en sus nalgas, por encima de sus bragas. Ella puso las suyas en su rostro, inclinó la cabeza hacia delante y lo besó.

—He soñado que me pillabas acostándome con Tish y que la golpeabas hasta matarla. Bastardo asesino.

—Cuéntame más —le pidió él.

—No puedo besar y hablar a la vez.

—Eres una provocadora.

—¿Te parece que Tish es atractiva? —le preguntó ella.

—Bastante, pero no es mi tipo —dijo él.

—En estos momentos, ¿estás pensando en ella o en mí? —preguntó Serena mientras hacía presión con las caderas.

—En ti.

—Buena respuesta.

El teléfono sonó.

—Dios me odia —sentenció Serena rodando hacia la izquierda y comprobando la pantalla del identificador de llamadas—. Número privado.

—Se han equivocado.

—¿Paso?

—No, es mejor que contestes.

Ella refunfuñó y contestó la llamada.

—¿Diga?

La voz masculina al otro lado de la línea era almibarada y profunda como una sirena. El interlocutor preguntó por Stride. Serena apretó la tecla de manos libres y acercó el teléfono a la boca de Jonny mientras ella volvía a montarse encima de él y le quitaba la ropa como podía.

—Stride —dijo él impaciente—. ¿Con quién hablo?

—Con el amigo de un amigo.

—Mis amigos no me llaman a las tres de la madrugada —señaló Stride.

—Siento lo de la hora.

—¿Qué quiere?

—¿Conoce a un hombre llamado Hubert Jones?

Stride miró a Serena, quien interrumpió lo que estaba haciendo el tiempo suficiente para negar con la cabeza.

—No —respondió él.

—Él le conoce a usted.

—¿Ah, sí?

—Quiere hablar con usted.

—Que me llame mañana a la oficina. Mi secretaria concertará una cita.

—A esa hora usted estará en la carretera.

—¿Perdone?

—Hubert Jones llegará a mediodía al aeropuerto O'Hare de Chicago. Desde allí, tomará un avión por la tarde con destino a Sudáfrica vía Londres, y permanecerá nueve meses en Johannesburgo con una beca. Si quiere hablar con él, tiene que ser mañana. En Chicago.

—¿Por qué tendría que dejarlo todo para encontrarme con un hombre a quien no conozco? —preguntó Stride.

—Como ya he dicho, él le conoce a usted. Vaya a verlo, señor Stride, vea qué clase de hombre es. Venga a Chicago. Y hágalo solo, sin la policía, ¿de acuerdo?

—Voy a colgar —informó Stride—. Si el señor Jones quiere hablar conmigo, puede telefonarme a la oficina.

—Me pidió que le transmitiera un mensaje —le interrumpió el hombre

rápidamente.

—¿Cuál?

—Me dijo que le recordara que la chica tenía secretos.

Stride no contestó. Serena notó cómo se le tensaban los músculos y desaparecía su excitación. El silencio se alargó.

—¿Aún está ahí, señor Stride?

—Sí.

—¿Significa ese mensaje algo para usted?

—Ya sabe que sí.

—¿Vendrá a Chicago?

Serena observó a Jonny con preocupación.

—Allí estaré —contestó Stride—. Dígame cuándo y dónde.

El interlocutor le indicó el lugar de encuentro en O'Hare y luego colgó. Serena dejó caer el teléfono sobre el sofá y cruzó los brazos por encima del pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Quién demonios es Hubert Jones?

—No lo sé, pero tengo que ir temprano a la oficina para averiguarlo —contestó Stride—. Luego saldré hacia Minneapolis para tomar un vuelo hasta Chicago.

—¿Para perseguir a un desconocido?

—Para perseguir a Dada.

—No me gustan los aviones pequeños —anunció Maggie mientras se abrochaba el cinturón de seguridad del asiento de cuero blanco en el Learjet 25 de Peter Stanhope. Se lo apretó tanto que parecía estar a punto de cortar la circulación de su minúscula cintura—. ¿Esta cosa tiene mascarillas de oxígeno? Apuesto a que tendremos que echar mano de tapones nasales.

—Relájate —recomendó Serena—. Imagínate que eres rica.

—Soy rica —le recordó Maggie.

—Entonces ¿por qué no tienes un chisme como éste?

—¡Porque no me gustan los aviones pequeños!

Serena se echó a reír.

—No seas cría. Esto es mejor que ir en coche.

—La única razón por la que no vamos en coche es porque no quieres discutir conmigo sobre qué emisoras poner.

—De todos modos tendremos que alquilar uno en Fargo —contestó Serena—. Me pido el *country*.

—He traído mi *iPod*. Puedes escuchar mi recopilación de lo mejor de Bon Jovi.

—También yo he traído el mío. Martina.

—Red Hot Chili Peppers.

—Alan Jackson.

—White Zombie.

—Shania.

—¡Oh, por favor! —se burló Maggie—. No escucho a ninguna cantante que tenga las tetas más grandes que las mías.

—¿No excluye esa regla a demasiadas cantantes? —preguntó Serena.

Maggie le sacó la lengua.

Serena apoyó un brazo en el estante de madera brillante que había junto a su asiento y miró por la ventana mientras el jet tomaba posición en la pista de despegue de Duluth. A su lado, Maggie apretó los ojos con fuerza y clavó las uñas en el reposabrazos. El avión aceleró con un rugido y se elevó en un ángulo agudo en el aire ventoso. El despegue fue accidentado, con las alas del avión meneándose como si estuviera afectado por el baile de San Vito. Serena había llegado y abandonado Las Vegas en avión tantas veces, sorteando las inseguras corrientes térmicas de las montañas del desierto, que las turbulencias habían dejado de preocuparla.

El avión se dirigió directamente hacia el oeste. Debajo de ellas, Serena vio kilómetros de bosque salpicados de lagos irregulares, como las pisadas negras de los

glaciares en retirada. Las ciudades eran escasas en la mitad norte de Minnesota. Y lo mismo sucedía con las carreteras y autopistas. El tiempo avanzaba rápidamente a medida que el jet sobrevolaba el terreno como un rayo, justo al sur de los dedos gigantescos del lago Leech. Sin nubes, Serena podía ver cuanto había debajo. Mientras se acercaban a la zona occidental del estado, el parque natural forestal dio paso a exuberantes cuadrados de tierras de labranza, que abarcaban una gama de colores desde el marrón lodo hasta el verde oscuro, destacando el uno junto al otro como las franjas de una bandera.

No acababan de ascender lo bastante como para escapar de las inestables bolsas de aire.

—Menuda mierda —comentó Maggie.

—Pronto llegaremos. —Serena cambió de tema—. Por cierto, ¿alguna novedad con lo de la adopción?

Maggie espiró aire ruidosamente por la nariz.

—Nadie me da demasiadas esperanzas. No hay muchas peticiones de polis chinas solteras.

—Eso no lo sabrás hasta que lo intentes.

Maggie despegó los dedos del reposabrazos lo suficiente para apartarse el flequillo de los ojos.

—No se trata sólo de eso. No estoy segura de poder enfrentarme al reto de criar a un niño yo sola. Ni de si sería justo para él. Además, el asunto de Mary Biggs me ha dejado conmocionada. Sus padres estaban completamente volcados en ella. No sé si estoy dispuesta a querer tanto a alguien. No estoy preparada para afrontar lo que sentiría si algo malo sucediera.

—No puedes mantenerte al margen de todo con tus «y si» —contestó Serena.

—Sí, lo sé. ¿Y Stride y tú, os lo habéis planteado?

—No puedo tener hijos.

—Me refiero a la adopción.

—Creo que el grifo se ha cerrado —dijo Serena—. Crecí sabiendo que mis órganos no eran funcionales, así que nunca desarrollé un gran instinto maternal. Y Jonny dice que es demasiado mayor. Así que dudo mucho que ocurra.

—¿Sientes que te estás perdiendo algo?

—A veces.

—Yo siento que me estoy perdiendo algo —apuntó Maggie.

—Entonces deberías hacerlo.

El avión empezó a dar sacudidas mientras descendían sobre Fargo. Al llegar a tierra, alquilaron un coche y se dirigieron hacia el sur; dejaron atrás el aeropuerto y la universidad, y condujeron por la cuadrícula de calles rodeadas de arboledas de los suburbios en dirección al centro. Aparcaron cerca de la biblioteca principal,

emplazada en un edificio de la franja curva del río Rojo, que hacía las veces de frontera entre Dakota del Norte y Minnesota y que separaba Fargo de su gemela en Minnesota: la ciudad de Moorhead.

Una vez en el interior de la biblioteca, Serena pidió en el mostrador de información los listines telefónicos de Fargo de principios de la década de 1970. Poco después, la bibliotecaria depositó un montón de listines AT&T encima de la mesa donde esperaban las dos mujeres. Los listines olían levemente a moho. Maggie cogió el volumen de 1972 y gruñó al llegar a las páginas de la letra M.

—Aquí hay docenas de Mathisen —comentó—. Este sitio es como la Pequeña Noruega.

—¿Sabemos los nombres de pila de los padres de Finn? —preguntó Serena.

—¿Ole y Lena?

—Sí, seguro. Muy divertido. Cielo santo, me estoy convirtiendo en toda una chica de Minnesota. —Serena echó un vistazo a la lista por encima del hombro de Maggie—. La mayoría de esas personas probablemente estén muertas o se hayan mudado.

—Puedo telefonar al departamento de tráfico —dijo Maggie—. Si logramos obtener la fecha de nacimiento de Finn de su permiso de conducir, podremos buscar el anuncio de su nacimiento en la prensa local. Así podremos averiguar el nombre de sus padres.

—Muy inteligente.

Maggie sacó el móvil y marcó el número del departamento de tráfico desde su agenda.

—Me han puesto en espera —informó. Canturreó unos segundos y luego añadió—: Así que Ole le lleva un vibrador a Lena el día de su cumpleaños. Y Lena va y dice: ¿para ke esto? Y Ole le contesta: ben, metes esto en piernas y usas para hacerte cosquillas en el pudín. Y Lena: oh, ke ben, pero ya tengo uno. ¿Cosa ésta también llamarse Sven?

—Estás enferma —dijo Serena.

—Bien dices. Eh, hola, necesito que me busque una fecha de nacimiento. —Recitó su número de placa de Minnesota y el nombre y dirección de Finn. Unos segundos después, anotó una fecha en un trozo de papel—. Lo tengo, gracias.

Serena leyó lo que Maggie había escrito.

—Veintidós de abril de 1959. Buscaré la microficha en la prensa de Fargo.

Diez minutos después, encontraron el anuncio del nacimiento de Finn, hermano de Rikke Mathisen, hijo de Nils e Inger. Nils era un granjero propietario de una gran extensión de terreno situada al oeste de la ciudad, donde cultivaba maíz. Maggie se sirvió del dedo índice para recorrer la lista de Mathisen en el listín de 1972.

—No aparecer ningún Nils, pero aquí hay una Inger —dijo—. La misma dirección.

—Creo que el padre murió en un accidente de coche cuando Finn era pequeño.

—¿A qué esperas? ¿Nos vamos de aquí?

Serena asintió.

—De acuerdo.

—¿Quién diantre se va a acordar de ellos después de treinta y cinco años?

—Los granjeros no abandonan sus hogares si no es con los pies por delante o después de entregar las llaves al banco —dijo Serena—. Afortunadamente, un par de vecinos de Finn aún viven por aquí.

—¿Tienes alguna idea de lo que andamos buscando? —preguntó Maggie.

—Pues no, pero lo sabremos en cuanto lo encontremos. A Finn no se le cayeron los tornillos en Duluth. Sea lo que sea lo que le pasó, ocurrió justo aquí.

Fargo era un llano. La clase de llano donde las carreteras desaparecían en el brumoso horizonte sin mucho más que una curva o un paso elevado y donde sólo la combadura de la tierra bloqueaba la panorámica hasta Montana. La clase de llano donde Canadá tomaría aliento y expulsaría aire hacia el otro lado de las llanuras sin hallar nada que disminuyera su velocidad, arrojando ráfagas de polvo negro, lluvia y nieve a la ciudad a través de nubes furibundas. La clase de llano donde un torrente fluido y turbio como el río Rojo podía desbordar perezosamente sus orillas e inundar todo cuanto hallase a su paso, como una jarra de agua derramándose en una mesa.

Serena y Maggie condujeron en dirección oeste hacia las afueras de Fargo, pasando junto a campos de trigo alto y extensas parcelas donde se cultivaba soja, cebada y colza. El viento caliente y el sol golpeaban el parabrisas del coche de alquiler. Dejaron las ventanillas bajadas y, de mutuo acuerdo, mantuvieron la radio apagada. Cada pocos kilómetros, adelantaban a algún vehículo mientras circulaban por la autovía de dos carriles, pero por lo demás el terreno era un campo abierto y solitario. Serena conducía. Maggie tenía un mapa en el regazo.

A cuarenta y ocho kilómetros de la ciudad giraron hacia el sur y dejaron atrás la carretera estatal, y cuatro kilómetros después volvieron a girar hacia una carretera sin pavimentar levantando una gran polvareda tras ellas. Un kilómetro más allá, aparcaron frente a una granja blanca en buen estado emplazada en una enorme extensión de campos frondosos, como una fotografía veraniega de un calendario de casas rurales. Una niña de unos diez años ataviada con un vestido de girasoles corría tras un labrador retriever que ladraba descontroladamente mientras se acercaba hacia ellas a galope tendido. La pequeña retuvo al perro por el collar y observó con evidente curiosidad el coche y a las dos mujeres al tiempo que lo arrastraba hacia la casa.

—Aquí es donde se crió Finn —dijo Serena.

Supuso que la casa y los alrededores no debían de tener un aspecto muy distinto al

de algunas décadas atrás. Entonces también habría una sucia furgoneta aparcada en el césped. Y también habría surcos abiertos en el barro por un tractor, que se adentraban en las hileras de cultivos. Se apearon del coche y empezaron a sudar bajo el sol. Serena vestía unos vaqueros azules, una camiseta blanca y zapatillas de deporte. Su pelo estaba recogido en una cola de caballo. Maggie llevaba unos vaqueros negros, una blusa negra por fuera con botones en el cuello y botas negras de tacón alto.

—¿Quién lleva tacones en una granja en pleno campo? —preguntó Serena.

Maggie se bajó las gafas de sol hasta la punta de la nariz.

—Hola —dijo con voz atronadora—. Soy Johnny Cash.

Cruzaron el sendero de tierra y avanzaron con dificultad por el camino de entrada. La grava crujía bajo sus suelas. La niña que habían visto antes se daba impulso en un columpio que había en medio del prado. La saludaron con la mano y ella les devolvió el saludo sin sonreírles. Oyeron al perro ladrar en el interior de la vivienda. Cuando estuvieron más cerca, Serena olió las flores y el dulce aroma de una tarta de manzanas que se horneaba.

Una mujer delgada ataviada con un vestido veraniego, el cabello rizado y oscuro, abrió la puerta mosquitera y dejó que ésta se cerrara de un portazo. Se paseó hasta llegar al borde del porche delantero sin dejar de observarlas. Arrancó unas cuantas hojas marrones de un tiesto colgante de fucsias.

—Buenas tardes —saludó con un leve deje de desconfianza en la voz—. ¿En qué puedo ayudarlas?

Ellas se presentaron y Maggie le mostró su placa. La mujer se relajó, pero sus cejas se arquearon con interés.

—¿Minnesota? —preguntó—. ¿Qué hacen ustedes por aquí?

—Cazamos ocas salvajes —contestó Maggie.

—Estamos interesadas en la familia que era propietaria de esta casa hace mucho —dijo Serena—. Se llamaban Mathisen. Eso fue en la década de los sesenta o los setenta.

—¿Mathisen? Bueno, ése sí que es un bonito apellido de Dakota del Norte. Por cierto, yo soy Pamela. Pamela Anderson. Y sí, no hace falta que digan nada, ya me han hecho bastantes bromas al respecto. Imaginen mi horror hace diez años cuando me di cuenta de cuál sería mi nombre de casada. —Se echó a reír—. Le regalé a mi marido un póster enmarcado de la otra Pamela como regalo de boda.

—¿Así que hace tan sólo diez años que vive en esta propiedad? —preguntó Serena.

—¿Yo? Sí, pero mi marido ha vivido aquí desde que era pequeño. Ésta era la casa de su familia. Yo ni siquiera sabía que este lugar había pertenecido a alguien antes que a sus padres. —¿Cuántos años tiene su marido?

—No los suficientes para ayudarlas, si es en eso en lo que están pensando —

replicó Pamela—. Nació en 1973. Sin embargo, mi suegra vive con nosotros. Ésta fue su casa hasta que su esposo murió, y luego ella la escrituró a nuestro nombre. Por supuesto, no tengo ni idea de si sabe algo de la gente que vivía aquí antes que ella, pero por aquí todo el mundo mete las narices en los asuntos de los demás —añadió con una sonrisa.

—¿Podemos hablar con ella? —preguntó Serena.

—Oh, por supuesto, estará encantada. Está en una silla de ruedas y casi ciega por culpa de la diabetes. Le alegrarán el día.

Pamela las condujo al interior de la vivienda. Serena escuchó a George Strait susurrando en la cadena de música y sonrió abiertamente a Maggie, quien puso los ojos en blanco. El Labrador se levantó de un salto para saludarlas tras haber llegado a la conclusión de que debían de ser amigas de la familia, ya que las dejaban entrar en casa. Serena se arrodilló y le revolvió el pelaje con la mano.

—Tengo tarta recién hecha —dijo Pamela—. ¿Les apetece?

Serena vio a Maggie esbozar una sonrisa de satisfacción. Sabía que Serena estaba a dieta.

—Suenan muy bien, pero será mejor que me resista a la tentación —contestó Serena.

—Pues yo me comeré un buen trozo —dijo Maggie—. Con un poco de helado, si tiene.

Pamela parecía complacida.

—Vuelvo enseguida. La habitación de Mary Ann está en la parte de atrás de la casa, la traeré aquí para que la conozcan —indicó, y las dejó solas.

—Tarta de manzana caliente —dijo Maggie—. Ñam ñam.

—Zorra —murmuró Serena.

Se sentaron en los cojines de *tweed* del sofá. Pamela regresó con una enorme porción de tarta adornada con dos bolas de helado de vainilla y un vaso de leche. Del plato emanaba aroma a canela. Lo depositó en una mesilla ovalada frente a Maggie, quien le dio las gracias efusivamente. Luego cogió el plato, se llevó a la boca el tenedor lleno de tarta y la masticó haciendo ruido.

—Mmm, está buenísima —dijo con la boca llena.

—Si te atragantas no pienso hacerte la maniobra de Heimlich —comentó Serena.

Pamela volvió empujando una silla de ruedas. La anciana inválida tenía el cabello blanco como la nieve, y éste enmarcaba su rostro como una aureola. Su piel bronceada por el sol estaba marchita y salpicada de manchas negras; unas gafas de sol le protegían los ojos. Tenía una manta de ganchillo extendida sobre el regazo y debajo no había nada. Le habían amputado las piernas por debajo de las rodillas.

—Mary Ann, estas señoras han venido a verte —le explicó Pamela.

—¿A verme? Oh, qué detalle. —Su voz crujía como los *Krispies*, pero su actitud

era cariñosa y alegre. Sus labios reseco esbozaron una sonrisa—. Huelo a tarta. Pamela usa mi receta. Cuatro veces ganadora de la banda azul en la feria estatal de Dakota del Norte. Cariño, supongo que no podría probar un poquito, ¿verdad?

—Mary Ann —la riñó Pamela con suavidad—. Ya sabes...

La anciana suspiró. Se llevó un dedo a la aleta de la nariz.

—Aún puedo saber cuándo una tarta está bien hecha sólo por el olor —dijo.

Pamela apagó la música y se sentó en un sillón junto a su suegra, quien deslizó las manos bajo la manta para calentárselas. Serena y Maggie volvieron a presentarse.

—¿Minnesota? —preguntó Mary Ann—. El lugar de pesca preferido de mi marido y mío estaba cerca de Brainerd. Una zona preciosa. Todos esos lagos y árboles. Por aquí, lo único que hay son kilómetros y kilómetros de trigo.

—Su nuera dice que ha vivido usted en esta casa desde la década de 1970 —indicó Serena.

—Oh, sí, Henry y yo compramos una pequeña parcela de tierra cerca de Minot poco después de casarnos, con el dinero que nos dio su abuelo. Henry lo empleó muy bien. Tenía un título universitario. Era muy de ciencias.

—¿Cerca de Minot? ¿Y cómo acabaron aquí?

—Bueno, mi familia era de Minot y la familia de Henry era de Fargo, y eso nos causaba muchos problemas en vacaciones. Los parientes siempre querían que estuvieras en dos sitios a la vez. Así que cuando el padre de Henry le dijo que se iba a poner a la venta la casa de Mathisen, nos trasladamos aquí. De todas maneras, mis padres estaban a punto de jubilarse y tenían una casita en Casselton. Como ven, todo salió bien.

—¿Llegó a conocer a la familia Mathisen? —preguntó Maggie.

—¿Conocerles? Oh, no. Como ya he dicho, nosotros no éramos de por aquí. Sin embargo, los padres de Henry sí los conocían bastante bien. Ellos tenían una granja unos ocho kilómetros al este de aquí.

—Me pregunto si sus suegros le contaron alguna historia sobre los Mathisen —dijo Serena.

—¿Alguna historia?

—Estamos intentando averiguar cuanto podamos sobre la familia. En particular sobre sus hijos.

—No estoy segura de poder serles de ayuda —contestó Mary Ann. Inclino la cabeza hacia atrás y su mano izquierda surgió de debajo de la manta para rascarse el cuello—. No recuerdo haber oído muchas cosas de esos niños. Sólo tenían uno, ¿no es así? ¿Un chico? No, es verdad, la chica era mayor. Ella no vivía aquí.

—¿Oyó algo fuera de lo común acerca del niño?

—¿Fuera de lo común? No lo creo. Es tan triste lo que pasó.

—¿Y qué pasó? —preguntó Maggie.

—Bueno, un adolescente que pierde a sus padres. Algo aborrecible a mi modo de ver.

—He oído que el padre murió en un accidente de coche —dijo Serena.

—Sí, creo que tiene razón —confirmó Mary Ann—. Por aquel entonces no era fácil sobrevivir sin un hombre en casa. Es un milagro que salieran adelante. Y luego la madre... Oh, qué horrible. Si quiere que le diga la verdad, Henry y yo no estábamos seguros de querer trasladarnos a vivir a esta casa después de lo que sucedió. No sabía ni siquiera si sería capaz de dormir aquí.

—¿Por qué? —preguntó Serena—. ¿Qué le pasó a Inger Mathisen?

—Ah, ¿no lo sabe? Como es policía, supuse que lo sabría. Un intruso la mató. La asesinó en su dormitorio. Dijeron que probablemente lo hizo un vagabundo en busca de joyas o dinero. Soy incapaz de creer que alguien pudiera hacer algo tan horrendo. Ya es lo bastante horrible que alguien acabe con la vida de otro ser humano, pero la forma en que lo hizo... Oh, querida, ni siquiera ahora soy capaz de pensar en ello.

—¿Cómo la asesinaron? —quiso saber Maggie.

—La golpearon hasta matarla. —Mary Ann suspiró y se arrebujó en su manta—. ¿Se lo imagina? La golpearon hasta matarla con un bate de béisbol.

Stride se compró un perrito caliente estilo Chicago y se dedicó a vigilar un asiento cercano a la puerta de embarque de British Airways en la Terminal 5. Apoyó las piernas en la hilera de asientos que tenía enfrente. Al otro lado de la ventana, las puertas de embarque de los vuelos internacionales del aeropuerto O'Hare parecían un *parking* para los jets 747, que lucían logotipos multicolores de compañías aéreas de todo el mundo. Dentro, en el vestíbulo de salidas, miles de pasajeros se arracimaban bajo las claraboyas del techo y kilómetros de tubería blanca. Stride contempló el ajeteo de gente y aviones mientras se acababa su perrito caliente.

Se encontraba más allá del puesto de control de seguridad internacional, gracias a una llamada de urgencia a un amigo de la policía de Chicago. Dada, si es que se trataba de él, llegaría allí en el plazo de una hora desde una de las tres terminales nacionales del aeropuerto. Stride suponía que Dada llegaba de Missouri en su camino a Johannesburgo. El hombre que había encontrado en internet, Hubert Jones, era un profesor de estudios africanos de la Universidad de Washington en St. Louis.

La página web de la facultad incluía una foto del profesorado. Stride había observado detenidamente la fotografía para establecer una conexión con el joven vagabundo de las vías del tren de treinta años atrás. De lo único que estaba seguro era de que Hubert Jones *podía* ser Dada. Las rastas habían desaparecido, sustituidas por un pelo gris acero cortado a cepillo. Las cejas de demonio eran ahora densas y pobladas. El rostro amplio y mofletudo mostraba a un hombre mucho más grueso que el esbelto gigante que sobrepasaba a Stride. Los ojos podían ser los de Dada —negros e intensos— pero, al fin y al cabo, había transcurrido demasiado tiempo y ese hombre llevaba grabado en la piel el rastro de demasiados años.

Stride se bebió una botella grande de Coca-Cola para bajar el perrito caliente. Releyó el manoseado fajo de documentos sobre Hubert Jones que había impreso en su oficina antes de que saliera el sol. Jones tenía cincuenta y dos años, y era diplomado y licenciado en Berkeley. Había viajado y dado conferencias por toda Europa, y el puesto de profesor interino que había aceptado en Sudáfrica sería su tercera estancia en el continente africano. Como erudito, Hubert Jones era todo un número uno.

También había escrito un libro.

Más que cualquier otra cosa, ese libro era lo que había convencido a Stride de que Hubert Jones era Dada. Se titulaba *Los hombres dientes de león* y contaba la historia de los tres años que Jones pasó viviendo con jornaleros itinerantes por el Sur y el Medio Oeste después de abandonar la facultad cuando tenía veintipocos años. Con el

paso del tiempo, también él se convirtió en uno de esos trotamundos, en parte de una comunidad de individuos que iban y venían con tanta facilidad como semillas en el viento. Viajaban a pie. Hacían dedo. Se colaban en los trenes. Trabajaban, robaban, se drogaban, iban a la cárcel y nunca se quedaban lo bastante en ningún lugar para poder llamarlo hogar.

Stride halló un fragmento del libro en la página web:

No eran éstos los hombres a los que uno llamaría sin techo, ni los enfermos mentales depositados en las calles de nuestra ciudad en los últimos años, cuando el dinero de nuestros impuestos descubrió los límites de nuestra compasión. Éste fue un tiempo y una era en que los hombres escogían su propio estilo de vida porque eso los hacía libres. Se trataba de un fenómeno predominantemente rural, no urbano. Esos hombres eran hijos de nuestras raíces, hijos de nuestra tierra, que vivían a merced del tiempo, los alimentos y el agua. Casi todos los días se enfrentaban a la violencia. En ocasiones entre ellos mismos, pero las más de las veces ésta procedía del exterior, de los hombres que vestían de uniforme. Se puede maltratar a los hombres dientes de león, incluso matarlos, pero jamás se les puede despojar de su dignidad ni de su humanismo primigenio. En ocasiones pienso que quienes se mostraron más violentos con ellos, quienes más les temieron, fueron aquéllos que envidiaron su libertad.

A Stride el libro le recordaba la historia de Dada, incluso abarcaba el mismo período de tiempo, desde 1976 hasta 1978. Sin embargo, al realizar una búsqueda *online* en el texto, no halló referencias ni a Duluth ni a Minnesota, ni tampoco a los hechos acaecidos ese verano. Tampoco encontró mención alguna del asesinato del parque. Ni de su huida en el tren de carbón. Si Hubert Jones había vivido todos esos acontecimientos, los había omitido en su diario.

Stride echó un vistazo a las escaleras automáticas. Mentalmente, revivió los hechos acaecidos en las vías del tren y sintió a Dada apartándole de un manotazo como a una mosca. Recordó el pánico resollando en sus pulmones mientras él pugnaba por respirar y el húmedo infortunio de barro y lluvia. Oyó el chasquido de los disparos descontrolados de Ray. Vio a Dada en el tren, haciéndose pequeño a medida que se alejaba.

«La chica tiene secretos».

Veintisiete metros más allá, Stride descubrió a Hubert Jones en la escalera mecánica.

El ruido del aeropuerto se convirtió en su mente en un estruendo sordo que lo envolvía todo excepto al hombre que se deslizaba por los peldaños. Era enorme, medía más de dos metros, y su silueta recordaba el gigantesco tronco de un árbol viejo. Vestía traje oscuro, una camisa blanca almidonada y gemelos, y una colorida corbata. Stride percibió que los colores de la corbata eran los mismos colores rastas

(verde, dorado y rojo) del gorro que Dada solía llevar. Stride se preguntó si eso sería una suerte de broma privada, una señal para que lo reconociera. Cuando Jones giró la cabeza, sus ojos se encontraron a través del vestíbulo, y los gruesos labios del gigantón esbozaron una amplia sonrisa.

En ese preciso momento, Stride lo supo. Lo supo con certeza.

Era Dada.

Para ser un hombre tan corpulento, se movía con gracilidad y rapidez. En el arranque de la escalera, estudió a la gente que lo empujaba, como si se preguntara si Stride había preparado una fiesta de bienvenida con la policía y el servicio de seguridad. Cuando se vio a salvo, avanzó con soltura entre la multitud, que se apartaba para dejarle el camino libre al gigante. Stride se levantó de su asiento para salirle al encuentro. No le gustaba mirar a otro hombre desde abajo, y Jones era tan intimidante como un ogro subido a un tallo de habichuelas mágicas. Jones extendió una mano y Stride se la estrechó. Sintió la inusitada fuerza del apretón de manos.

—Veo que aún tiene la cicatriz —comentó Jones al tiempo que señalaba el rostro de Stride con un dedo carnos—. Lo siento.

—Mi mujer siempre decía que le parecía muy sexy —contestó Stride.

Jones se echó a reír. La misma risa estruendosa de tantos años atrás, como el villano de una radionovela antigua.

Stride reconoció la voz del hombre.

—Fue usted quien me llamó anoche —dijo—. Y no el amigo de un amigo.

—Sí, fui yo.

—¿A qué venía esa treta?

—No sé qué clase de hombre es usted, teniente. Lo único que sé es que si tuviera ocasión no dudaría en ponerme los grilletos. Quería escuchar su voz. Siempre he creído que puedo tomarle la medida a un hombre por cómo me habla.

—¿Y he superado la prueba? —preguntó Stride.

—Oh, no estaba completamente seguro de que no me rodeara con una partida de lo mejor de Chicago. Pero supongo que el muchacho que me hizo frente en las vías del tren consideraría una cuestión de orgullo encontrarse conmigo a solas. No ha cambiado en nada, teniente.

Stride odiaba admitirlo, pero Jones tenía razón. Habría sido más inteligente traer refuerzos, pero había acabado cometiendo el mismo error arrogante que cuando era joven: enfrentarse a ese hombre él solo.

—Si quisiera arrestarlo, podría hacerlo —aseguró.

—Podría, pero espero que haya transcurrido el tiempo suficiente para que usted crea ahora lo que ya creía cuando era muchacho. Yo no maté a nadie. La sabiduría llega con la inocencia y la experiencia, teniente, y sólo lo que hay en medio nos causa problemas.

Jones se sentó en la hilera de asientos que había enfrente y apoyó los puños en las rodillas. Stride cogió por la tapa una botella de agua mineral sin abrir del asiento de al lado. Se la entregó a Jones, quien la cogió con una manaza.

—Debe de estar seco después del vuelo —apuntó Stride.

—Sí, lo estoy. —Jones desprecintó la tapa y se bebió de un trago media botella. Volvió a taponarla y luego dijo—: ¿Puedo quedármela hasta que me la acabe o quiere ahora mismo una muestra de mis huellas dactilares?

Stride sintió cómo se ponía colorado.

—Quédesela —espetó.

Jones sonrió y depositó la botella en el suelo.

—¿Por qué se ha puesto en contacto conmigo después de tantos años? —preguntó Stride—. ¿Sabe quién es Tish Verdure y que está escribiendo un libro sobre el asesinato?

—Aún me quedan unos cuantos amigos en la comunidad rasta —explicó Jones—. Como bien sabe, hace poco apareció un artículo en la prensa de Duluth que revisaba de nuevo el crimen y que mencionaba que el sospechoso era un trotamundos rasta. Hice una ronda de visitas por nuestras páginas web, y, al final, alguien me envió el artículo con una nota que ponía: «¿Eres tú?».

—Pero ¿por qué presentarse ahora? Yo creía que estaba muerto. Y está sano y salvo.

—Lo pensé detenidamente, créame, y decidí que había llegado el momento de dejar atrás esa etapa del pasado. Confieso que también sentía cierta curiosidad respecto a usted. En el artículo se mencionaba que era un detective de Duluth, y me sorprendió descubrir que se trataba del mismo chico a quien me enfrenté aquella noche.

—Yo he buscado *Los hombres dientes de león* en internet —dijo Stride—. En él no hace referencia a lo que le sucedió en Duluth.

Jones se recostó en el asiento. Su perímetro llenaba el espacio, y su cintura quedó comprimida entre los brazos de la silla.

—Oh, yo quería hablar de Duluth, pero sabía que aún me buscaban. Es algo parecido a un oso perdido en las calles de una ciudad. No se limitan a meterlo en una jaula cuando lo encuentran. Lo matan a tiros.

—El hombre que le disparó —explicó Stride— era un policía corrupto. Pensé que debería saberlo.

—Ésa fue una época corrupta.

—¿Por qué eligió esa clase de vida? —preguntó Stride—. ¿Por qué ser un trotamundos?

—Supongo que se podría decir que me horrorizaba la vida moderna —contestó Jones—. Me sentía fuera de onda. Sólo un muchacho puede ser tan iluso. Sin

embargo, la comunidad que encontré en las sombras era más profunda y más compacta que ninguna de las que he encontrado hasta ahora. Fue duro dejarla atrás. Desde entonces de vez en cuando busco a los hombres dientes de león, pero son una especie en vías de extinción. Como animales salvajes cuyo hábitat ha sido destruido. Salen huyendo en cuanto me acerco a ellos. Como ve, ya no pertenezco a su mundo.

—Da la sensación de que lo echa de menos —señaló Stride.

Jones tironeó de las solapas de su traje con una sonrisa de desconcierto.

—Así es. A veces fantaseo con la idea de volver a desaparecer. Pero no es más que una fantasía.

—Hábleme de Laura.

—¿Laura?

—La chica que fue asesinada.

Jones cruzó las manos sobre el pecho.

—Sí, por supuesto. No supe nunca su nombre, hasta que leí el artículo de prensa. Sólo era una chica en el parque.

—Durante todos estos años pensé que fue usted quien la mató —dijo Stride.

Jones asintió.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no estoy tan seguro. Tenemos un nuevo testigo. Alguien que dice que usted rescató a Laura en lugar de atacarla.

—Un testigo —dijo Jones—. Sí, había alguien más en los bosques aquella noche. No llegué a verle, pero supe que estaba allí. Olí el cannabis que estaba fumando.

«Finn», pensó Stride.

—Había otro chico en el campo de béisbol —añadió Jones—. El que atacó a Laura. Yo impedí que le hiciera daño.

Stride asintió.

—Después de la pelea, Laura echó a correr hacia la playa norte.

—Sí, lo sé. La seguí.

—¿Recorrió todo el trayecto hasta la playa? ¿La vio allí?

—Sí —respondió Dada.

—¿Qué vio?

Dada sonrió.

—Ya se lo dije, teniente. Esa chica tenía secretos.

—A este paso no podremos volver a Minnesota esta noche —dijo Maggie.

Estaban una hora al este de Fargo, sentadas encima de un banco del parque, y observaban una lancha a motor que surcaba las aguas del lago Ashtabula. A su izquierda se hallaba el muro de hormigón de la presa Baldhill, que contenía las aguas del río Sheyenne y creaba un estrecho tramo de lago artificial. Atardecía. El aire olía a carburante de barco y a hamburguesas. Las motos acuáticas dejaban estelas en el agua. En las cercanías, en la zona de acampada, los niños chapoteaban y chillaban a lo largo de la franja de arena de la playa.

—Peter necesita el avión —replicó Serena.

—Ya, pero ese tío puede quedarse pescando ahí fuera hasta que se ponga el sol.

Después de abandonar la granja de los Mathisen, habían hecho un alto en la jefatura de policía de Fargo, donde sus colegas de Dakota del Norte las ayudaron a localizar al hombre que se había encargado de la investigación del asesinato de la madre de Finn, Inger Mathisen. El detective, Oscar Schmidt, se había jubilado hacía más de una década y trasladado con su mujer a una localidad llamada Valley City. Serena y Maggie localizaron la casa de los Schmidt, donde su esposa les indicó que fueran al norte hasta el lago Ashtabula, el lugar preferido de Oscar para pescar.

—¿Quieres que nos metamos en el agua? —preguntó Serena.

Maggie se bajó las gafas de sol y entornó los ojos para echar un vistazo al parque.

—¿En pelota picada?

—Lo que quiero decir es que hace calor. Arremanguémonos los pantalones y metamos los pies.

—Tú primera.

Dejaron el calzado encima del banco y se subieron las perneras de los vaqueros por encima de las pantorrillas. La arena de la playa abrasaba pero el agua del lago les pareció helada cuando metieron los dedos de los pies. Avanzaron unos cuantos pasos hasta que el agua les cubrió unos veinte centímetros.

—¿Crees que es una coincidencia? —preguntó Serena—. ¿Que la madre de Finn muriera apaleada? ¿Como Laura?

—No.

—¿Te crees la historia del intruso?

—No.

—Yo tampoco. Me pregunto por qué Oscar sí lo hizo.

—Eso es lo que le vamos a preguntar. Suponiendo que en algún momento salga del lago.

Serena levantó la barbilla hacia el cálido sol. Maggie se acabó una lata de Coca-Cola Light mientras esperaban, sin dejar de mirar con impaciencia el reloj. Pasó media hora. Por fin, un bote de aluminio de cuatro metros de eslora que había visto mejores tiempos se acercó al atracadero resollando. En la popa, un anciano con el pelo gris enmarañado y un bigote que se rizaba por encima de su labio superior apagó el motor del Evinrude y dejó el bote a la deriva en el agua poco profunda. Llevaba puesto un bañador azul marino con rayas verticales blancas e iba sin camisa. La barriga le sobresalía como una pelota de baloncesto, pero el resto de su cuerpo tenía la piel fofa y acartonada. Era de baja estatura, no medía más de metro sesenta y cinco, y usaba gafas de sol. Mientras Serena y Maggie lo observaban, Oscar Schmidt saltó al agua, arrastró la proa hasta que ésta estuvo casi varada en la rampa de hormigón y luego se dirigió caminando con sus chancletas hacia una furgoneta Chevy de color rojo.

—¿Señor Schmidt? —gritó Maggie.

Ambas salieron del agua chapoteando y se dirigieron hacia el atracadero.

El hombre se detuvo con las manos en jarras.

—Soy yo —contestó con brusquedad—. ¿Quiénes son ustedes?

Maggie se presentó y luego presentó a Serena.

—Nos gustaría que nos concediera cinco minutos para hablar con usted de uno de sus antiguos casos —le explicó.

—¿Qué caso?

—Inger Mathisen.

Schmidt dobló las patillas de las gafas de sol y se las metió en el bolsillo del traje de baño.

—Siempre me he preguntado si este caso se reabriría algún día y acabaría perjudicándome. —Suspiró y añadió—: Denme un momento para sacar el bote y luego hablamos.

Diez minutos después, el bote goteaba en el aparcamiento y Schmidt se hallaba sentado frente a Maggie y Serena en el banco del parque. Su espesa mata de pelo estaba mojada y el aliento le olía a cerveza.

Serena desvió la cabeza hacia el agua.

—¿Y qué tal está?

—Pues me he bebido un pack de seis latas, me he dado un baño y no he pescado una puta mierda. Un día normal y corriente. Si le soy sincero, no es que me guste mucho el pescado. Nunca me lo quedo. Casi siempre lo vuelvo a arrojar al agua porque si no mi mujer se emperna en cocinarlo.

—Bonito lugar para retirarse —comentó Maggie.

—Sí, no está mal, ¿eh? Tenemos una caravana en Texas y en invierno vamos allí. Si por mí fuera no me movería de aquí, pero mi mujer no soporta la nieve.

—Háblenos del caso Mathisen —dijo Serena.

—No hay mucho que decir. Una granja aislada. Sábado por la noche. La mujer dormía en su cama. Alguien la apaleó hasta matarla.

—¿Nunca cogieron a quien lo hizo?

Schmidt negó con la cabeza.

—No, no teníamos nada. Imaginamos que algún malnacido se había alejado de la interestatal en busca de dinero. Es probable que le sorprendiera encontrar a alguien en la casa.

—La granja está a ocho kilómetros de la autopista —señaló Serena—. Y no es fácil de encontrar.

Schmidt se encogió de hombros y se mordisqueó una uña.

—¿Halló más denuncias de algún incidente similar a lo largo de la autopista interestatal? —preguntó Maggie—. ¿Quizá fuera de Montana o Minnesota? Normalmente se puede rastrear a esos tíos como chinchetas en un mapa.

—No hubo otros incidentes que siguieran el mismo patrón —explicó Schmidt—. Supusimos que el tipo se había asustado.

—¿Algún indicio de que forzaran la entrada? —preguntó Serena.

—¿Por aquí? Aquí nadie cierra la puerta con llave.

—¿Alguien vio u oyó algo? —inquirió Serena.

—Ya ha visto el lugar. No hay ningún vecino en kilómetros a la redonda.

—¿Y qué me dice del chico?

Schmidt se frotó el bigote.

—¿El chico?

—Finn Mathisen. El hijo de Inger.

—No estaba en casa.

Maggie se inclinó hacia el banco.

—No se lo tome a mal, señor Schmidt, pero usted no es granjero, así que, ¿por qué no hurgó en la mierda?

El bigote de Schmidt se retorció en una sonrisa.

—Me gusta. Nunca me han gustado mucho los orientales, pero usted es una mujer lista. Y también agradable a la vista. Las dos lo son.

—¿Por qué creía que este caso le acabaría perjudicando? —preguntó Maggie.

Schmidt echó una mirada a su furgoneta y Serena se imaginó que estaba deseando irse a casa a cenar.

—Miren, señoras, ¿por qué causar problemas a la buena gente después de tantos años? ¿A quién diantre le importa?

—Unos cuantos años después de que Inger fuera asesinada, mataron a una adolescente en Duluth —contestó Serena—. La golpearon con un bate de béisbol. Finn es sospechoso.

Schmidt frunció el ceño.

—Mierda.

—Así pues, ¿quiere explicarnos lo que ocurrió realmente?

—Eh, no se encontró ninguna prueba que demostrase que no la mató un intruso.

—Pero usted no se lo creía.

Schmidt las amenazó con un dedo calloso.

—A veces uno tiene que decidir si es un policía o un ser humano, ¿de acuerdo? Quizá las cosas no funcionen así en una ciudad grande, pero tan seguro como que hay infierno que en una pequeña sí. Según mi opinión, el asesinato de Inger Mathisen fue un acto de misericordia.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Maggie.

—Inger era una auténtica bruja. ¿Por qué creen que su marido se emborrachaba todas las noches y acabó en un remolque? Odiaba estar en esa casa. Era un hombre débil. No supo detenerlo.

—¿Detener el qué?

Schmidt suspiró asqueado.

—En la ciudad se decía que Inger hacía cosas a los niños —continuó Schmidt—. Cosas asquerosas. Por aquel entonces, uno sabía que ese tipo de cosas ocurría, pero nadie hablaba de ello. De esas granjas salieron un montón de niños jodidos.

—Siga.

Schmidt tosió y escupió en el suelo.

—El chico, Finn, tenía unos catorce o quince años. Y ya estaba echado a perder. Por las drogas. Tal como yo lo veo, se colocó y decidió acabar con su madre de una vez por todas. Lo hizo con su bate. Encontramos sus huellas dactilares.

—Usted dijo que no se encontraba en casa —replicó Serena.

—Eso fue lo que nos contó su hermana.

—¿Rikke?

Schmidt asintió.

—Ella escapó de ese agujero inmundo cuando se marchó a la Universidad Estatal de Dakota del Norte y obtuvo su certificado de aptitud pedagógica. Trabajaba en Fargo y vivía en un apartamento de por aquí. Juró que ese fin de semana Finn estaba con ella.

—¿Había testigos cerca del apartamento para confirmarlo?

—Un par de personas recordaron haber visto al chico —dijo—. No estaban seguras de si fue el sábado o el domingo.

—Usted cree que fue el domingo —afirmó Maggie.

—Sí, me imagino que Finn asesinó a Inger el sábado por la noche y luego telefoneó a su hermana. Ella fue a recogerlo y se lo llevó a Fargo para quitarle el colchón de encima y ponerse de acuerdo en sus coartadas. Sin embargo, como nadie

vio nada, no hubo manera de demostrarlo. Rikke llevó a Finn de vuelta a casa el martes, que fue el día en que aseguraron haber encontrado el cadáver apestando toda la vivienda. Ella nos telefoneó y yo fui.

—¿Los interrogó?

—¿Interrogar a unos críos cuya madre acababa de ser asesinada? Sí, pero no a fondo.

—Sin embargo, usted no les creyó, ¿no es así?

—Digamos que tampoco les presioné demasiado. ¿De acuerdo? Nadie lo hizo. Hablamos de ello. Todos en la ciudad se iban a sentir mucho mejor sabiendo que el que la mató no era más que un extraño. Los chicos ya habían sufrido bastante, así que decidimos dejarles seguir con sus vidas.

—Un acto de misericordia —dijo Serena.

—Exactamente.

Tish aparcó en un camino de tierra a dos manzanas de la vivienda de Finn, custodiada por las ramas combadas de un sauce llorón. Sostenía un cigarrillo por fuera de la ventanilla bajada del Civic mientras aguardaba. Sabía que tendría que esperar bastante, pero había pasado gran parte de su vida desde que abandonara Duluth sola y preocupada, y el tabaco era como morfina que circulaba por su torrente sanguíneo, mitigando el dolor. Los cigarrillos siempre la acompañaban allá donde fuera. En un velero del puerto de Dubrovnik, acabada la guerra, cuando los turistas empezaron a volver. En una choza de barro y piedra en la ladera de una montaña tibetana. En Atlanta, mientras lloraba en un aparcamiento de la librería Borders, después de romper con Katja. En Duluth, cuando Laura salió corriendo y apartó a Tish de su vida.

Si se hubiera quedado... las cosas habrían sido muy diferentes.

Sintió que el automóvil se estremecía cuando un tren culebreó hacia ella desde el puerto. La locomotora avanzaba lentamente, gruñendo como un animal e interceptándole la visión de la casa de Finn. El polvillo del carbón salía volando de los rebosantes furgones de mercancías y formó una película granulosa en el parabrisas. El estruendo repiqueteante, Vibrante y chirriante la obligó a llevarse la mano libre a la oreja. Cuando pasó el último vagón de carga, vio a Rikke, ataviada con un vestido azul marino, que bajaba los peldaños de su casa. Era la primera vez que la veía desde su llegada a Duluth. El tiempo no había pasado en balde para ella. Su austera belleza y su apariencia de amazona habían desaparecido con el transcurso de los años. Incluso de lejos, pudo ver en su rostro toda una vida de infelicidad. Rikke llevaba un paraguas en la mano y atajó por el césped hasta llegar a un Impala color canela. Sacó el coche de la maleza al camino de tierra y condujo hasta el otro lado del laberinto de vías de ferrocarril, no muy lejos del coche donde Tish aguardaba.

Tish se agachó para que Rikke no la viera. Esperó a que el Impala desapareciera de su vista y luego salió del vehículo y se dirigió hacia la vivienda de Finn. Caminó cautelosamente por el lecho de piedras entre las vías. La camiseta se le pegaba a la piel en aquella atmósfera bochornosa. Miró a su alrededor y sintió como si el tiempo se hubiera detenido en lugares como aquél. La ciudad, los caminos de tierra, la casa y los trenes eran como una instantánea de su niñez. Le hacía pensar en cosas del pasado. La helada transpiración de los botellines de refresco Mountain Dew. El bumerán Wham-O. El televisor en blanco y negro. Todo eso le hacía recordar una época en que las personas que ella amaba aún estaban vivas.

Llamó a la puerta. Como nadie respondía, echó un vistazo por el visillo color

crema de la ventana. Se preguntó si Finn estaría durmiendo.

Tish giró el pomo, pero la puerta principal estaba cerrada con llave. Tras comprobar los marcos de todas las ventanas, encontró uno que no tenía echado el pestillo. Abrió la ventana y se metió en la sala de estar a través de las finas cortinas. La casa estaba en silencio y cerrada. Dio un brinco al notar que algo se restregaba contra su pierna, y luego se dio cuenta de que se trataba de un gato que le había rozado al pasar junto a su pie. Cerró la ventana tras ella.

—¿Hola? —gritó—. ¿Finn?

Nadie respondió.

Inspeccionó la planta baja con aprehensión. La cocina era pequeña, con electrodomésticos color aguacate que no se habían cambiado en años. La mosquitera del patio trasero estaba destrozada, y la malla colgaba de una esquina. Abrió una puerta y encontró un cuarto de baño pequeño, no más grande que un armario, con una bombilla desnuda colgando del techo y un frasco de pastillas vacío en el borde de la pica. Tamoxifeno. Sintió una punzada de empatía por Rikke.

De vuelta en la sala de estar, vio las estrechas pisadas cerca de la puerta principal que conducían a la planta superior. Titubeó al pie de la escalera.

—¿Finn? —volvió a gritar.

Tish subió los peldaños, estremeciéndose ante el sonido de sus pies al presionar las tablas combadas de madera. Al llegar al descansillo, se topó con una puerta cerrada justo enfrente de ella. Sin saber por qué, supo que Finn estaba allí dentro. No llamó a la puerta. Le dio una patada y esperó en el umbral mientras ésta acababa de abrirse.

La habitación estaba a oscuras; las cortinas corridas permitían apenas que unas rendijas de luz diurna acuchillaran la penumbra formando vetas estrechas y polvorientas. Sus ojos se adaptaron a la oscuridad. Vio a Finn en el suelo, sentado con la espalda apoyada en la cama y los brazos abrazados a las rodillas. Los antebrazos estaban envueltos en unas vendas blancas. Sólo llevaba puestos unos calzoncillos.

—Soy yo, Finn —dijo ella—. Tish.

Sus ojos estaban perdidos en las sombras. No la miró, ni siquiera estaba seguro de que ella estuviera allí. Después, habló con voz cansada.

—Deberías marcharte, ella volverá pronto.

—Me trae sin cuidado.

—No quiere verte.

—He venido a verte a ti. ¿Cómo estás?

—¿Que cómo estoy? —dijo Finn—. Me gustaría estar muerto.

—No digas eso. Eres un hombre afortunado.

—Sí. En cuanto me ve la gente dice: «Ahí va un tipo con suerte».

Tish se sentó en el suelo junto a Finn y le pasó un brazo por los hombros. Su piel

desnuda estaba fría y húmeda.

—Quizá deberías meterte en la cama.

—Ya me he pasado muchos días en cama. He fingido que dormía para que Rikke me dejara solo de una vez. Le preocupa lo que pueda hacer.

—¿Y tiene motivos para estar preocupada?

—¿Te refieres a si lo haré de nuevo? Ya me gustaría, pero soy un cobarde. ¿No es patético?

—Me siento culpable —le dijo Tish—. Como si mi regreso te hubiera hecho esto.

—No es culpa tuya.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —preguntó—. ¿Fue por lo del asesinato de Laura? ¿Recordaste algo más?

Finn cerró los ojos con fuerza. Una lágrima brotó como una rosa del borde del ojo y resbaló por su nariz hasta llegar a la comisura de la boca.

—Todo el mundo quiere que recuerde menos yo.

—Creo que sí que quieres.

Finn negó con la cabeza.

—Jamás debería haber ido al parque esa noche.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

—¡Porque no puedo dejar de hacerlo! —exclamó Finn—. ¿No lo entiendes? ¡Nunca he sido capaz de dejar de hacerlo!

—¿Dejar de hacer qué?

Finn apretó los puños.

—Mirar. Eso es lo que soy. Un mirón.

—¿Te refieres a mirar a las jovencitas en sus dormitorios? —preguntó Tish—. ¿Fuiste tú?

Él se llevó las manos a la cara y asintió.

—¿Por qué, Finn?

—¿Crees que puedo escoger? ¿Crees que quiero ser como soy? —Se quedó mirando el suelo y añadió—: Mi madre me obligaba a mirar. Yo ni siquiera sabía lo que sucedía, pero me obligaba a mirar. Y yo la odiaba por eso.

Tish se quedó mirando la cama y empezó a comprender.

—¿Espías a Laura? —preguntó.

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí. La espiaba en la cama cuando se quedaba a dormir con nosotros.

—¿Y ella lo sabía?

—No. Al menos al principio.

—Dijiste que estabas enamorado de ella, Finn. ¿Cómo pudiste hacer eso a alguien de quien estabas enamorado?

—Ya te lo he dicho. No puedo dejar de hacerlo. Me gustaría poder arrancarme los ojos.

—¿Sabías que Laura iba a ir al parque esa noche?

Finn asintió con la cabeza.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Tish.

—Ella me lo dijo. Yo me di cuenta de que huía de mí. Fue culpa mía. La asusté.

—¿Te descubrió mientras la espiabas?

—Sí. Se lo conté todo. Tuve que hacerlo. Pero fue una equivocación. No lo entendió.

—La seguiste también después de su pelea con Peter, ¿verdad? La seguiste hasta la playa.

—No lo sé. Puede que sí.

Tish sintió como si la estuviera ahogando.

—¿Qué pasó?

—No me acuerdo —contestó él.

—Finn, tienes que contármelo.

—No me acuerdo.

Tish cerró los ojos y se acercó a él, olió su sudor y su miedo, y le murmuró al oído:

—Estabas muy cerca. ¿Qué viste?

—Nada.

—¿Sueñas alguna vez con eso? —preguntó ella.

—No. No sueño.

—Apuesto a que sí lo haces, Finn.

—Vete. Vete ahora mismo. Aléjate de mí.

—Háblame de tus sueños.

Finn negó en silencio. Ella sabía que estaba a punto de desmoronarse.

—Cuéntame —insistió.

—Tengo pesadillas —susurró él—. Hace años que las tengo.

—¿Sobre qué? ¿Qué ves?

—Sangre. —Tish aguardó—. Hay mucha sangre —prosiguió él—. Ella está cubierta de sangre.

—Qué más.

—Ruido. Como algo succionando. Gorgoteando. Y el viento. Pero no es viento. Un susurro. Como las alas de un pájaro.

—¿Y qué es? —preguntó Tish, aunque ya sabía la respuesta.

Los ojos de Finn se abrieron como platos y su boca dibujó un agujero semejante a la entrada de una cueva.

—Es el bate. Lo veo subir y bajar. Arriba y abajo. No puedo detenerlo. ¡Que

alguien lo detenga! —Se quedó mirando sus manos. Sus manos vendadas—. Yo la maté —dijo—. ¿No lo entiendes? ¡Yo la maté!

—¿Quién la mató? —preguntó Stride a Hubert Jones.

—No tengo ni idea.

Stride negó con la cabeza en un gesto de frustración.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

Jones alzó su botellín de cerveza y lo vació de un trago, después se limpió sus labios carnosos con una servilleta. Se habían trasladado a una mesa tranquila al fondo de un bar de la Terminal 5.

—Nunca dije que supiera quién asesinó a esa chica —aclaró Jones—. Lo único que sé es que no fui yo. La última vez que la vi estaba viva. Me conmocioné cuando la noticia de que había sido asesinada se extendió por las vías del ferrocarril.

—¿Por qué no regresó?

Jones se rió entre dientes y negó con la cabeza.

—Cuando una chica blanca aparece asesinada, lo primero que se pregunta la policía es: «¿Quién era el negro que estaba más cerca?». Lo dijo usted mismo: el poli que llevaba el caso estaba corrupto. Sabía lo que pasaría. Sabía que tenía que marcharme de la ciudad.

—Usted ha dicho que Laura tenía secretos —dijo Stride.

—Sí, los tenía. Lo supe en el instante en que la vi.

—¿Dónde fue eso? —preguntó Stride.

—En los bosques. La vi pasar por delante de mí; no estaba más lejos de lo que está usted ahora mismo, pero ella ni siquiera me vio. Tenía un aire decidido. Una meta en mente. Lo transmitía por su forma de andar y de llevar la mochila. La miré y me dije: mañana esta chica ya no estará aquí. No porque fuera a morir, cuidado. Sino porque estaría en cualquier otro sitio para empezar una nueva vida.

Stride no parecía muy convencido.

—Hábleme de la pelea del campo de béisbol.

—Oí a la chica gritar. Me abalancé sobre ellos en el césped. El chico la tenía sujeta. La estaba besuqueando, le arrancaba la ropa y ella se defendía golpeándole. —Stride guardó silencio—. Me enfurecí —continuó Jones—. Para mí la violación es la ofensa suprema. Un bárbaro que despoja a una mujer de su alma.

—¿Qué es lo que hizo usted exactamente?

—Vi algo en la hierba. Un bate de béisbol. Lo cogí y golpeé al chico en la espalda. Se lo clavé como si fuera un arpón y oí cómo se le rompían las costillas. Dejó escapar a la chica; luego lo agarré y lo arrojé a la maleza. Cuando me agaché para mirar a la chica, él se arrojó sobre mí. Entonces le di en la cara. Se cayó de

espaldas. Lo dejé inconsciente.

—¿Qué pasó con la chica?

—Eché a correr hacia los bosques.

—El chico que la atacó, ¿era la misma persona a la que había oído? ¿La que fumaba marihuana?

Jones se lo pensó antes de responder.

—No.

—¿Está seguro?

—Lo estoy. Ya sabe cómo era ese parque en verano, teniente. Había mirones por todas partes.

—¿Y qué pasó con Laura? —preguntó Stride—. ¿Fue tras ella cuando echó a correr?

—Por supuesto. Quería asegurarme de que se encontraba bien. Una tontería por mi parte, lo sé. En su estado, probablemente ni siquiera sabía quién la había atacado. Fácilmente pudo haber supuesto que fui yo. No hay muchas chicas blancas a las que les guste que un hombre negro y corpulento las persiga por los bosques.

—¿Llevaba el bate de béisbol?

—No, lo había soltado.

—¿No temía que el chico volviera por usted con el bate?

—No estaba en condiciones de seguirme.

—Así que está seguro de que no cogió el bate —insistió Stride.

—Sí.

—La policía encontró sus huellas dactilares en él.

—Como ya le he dicho, lo había cogido. Para golpear al chico.

—A Laura la asesinaron con ese bate —dijo Stride—. La policía lo encontró cerca del cadáver, en la playa, a kilómetro y medio de distancia. ¿Cómo llegó hasta allí?

—Como es obvio, alguien lo llevaría hasta allí, pero no fui yo.

—¿Y tiene idea de quién pudo haberlo hecho?

—No, pero ya le he dicho que había alguien más en los bosques.

—¿Pudo Laura haberse llevado el bate consigo?

—No, se limitó a echar a correr.

—Usted ha dicho que la siguió —afirmó Stride—. ¿Qué sucedió después?

Jones juntó los dedos bajo los pliegues de su barbilla.

—Antes, déjeme preguntarle algo. ¿Aún me considera sospechoso?

—Sí.

—Al menos es usted sincero.

—Usted estaba allí. Sus huellas se encontraron en el arma del crimen. Y huyó de la ciudad.

—Ya le he explicado el porqué de todo eso.

—Salvo que no tengo forma alguna de saber si me está usted diciendo la verdad —explicó Stride—. Continúe. Hábleme de Laura.

Jones se acomodó en la silla de plástico y aceró del aeropuerto, que gruñó a modo de protesta bajo su peso.

—Al principio pensé que la había perdido. Creí que se las había apañado para salir del parque.

—¿La encontró?

—Sí; el sendero serpenteaba a lo largo del lago hasta otra playa. La encontré allí.

—¿Habló con ella? —preguntó Stride.

—Oh, no, ella no tenía ni idea de que yo estuviera allí.

—¿Era ésa la playa donde se encontró su cuerpo?

—Supongo que sí.

—Pero ¿estaba viva?

—Ya lo creo.

—¿Llevaba con ella el bate?

—Ya se lo he dicho, no.

—¿Y luego qué paso?

—Me marché.

—¿Y ya está? —preguntó Stride.

—La chica estaba a salvo. No podía hacer nada más. No iba a ayudarla si le anunciaba mi presencia.

—Encontramos semen en el límite del claro que hay cerca de la playa. ¿Era suyo? Dada arqueó las cejas.

—¿Semen? No.

—¿Volvió al campo de béisbol?

—No, tomé otro camino y salí del parque.

—¿Se encontró con alguien más? ¿Vio a la persona que cree usted que estaba en los bosques?

—No, no la vi.

—¿Eso es todo? —preguntó Stride—. ¿Hay algo más que quiera contarme?

—Nada más.

Stride se inclinó sobre la mesita y observó fijamente a Jones hasta que el gigantón parpadeó con incomodidad.

—Está mintiendo —dijo—. ¿Por qué me ha traído hasta aquí si no está dispuesto a explicarme toda la historia?

—Todo cuanto le he contado es la verdad —insistió Jones.

—La cuestión es qué está omitiendo.

—¿Qué le hace pensar que estoy omitiendo algo?

—«La chica tiene secretos» —dijo Stride—. Eso es lo que no para de decir. Creo que sabe algo más sobre Laura. Algo concreto.

Quiero saber qué es y por qué lo oculta. No le dejaré subir a ese avión hasta que no me lo explique.

Jones se pasó la lengua por sus dientes blancos y sonrió.

—Usted vio algo, ¿no es así? —preguntó Stride.

—Sí, así es.

—¿El qué? ¿Qué vio cuando encontró a Laura en la playa?

—No estoy seguro de ayudar a nadie contándoselo. Y mucho menos a la chica a la que mataron.

—Esto tengo que decidirlo yo —respondió Stride.

—Lo que vi fue algo inocente y hermoso. No había en ello nada violento.

—Explíquemelo.

Jones suspiró.

—Laura no estaba sola.

—¿Con quién estaba?

—No lo sé. Nadie que pensara acabar con su vida. Se estaban besando. Dos personas enamoradas. Puede entender por qué no me molesté en intervenir en ese momento. No creo que me quisieran merodeando por allí.

—¿Cómo era él? —preguntó Stride—. El amante de Laura.

Jones negó con la cabeza.

—Laura tenía el tipo de amante del que por aquel entonces no se hablaba. No se trataba de un chico, teniente. Era una chica. Laura estaba en la playa con una joven rubia de su misma edad. Y se abrazaban como si no quisieran soltarse jamás.

Tish estudió las fotografías enmarcadas que descansaban en el archivador de la oficina de Jonathan Stride en el ayuntamiento. Vio una foto de Stride con el brazo alrededor de Serena, tomada en algún lugar con una panorámica del Strip de Las Vegas. Junto a ésta había una imagen de Cindy, con el puerto de Vancouver detrás de ella. Su pelo era oscuro y liso. Sus ojos se burlaban de la cámara. Con el paso del tiempo, los recuerdos de Cindy se habían diluido en la memoria de Tish hasta el punto de que ya no podía oír su voz mentalmente ni evocar su rostro. Pero una foto como ésa le hacía recobrar la memoria.

Se le humedecieron los ojos. Detrás de ella, oyó el sonido de alguien que se acercaba y rápidamente dejó la fotografía donde estaba, se limpió las lágrimas y obligó a sus labios a esbozar una sonrisa. Stride entró en la oficina y ella se dio cuenta de que no le había engañado. La mirada de él se desvió hacia la hilera de fotos y Tish pensó que se detendrían en Cindy.

Stride señaló la silla que había frente a su mesa y luego se sentó en la suya y se echó hacia atrás con la mandíbula tensa y apretada. Llevaba el pelo despeinado y tenía aspecto de no haber dormido. Tish tomó asiento un tanto incómoda. Oyó la puerta del despacho cerrarse y se giró para ver a la diminuta policía china, Maggie Bei, apoyada en el marco. No sonrió.

—¿Algo va mal? —preguntó Tish.

—¿Para qué querías verme? —preguntó Stride.

Tish inspiró con fuerza.

—Ha confesado.

—¿Quién?

—Finn —respondió Tish—. Ayer fui a verlo.

—Creí haberte dicho que no jugaras a policías —espetó Stride.

—Me sentía responsable de su intento de suicidio. Quería averiguar por qué lo hizo. Acabamos hablando del asesinato de Laura, y entonces lo soltó todo.

—Exactamente, ¿qué fue lo que dijo?

—Me habló de los sueños que tenía. Que la veía a ella cubierta de sangre y el bate que subía y bajaba. Y luego, simplemente lo dijo. Claro como el agua. «Yo la maté».

—¿Eso es todo?

—¿Y no es suficiente? —preguntó Tish.

—¿Mencionó el nombre de Laura? —quiso saber Stride.

—No sé qué quieres decir con eso.

—Es una pregunta sencilla, Tish. ¿Dijo Finn que había matado «a Laura»?

—No, pero ¿a quién más podría referirse? —contestó Tish—. ¿Qué es lo que pasa?

—Creo que hemos acabado —repuso Stride—. Gracias por venir.

Detrás de ella, Maggie abrió la puerta de la oficina y se quedó junto a ésta.

—¿Que hemos acabado? ¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Vas a arrestarlo? —preguntó Tish.

—No.

—¿No? ¿Qué más necesitas? Quiero decir... mira, esto no es lo que yo esperaba. Admito que me equivoqué. Estaba convencida de que Peter Stanhope estaba involucrado. Pero ahora ya puedes comparar el ADN de Finn con el hallado en la escena del crimen. Me dijo que estuvo allí. Me dijo que él la mató. Ése es el golpe de suerte que necesitábamos.

—¿Para tu libro?

—No sólo para mi libro. También para resolver el caso.

—Esa confesión no nos sirve —le indicó Stride.

—¿Que no os sirve? ¿Cómo puedes decir eso?

Stride levantó una mano y empezó a contar con los dedos.

—Uno, Rikke ha contratado a un abogado. La ley establece que no podemos volver a interrogar a Finn sin que su abogado esté presente. Como he sido lo bastante estúpido como para hablar contigo acerca del caso, un abogado defensor puede argumentar convincentemente que estabas actuando como mero instrumento de la policía al interrogar a Finn. ¿Resultado? La confesión queda invalidada. Dos, Finn ha sido dado de alta hace muy poco del hospital y es muy probable que estuviera bajo los efectos de algún analgésico cuando habló contigo. Así que sus abogados argumentarán que no se hallaba en plenas facultades. La confesión queda invalidada. Tres, el hecho de que Finn no pronunciara el nombre de Laura suscita la duda de a quién se refería. La confesión queda invalidada.

—Eso es un disparate.

Stride hizo un gesto a Maggie.

—Díselo.

Maggie volvió a cerrar la puerta y se sentó en el borde de la mesa de Stride.

—Serena y yo hemos hecho algunas averiguaciones en cuanto al pasado de Finn. Su madre abusaba de él. La policía cree que Finn se descontroló y apaleó a su madre hasta matarla. Con un bate de béisbol. Lo dejaron libre porque no pudieron probarlo y, con franqueza, nadie quería tampoco verlo encerrado. Consideraron que deshacerse de esa mujer había sido un servicio a la comunidad.

—Pobre Finn —se compadeció Tish en voz baja.

—¿Entiende la situación? —preguntó Maggie—. No importa que Finn

mencionara o no el nombre de Laura, su abogado argumentará que se trata de la transferencia del recuerdo de la muerte de su madre. Es decir, demonios, ¿acaso no le contó que lo recordaba en sueños? ¿Quién sabe lo que su mente ha inventado durante años de adicción a las drogas y al alcohol?

—La confesión queda invalidada —repitió Stride.

Tish razonaba furiosa.

—Yo estaba allí —insistió—. Finn no iba colocado. Ni se refería a su madre. Él estaba otra vez allí. En el parque. Con Laura.

—No me has dejado acabar —dijo Stride—. Cuatro, hemos recuperado el arma del crimen. El bate de béisbol.

—¿Qué?

—Lo tenía Peter Stanhope. Ray Wallace se lo dio a modo de obsequio. Hemos examinado el bate, y «no» se han encontrado en él las huellas dactilares de Finn.

—No es posible.

—Hay unas huellas que aún no hemos podido identificar, pero no pertenecen a Finn —contestó Stride.

—Quizás usó guantes.

—¿En julio?

—¿Y qué hay del ADN? Analizad el semen.

—Aunque coincidiera, lo único que probaría es que se hizo una paja cerca de la escena del crimen.

—Maldita sea, Jonathan, él me confesó que la mató.

—Cinco —prosiguió Stride, levantando el último dedo—, la confesión queda invalidada porque las dos únicas personas que la han escuchado sois Finn y tú.

Tish se encogió de hombros y levantó las manos.

—¿Y qué? ¿Qué importancia tiene eso?

—Nadie te creerá. Tú no eres creíble.

—¿Disculpa?

—Nadie te creerá porque eres una manipuladora y una mentirosa egocéntrica.

Tish se puso en pie de golpe.

—¿Cómo te atreves! ¿De qué diablos estás hablando?

Stride también se levantó.

—No juegues conmigo, Tish. No soporto que me toreen. No soporto que le tomen el pelo a la gente que me rodea. No soporto que me utilicen y me mientan para conseguir un objetivo oculto. ¿Qué es lo que te mueve, Tish? ¿Para qué has venido hasta aquí?

—No sé de qué me hablas —repuso Tish.

Pero sí lo sabía. Y ella lo vio en su rostro. Él también lo sabía.

—Hablo del hecho de que tengo un sospechoso más que añadir a la lista —

contestó Stride—. Finn, Peter, Dada, escoge el que quieras. Y ahora tú.

Tish bajó la vista hacia la mesa. Cayó desmadejada en la silla.

—No, Jonathan, te equivocas.

—He encontrado a Dada. O, mejor dicho, él me encontró a mí. Me ha explicado que aquella noche siguió a Laura hasta la playa.

—No es lo que piensas —dijo ella.

—Él te vio, Tish. Os vio a Laura y a ti, juntas. Tú estabas allí.

Stride esperó a que ella lo negara, pero no fue así.

—De acuerdo, tienes razón —contestó Tish, quien parecía una flor a la que hubieran dejado sin agua—. Sí, estuve allí esa noche. Debería habértelo dicho hace mucho, pero no quería que nadie lo supiera. Era algo privado. Algo entre ella y yo. Pero no es posible que creas que yo sería capaz de lastimarla. La amaba.

—Me has mentado una y otra vez. —La voz de Stride sonaba ronca y llena de ira—. Me has mentado sobre dónde estabas aquella noche y sobre lo que hiciste. Me has mentado al decir que no recordabas el motivo de la disputa entre Laura y tú. Estabas en el lugar del crimen cuando asesinaron a Laura y jamás has dicho ni una palabra de lo que viste. Me has engañado desde el principio.

—Lo sé y lo siento.

—Has comprometido de forma irreparable esta investigación.

—Sin mí, no habría investigación —le recordó Tish—. Soy el único motivo por el que alguien se interesa en este caso. Si he cometido errores, ha sido sin mala fe. Tienes que comprender...

Stride cortó el aire con una mano para interrumpirla. Ella se lo quedó mirando, asustada y en silencio. Maggie contemplaba el suelo con los brazos cruzados. Stride empujó la silla hacia atrás y se paseó por el reducido espacio de la oficina, forcejeando con la furia que sentía en esos momentos. Observó con detenimiento las fotografías del archivador.

—¿Sabía Cindy que tú estabas allí? —preguntó él.

—Sí —admitió Tish.

—Por eso quería que escribieras ese libro, ¿no es verdad? Por eso acudí a ti y no a mí.

—Sí.

Stride negó con la cabeza, incrédulo. Se sentía como si de repente tuviera que poner en tela de juicio todos los años que habían pasado juntos. Su esposa le había mentado y le había ocultado sus secretos. No sólo estaba furioso con Tish. También lo estaba con Cindy.

—Empieza desde el principio —le pidió él—. Explícamelo todo.

Tish tomó aire.

—Aquél era un mundo diferente. Pero eso ya lo sabes.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que había cosas de las que no se podía hablar. Con nadie. Mira, ya es bastante duro hoy en día ser un adolescente homosexual, a pesar de que la mayoría

de institutos tiene muchos recursos y consejeros. Lo único que deseas es encajar, y no puedes. Por aquel entonces, era un secreto que guardabas para mantenerte a salvo. Yo luché contra él pero por lo menos sabía lo que era. Sin embargo, fue mucho más duro para Laura. Se resistía. Tenía miedo. Estaba desesperada por ser normal.

—¿Sabía Laura que usted era lesbiana? —preguntó Maggie.

Tish retorció los dedos. Stride sabía que se moría de ganas de fumar un cigarrillo.

—Al principio, no —explicó ella—. Sólo éramos amigas. Ella me atraía, pero me pasé meses sin intentar nada, porque no sabía lo que sentía Laura y no quería asustarla. Quiero decir que, en cierta manera, estaba bastante segura que ella sentía lo mismo que yo, pero estaba tan metida en el armario que no estaba preparada para admitirlo. Mucha gente no lo hace jamás.

—Y en un momento dado tú se lo dijiste —concluyó Stride.

—Sí.

—¿Fue ése el motivo de la disputa? —aventuró él—. ¿Por eso Laura se apartó de ti?

—Sí —reconoció Tish—. Las cosas estaban cambiando entre nosotras. Nos tocábamos más. Se trataba de algo casual, pero empezaba a tener cierto significado. Hacíamos los deberes en su cama, con las piernas de una encima de las de la otra, y nos acariciábamos como sin querer, fingiendo que no pasaba nada. Nos hacíamos masajes después de ir a correr. Dormíamos juntas, aunque no hacíamos nada, excepto compartir la misma cama. Era como si nos tanteáramos la una a la otra, toqueteándonos y aceptando lo que pasaba entre nosotras.

—¿Qué sucedió después?

—Laura empezó a agobiarse de sus sentimientos —explicó Tish—. Empezó a salir con chicos. Como si tratara de convencerse de que hacía lo correcto. Y a mí eso no me gustó. Estaba disgustada y celosa, pero no se lo dije. La mayoría de las citas fueron auténticos desastres. Se quedaba completamente paralizada. La peor fue con Peter Stanhope. Él no dejaba de presionarla para acostarse con ella y Laura no quería saber nada de eso, aunque tampoco entendía por qué. La situación llegó a un punto en que ya no podía quedarme de brazos cruzados. La amaba demasiado, y estaba segura de que también ella me quería. Así que, finalmente, en mayo de nuestro último año de instituto, le propuse ir de camping un sábado por la noche. Sólo nosotras dos. Compartimos un saco de dormir, charlamos y reímos, y mi corazón sufría por ella. Ni siquiera recuerdo cómo ocurrió, pero la besé. Y ella me devolvió el beso. Fueron besos románticos, no amistosos. Le dije que la amaba. Y lo que tenía que pasar, pasó.

—¿Qué salió mal? —preguntó Maggie.

—Fue un error. Llegamos demasiado lejos y demasiado rápido. Laura no estaba preparada para aceptar que era lesbiana. Se sublevó. Se puso en mi contra. Al día siguiente, apenas me dirigió la palabra. Empezó a evitarme. Nunca estaba en casa. Se

limitó a apartarme de su vida. Yo estaba desolada.

—¿Qué hiciste?

—Jamás me había sentido tan sola. Cuando acabaron las clases, huí. Me trasladé a las Cities e intenté olvidar a Laura, pero no pude. Seguía enamorada de ella.

—¿Te pusiste en contacto con ella?

—Sí, le escribí una carta y le conté dónde estaba. Le dije que lo lamentaba. Le pregunté si al menos podíamos ser amigas, nada más, sin nada físico de por medio. No era eso lo que yo quería, y me engañaba a mí misma creyendo que podría permanecer junto a ella sin necesitar estar con ella. Sin embargo, hubiera hecho cualquier cosa por que ella volviera a mi vida.

—¿Te contestó Laura?

—Sí. A los pocos días, me envió una carta muy muy larga. Me contaba lo asustada que había estado. Lo arrepentida que se sentía por haber huido de mí. Decía que al fin había aceptado lo que era, que me amaba y que quería estar conmigo. Ni que decir tengo que me sentí flotar. Estaba extasiada. Iba a ser algo auténtico y para toda la vida. Por supuesto, éramos unas ilusas. Adolescentes. Pero jamás he vuelto a amar a nadie de esa manera, nunca jamás.

—Háblanos de la noche en el parque —le pidió Stride.

Tish cerró los ojos.

—Intento no pensar en esa noche. La he borrado de mi mente.

—Tienes que contárnoslo.

—Es demasiado terrible. La mejor noche de mi vida de repente se convirtió en la peor noche de mi vida. No era capaz de creer que Dios pudiera llegar a ser tan cruel. Tan despiadado.

—¿Qué sucedió? —preguntó Stride.

—Laura y yo nos telefoneábamos todas las noches. Planeábamos escaparnos. Yo tenía un coche viejo, así que le dije que iría a Duluth y me reuniría con ella allí. Ella escogió el cuatro de julio. Dijo que sería su día de la independencia. Quedamos en encontrarnos en la playa norte. Iba a ser algo mágico. —Tish esbozó una sonrisa triste—. Y durante un instante, lo fue.

—¿Se reunió contigo allí? —preguntó Maggie.

—Sí, llegué temprano para esperarla. Apareció corriendo entre los árboles. Me contó lo que le había sucedido en el campo de béisbol, que alguien la había asaltado. Yo lo sabía todo sobre la persona que la había estado acosando, y también lo asustada que estaba. Pensé que debíamos marcharnos de allí enseguida, pero Laura no quería volver a adentrarse en los bosques aún. Así que esperamos. Y estuvimos tanto rato allí que al final nos olvidamos de todo; estábamos tan felices de estar juntas de nuevo. No recuerdo cuántas veces nos dijimos «te quiero». Allí en la playa, en la estela de la tormenta, era como estar en una crisálida. Nos besamos. Hicimos el amor.

Y dormimos un rato en la arena, la una en los brazos de la otra. No queríamos marcharnos de allí.

Stride recordó que, esa misma noche, se hallaba al otro lado del lago, con Cindy, y que también él se había sentido así.

—Pero eso no duró mucho —murmuró él.

Tish parpadeó. Su voz era apenas un murmullo inaudible para él.

—No.

Tish permanecía despierta, desnuda, mientras contemplaba el cielo. Las nubes se habían dispersado formando retazos de islas oscuras, y podía atisbar claros repletos de estrellas. Junto a sus pies, el lago murmuraba en la orilla. Esporas de álamo flotaban como copos de nieve desde el bosque y se amontonaban en la tierra junto a los montones de hojas con forma de corazón. Las dos estaban tumbadas boca arriba, la arena acariciaba su piel. Sus dedos permanecían entrelazados, las piernas separadas, como dos monigotes de papel encadenados. Se apoyó en un codo y contempló a Laura dormir. Vio un charco de lágrimas de lluvia que se había acumulado en el pecho de Laura, se inclinó, lo probó con la lengua y cenó los labios en torno a la protuberancia de un pezón endurecido. Fue recompensada con un gemido de placer, una emoción, una resonancia de la garganta de Laura.

—¿Quieres nadar? —murmuró.

—Mmm, ve tú.

Laura apenas fue capaz de despertar de su sueño y de inmediato volvió a dormirse. Una araña no más grande que la cabeza de un alfiler correteó por su hombro; Tish frunció los labios y la alejó de un soplo. Laura murmuró y se giró, equilibrando la cabeza en la base del antebrazo. El pelo le cayó por el rostro como una máscara salvaje. Su espalda arqueada estaba cubierta de arena. Su tatuaje desplegó sus alas para ella.

Tish se levantó, disfrutando del viento nocturno sobre su cuerpo. Se deslizó hasta la playa mojada, donde unos escasos centímetros de agua cubrieron los dedos de sus pies, y luego caminó entre el musgo y las piedras mientras se internaba en el lago como una sirena. A medida que se alejaba de la playa, el fondo fue desapareciendo hasta que dejó de hacer pie en las aguas profundas. Se impulsó perezosamente con los brazos y flotó en el agua. Se puso de espaldas y sintió unos dedos fríos en el cuero cabelludo. Propulsó los pies y apenas salpicó cuando impulsó su cuerpo hacia el centro del lago. El agua era como seda en su piel desnuda.

Quería gritar a Laura que se reuniera con ella, pero la playa estaba muy lejos y oscura, y el silencio parecía sagrado, como si se encontrara en una iglesia. Dejó que los pies le colgaran bajo el agua y agitó los brazos para mantener la cabeza por encima de la superficie. Cuando un mosquito le silbó en la oreja se sumergió. El lago

la envolvió y rugió en sus oídos. Buceó hacia abajo y cuando sus pulmones demandaron aire, se propulsó hacia arriba agitando los pies. El agua le goteaba de las pestañas, la nariz y la barbilla, y le bajaba desde el pelo hasta la mitad de la espalda como la cosquilleante caricia de las yemas de unos dedos. Lo único que oía era su propia respiración. Apenas podía ver las airadas ondulaciones del lago allí donde ella lo había agitado. La nariz se le llenó de una humedad cenagosa y fría. Se le bloquearon el resto de los sentidos, pero no le importó. Lejos del centro del lago, en una tierra abisal entre el pasado y el futuro, se dio cuenta de que era feliz. Ése era un momento completamente distinto a cualquiera que hubiera vivido. Un momento sin preocupaciones, sólo con dicha.

Y tan rápido como llegó, se escabulló entre sus dedos como una criatura acuática y jamás regresó.

Mientras volvía a tierra, donde los árboles y el agua se cruzaban invisibles en la medialuna de costa, oyó un ruido. Se difundió por el lago, aterrizó en sus oídos y recorrió su cuerpo como la sacudida de un trueno. Ladeó la cabeza, confundida. El ruido volvió a repetirse, apagado y húmedo, un sonido que nada tenía que hacer en esos bosques. Su cuerpo se tornó indescriptiblemente frío. Supo, sin ningún indicio del porqué, que ese sonido significaba algo muy muy malo.

Quebró el silencio catedralicio y gritó:

—¡Laura! ¿Estás bien?

No obtuvo respuesta, y de alguna manera supo que jamás la habría. Ni voz cantarina. Ni risas. Ni un grito desde la orilla: «Estoy bien, tonta, ¿qué pasa?».

Sólo un redoble, un martilleo, un son de tambor. Un golpe mortífero.

Nadó. Metió la cabeza en el agua y se abrió camino con ayuda de los brazos mientras levantaba olas tras de sí. Nadó tanto y tan deprisa que su cuerpo se raspó contra la arena antes de darse cuenta siquiera de que había alcanzado la orilla. Jadeando, se puso en pie mientras se quitaba el agua de los ojos. Abrió la boca y, cuando intentó gritar una vez más, no pudo emitir sonido alguno. Vio el cuerpo de Laura en el mismo sitio donde estaba antes, pero todo lo demás había cambiado. Sus extremidades estaban deslavazadas y retorcidas. Olía a cobre y muerte. Junto a ella, arrojado de cualquier manera en el suelo, había un bate plateado.

Tish se arrojó sobre la arena, llorando, la envolvió con sus brazos en la playa, la meció como a un bebé, se bañó en su sangre, le susurró al oído, le pidió que se despertara, le dijo lo mucho que la amaba.

Una y otra vez.

Hasta que ambos cuerpos se enfriaron.

Tish lloraba en silencio con las manos cubriéndole el rostro. Maggie le apretó un hombro mientras Stride abría la puerta del despacho y pedía con gestos que trajeran

una botella de agua. Tish respiró con dificultad, se irguió y se secó la cara.

—No esperaba que me hiciera tanto daño —dijo—. Me he contenido durante demasiado tiempo.

Stride asintió. Una de las secretarias trajo una botella de agua, él desenroscó el tapón y se la entregó a Tish, quien bebió a sorbitos.

—¿Cómo sabía Cindy que tú estabas allí aquella noche? —preguntó él.

—Aún me encontraba en la playa cuando ella llegó —murmuró Tish—. Me había escondido en los bosques, pero Cindy me oyó. Le expliqué lo que había pasado. Le conté la verdad sobre Laura y yo.

—Cindy jamás le dijo a nadie que te había visto allí. ¿Por qué te protegió?

—Ella sabía que yo no había matado a Laura.

—Ése no es motivo para guardar silencio. Eras una testigo.

Tish negó con la cabeza.

—Yo no vi nada. Además, Cindy no sólo me estaba protegiendo a mí. También estaba protegiendo a su padre. Si la gente hubiera descubierto la verdad sobre Laura y yo, eso le habría matado.

—Debiste hablar con la policía.

—¿Para decir qué? —exigió Tish—. Por el amor de Dios, tenía dieciocho años. Estaba terriblemente asustada. Pensaba que quien fuera que la había asesinado podía pensar que yo era capaz de identificarlo. Creía que la gente me echaría la culpa a mí. En aquel entonces, ser homosexual significaba ser un perverso, un pederasta. Yo había perdido a Laura y no podía hacerla volver. No sabía quién lo había hecho. No tenía ninguna información que sirviera de ayuda a la policía. Lo único que quería era escapar.

—¿Tocaste el bate? —preguntó Maggie—. ¿Encontraremos tus huellas dactilares en él?

Los ojos de Tish relumbraron de rabia.

—¿Lo ves? Incluso ahora te preguntas si fui yo quien lo hizo.

—Fuiste la última persona que la vio con vida —señaló Stride.

—No toqué ese bate —dijo Tish—. No me importa lo que pienses de mí, pero te estoy diciendo la verdad. Finn ha confesado. Él debió de seguir a Laura aquella noche y nos vio hacer el amor. Debió de volverse loco de celos. Así que en cuanto me metí en el lago, perdió el control. Por lo que sé, estaba colocado y no tenía ni idea de lo que hacía.

—Me gustaría decirte que esto lo cambia todo, pero no es así —la informó Stride—. Quizá puedas incluirlo en tu libro, pero Finn jamás va a sentarse en un banquillo.

—¿Porque mentí? —quiso saber Tish.

Stride asintió.

—Aunque yo te crea, el jurado podría llegar fácilmente a la conclusión de que

Laura y tú tuvisteis una disputa. Que Laura se citó contigo para despedirse y que tú no fuiste capaz de asumirlo. Eso es lo que dirá el abogado de la defensa. O quizá Peter recobró la conciencia, cogió el bate y siguió el sendero. Él acosaba a Laura, eso ya lo sabemos. Ha conservado el bate durante todos estos años. ¿Quién sabe lo que fue capaz de hacer? También tenemos a Dada. Huyó del lugar donde se cometió el asesinato. Sus huellas están en el arma del crimen. ¿No te das cuenta? Puede que sepamos lo que sucedió, pero nunca podremos probarlo. Tendrás que darte por satisfecha con eso.

Tish se puso en pie. Dejó la botella de agua medio vacía en la mesa de Stride y se alisó la ropa. Con frialdad, extendió una mano para estrechársela a Stride. Su apretón fue débil y poco convincente.

—Lamento haberte mentado —se disculpó.

Salió de la oficina y cerró la puerta detrás de ella.

Maggie miró a Stride.

—¿Tú qué crees?

Stride frunció el ceño.

—Que aún nos oculta algo.

Clark Biggs se hallaba sentado a la barra de un bar de la calle principal de Gary, con sus grandes dedos entrelazados alrededor de una cerveza. Donna, junto a él, sostenía entre sus manos una Coca-Cola Light. Apenas habían hablado entre ellos. Cuando ella puso una mano vacilante en su hombro, él ni siquiera se volvió a mirarla. Donna apoyó la cabeza sobre su brazo y él supo que ella estaba llorando, pero no sintió nada. Era incapaz de consolarla cuando él estaba completamente entumecido. Quería llorar, y no podía. Quería enfadarse, y no podía. Era como encontrarse en un sueño donde uno desea echarse a correr y las piernas no le responden.

Sabía lo que Donna quería: ver si podían retomar su vida, reconstruir su matrimonio después de que Mary los obligara de alguna manera a separarse. Quería algo con lo que llenar su vacío, pero eso no iba a suceder jamás. Sin Mary él ya no tenía vida, y no deseaba una.

—Me gustaría que compartieras conmigo lo que sientes —murmuró Donna.

Clark no contestó. Bebió un trago de cerveza. El bar estaba abarrotado de gente, pero la cacofonía de las voces creaba una burbuja de privacidad alrededor de ambos. Hubiera preferido estar solo. No quería que Donna ni nadie compartiera su dolor.

—¿Aún me echas la culpa? —preguntó ella.

Clark titubeó y luego negó con la cabeza. Había apartado la rabia que sentía hacia Donna. Ella no podía saber de ninguna manera que había un monstruo en los bosques. Todo se reducía a lo condenadamente frágil que era la vida, y había demasiados depredadores ahí afuera. Una chica entra en una tienda para comprar un regalo de graduación y acaba secuestrada y estrangulada. Una chica va a una fiesta de Halloween y la apalean hasta la muerte en el patio trasero. Una chica va de vacaciones a una isla y desaparece para siempre. Frágil. Estás y dejas de estar en lo que se tarda en gritar. Y no siempre había alguien a quien culpar, ni siempre había alguien que pagara por ello.

—No fue culpa tuya —la tranquilizó él—. También me podía haber pasado a mí estando con ella.

—Gracias, Clark. Necesitaba oírlo.

Clark se dio cuenta de que sus manos se aferraban con tanta fuerza alrededor de la jarra de cerveza que tenía los nudillos blancos. Lo cierto era que no estaba entumecido en absoluto. Estaba conteniendo sus emociones como a un juguete de agua dentro de una bañera, porque tenía miedo de que salieran a la luz. Temía que su dolor y su furia se transformaran en un maremoto que lo arrastrara consigo si los miraba a la cara. No sabía cómo hacerles frente. Podía sentirse vacío y muerto, o

abrir el candado de la puerta de su corazón y volverse loco.

Tras él, el viento y el calor penetraron el ambiente cargado de humo cuando la puerta se abrió. Oyó un coro de adolescentes charlatanas, y tanto Donna como él se giraron cuando las jugadoras de un equipo de béisbol se apretujaron en el bar, vestidas con jersey blanco y pantalón corto, sus largas melenas sueltas agitándose en cuanto se quitaron las gorras. Sus rostros sonrosados brillaban sudorosos. Reían entre ellas y se daban empujones; celebraban una victoria. Arrojaron los bates, los guantes y las pelotas a un rincón junto a la puerta, y una de las pelotas rodó por el suelo de madera y fue a parar a los pies de Clark, quien se agachó y la recogió. Estaba sucia y dura. Una joven de la edad de Mary, baja y fornida, con el cabello castaño, palmeó las manos y le hizo un gesto. Clark arrojó la bola con un lanzamiento poco limpio. Ella la atrapó con una amplia sonrisa e hizo malabarismos con ella mientras se dejaba caer en una silla.

—¿Te hubiera gustado que Mary fuera así? —preguntó Donna—. ¿Una chica normal y corriente?

—Ella era como era —respondió Clark.

—Sí, pero se perdió demasiadas cosas. Enamorarse. Su primer beso. Tener una amiga íntima. También podría haber estado en ese equipo, Clark. Podría haber sido una de esas chicas.

—Ella era feliz —insistió Clark.

Donna las miró con nostalgia desde el otro lado de la barra.

—Sólo era feliz porque no sabía todo lo que no podía tener.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Clark.

—No sé. Siempre decíamos que era la voluntad de Dios, pero ¿de verdad Dios quiso que ella fuera así? ¿Quiso Dios que nosotros nos separáramos porque no podíamos manejar la situación? No creo que Dios nos estuviera mirando cuando dejó que eso sucediera.

—¿Intentas decir que es mejor que Mary esté muerta?

—No —respondió ella, y luego añadió—: No lo sé. No sé cómo expresarme, pero sí, en cierta medida, ¿no crees que es lo mejor para ella?

Clark se volvió a girar en la barra. No deseaba volver a ver al equipo de chicas. No podía soportar su dulzura y su alborozo juvenil.

—Mary no está mejor muerta —dijo él—. Y yo tampoco estaría mejor muerto. Puede que tú sí.

—No es eso lo que quiero decir. Ya sabes que no. Lo único que intento es buscarle un significado a todo esto. Alguna explicación. Algún propósito.

—No hay ningún propósito. —Le hizo un gesto al camarero—. Otra cerveza.

—No la traerás de vuelta emborrachándote —dijo Donna.

—¿Y a ti qué te importa? Ya no soy tu marido, así que déjame en paz.

Donna se sorbió la nariz y dio un sorbo a su refresco. Clark parecía impaciente mientras el camarero le servía la cerveza, y se bebió un tercio de un solo trago en cuanto el hombre se la puso delante. Cuanto más bebía, más se agrietaba su muralla. Sus emociones salieron a la superficie sin que se diera cuenta de ello. Las lágrimas le ardían en los ojos.

—Oh, no —murmuró Donna.

—¿Qué?

Ella señaló la pantalla de televisión que había en lo alto de la barra. Clark vio una rueda de prensa en directo, en las noticias de las nueve. La fiscal del condado de St. Louis, Pat Burns, permanecía de pie frente a un abanico de micrófonos en el vestíbulo del juzgado. Tras ella, vio a los dos detectives de Minnesota. Maggie Bei y Jonathan Stride. Captó las últimas palabras que se desplazaban por la parte inferior de la pantalla.

«NO SE HAN PRESENTADO CARGOS».

—¡Eh! —gritó Clark al camarero—. Sube el volumen, ¿quieres?

El hombre dirigió el mando a distancia hacia el televisor. Clark se inclinó hacia delante y se esforzó por escuchar. Algunas de las conversaciones del local cesaron mientras los rostros se volvían hacia la pantalla. Era un pueblo pequeño. Todos conocían a Clark y a Donna.

—«... abundantes especulaciones sobre el asesinato de Laura Starr acaecido en Duluth en 1977 —decía Pat Burns—. Algunas noticias recientes aparecidas en los medios de comunicación sugieren que hemos detenido a un sospechoso, y que los cargos contra él se presentarán de inmediato. Por desgracia, esas noticias carecen de fundamento. No hemos llevado a cabo ningún arresto hasta la fecha, y en estos momentos carecemos de pruebas suficientes que presentar ante el jurado dé la acusación. Proseguiremos con la investigación de cualquier pista que surja respecto a este terrible crimen, pero no creemos conveniente suscitar falsas esperanzas en una comunidad que lo único que desea es justicia».

—¿Y eso qué diablos significa? —preguntó Clark.

Donna se enjugó los ojos.

—Que están dando largas. Así es como hablan los abogados.

Clark escuchó a uno de los periodistas, que formulaba una pregunta.

—«¿Es verdad que uno de los sospechosos de asesinato intentó suicidarse después de ser interrogado por la policía de Duluth?».

Una fotografía apareció en la esquina superior derecha de la pantalla, y Clark vio el rostro del hombre del fichero fotográfico que Maggie le había enseñado. Vio su nombre. Finn Mathisen.

—«No puedo hablar de ello» —replicó Burns.

—«... oído que puede haber una confesión» —dijo otro periodista por encima del coro de voces.

Burns negó con la cabeza.

—«Hemos llevado a cabo numerosas entrevistas con los testigos, y aún las estamos evaluando. Llegados a este punto, la policía no tiene la declaración de nadie que se declare autor del asesinato».

—«¿Se considera a Peter Stanhope libre de sospecha de haber participado en el crimen?».

—«No voy a discutir aquí la culpabilidad o inocencia de nadie».

—«¿Cree que el caso llegará a resolverse?».

—«Eso espero, fervientemente».

Clark no miraba a Pat Burns. Escrutaba el rostro de Maggie, situada detrás de ella. Lo que vio en él hizo que todas sus esperanzas se desmoronaran. Cuando ella miró a la cámara, fue como si lo mirara directamente a él, para admitir que había fracasado, para pedirle perdón.

—«... se ha informado de que el sospechoso es un vecino de Superior llamado Finn Mathisen, y que éste también es sospechoso de la última serie de casos de voyeurismo cuyas víctimas son jóvenes adolescentes» —dijo otra voz.

Clark contuvo el aliento. Donna se aferró a su brazo.

—«Estamos recabando pruebas en relación con los casos del presunto voyeur —explicó Burns—. El señor Mathisen es una persona relevante para esta investigación, pero no se han presentado cargos contra él. Eso es cuanto tengo que decir».

—«¿Es verdad que uno de los casos de voyeurismo provocó la muerte de una chica?».

—«Estamos investigando si la muerte por ahogamiento de una joven discapacitada en Fond du Lac está relacionada de alguna manera con el caso de voyeurismo del que esa misma joven fue víctima. Es demasiado pronto para llegar a alguna conclusión».

—Apágala —dijo Clark al camarero.

El hombre le devolvió la mirada con los brazos cruzados.

—¿Estás seguro, Clark?

—Apágala —repitió él.

El camarero cambió de canal.

—¿Demasiado pronto para llegar a alguna conclusión? —repitió Clark.

Donna le acarició el brazo desnudo.

—Es lo que están obligados a decir. No significa que no vayan a acusarlo. No te obsesiones, Clark. Deja que hagan su trabajo.

—No va a salirse con la suya.

—Eso tú no lo sabes.

Clark cerró los ojos. Su mente ebria era como un dique, con fisuras que se resquebrajaban y se agrandaban bajo la presión implacable de la crecida de un río. Cada vez que una de las chicas que tenía detrás estallaba en carcajadas, oía la risa de Mary. Era como si ella aún estuviera viva, tendiéndole la mano mientras lo llamaba. Sin embargo, cuando intentó recrear su cara, no lo consiguió. El rostro de otra persona se interpuso.

La cara cetrina y lasciva de Finn Mathisen.

—¿Clark?

Oyó a Donna, pero parecía estar muy lejos.

—¿Clark? —volvió a preguntar ésta.

—Estoy aquí —respondió él con voz ronca.

—Voy a llevarte a casa —le dijo Donna.

Clark asintió.

—Deja que vaya primero al lavabo y luego te llevaré en coche a casa. Me quedaré allí, ¿de acuerdo? No voy a dejarte solo. Esta noche me quedaré contigo.

—De acuerdo.

—Vuelvo enseguida —aseguró Donna. Titubeó y añadió—: Tengo que contarte algo, pero no aquí. Hablaremos de ello en cuanto estemos solos.

Le dio un codazo al pasar junto a él y Clark la agarró del brazo. Estaban rodeados de un montón de gente que chocaba contra ellos y los empujaba, que olía a humo y a cerveza rancia, que gritaba un revoltillo de palabras que hacían que la cabeza le diera vueltas. Acercó su rostro al de ella y olió su perfume de lilas. Vio en sus ojos anhelo y desesperación. La parte inferior de su cuello le resultó suave y familiar bajo sus dedos. El pecho de ella subía y bajaba como un pajarillo asustado.

—Mary fue afortunada por tenerte —dijo él.

El rostro de Donna se contrajo por la emoción. Colocó su mano sobre el rostro de él; la piel de ella era cálida. Clark pensó que podría sentir ese contacto toda la noche.

—Ahora vuelvo —dijo Donna.

Clark asintió. Observó a su ex esposa mientras sorteaba a la multitud y desaparecía tras la puerta de roble de los servicios. Ésa podría haber sido una de las tantas noches que habían pasado juntos en sus primeros años. Imaginaba a Donna como cuando tenía veintiún años, cuando sus cuerpos estaban en forma y sus hormonas hacían carreras. Antes de que sus sueños crecieran, envejecieran y murieran.

Clark introdujo una propina en el bote del camarero y se levantó del taburete tambaleándose al caminar. Nadie le prestó atención. Logró mantener el equilibrio apoyándose contra los hombros de desconocidos hasta que se le aclaró la mente. A través de un mar de bebedores vio las dos mesas de chicas, que bebían Coca-Cola y

se reían con bocas llenas de dientes blancos y aparatos de ortodoncia; sus risitas inocentes eran como música.

Algunas tenían la cara manchada; otras llevaban las gorras de béisbol al revés. Debajo de la mesa, un montón de piernas desnudas y calcetines blancos. Clark se sentía como si le hubieran clavado una puñalada en el corazón.

Se encaminó hacia la puerta del bar. Las chicas habían amontonado sus bártulos de béisbol en ese rincón. Abrió la puerta a la noche, pero antes de salir, cogió uno de los bates de madera por la empuñadura y se lo llevó.

Tish estaba sentada con el manuscrito de su libro abierto en la pantalla del portátil. Sus dedos se mantenían sobre el teclado, pero las palabras no le salían. Se hallaba en un punto donde tenía que tomar una decisión. Mentir o decir la verdad. Lo había pospuesto creyendo que cuando llegara a esa encrucijada sería muy fácil decidirse. Sin embargo, no lo era. Casi había acabado, pero no estaba segura de querer hacerlo. Cogió un cigarrillo, pero esa noche ni siquiera el consuelo del tabaco le resultaba atractivo. Furiosa, cerró la tapa del portátil de un manotazo.

La primera vez que abrió la puerta al pasado se sintió bien, como si por fin el tiempo hubiera acudido a su vida para hacer salir a los murciélagos de sus escondrijos. Para cumplir la promesa que le había hecho a Cindy. Para regresar a su hogar. Y ahora se preguntaba si no habría sido mejor para todos que ella se hubiera quedado donde estaba.

Avanzó hasta la puerta de vidrio que conducía al porche, construido sobre las cortantes aguas del lago. Abrió la puerta y dio un paso vacilante por la terraza sin mirar abajo. El miedo a las alturas era muy curioso. Quien no lo sufría no lo entendía. Había quien podía colgarse en las paredes de los acantilados, permanecer en lo alto de los tejados, balancear los pies en los telesillas y no sentir nada en absoluto. Sin embargo, el mero hecho de pensar en todo eso hacía que Tish se estremeciera y sudara. No eran las alturas lo que la atemorizaba. Era la ausencia de autocontrol lo que le causaba terror. Lo que la asustaba era la idea de que algo extraño, una parte desesperada de su alma, la obligara a arrojarla desde el borde en el momento en que se enfrentara a un desnivel abrupto. No importaba dónde estuviera. Una escalera mecánica. Una montaña. Un puente. Tenía que agarrarse fuerte y apretar los puños para asegurarse de no dejarse llevar por el pánico. Morir ya era bastante malo, así que además no deseaba morir de una caída.

Su respiración era agitada.

Regresó a la casa y cerró la puerta. En el dormitorio, vio su maleta que permanecía abierta en el suelo, casi sin deshacer. No había razón alguna para seguir en la ciudad. Tenía las respuestas que necesitaba, y sería feliz al hacer lo que había hecho años atrás. Escapar. Marcharse. Poner tantos kilómetros entre Duluth y ella como le fuera posible.

Tish entró en el dormitorio y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, frente a la maleta. La ropa estaba cuidadosamente doblada. Metió la mano en un compartimiento de la maleta hasta alcanzar el bolsillo con cremallera de la parte posterior y tiró de ella hasta abrirla. La carta se hallaba dentro, descolorida y arrugada

por el paso del tiempo. La sacó y la sostuvo entre las manos. La había acariciado tantas veces que el papel estaba brillante. La tinta del sobre estaba diluida y ennegrecida.

La letra era de Cindy.

Tish leyó las palabras una vez más: «Para Jonny».

Se había mantenido aferrada a esa carta desde la muerte de Cindy. No era correcto dejar la ciudad sin entregársela a él. Por otro lado, se preguntaba si era justo remover su vida aún más de lo que ya lo había hecho, revivir el pasado cuando él había logrado dejarlo atrás. Tal vez debía dejarlo seguir adelante con Serena y no volver a pensar en Cindy...

Mentir o decir la verdad.

No tenía por qué proteger a William Starr. Él no se había ganado ni un gramo de su compasión. Y tampoco necesitaba protegerse a sí misma. Ya no. Había llegado el momento de abandonar el sentimiento de culpa que había sentido cuando Cindy le contó la verdad.

Tish deslizó una mano por el interior del bolsillo de la maleta y sacó la bolsa de plástico con cierre en la que conservaba el recorte de prensa. Lo extrajo con delicadeza, con cuidado, para no romper el trozo de periódico amarillento. Se trataba de un fragmento de otra época. De una vida pasada. Lo desdobló y lo sujetó por el borde con la punta de los dedos.

El titular era como un grito en su cara. Le desgarró el corazón.

«REHÉN ASESINADA EN EL ATRACO A UN BANCO» .

Lo leyó por enésima vez y después lo dobló con cuidado y volvió a introducirlo en la bolsa de plástico. Como si, al guardarlo, dejara de existir. Se enfureció una vez más al pensar en William Starr ocultando ese recorte de prensa entre las páginas de su Biblia. Hasta que Cindy lo encontró.

El teléfono sonó en la otra habitación. Tish puso a buen recaudo el sobre en el interior de la maleta y fue a responder la llamada.

—Hola, soy Tish —saludó.

—Hola; Peter Stanhope.

Se le pasó por la mente colgar, pero no lo hizo.

—¿Qué quieres?

—Antes que nada, pedirte disculpas.

—¿Ah, sí?

—Conozco los motivos ocultos de nuestro encuentro de la otra noche, pero aun

así no debería haber hecho lo que hice. Cometí un error. Lo lamento.

—Si esperas que yo también me disculpe, olvídalo.

—Lo entiendo. No te pido nada a cambio —dijo él, y añadió—: He visto la rueda de prensa de esta noche. Las autoridades se están desentendiendo del caso. Y me preguntaba qué repercusiones tendrá eso en tu libro.

—Lo que escribo en mi libro y lo que la policía y la acusación hacen son dos cosas diferentes —le dijo Tish.

—¿Y qué vas a escribir? —preguntó Peter.

—Tendrás que leerlo para averiguarlo.

—No seguirás creyendo que soy culpable, ¿no? He oído que Finn te dijo que fue él quien mató a Laura. Y también lo de su madre y su asesinato. Una historia trágica.

—Sí, lo es.

—Te sientes decepcionada; nadie va a pagar por la muerte de Laura —dijo él—. Lo único que puedo decirte, como abogado, es que llegar a los tribunales no implica obtener justicia. No consideres un fracaso no haber convencido a la acusación de presentar cargos por un asesinato que se cometió hace treinta años.

—Eso ya lo sé. Lo lamento por Finn, pero no por ti, Peter. Al menos, Finn tenía una excusa. Se crió en una familia de maltratadores. Tú fuiste un acosador y un violador en potencia, y tus únicas excusas fueron la arrogancia y el dinero.

—Me declaro culpable de ser rico y arrogante —replicó él, y se echó a reír.

Tish odiaba que se mostrara tan amable. Tan imperturbable. Incluso ahora, con la verdad recién salida de la boca de Finn, era reticente a desestimar la idea de que Peter había sido quien blandió el bate.

—Dime una cosa, ¿sabías que Finn estaba en los bosques aquella noche? —preguntó Tish—. ¿Lo viste allí?

—No.

—¿Y qué hay del pasado de su familia?

Peter respondió con un exagerado suspiro.

—¿Qué pasa con eso?

—Es que se me ha ocurrido que Finn cumple a la perfección con el papel de chivo expiatorio —sugirió Tish—. Sobre todo si sabías lo del asesinato de su madre.

—No lo sabía.

—Entonces ¿por qué te diste tanta prisa en contratar a un detective para que hurgara en su pasado?

—Así es como los abogados ganan los casos —respondió Peter—. Desenterrando secretos.

—Me pregunto si ya sabías lo que encontraría Serena.

—No lo sabía. No busques teorías conspiratorias, Tish. No tenía ni idea de que Finn estaba en el parque, y tampoco sabía nada de su pasado. —Tish guardó silencio

—. Puede ser que me odies, pero desear que sea culpable no lo convierte en una realidad —añadió Peter.

—Ray Wallace creía que eras culpable. Y tu padre también.

—Ellos no sabían lo de Finn.

—Si eras inocente, ¿por qué permitiste que la policía ocultara y destruyera las pruebas por ti?

—Porque hay demasiados hombres inocentes que han acabado entre rejas —espetó Peter—. Me estoy cansando de todo esto, Tish. La gente como tú presupone que ser rico te convierte en culpable.

Sonaba como si estuviera a la defensiva. Nervioso. Como si ella le hubiera tocado la fibra sensible.

—Puede que Pat Burns haya acabado contigo, pero yo no —sentenció Tish—. Estaba pensando en dejar la ciudad, Peter, pero ahora ya no estoy tan segura. Quizá Finn sólo crea que mató a Laura porque vio quién lo hizo. Quizá te vio a ti.

Maggie estaba medio dormida cuando oyó lo que parecía la cháchara airada de un insecto en algún lugar de su dormitorio. Abrió los ojos de golpe. Desorientada, buscó a tientas la lámpara de la mesilla de noche y parpadeó ante la luz brillante. El zumbido sonaba como un escarabajo de junio, uno de esos bichos marrones de verano que se estrellan contra las puertas mosquiteras, caen como una piedra y sacuden inquietos las alas. Sin embargo, se dio cuenta de que el sonido sordo era demasiado melódico. Cuando éste prosiguió con un tercer acorde, recordó que había puesto el móvil en vibración durante la rueda de prensa y que lo había dejado olvidado en el bolsillo de sus pantalones negros, que descansaban sobre una silla.

El teléfono estaba sonando. Echó un vistazo al reloj y vio que era medianoche. Saltó de la cama y cogió el móvil. Las cortinas del dormitorio se agitaban como velas con la brisa del lago.

—Maggie Bei.

—Señora Bei, lamento llamarla tan tarde. Soy Donna Biggs.

Maggie se dirigió a la ventana con el móvil en la mano. Afuera, las nubes nocturnas eran negras. Olía a tormenta.

—¿Qué puedo hacer por usted, Donna? ¿Algo va mal?

La voz de la mujer sonaba indecisa.

—No lo sé. Eso creo.

—¿Qué sucede?

—Clark y yo hemos estado esta tarde en un bar de Gary. Vimos la rueda de prensa ofrecida por la señora Burns.

—Lo lamento —dijo Maggie—. Intenté ponerme en contacto con ustedes para advertirles de lo que iban a escuchar, pero no logré hacerlo a tiempo.

—Entiendo.

—Quiero que sepan que sigo investigando con ahínco los casos de voyeurismo. No he abandonado el caso. Lo único que desearía es poder ser más alentadora en cuanto a los cargos relacionados con la muerte de Mary.

—No es culpa suya —la tranquilizó Donna—. Es sólo que estoy preocupada: Clark parece muy trastornado. Lo he visto en sus ojos esta noche. Está desolado.

—Sé que esto ha sido horrible para los dos —dijo Maggie.

—Clark desapareció del bar, señora Bei. Se marchó sin decirme adonde iba. Había bebido bastante. Fui a su casa para ver si lo encontraba, y ya llevo aquí bastantes horas. Tenía la esperanza de que volviera a casa, pero no lo ha hecho. He intentado llamarlo a su móvil pero debe de haberlo desconectado.

—¿Le dijo algo? —preguntó Maggie.

—Nada. Fui al servicio, y cuando volví ya se había ido.

—¿Ha telefoneado a emergencias?

—No, primero quería hablar con usted. No estoy segura de lo que tengo que hacer.

—Daré un aviso sobre Clark y su furgoneta —dijo Maggie—. No se preocupe, le encontraremos.

—Me preocupa lo que pueda hacer —añadió Donna.

Maggie recordó el rostro de Clark cuando lo había encontrado en los bosques donde Mary murió.

—¿Clark tiene armas? —preguntó en voz baja.

—Tiene rifles de caza, pero están todos aquí, en la casa. Lo he comprobado. Y no tiene pistola.

—Buenas noticias —suspiró Maggie. Aguardó un instante y luego añadió—: Sé que Clark está deprimido, pero ¿ha hablado en algún momento de hacerse daño a sí mismo? ¿Teme que pueda suicidarse?

—No, no es eso —respondió Donna—. No me preocupa que Clark pueda quitarse la vida. Me preocupa que pueda quitársela a otro.

—¿A otro? ¿Como quién?

—Esta noche, en las noticias, han hablado de ese hombre. El que han estado investigando. Ahora Clark sabe su nombre. Y también dónde vive.

—¿Se refiere a Finn Mathisen?

—Sí. Creo que Clark quiere hacer lo que usted no puede. Hacerle justicia a Mary. Maggie maldijo entre dientes.

—Estaré ahí dentro de media hora.

—Señora Bei, tiene que encontrarlo. No puede permitir que Clark lo haga.

—Entiendo.

—No, no lo entiende. No me importa el otro hombre. Se merece cualquier cosa

que le ocurra. Pero no quiero que Clark arroje su vida por la borda. No puede. Ahora no.

Maggie captó el tono suplicante en la voz de Donna.

—¿Qué quiere decir?

—Clark no lo sabe —le explicó Donna—. No sabe que estoy embarazada.

La medianoche en los barrios rurales de Superior era tranquila. Las furgonetas de los medios de comunicación que habían rodeado la casa de Finn para las noticias de las diez se habían marchado. La vivienda estaba a oscuras y en silencio. Aun así, Clark sabía que Finn estaba escondido allí dentro, sentado en alguna habitación con las luces apagadas. El Rav plateado descansaba en el camino de entrada como un coche fantasma. Clark tenía la esperanza de que el hombre que había matado a su hija no pudiera dormir.

Había pensado en forzar la entrada. Echar la puerta abajo o romper una ventana. Se dijo a sí mismo que lo único que quería era enfrentarse a Finn, mirarlo a la cara para ver su culpabilidad y decirle que había robado dos vidas cuando puso los ojos en Mary. Pero eso no era cierto. Clark tenía cosas más siniestras en el corazón.

Se retorció en el asiento del vehículo porque tenía ganas de orinar. Abrió la portezuela de la furgoneta y bajó al camino. En el cielo no había estrellas, sólo nubes furiosas que se volvían más oscuras y amenazantes mientras él las observaba. El viento le azotaba en la espalda. Se detuvo en los raíles de acero de las vías, se bajó la cremallera y vertió un chorro claro de orina sobre las piedras machacadas. Cuando acabó, volvió a la furgoneta y se inclinó en el asiento para coger el bate de béisbol que había robado. Lo sintió pesado y gratificante en la mano, como si se tratara de un instrumento de justicia.

Antes de que pudiera cerrar la portezuela de la camioneta, escuchó una voz por encima del ulular del viento, susurrándole en el oído.

—No, papá.

Clark se giró.

—¿Mary?

Buscó su fantasma en la oscuridad, pero estaba solo. Su mente jugaba con él. Aun así, el recuerdo de la voz de su hija, tan clara y familiar como si hubiera estado junto a él, apaciguó la ira de su corazón. Clark se quedó inmóvil durante un largo instante, dudando. La tormenta se acercaba con violencia. El aire quebradizo parecía a punto de partirse.

Se preguntaba si Mary había regresado para detenerlo. Para decirle que lo que estaba haciendo era una equivocación.

Arrojó el bate a la parte trasera de la furgoneta, donde chocó con la puerta de atrás. Se sentó en el asiento del conductor y se agarró con fuerza al volante. El vendaval repiqueteaba en la camioneta. Sacó la cartera y extrajo la fotografía que conservaba de Mary y él en la playa. La foto era de hacía dos veranos. Después de

contemplarla en silencio y recordar la perfecta tarde de verano que habían pasado juntos, inclinó el cuello hacia atrás hasta que su cráneo tocó el reposacabezas. Se le abrió la boca y tragó aire. Las lágrimas que había estado esperando al fin aparecieron. Un ejército silencioso que desfilaba por sus ojos y le surcaba la barbilla sin afeitado. No se movió ni reaccionó, ni siquiera sintió que sus hombros se contraían al sollozar. Era sólo su dolor dejándose llevar en una lluvia en calma.

Cuando ésta cesó, Clark se enderezó y se limpió la cara. No podía hacer lo que había planeado. No podía matar a sangre fría. Buscó la llave; quería alejarse de ese horrible lugar. Ojalá Donna le estuviera esperando en casa. Quizás ella tuviera razón. Quizás algo de lo que había entre ellos pudiera salvarse. En el bar había visto un antiguo anhelo en sus ojos, como una brasa en un fuego que podía revivir con un cálido aliento.

No obstante, antes de poder poner en marcha el motor de la furgoneta, vio un atisbo de movimiento en el porche delantero de la casa del otro lado de las vías.

La puerta se abrió como los labios de un monstruo negro, y alguien alto y flaco salió a hurtadillas a la noche. Se trataba de Finn, casi invisible vestido con ropa oscura. Caminaba torpemente, como un hombre enfermo. Se detuvo en el último escalón y movió la cabeza a un lado y otro, observando el vecindario. Clark contuvo el aliento cuando los ojos de Finn se fijaron en su furgoneta, pero la oscuridad lo protegía. Cuando Finn creyó estar solo, avanzó lentamente hasta las altas lilas del patio delantero y prosiguió a hurtadillas hasta llegar al Rav.

Clark sabía con exactitud lo que Finn estaba haciendo. Era la hora del fisgoneo. No importaba que una dulce criatura hubiera muerto. No importaba que su rostro hubiera sido expuesto ante la ciudad en calidad de sospechoso. Él iba a salir en busca de otra ventana, de otra muchacha.

Y eso era algo que Clark no iba a consentir.

Se metió la foto de Mary en el bolsillo delantero. Pidió disculpas a Donna mentalmente. Aguardó a que el Rav de Finn abandonara el camino de entrada de gravilla y después puso en marcha su furgoneta y dejó las luces apagadas. Guardó una distancia de varias manzanas, pero las luces traseras del vehículo de Finn eran fáciles de seguir. Finn lo guió por una trayectoria zigzagueante a través del vecindario, pasó por delante de casas a oscuras y robles desplomados como gigantes sobre la carretera. En la avenida Stinson, Finn giró en diagonal hacia el noreste, dirigiéndose hacia la tierra yerma que quedaba más allá del aeropuerto municipal. La carretera atravesaba campos de maíz y pasaba por delante de las apestosas chimeneas de la refinería de petróleo. Clark sintió la sacudida de las vías del tren bajo las ruedas.

Después de algunos kilómetros, la carretera llegaba al barrio de East End, no muy lejos de la carretera principal y de la cuenca del puerto. Grupos de casas construidas en parcelas abiertas salpicaban ambos lados de la carretera. Las manzanas estaban

dispuestas en pulcros cuadrados. Clark se dio cuenta de que las luces rojas del Rav se intensificaban a medida que Finn reducía la velocidad, y frenó; no quería acercarse demasiado. Finn giró y las luces desaparecieron. Clark mantuvo la velocidad al pasar por el cruce y observó la calle que quedaba a su derecha. Hizo un giro en U y se metió por ella, conduciendo lentamente y con la vista clavada en la carretera. En esa zona había más árboles, como si fuera un parque. Vio un área recreativa y una vieja verja que rodeaba dos pistas de tenis gemelas.

Dos manzanas más allá, atisbo unas luces de freno. Clark avanzó poco a poco. Al llegar a la intersección, se dio cuenta de que el Rav se había esfumado. Condujo unas manzanas más y luego puso marcha atrás y giró por la calle lateral donde había visto por última vez las luces de freno. Había unos cuantos coches aparcados en la calle y en los caminos de entrada, pero el Rav no estaba allí. Ni Finn. La noche lo había engullido.

—¿Dónde estás? —murmuró Clark.

Siguió el tablero de ajedrez de calles como una rata en un laberinto. En un momento dado, vio un Rav aparcado junto a un garaje no adosado, pero al acercarse se dio cuenta de que era de otro color. Arena, no plateado. Siguió conduciendo mientras se preguntaba cómo se las había arreglado Finn para dejarlo atrás y si el rodeo por el East End había sido una estratagema para despistar a quienquiera que pudiera seguirle. A Clark le preocupaba que Finn hubiera huido hacia la autopista y girado hacia el norte o el sur, para dirigirse a un destino completamente diferente.

Pero no.

Ahí estaba.

Clark giró con cautela en la siguiente esquina y vio el Rav plateado de Finn maniobrar fuera del arcén de la carretera, bajo la sombra aparaguada de un olmo. El lugar estaba vacío y lleno de maleza. Clark detuvo el vehículo, dio marcha atrás y giró de nuevo en la esquina. Apagó el motor y salió de la furgoneta, dejando el bate de béisbol dentro. Por el noroeste, el cielo se iluminó durante un instante y luego se oscureció. Un relámpago. Clark contó hasta que el estruendo del trueno llegó a sus oídos, aunque no tuvo que esperar mucho. La tormenta se acercaba.

Usó la casa más cercana como parapeto y se escondió entre los árboles para avanzar. Al llegar frente al Rav, cruzó el terreno abierto y se dirigió al lado del pasajero. El automóvil estaba vacío. Finn se había ido. Clark inspeccionó los alrededores en todas direcciones. No vio a Finn ni tampoco escuchó nada más que el susurro de las hojas de los olmos y otro trueno, esta vez más estrepitoso.

Clark tiró de la portezuela del pasajero del Rav. Estaba abierta. La luz del techo del vehículo permaneció apagada. Sintió el olor a hombre en el interior del vehículo, a sudor y a fritura rancia. Buscó mapas de calles, fotos o notas, pero los desperdicios que había en las alfombrillas del suelo del auto no le fueron de ayuda. La guantera

estaba cerrada con llave, así que Clark hurgó en sus pantalones, sacó una navaja pequeña y forzó la cerradura. Encontró la sección de deportes del periódico local, doblado por la fotografía de tres chicas del equipo de natación del instituto de Superior. El rostro de una de ellas estaba señalado con un círculo de rotulador azul. Una rubia muy guapa. Recordó lo que Maggie le había dicho, que ese hombre no tropezaba con sus víctimas por casualidad. Las identificaba. Las estudiaba. Las acechaba. Tenía un destino en mente, una vivienda en particular, una chica concreta.

Clark leyó el pie de foto con el nombre de la joven. Angela Tjornhom. Pero ¿dónde vivía?

Cerró la puerta y estudió las casas cercanas. Buscó algún punto de luz, pero el vecindario estaba a oscuras. Se alejó del Rav y de la calle y regresó al resguardo de las casas. Para ser un tipo grande, se movía con rapidez y en silencio por el mullido césped. En la esquina de cada vivienda, buscaba a Finn acuclillado en cualquier ventana de la primera planta. Se servía de los relámpagos para alumbrar su camino.

La lluvia comenzó a golpear frenéticamente los árboles, por encima de su cabeza. Al llegar a un espacio abierto, el agua le azotó en la piel y lo dejó empapado. Al cabo de unos segundos estaba chorreando, y tuvo que frotarse los ojos para poder ver. Al final de la calle, se quedó bajo el aguacero; no tenía claro por dónde girar. Tras cada relampagueo del cielo, intentaba traspasar las capas grises de lluvia escudándose en los patios traseros. No se veía a Finn por ninguna parte. Clark decidió seguir recto y echó a correr. Prosiguió hasta el final de la siguiente manzana sin encontrarlo.

Después, gracias al destello del rastro irregular de otro relámpago, lo vio. Finn estaba a unos cincuenta metros, de pie y a cubierto bajo la copa de un árbol de hoja perenne, a unos pasos de la ventana trasera de un modesto chalé. Clark se acercó con sigilo, manteniéndose oculto. En una ocasión, como si sintiera una mirada sobre él, Finn se giró. Si entonces hubiera caído un relámpago, Clark habría quedado expuesto; sin embargo, permaneció inmóvil, invisible en la oscuridad. Finn miró hacia él y no lo vio. Cuando se dio la vuelta de nuevo, Clark se puso a cubierto tras una hilera de pinos esmirriados e inició un recorrido serpenteante que le llevó a diez metros de la espalda de Finn.

La ventana de la parte trasera de la casa estaba a oscuras. Finn se llevó una mano a la cabeza y Clark se dio cuenta de que sostenía un teléfono móvil. Estaba llamando a alguien. Segundos después, una luz destelló en la ventana y Clark lo comprendió. Finn llamaba a la chica. Para despertarla.

Clark podía ver a través de las cortinas de tablillas verticales. La chica de la fotografía, que no tendría más de dieciséis años, se había levantado de la cama y avanzaba a trompicones, embutida en una camiseta corta gris y unos pantalones de pijama, hacia una mesa de escritorio blanca. Contestó el teléfono. Habló. Colgó. Se dirigió de nuevo a la cama, pero antes de que le diera tiempo a apagar la luz, Finn

volvió a telefonar y Clark vio a la joven responder la llamada con un gesto de contrariedad.

Colgó de nuevo, pero ahora ya se había desvelado. Se acercó a la ventana para observar la tormenta y la lluvia que caía a cántaros. Finn estaba embelesado; contemplaba a la chica enmarcada en el recuadro de luz, con su camiseta transparente y su vientre plano. Tenía un aspecto hermosamente desmañado mientras se acariciaba el cabello despeinado y se mordisqueaba una uña. Inconsciente de su vulnerabilidad, Clark se aprovechó de la obcecación de Finn para acercársele por detrás. Lo único que deseaba era que la chica se apartara de la ventana.

Durante casi un minuto, los tres actores de la representación permanecieron inmóviles. La joven, en el interior, contemplando con sus grandes ojos azules la lluvia y la noche. Finn, observando junto al árbol. Clark, tan cerca que pensaba que Finn olería su aliento.

Entonces, la muchacha rubia se dio la vuelta de repente y, un instante después, la ventana volvió a quedarse a oscuras.

Antes de que Finn pudiera moverse, Clark se le echó encima. Su enorme antebrazo rodeó el cuello de Finn, igual que una serpiente ahogando a su presa, y lo levantó del suelo por la fuerza. Éste no podía respirar. Se debatía agitando las piernas espasmódicamente mientras le daba puñetazos sin fuerza. Clark pensó en estrangularlo, en sentir cómo la vida abandonaba su cuerpo, pero en vez de ello, soltó a Finn y le propinó un revés en la cabeza con un raudo puñetazo. El otro se desplomó en la tierra mojada, inconsciente.

Clark se quitó el cinturón y ató con él a Finn de los tobillos; después lo agarró y se lo subió al hombro. Apenas notaba su peso. Se abrió paso a través del remolino de la tormenta y llevó a Finn hasta su furgoneta.

—Donna tiene razón —se lamentó Maggie—. Clark debe de haber ido tras Finn Mathisen.

Stride apartó la vista de la carretera.

—¿Crees que Clark arrojaría su vida por la borda por un don nadie como Finn?

—¿Para vengarse de su hija? Sí, lo creo.

—Añade el Rav plateado de Finn a la alerta de localización a ambos lados de la frontera. Esperemos que Rikke pueda decirnos adonde ha ido Finn.

—Eso sería como admitir que es culpable.

—Para salvar su vida —señaló Stride.

Maggie presionaba las teclas de su teléfono móvil mientras Stride conducía.

A medida que aceleraban bajo la lluvia torrencial, el río St. Louis se retorció como un dragón a su derecha. Las ruedas del vehículo levantaban cortinas de agua mientras Stride avanzaba velozmente entre las rápidas y profundas corrientes de agua que se derramaban desde las colinas e inundaban la autopista. Derrapó en el puente ferroviario que comunicaba Minnesota con Wisconsin por encima de las tierras fangosas del río. El viento ululaba en el cañón creado por el río, y un tren metalífero atronó desde el lado contrario en el caballete emplazado encima de él. Se aferró al volante. La superestructura del puente se estremeció como si fuera a desmoronarse.

Stride frenó al girar en una curva pronunciada al otro extremo del puente y luego pasó volando por las largas manzanas del pueblo de Oliver hasta la solitaria autopista que llevaba a Superior. A través de la cortina de agua del parabrisas, vio kilómetros de abedules que se extendían en paralelo a ambos lados de la carretera. Las espadañas se mecían en la cuneta como peonzas. Condujo por una larga franja de tierra de nadie antes de llegar al extremo sur de la ciudad. Era la una de la madrugada. Superior estaba muerto. La lluvia plateada caía al bies bajo el brillo de las farolas.

Siguió la cuadrícula de calles hasta llegar al otro extremo del terreno urbanizado cercano a la vivienda de Finn Mathisen, que estaba envuelta en luces. Un coche patrulla de la policía de Superior estaba aparcado enfrente.

Stride detuvo el auto detrás del coche patrulla y Maggie y él se apearon. Una mujer policía rubia con el pelo mojado y apelmazado salió corriendo del porche para reunirse con ellos. Los tres se dieron la mano mientras la lluvia se les clavaba como agujas.

—Lynn Ristau, de la policía de Superior —se presentó la mujer.

No era alta, pero tenía un físico duro y fornido que haría que cualquier hombre más alto se lo pensara dos veces antes de meterse con ella.

—Soy el teniente Stride y ella es la sargento primera Maggie Bei.

—Vosotros los de Duluth sí que sabéis escoger los días de mejor tiempo para perder a un sospechoso —dijo Ristau con una sonrisa.

—¿Hay algún resultado de la alerta de localización? —preguntó Stride.

Ristau negó con la cabeza. El agua salió despedida de su cabello rubio.

—Nadie ha visto al tipo.

—¿Ha hablado con la mujer de dentro?

—Sí, pero no nos ha contado mucho. Dice que no sabía que su hermano había salido de casa hasta que yo llamé a su puerta. No tiene ni idea de adonde ha ido.

—De acuerdo, veremos si podemos sonsacarle algo más —respondió Stride—. ¿Puede quedarse y mantenernos informados? Tal vez necesitemos ayuda.

—Cuente con ello.

Stride y Maggie subieron hasta el porche delantero y atravesaron una cortina de agua que caía del tejado. Rikke abrió la puerta antes de que pudieran tocar el timbre. Llevaba una bata amarilla de algodón que le llegaba hasta los tobillos y tenía el ceño fruncido.

—¿Qué demonios pasa aquí? —inquirió.

—¿Podemos entrar? —preguntó Stride.

En silencio, la mujer alta y corpulenta se hizo a un lado. Stride y Maggie se sacudieron de encima toda el agua que pudieron y entraron en la vivienda, donde el agua empezó a gotear sobre la alfombra. Las paredes temblaron cuando las ráfagas de viento asaltaron la estructura de la casa desde el oeste. Rikke cerró la puerta tras ellos y se cruzó de brazos.

—¿Y bien? —preguntó.

Stride estudió la sala de estar vacía. Rikke había estado sentada en el sofá con una taza de café de porcelana.

—¿Dónde está Finn?

—No tengo ni idea. Aún no ha respondido a mi pregunta. ¿Qué es lo que pasa?

—Creemos que alguien va tras él.

—¿Quién?

—El hombre cuya hija murió en el río.

Rikke palideció y se dio la vuelta.

—Eso es ridículo.

—Sabemos que Finn estuvo ese día en el río —le explicó Maggie—. Estaba acosando a esa chica. Ella se ahogó por su culpa.

—Si pudiera probarlo, Finn estaría ahora mismo en la cárcel —soltó Rikke. Volvió a girarse y agitó un dedo frente la cara de Stride—. Esto es por culpa suya. No parará hasta ver a mi hermano muerto.

—Intentamos protegerlo —replicó Stride.

—Un poco tarde después de todo lo que han hecho. Han empapelado la televisión con su cara. Los periodistas llevan toda la noche aporreando nuestra puerta. No es de extrañar que algún animal haya decidido ir en su busca. No puede arrestarlo, así que lo cuelga en los medios de comunicación y deja que otro haga el trabajo sucio por usted.

—Lamento lo de los periodistas —se disculpó Stride—. Tienen sus propias fuentes, y es muy difícil detenerlos. No obstante, nada de eso cambia el hecho de que necesitamos encontrar a Finn antes de que lo haga Clark Biggs.

—No puedo ayudarle.

—¿No puede o no quiere? —preguntó Maggie.

—No puedo contarle lo que no sé. No tengo ni idea de adonde ha ido Finn. Ya le he dicho a los agentes de ahí afuera que ni siquiera sabía que hubiera salido de casa. Yo estaba durmiendo.

—¿Sabe a qué hora se marchó?

Rikke se encogió de hombros.

—Supongo que después de medianoche. Finn estaba abajo cuando me fui a la cama.

—Así que hace menos de una hora que salió —concluyó Stride—. ¿Cómo se encuentra Finn?

—Está muy débil. No debería haberse ido.

—¿Le comentó que saldría de casa?

—No. No está lo bastante fuerte para ir a ningún sitio.

Stride acercó su rostro al de Rikke.

—Finn sólo haría una cosa pasada la medianoche. Y los dos sabemos cuál es.

Pudo verlo en sus ojos: Rikke lo sabía.

—No tengo ni idea de qué me habla —protestó Rikke con la vista clavada en el suelo.

—Sé que quiere protegerlo, pero en estos momentos lo único que conseguirá con sus mentiras es perjudicarlo. Déjese de juegos, Rikke. Finn es un enfermo. Sale por ahí a acechar a jovencitas y, si estamos en lo cierto, Clark Biggs ha ido tras él. Cree que Finn es el responsable de la muerte de su hija. Y si lo encuentra ante la ventana de otra chica, ¿qué demonios cree que le va a hacer?

Rikke respiró hondo e hinchó el pecho. Su mandíbula se endureció como el hormigón, y Stride vio cómo apretaba los puños. Pasó por delante del sofá y se sentó junto a la chimenea apagada. El agua goteaba sobre el hogar. Cogió su taza de café con una mano sin llegar a beber de ella.

—Sabemos lo que le sucedió a su madre —le dijo Maggie—. He hablado con la policía de Dakota del Norte. Finn necesita ayuda.

Rikke puso los ojos en blanco, como si de nuevo fuera profesora y uno de sus

alumnos hubiera cometido un error estúpido.

—¿Ayuda? ¿Acaso cree que yo no he intentado ayudarlo? Se ha pasado años entrando y saliendo de terapia —explicó, y añadió—: Lo he protegido durante todo este tiempo porque me sentía responsable.

—Finn es un hombre adulto —replicó Stride.

Rikke negó con la cabeza.

—Usted no creció en nuestra casa. Usted no sabe por lo que hemos pasado.

—La policía me contó que se rumoreaba que Finn había sufrido abusos —comentó Maggie.

—¿Rumores? Sí, eso es lo que eran. Rumores. Mantengámoslo todo en secreto para que nuestra hermoso y pequeño pueblo no tenga que enfrentarse a nada desagradable. —La voz de Rikke era amarga—. Nuestros vecinos, nuestros profesores, nuestro párroco: todos lo sabían. Y fingían que todo iba bien. Inger hacía galletas y tartas. Lo pasó tan mal cuando su marido murió, la pobre. ¿A quién le importaban los niños? ¿A quién le importaba si en realidad no era más que una flema que el diablo escupió desde el infierno?

—Usted se marchó de esa casa —apuntó Maggie.

—Sí, pero dejé a Finn.

—No podía llevárselo con usted —le dijo Stride—. No a su edad.

—¿No? Entonces soy una estúpida por haberme flagelado por ello durante treinta y cinco años. Sabía lo que le ocurriría a Finn en cuanto me marchase. Inger empezó conmigo. Yo era su pequeño pastel de cereza. Durante el día no era tan terrible, pero Finn y yo odiábamos las noches. Era como si la granja y nosotros estuviéramos en la luna. Solos nosotros tres en un triángulo retorcido. Inger obligaba a Finn a mirar, ¿sabe? Bonita imagen, ¿verdad? Obligaba a Finn a mirar mientras ella me lo chupaba. Lo obligaba a mirar mientras me sujetaba la cabeza para que yo se lo chupara. Y él aún sigue mirando. No puede parar.

—¿Dónde está? —le preguntó Stride.

—Ya se lo he dicho. No tengo ni idea.

—Hemos enviado policías a la casa de todas las chicas relacionadas con los casos de voyeurismo —explicó Stride—. No han visto a Finn ni a Clark en ninguna de ellas. Así que es probable que tenga una nueva víctima. Una chica a quien aún no conocemos.

—Sabemos que limpió a fondo su habitación antes de que la registráramos —añadió Maggie—. Necesitamos saber si encontró algo.

Rikke dejó la taza y cruzó las manos como si rezara.

—Si lo encuentran lo meterán entre rejas.

—Si no lo encontramos esta noche, puede que muera —respondió Stride.

—Había fotos —murmuró Rikke—. Muchas. Jovencitas. Algunas desnudas y

otras no. Hechas a través de las ventanas de sus dormitorios.

—¿Destruyó esas fotografías?

Ella asintió.

—¿Reconoció a alguna de las chicas? —preguntó Maggie.

—Sí, he visto a varias de ellas en las noticias —admitió Rikke—. Incluso a la joven retrasada. La que murió.

—¿Había alguna reciente? ¿Alguna chica a quien hubiera encontrado después de Mary?

—Sí, tenía fotos nuevas. Aún estaban en la cámara. Otra rubia. Parecía muy joven, puede que unos quince o dieciséis años. Se parecía un poco a Laura.

—¿Sabe quién es esa chica? —preguntó Stride.

—No, no lo sé.

—¿Tiene alguna idea de cómo la encontró?

—No. —Rikke pensó con más detenimiento y añadió—: Probablemente vaya al instituto de Superior. En una de las fotografías llevaba una camiseta de los Spartans.

Stride se giró hacia Maggie.

—Sal y habla con Ristau. Averigua si podemos hacernos cuanto antes con un anuario de este curso del instituto de Superior. Puede que Rikke reconozca a esa chica en las fotos de clase.

Maggie ya se hallaba a medio camino de la puerta.

—Ahora mismo.

Menos de una hora después, Stride y Maggie estaban sentados en una casa del East End, en la sala de estar de una aterrorizada adolescente llamada Angela Tjornhom. Sus padres estaban sentados uno a cada lado de ella. Angela llevaba una camiseta gris de los Spartans y los pantalones del pijama, e iba descalza. Tenía las manos cruzadas con fuerza en el regazo. Su aspecto era el de una modelo, de rostro hermoso y constitución pequeña. Stride se dio cuenta de que Rikke tenía razón. Si observaba bien su cara, era cierto que Angela tenía cierto parecido con Laura.

—¿Así que ese tío tiene fotos mías? —preguntó Angela.

—Me temo que sí; eso creemos —le explicó Maggie.

—Es asqueroso. Quiero decir, ¿también tiene fotos mías desnuda?

—No lo sabemos.

—No voy a volver a descorrer las cortinas nunca más. No puedo creerlo —dijo, y apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

—¿Dónde coño está ese hijoputa? —exigió saber el padre de Angela. Era un tipo pequeño, con una estrecha franja de pelo negro que le circundaba la calva. Tenía las mejillas encendidas por la rabia—. ¿Es el perverso que ha salido en las noticias?

—En estos momentos intentamos localizarle —respondió Stride—. Nos gustaría que nos permitiera echar un vistazo al patio trasero.

—Adelante —les dijo él—. Hagan lo que tengan que hacer.

Stride asintió.

—Angela, ¿puedes contarnos si esta noche ha sucedido algo fuera de lo común?

La chica había estado llorando. Se estiró, la camiseta y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Me llamaron al móvil dos veces y luego colgaron.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé. Después de medianoche.

—¿Qué hiciste?

—Encendí la luz. Las llamadas me desvelaron. Fui a mirar por la ventana, pero no vi a nadie. Aunque tampoco podría haber visto a nadie con tanta lluvia.

—¿Te había pasado antes? —preguntó Maggie.

Angela asintió.

—Sí, dos o tres veces. Siempre de noche. Yo pensaba que era alguien que se equivocaba de número, ¿sabe? Sabía que habían espiado a una de las chicas del instituto, pero nunca creí que fuera a pasarme a mí.

—Alguien vendrá mañana a tomarte una declaración completa —le informó

Stride.

Maggie colocó una mano en la rodilla de la adolescente.

—Deberías hablar con alguien, Angela. Las chicas que han sufrido una experiencia como la tuya a menudo reaccionan de un modo semejante a las víctimas de una violación. Es una invasión y es intimidante. No deberías pasar por esto tú sola.

Angela se encogió de hombros y se guareció aún más entre los brazos de su madre.

—Le buscaremos ayuda —aseguró su padre.

Stride y Maggie se despidieron y volvieron a encontrarse bajo la persistente lluvia que caía fuera. Encendieron las linternas y enfocaron el haz de luz hacia delante, como si llevaran reflectores, al tiempo que se dirigían al patio trasero. La hierba estaba empapada bajo sus pies. Regueros de agua caían de los canalones rebosantes. Detrás de la vivienda el terreno era extenso y plano, salpicado de árboles de hoja perenne. Stride vio que la siguiente calle estaba a más de treinta metros de distancia. Al iluminar el césped con la linterna, charcos de agua estancada le devolvieron el reflejo.

La habitación de la esquina era el dormitorio de Angela. La luz estaba encendida y las cortinas, corridas. Stride examinó la hierba bajo la ventana.

—Nada —dijo.

—También puede ser que la lluvia haya borrado las pisadas —contestó Maggie.

Stride negó con la cabeza.

—Es imposible que él estuviera tan cerca. Si hubiera estado aquí de pie, ella lo habría visto.

Examinó el resto del patio. Durante un instante, un rayo transformó la noche en día. Stride vio que a unos seis metros de la ventana de Angela la tierra húmeda estaba removida. Se valió de la linterna para guiar sus pasos hasta un trozo de fango y hierba empapada situado bajo uno de los abetos, en el que las raíces del árbol sobresalían del suelo húmedo. En el cono de luz, vio pisadas desordenadas y el césped aplastado.

Maggie se agachó y estudió las marcas de las pisadas superpuestas.

—Dos huellas distintas —dijo ella—. Parece como si hubiera habido una pelea.

Stride reparó en una única hilera de pisadas que se alejaban de la escena y se dirigían a la calle. Las siguió con ayuda de la linterna. En un punto del camino las huellas en el lodo eran profundas y nítidas.

—Cargaba con alguien —indicó Stride mientras señalaba el lugar donde las huellas de los tacones se hundían como pesas en la tierra blanda.

—Creo que hemos llegado tarde, jefe —dijo Maggie.

Siguieron las huellas hasta la calle, donde éstas desaparecían. El agua se desbordaba de las alcantarillas y corría hasta el bordillo formando un río. Stride se secó la lluvia de los ojos. Corrió hasta el terreno baldío del otro lado para comprobar

si las huellas proseguían allí, pero no halló rastro alguno. Clark y Finn se habían desvanecido.

Stride le hizo una señal a Maggie en dirección sur, mientras él avanzaba en dirección norte corriendo por el centro de la calle, donde había menos agua encharcada. De los canalones caían ríos gemelos. Stride aprovechaba los destellos intermitentes de los rayos para mirar entre las casas y orientarse por los largos tramos de asfalto. Los truenos que seguían a la luz cada vez se oían más cerca y eran más largos. La tormenta iba a peor, no a mejor, y la atmósfera parecía más densa a su alrededor, como si la presión del aire se estuviera concentrando, dispuesta a explosionar. El frío húmedo empezaba a calarle los huesos. Los árboles se cernían sobre su cabeza agitados por las ráfagas de viento, y cuando se detuvo en el centro de una intersección donde se cruzaban dos amplias calles, se sintió insignificante.

Un nuevo relámpago con un montón de ramificaciones iluminó el cielo; parecía un verdugo dibujado por un niño. En ese preciso instante, Stride lo vio. Tres manzanas más allá, brillando bajo la luz blanca, había un Rav plateado aparcado bajo las ramas combadas de un olmo. Chapoteó entre las aguas profundas. Sus botas estaban anegadas. Al acercarse, vio a Maggie correr hacia el Rav desde la dirección opuesta. Ambos enfocaron el haz de luz de sus linternas hacia el interior del vehículo, esperando encontrar el cuerpo de Finn desplomado en la parte de atrás. Sin embargo, estaba vacío.

—Finn no regresó a su vehículo —dijo Maggie.

—¿Has podido localizar la furgoneta de Clark?

Ella negó con la cabeza y se arrodilló.

—Espera, hay algo bajo el neumático.

Stride también lo vio. Maggie extendió la mano bajo el chasis del Rav y extrajo algo blanco de debajo de la goma del neumático. Lo sostuvo en alto y vio que se trataba de una fotografía de bolsillo, sucia y mojada. La iluminó con la linterna.

—Son Clark y Mary Biggs —dijo.

—¿Crees que la dejó aquí para nosotros?

Maggie negó con la cabeza.

—Probablemente se le cayó de la cartera.

—Si Clark tuviera a Finn, ¿adónde crees que lo llevaría? —preguntó Stride.

—No lo sé. A no ser que ya haya matado a Finn y arrojado el cadáver en otro sitio.

Stride se puso en el lugar de un padre abatido que se enfrenta al hombre que ha llevado a su hija a la muerte.

—Creo que si tuviera la intención de matarlo, lo habría hecho lejos de la ventana de Angela.

—Pondré más coches en la calle, pero creo que estamos en un punto muerto.

—¿Qué hay del parque del lago Perch? —sugirió Stride—. Allí es donde murió la chica.

—Eso fue lo primero que pensé, pero el aparcamiento está vacío —respondió Maggie—. Tengo un coche allí por si aparece.

—¿Y qué me dices de Donna? Puede que ella sepa adonde iría Clark.

Maggie asintió.

—La telefonearé.

Hizo ademán de sacar el móvil del bolsillo, pero se detuvo en el acto.

—Espera un segundo —dijo mientras volvía a iluminar la foto—. ¿Dónde crees que se tomó esta fotografía?

Stride se inclinó ante la imagen.

—Es una playa de por aquí cerca. Probablemente del Point. Al fondo se ve el lago.

—No estamos muy lejos del Wisconsin Point, ¿verdad?

—Está a unos cuantos kilómetros al sur.

Maggie se guardó la foto en el bolsillo.

—Clark me dijo que solía llevar a Mary al Point. Era uno de sus lugares preferidos.

—¿Crees que es ahí donde ha llevado a Finn?

—Es un sitio aislado, está cerca y le recuerda a Mary.

—Parece que es nuestra mejor baza —dijo Stride.

—¿A qué esperamos? —preguntó Maggie.

Clark arrastraba a Finn por la arena húmeda, tirando con una sola mano del cinturón que le había atado alrededor de los tobillos. Con la otra mano sujetaba el bate de béisbol, que llevaba apoyado en el hombro. A medida que el terreno irregular hacía dar tumbos al cuerpo de Finn, el hombre maniatado empezó a recobrar la conciencia y a forcejear, clavando los dedos en la tierra para encontrar un punto de apoyo. Escupió hierba y tierra y comenzó a chillar. Clark ignoró sus gritos, ahogados por el furioso aullido del viento y el batir de las olas del lago en la orilla.

La playa era una larga y solitaria franja de arena y árboles. El cielo no paraba de descargar lluvia y lo cegaba con los destellos encadenados de los relámpagos. Desde algún lugar le llegó el olor a madera quemada; la electricidad había arremetido contra la corteza y las raíces de los árboles. El trueno sonó tan cerca y tan fuerte que sintió la tierra temblar bajo sus pies. Si hubiera creído en Dios habría pensado que estaba furioso, pero hacía mucho que había perdido la fe. Dejó de creer el día que Mary se hundió en el agua por vez primera y emergió convertida en el espectro de lo que alguna vez había sido.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Dios no existía. Ni tampoco la misericordia.

Esa noche Clark no estaba dispuesto a mostrarse misericordioso.

Dejó caer a Finn en el centro de la playa vacía, donde la corriente había arrastrado un tronco grueso y descolorido después de meses de rodar y flotar por la superficie del lago. Estaba pelado y blanco, picado de agujeros que los insectos habían hecho en la madera. Agarró a Finn de la camisa y le apoyó la espalda contra el tronco. La sangre le resbalaba por la cara, allí donde las zarzas y las piedras le habían rascado la piel, pero la lluvia se la limpió enseguida. Forcejeó con los tobillos para desasirse del cinturón que los mantenía atados, y sus músculos se convulsionaron por el miedo.

—¿Quién eres? —preguntó Finn en un susurro a pesar de que prácticamente estaba gritando.

—Tú mataste a mi hija —contestó Clark.

Finn miró horrorizado a Clark, grande y corpulento como un oso. Vio la dureza que se reflejaba en su rostro y al instante supo quién era y qué planeaba hacer. El torso de Finn se deslizó del tronco y trató de alejarse reptando y arrastrando los pies; su cuerpo se retorció como un pez en la cubierta de un bote. Clark dio dos pasos y tiró de él agarrándolo por el cuello de la camisa. Incorporó de nuevo a Finn y, como si manejara un arpón, le clavó la punta del bate en el estómago con tanta fuerza que la sangre y los jugos gástricos salieron a borbotones por su boca. Finn intentó respirar,

pero el oxígeno no llegó a sus pulmones y se aferró con los dedos a la arena, aterrorizado, mientras jadeaba en busca de aire. Las lágrimas de su rostro se mezclaban con la lluvia.

Clark había creído que obtendría más satisfacción ante el dolor de Finn, pero no fue así. Se sentía tan inánime como el enorme trozo de madera donde Finn estaba apoyado.

A unos nueve metros, las olas rompían en un espejo negro de espuma y se deslizaban hasta casi alcanzar las botas de Clark. La espuma del agua se alzaba en una cortina blanca tan alta como él. Cuando el agua retrocedió por la arena resbaladiza, advirtió destellos de cuarzo. Si se esforzaba lo suficiente, podía ver allí mismo a Mary cuando era más pequeña, saltando en los charcos y los riachuelos que se formaban. Podía contemplar el sol de verano que besaba su cabello. Escuchar sus gritos de placer. Sentir la fuerza de sus brazos húmedos al abrazarlo.

—No, papá —le susurró ella una vez más. Con premura.

Clark obligó al espectro de su hija a alejarse. Había cosas que una niña no comprendía. Había cosas que un padre tenía que hacer. «Lo siento, cariño».

Agarró el bate con ambas manos y lo sostuvo como un jugador de béisbol, con los dedos apretados y tensos alrededor de la madera veteada. Los labios de Finn formaron la palabra «No», pero de su pecho no salió sonido alguno. Clark alzó el bate formando un virulento arco en el aire y lo dejó caer sobre la parte superior del brazo de Finn. Un crujido de huesos. Músculos desgarrados. El cuerpo de Finn se alzó de la arena y aterrizó deslavazado metro y medio más allá. Se ovilló como un bebé. Tenía los ojos cerrados. Lloriqueaba.

Clark seguía sin sentir nada. Impávido. Muerto.

Agarró a Finn y volvió a incorporarlo. La clavícula le sobresalía del cuello como un hueso de pollo partido en dos. Tenía la piel blanca.

—Basta —le suplicó a Clark—. Por favor, basta. Lo siento mucho.

—No te mereces vivir.

—Lo sé.

Clark se agachó a escasos centímetros de la cara de Finn.

—Te has llevado mi vida entera. Todo lo que soy, todo lo que he hecho, era por esa niña. Cuando la mataste, también yo morí. ¿Lo entiendes? En estos momentos estoy muerto debido a lo que hiciste. Y ¿qué era ella para ti? Dime, ¿qué derecho tenías a formar parte de su vida?

A Finn le colgaban los mocos de la nariz. Sus labios temblaban.

—Nunca quise que sucediera algo así. Lamento mucho su muerte. Sólo quería hablar con ella. Jamás la toqué.

—Espíaste a mi pequeña por la ventana —dijo Clark—. ¿La viste desnuda?

Finn permaneció en silencio.

—Respóndeme.

—Sí.

—¿Le hiciste fotos?

—Sí.

—Qué más.

Finn volvió a quedarse con la boca cerrada.

—Maldita sea, qué más. ¿Te la meneaste? ¿Es eso lo que hacías mientras contemplabas a mi pequeña?

—Sí. Oh, Jesús, lo siento, sí.

Clark se incorporó de nuevo con atroces intenciones.

—No, no, no —gritó Finn, pero ya era demasiado tarde.

Clark volvió a blandir el bate. Esta vez alcanzó la parte blanda de la rodilla de Finn y se escuchó un estallido cuando el fémur y la tibia se partieron. Finn se agarró la pierna como si pudiera detener el dolor cubriéndosela. Los sonidos de su garganta eran guturales, como los de un animal. Se retorció de dolor en el suelo. Clark inspiró hondo y se alejó, dejando que la lluvia y el viento cayeran sobre él. Vagó entre la espuma y las olas azotaron sus piernas con tanta fuerza que a punto estuvieron de hacerle caer. Definitivamente, Dios estaba furioso. Los relámpagos eran luces estroboscópicas blancas que destellaban en su cara y acuchillaban el cielo.

—¡Mátame! —gritaba Finn—. Por el amor de Dios, mátame.

Clark volvió a escuchar a Mary como si estuviera allí mismo, tironeándole del brazo, reclamando su atención.

—No, papá, no.

«Lo siento, cariño». Sin piedad.

Excepto que, en ese momento, el acto de misericordia consistiría en acabar con aquello. En una ocasión su furgoneta había golpeado de refilón un ciervo enorme que fue a parar a las densas matas del arcén de la carretera, donde se agitó compulsivamente, agonizante y moribundo. No podía marcharse y dejarlo allí. Donna estaba en el vehículo y él la obligó a quedarse dentro y no mirar. Entonces sacó un rifle del maletero y le disparó al ciervo en la cabeza.

Un acto de misericordia.

Clark se alejó de la espuma del agua. Se acercó a Finn por detrás, no de frente. Finn sintió su presencia, pero no intentó girarse. Clark podía ver el pecho del hombre subir y bajar. La cabeza calva de Finn era como un melón balanceándose en el tronco del árbol. Clark sabía que sólo necesitaba un golpe de bate para acabar de una vez. Para acabar con sus vidas. Un milisegundo de dolor y luz para que Finn, Mary y él se zafaran de su agonía compartida.

—Hazlo —gritó Finn.

Clark rodeó con los dedos el asidero mojado del bate. Sus ojos hallaron un lunar

deforme en la parte de atrás de la cabeza de Finn y se centró en él. Su objetivo. El punto exacto. Se colocó y se preparó para lanzar.

El Wisconsin Point era hermano gemelo del Minnesota Point, y separaba el lago Superior de la bahía de Allouez con una aguja de tierra que sufría los embates de las olas y los temporales. Sólo una ensenada de mar abierto que no alcanzaba los trescientos metros separaba las dos esquirlas de playa. A diferencia de su gemelo de Minnesota, donde vivían Serena y Stride, el Wisconsin Point era una reserva en gran parte sin explotar, tan estrecha en algunas áreas que no había espacio para emplazar los cimientos. La única carretera que llevaba a las afueras del Point era un camino rural llamado Moccasin Mike, en el margen sudeste de Superior.

Stride conducía bajo la tormenta por Moccasin Mike a ciento diez kilómetros por hora. Los limpiaparabrisas apartaban la lluvia martilleante. La carretera discurría en línea recta, pero era una montaña rusa de colinas y pendientes poco pronunciadas. No vio la peor de las concavidades llenas de agua de la carretera hasta que el coche se despegó del asfalto y Maggie y él pegaron un bote en sus asientos. Exhaló aire cuando volvió a aterrizar en las aguas movedizas con una fuerte sacudida en la espalda. El vehículo gruñó en medio del valle inundado y amenazó con calarse y quedarse flotando; sin embargo, los neumáticos volvieron a adherirse al suelo y rugieron al subir la cuesta, levantando una cascada de agua al pasar.

A gran velocidad, el automóvil engulló el tramo de carretera de tres kilómetros, y Stride estuvo a punto de pasarse de largo la curva a la izquierda que llevaba al Point. Frenó de repente y maniobró, perdiendo la tracción de la rueda trasera del Expedition, para luego volver a acelerar sobre el asfalto agrietado. El vehículo se tambaleaba entre un paisaje lunar de baches. Los árboles se ladeaban en los arcones de la carretera, y el coche seccionaba las ramas a medida que avanzaba. Las luces largas horadaban la oscuridad, pero lo único que veía Stride era la lluvia plateada y el bosque negro, hasta que de repente el auto salió del parque natural a la estrecha península y la bahía se abrió a su izquierda. Una ráfaga de viento azotó el vehículo y amenazó con volcarlo.

Aminoró la velocidad. La tormenta resonaba en sus oídos como una lata aporreada.

—No me gusta esta tormenta —dijo Stride—. Los rayos están justo encima de nuestras cabezas.

Se tambalearon a lo largo de un kilómetro de carretera en mal estado, y luego Stride atisbo un reflejo metálico frente a sus luces delanteras. Una furgoneta de los noventa estaba aparcada en la alta hierba del arcén de la derecha, en la cuesta que conducía hasta la playa de la orilla del lago. La furgoneta de Clark.

Detuvo el Expedition en batería en la carretera del Point. Maggie y él salieron del vehículo precipitadamente. Maggie corrió hacia la furgoneta de Clark y pegó la cara a la ventanilla.

—Está vacía —gritó—. Deben de estar en la playa.

—Pide refuerzos.

Stride desenfundó su Glock. Maggie cogió su móvil y gritó instrucciones.

Un sendero fangoso de apenas treinta centímetros de ancho serpenteaba entre la alta hierba y los abedules combados hasta lo alto de la cuesta. La tierra mojada succionaba las botas de Stride, quien resbaló al subir y, al caer de rodillas, estuvo a punto de perder el arma. Tuvo que hundir la mano libre en el lodo para incorporarse. Maggie iba detrás, maldiciendo cada vez que los tacones se le quedaban pegados. Se quitó los zapatos y siguió avanzando descalza.

Llegaron a la cima de la colina, donde la extensión de playa y el lago se abrían por debajo de ellos. Superior era un ente vivo, violento y enorme, que invadía la estrecha franja de arena. A su alrededor, los árboles se agitaban y se retorcían. Los relámpagos explotaban en sus ojos, y el haz circular del faro de Superior destellaba en la oscuridad.

En principio, la playa parecía vacía.

—¿Dónde están? —gritó Maggie con una mano en la boca a modo de bocina.

—¡No los veo! —Un nuevo relámpago brilló y Stride señaló con un dedo—. ¡Espera, están ahí!

A unos cuarenta y cinco metros de distancia, apenas más grandes que un muñeco, Clark Biggs y Finn Mathisen se hallaban uno a cada lado de un tronco gigantesco. Finn yacía tendido en la arena, con medio torso apoyado en el tronco. Clark se mantenía detrás de él. Cuando el destello de un nuevo relámpago iluminó la playa, se dieron cuenta de que Clark sostenía un bate de béisbol en las manos y que estaba preparándose para asestar un golpe mortal en la parte posterior de la cabeza de Finn.

—¡Deténgase! —gritó Maggie.

Era igual que si fuera muda. Clark no podía oír ni una sola palabra.

—¡Clark! ¡Deténgase!

Stride apuntó con la Glock hacia el cielo y disparó. Para él, con el arma pegada a la oreja, el tiro sonó fuerte, pero no estaba seguro de si se había oído a través del viento, la lluvia, los truenos y el oleaje. Durante unos interminables segundos, la playa se quedó a oscuras y ellos, ciegos. Cuando recuperaron la visión gracias al siguiente ramal de luz, vieron a Clark, inmóvil, con el bate suspendido en el aire por encima de su cabeza y la mirada clavada en ellos. Por un momento Stride creyó que iba a utilizar el bate, pero Clark permaneció inmóvil, dudando.

El rostro de Finn se volvió hacia ellos. Estaba vivo.

Stride bajó la cuesta dando tumbos hasta la franja de arena mojada y con maleza.

Se metió en todos los charcos mientras Maggie le pisaba los talones y se detuvo a tres metros del tronco de madera. Stride apuntaba con la Glock al suelo, pero la levantó y la separó de su cuerpo para que Clark pudiera verla. Observó a Finn y se dio cuenta de que el hombre estaba malherido, la clavícula rota, la mano izquierda presionando la rodilla dislocada, su cara retorcida por el dolor. Se había mordido el labio con tanta fuerza que le sangraba.

—Hijo de puta —murmuró Maggie, y luego añadió en voz alta—: ¡Clark! ¡No lo haga! ¡Baje ese bate!

El rostro de Clark se mantenía imperturbable como una roca. Su mirada era sombría. Negó con la cabeza.

—Se trata de su vida —le dijo Maggie—. No la destruya. Mary no quería que usted hiciera algo así.

—Mary está muerta —respondió Clark.

—Escúcheme, Clark. Sé qué clase de hombre es usted. Y no es un asesino.

Finn hizo una mueca y se dio impulso para levantarse del suelo.

—¡Sé un hombre y usa ese bate de una puta vez! —le gritó a Clark.

Stride observó como Clark apretaba con fuerza el mango. Los codos de aquel hombre corpulento se doblaron cuando volvió a mover el bate hacia atrás. Stride se irguió y estiró los brazos mientras sujetaba la Glock con ambas manos y apuntaba directamente a la cabeza de Clark. El viento le abofeteó. La lluvia caía a cántaros sobre su rostro y su cuerpo.

—Baje el bate, Clark —ordenó Stride.

—Usted no va a matarme —replicó éste—. No para proteger a un pedazo de mierda como éste.

Ambos se hacían los gallitos, mirándose fijamente para ver quién bajaba antes la mirada.

—Por favor, Clark —le suplicó Maggie.

Los ojos de Clark se movieron rápidamente hacia ella.

—Usted sabe lo que este hombre le hizo a Mary. Merece morir.

—Eso no depende de usted ni de mí.

La tormenta se abatió sobre las colinas como la invasión de un ejército. El viento aullaba y los empujaba hacia atrás. Por encima del lago iracundo, las vetas de los relámpagos laceraban el cielo de lado a lado. El mundo viraba del negro al blanco y de nuevo al negro. Stride sintió que la presión y la temperatura descendían. Se aproximaba un nuevo estallido.

—Tenemos que marcharnos de aquí enseguida —le dijo Stride a Clark—. Este lugar no es seguro.

—Pues váyase. Déjeme solo.

—Baje el bate.

—No puedo.

—Clark, Donna me ha telefoneado —le dijo Maggie—. No quiere perderlo. Está muy asustada.

Clark titubeó.

—Ella aún le quiere —afirmó Maggie.

—¡Hazlo! —gritó Finn.

Los ojos de Clark se clavaron en la parte posterior de la cabeza de Finn, como si pudiera ver el bate golpeando ese punto. Escuchar el horrible crujido. Ver la sangre y el cerebro desparramado. Stride sabía lo que pasaba por su mente. Clark quería volver a sentir algo. Lo que fuera.

—Eso no le proporcionará lo que desea —le advirtió Stride.

—¡Míreme, Clark! —imploró Maggie—. ¡Escuche! Hay algo que Donna no le ha contado. Se halla embarazada. Van a tener otro hijo.

Los ojos de Clark se apartaron de Finn.

—Me está mintiendo.

—No le miento.

—No puede estar embarazada —insistió Clark.

—Es verdad. Se lo juro. Ésta es su segunda oportunidad, Clark. No la eche a perder.

A Stride le pareció que Clark estaba llorando, pero con la lluvia no podía asegurarlo.

—¡Mary está muerta! —levantó la voz Clark—. ¡Alguien debería pagar por ello!

—Sí, alguien debería hacerlo —convino Maggie—. Pero no usted. Y no ahora.

Clark dio un paso atrás. Se había dado por vencido. Bajó la cabeza y hundió la barbilla en el cuello. Una mano soltó el bate y éste quedó colgando junto a él. Los dedos de la otra mano se abrieron y el bate cayó sobre la arena. Clark se echó hacia atrás y alzó las manos a modo de rendición.

—Gracias a Dios —murmuró Stride.

El arma le flaqueó en la mano. Junto a él, Maggie enfundó su pistola y se acuclilló frente a Finn.

Clark caminó a trompicones hacia la espuma. Ya se hallaba a seis metros de distancia, con los tobillos metidos en el agua y las manos aún alzadas.

—Asegúrate de que una ambulancia... —empezó a decir Stride, pero no acabó la frase.

La tierra bajo sus pies se transformó de repente en algo extraño, como si cada partícula de arena adherida a su piel mojada estuviera viva.

El pelo y el vello de sus brazos desafiaron la gravedad y se pusieron en posición de firmes. Sintió un hormigueo en la piel. Su boca se llenó de un sabor metálico y caliente. Stride sabía lo que iba a suceder a continuación. La muerte se acercaba a

toda velocidad por el suelo.

Un rayo.

Millones de iones buscando un puente hacia el cielo. Como un cuerpo.

Advirtió a Maggie a gritos, arrojó su arma al suelo y se quedó en cuclillas, apuntalándose con los talones. Cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos con tanta fuerza que la tormenta fue succionada por un vacío de silencio. No tardó en llegar. Al cabo de un segundo, una bomba estalló en su cerebro, como si le clavaran chinchetas en el tejido y los huesos. Sus pies abandonaron el suelo al ser propulsado hacia atrás y arrojado como una jabalina. Percibió un destello blanco a través de los ojos cerrados, notó como el aire frío se calentaba y le llegó un olor a carne chamuscada.

Se preguntó si era la suya.

El hormigueo que sentía en la piel desapareció tan rápido como había llegado.

Yacía tumbado de espaldas, con los ojos abiertos, saboreando la lluvia que caía del cielo a su boca. El mundo estaba extrañamente silencioso. Sin viento. Sin truenos. Sin olas ni oleaje. Se escuchó a sí mismo llamar a Maggie, pero el sonido de su voz era apagado, como si procediera de otra persona situada al final de un largo túnel. Oyó el rumor que escuchan los niños en las caracolas.

La cabeza le latía. Sus extremidades parecían de gelatina. Se palpó la cara, el pecho y las piernas, y no detectó dolor ni abrasaduras. Las suelas de sus botas se hallaban intactas, sin indicios de derretimiento u orificios chamuscados de entrada y salida causados por la electricidad. La ropa estaba mojada pero sin desgarrones. Al buscarse el pulso del cuello, descubrió que el ritmo cardíaco estaba acelerado aunque era regular. A pesar de lo cerca que pudiera haber caído el rayo, y de la trayectoria que hubiera seguido para volver a la nube, estaba claro que no lo había hecho a través de su cuerpo.

Se irguió con ayuda de los codos y la playa empezó a dar vueltas como un ti vivo. La onda sonora había alterado su sentido del equilibrio. Cerró los ojos para permitir que el cerebro se estabilizase por sí solo. Cuando intentó ponerse en pie, las piernas se le doblaron como si fueran de goma, y cayó a gatas en el barro arenoso. La desorientación le causó náuseas y se tragó la bilis que le había subido hasta la boca.

De nuevo trató de levantarse y el mareo le hizo tambalearse, aunque fue capaz de mantenerse en pie. El aire olía a quemado.

Los relámpagos seguían parpadeando como una bombilla floja por encima del lago. Cerraba los ojos ante cada destello. En algún lugar de su cabeza percibía que la lluvia que había martilleado su cuerpo ahora era más moderada. El viento empezaba a amainar.

Al dar un paso, se le dobló una rodilla. Sintió una mano en el brazo que le sirvió de punto de apoyo.

—Mierda, eso ha dolido —dijo Maggie, cuya voz sonaba como si estuviera debajo del agua.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Eso creo —respondió Stride—. ¿Y tú?

—Tengo el peor dolor de cabeza de todos los tiempos, pero no estoy herida.

A unos cinco metros, Finn gimió. Stride y Maggie se apoyaron el uno en el otro mientras se le acercaban cojeando y caían de rodillas a ambos lados de él. Estaba

sentado en un charco junto al tronco. Cerraba y abría los puños de forma compulsiva, y balanceaba rítmicamente la cabeza adelante y atrás. Tenía los ojos cerrados. Un reguero de sangre le salía de los oídos y resbalaba por su mandíbula.

—¡Finn! —gritó Stride.

Cogió con las dos manos el rostro del hombre, cuyos ojos se abrieron de repente. Tenía las escleróticas surcadas de puntos rojos y las pupilas negras y dilatadas por el pánico.

—¿Puedes oírme? —vociferó Stride, pero su propia voz sonaba distante.

Finn golpeó con las manos a Stride. Éste forcejeó para sujetar las muñecas del hombre y contenerlo mientras se retorció confuso por el miedo. Finn respiraba agitada y frenéticamente con la boca abierta. Stride le localizó el pulso y comprobó que era regular. Sus ojos recorrieron su cuerpo y no vio ninguna quemadura, pero era evidente que se le habían reventado los tímpanos cuando el trueno explotó por encima de ellos, y Stride sabía que el dolor tenía que ser atroz.

Maggie se arrodilló junto a él.

—¿Dónde está Clark?

Stride observó la playa donde había visto a Clark por última vez dentro del agua. Había desaparecido. Escudriñó las sombras de la maleza y la franja de arena, y no lo vio por ningún sitio.

Maggie se puso en pie, tambaleante.

—¡Clark!

Stride soltó a Finn, quien se retorció inquieto y empezó a reptar a gatas, arrastrándose con un brazo. El esfuerzo le dejó exhausto y se detuvo jadeando y tragando lluvia. Stride se puso en pie y dio una vuelta lenta sobre sí mismo. No creía que Clark pudiera haber ido muy lejos, aunque era como si una nube lo hubiera succionado. La playa estaba vacía.

—¿Dónde diablos está?

Maggie señaló con el dedo. Una violenta ola retrocedía hacia el lago, y cuando la sábana de agua resbaló por la arena, Stride vio un cuerpo tendido en la espuma, a apenas nueve metros de donde había estado antes Clark. Casi era imperceptible, sólo una sombra oscura sobre la negra costa. El cuerpo no se movió cuando se formó otra ola y lo sumergió por completo.

Sortearon el tronco y echaron a correr. Maggie trastabilló y cayó de bruces, y Stride se detuvo y la ayudó a incorporarse. Maggie le hizo un ademán con la mano para que siguiese mientras ella se recobraba. Stride bajó hasta la orilla del lago salpicando agua y halló el cuerpo de Clark, blanco como la ceniza. Cada ola que se formaba enterraba al corpulento hombre bajo quince centímetros de agua y espuma. Stride pasó las manos bajo los hombros de Clark y lo arrastró hasta la playa, a salvo del embate de las olas.

Maggie llegó junto a él.

—Oh, Dios mío.

Clark tenía la ropa hecha jirones, como si hubiera estallado. El torso estaba surcado por una enorme telaraña de quemaduras. Los zapatos se le habían derretido en los pies, y cuando Stride echó un vistazo a las suelas, vio dos agujeros negros redondos. Heridas con trayectoria de entrada y salida causadas por la electricidad masiva del rayo. Aún estaban calientes al tacto. Cogió la muñeca de Clark, flácida y fría, y no le encontró el pulso. Volvió a buscarlo en la carótida y tampoco dio resultado. Al abrirle los párpados, descubrió que Clark tenía los ojos en blanco, sin vida e inmóviles.

—En la parte trasera del coche hay un desfibrilador externo —informó Stride.

Maggie salió corriendo. Stride calculó mentalmente el tiempo que había pasado y llegó a la conclusión de que Clark había permanecido tendido en la arena, en parada cardíaca, durante al menos cinco minutos. Demasiado tiempo. Echó hacia atrás la cabeza del hombre y le levantó el mentón. Le abrió la boca, le pinzó la nariz y cubrió los labios fríos de Clark con los suyos. Exhaló dos lentas bocanadas y observó cómo el tórax de Clark se elevaba y descendía mientras el aire le llenaba los pulmones.

Stride adoptó otra posición, desplazó el pulpejo de la mano derecha hacia el centro del pecho de Clark y entrelazó los dedos de ambas manos. Se incorporó para ejercer mayor fuerza y presionó hacia abajo fuerte y rápido mientras contaba mentalmente hasta treinta. Cuando acabó, volvió al punto de partida e hinchó el tórax del hombre con otras dos insuflaciones lentas de aire y, luego, bombeó frenéticamente su caja torácica treinta veces más. Repitió el proceso de nuevo, con la mente desconectada de cuanto le rodeaba, excepto del tiempo que transcurría. Y otra vez. Y otra. Cuando completó un ciclo de cinco tandas, presionó el cuello de Clark con dos dedos. Nada.

En su reloj mental habían transcurrido ocho minutos.

Prosiguió con la reanimación cardiopulmonar y apenas fue consciente de que Maggie se había colocado junto a él con la pequeña maleta que contenía el desfibrilador, que empezó a gorjear instrucciones mientras lo ponía en marcha. Stride alternaba las respiraciones con el masaje torácico mientras Maggie se afanaba a su alrededor secando la piel de Clark con una toalla que había traído del automóvil; después puso dos electrodos del desfibrilador en el pecho del hombre. Se inclinó sobre él para evitar que la lluvia los empapara.

—Está jodidamente mojado —dijo ella.

—Ya lo sé.

Maggie puso en marcha el aparato.

—Fuera —le dijo ella.

Stride se detuvo y apartó las manos del cuerpo de Clark. Maggie presionó el

botón de análisis del desfibrilador que controlaba la actividad cardíaca del corazón de Clark e informó con una respuesta desalentadora.

—Nada.

No había nada que desfibrilar. No había fibrilación.

—Maldita sea —gruñó Stride.

Comprobó el pulso y siguió sin hallarlo. Volvió a inclinarse sobre él y continuó con los ciclos de reanimación cardiopulmonar para después echarse hacia atrás mientras Maggie presionaba el botón una vez más.

—Nada.

Ya habían pasado diez minutos.

Stride volvió a intentarlo. Y una vez más. Y otra. Dos minutos después, aún no había pulso. Ni actividad cardíaca. No había nada que el desfibrilador pudiese regular. Atacó el tórax de Clark con ambos puños, con más fuerza y más rápido, y luego escuchó a Maggie, quien hablaba en voz baja, como si se hallara al final de un túnel de viento.

—Jefe.

Presionaba e insuflaba, presionaba e insuflaba, presionaba e insuflaba. El pecho de Clark soportaba el castigo sin moverse. Transcurrieron otros dos minutos.

—Jefe.

Contó hasta treinta. Contó hasta dos. Contó hasta treinta. Contó hasta dos.

—Jonathan, se ha acabado.

La mano de Maggie lo sujetó por el hombro en un gesto a la vez amable e inflexible. Antes de terminar la última tanda de compresiones torácicas, finalmente Stride se detuvo y se sentó en la arena. Los brazos le colgaban a los lados. Apenas podía levantarlos. Desde el principio había sabido que Clark estaba muerto, que el rayo le había ido directo al corazón, pero sólo cuando se dio por vencido, cuando no hubo nada más que hacer, la realidad cayó sobre él con todo su peso. Dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¿Dónde está la maldita ambulancia?

—Tampoco serviría de nada, jefe. Has hecho cuanto has podido.

Él sabía que era verdad, pero eso no devolvería la vida a Clark. Se quedó contemplando el cadáver, se inclinó hacia delante y volvió a cerrarle los ojos. Clark parecía en paz, liberado de su desesperación.

Stride se puso en pie lentamente. Sus músculos, mojados y helados, se quejaron. Comenzaba a oír de nuevo y escuchó un lejano ulular de sirenas de policía que se aproximaba. Vio fuegos artificiales por encima del lago, allí donde la tormenta se arrastraba hacia el este. Unas cuantas gotas de lluvia que se resistían a marcharse le salpicaron la piel. El aire tras el frente era húmedo y caluroso, y la ropa se le adhería al cuerpo.

Necesitaba alejarse de allí.

—Voy a comprobar cómo está Finn.

Maggie asintió.

Stride vio a Finn abajo en la playa, pateando la arena y apartando las matas altas con el brazo bueno. Parecía un cangrejo hundido con una pinza arrancada del cuerpo. Stride ladeó la cabeza, confundido, y dio unos cuantos pasos indecisos en dirección a él.

—¿Qué está haciendo?

Maggie miró.

—No lo sé.

—¡Finn! —gritó Stride, pero el otro no podía oírle.

Stride se apresuró por la arena profunda de vuelta al tronco. Maggie se quedó junto al cuerpo de Clark. Stride notó una vaga sensación de inquietud.

—¡Finn!

Aunque no lo oyó, Finn supo que Stride se acercaba. Sus ojos se cruzaron en la playa oscura, y se transmitieron una muda hostilidad. Con creciente desesperación, Finn volvió a centrar su atención en la arena que rodeaba el gigantesco tronco. De repente Stride comprendió. Sintió su hombro muy ligero, se palpó el pecho y se dio cuenta de que la cartuchera estaba vacía. No llevaba consigo la Glock. Cuando la corriente eléctrica había pasado como una centella junto a él, tiró el arma en la arena.

En el lugar donde ahora Finn estaba buscando.

Stride intentó salvar a la carrera la distancia que había entre ambos. Antes de que pudiera sortear el tronco, el brazo izquierdo de Finn se liberó del lodo con la pistola de Stride en la palma de la mano. La agarró por la culata, metió un dedo en el gatillo y apuntó a Stride a tres metros de distancia.

Éste se detuvo. Levantó las manos. Las sirenas que había escuchado ahora se oían cerca. Los coches patrulla descendían a toda velocidad hacia el Point.

—Baja el arma, Finn.

Finn hizo caso omiso y apuntó con el cañón de la Glock al centro de su pecho.

Stride sintió que un dolor antiguo y punzante se reavivaba en su hombro. Una herida de hacía años, allí donde una bala le había lacerado la piel y el músculo y lo había dejado tendido en el suelo. Una bala del arma de Ray Wallace. Cuando Stride miró a Finn, vio el rostro de Ray Wallace, idéntica agonía, idéntica desesperación, la misma intención. Ambos sin nada que perder.

—No lo hagas, Finn.

Stride dio un paso, indeciso; Finn se movió bruscamente y agitó el arma para detenerlo. Sus músculos estaban en tensión. Stride observó el dedo índice del hombre; le preocupaba que accionara el gatillo y una bala le atravesara el corazón.

Avanzó lentamente en diagonal, pero el brazo de Finn lo siguió.

—Bájala —insistió Stride mientras señalaba el suelo con la palma de la mano.

Finn le hizo un gesto con el cañón para que se alejara.

Se miraron el uno al otro de la misma forma en que lo habían hecho Ray y él. En un punto muerto, por encima del cañón de un arma. Stride recordó a Ray aceptando su propia vergüenza frente a su propio protegido. Ray, quien había sembrado en el cerebro de Stride recuerdos de huesos, pelos, sangre y sesos rezumando en regueros por una pared blanca. Ray, su mejor amigo.

Ray, que había apretado el gatillo.

Stride se recordó a sí mismo que ése era Finn, no Ray. Este punto muerto podía acabar bien, pero se estaba quedando sin tiempo. Maggie lo llamó, y sonaba cerca. Por encima del hombro de Finn, atisbo el reflejo del brillo rojo de los faros giratorios de un coche patrulla. La policía pronto cubriría la colina. Y rodearían a Finn como una jauría. Le asustarían. Le obligarían a disparar.

—Maggie, quédate donde estás —gritó; esperaba que pudiera oírle.

Finn se encogió. Regueros de sudor y lluvia se deslizaban por su cráneo. Sus ojos se movían de un lado a otro. Stride observó la ansiedad del hombre, que iba en aumento como la aguja de un indicador de presión.

—Tranquilo —le calmó Stride, con voz tranquila y firme—. Estás bien.

Detrás de Finn, Stride vio a dos siluetas que cruzaban la cima de la duna y bajaban tropezando hasta el llano de arena y hierba alta. Policías. Con los dedos extendidos y los brazos en alto, Stride levantó una mano más que la otra, con la esperanza de que pudieran leer su lenguaje corporal. Alto.

Una de las siluetas interpretó su gesto y se detuvo, pero la otra siguió avanzando. La sombra que se había parado gritó una advertencia:

—¡Espere!

Stride reconoció la voz de la policía de Superior con quien se habían encontrado antes. También identificó a la otra mujer, quien ignoró la advertencia y corrió hacia Finn gritando su nombre.

Era Rikke.

—No puede oírle —le gritó Stride y añadió—: Finn tiene un arma.

Rikke se detuvo en seco. Se mantuvo detrás de Finn, a seis metros de distancia. Vestía una camisa blanca por fuera y mal abotonada y unos pantalones cortos azul marino. Sus antaño largas y lustrosas piernas estaban ahora cubiertas de bultos, como el tronco de un árbol.

—¡Finn! —gritó ella, pero su hermano no reaccionó.

Stride señaló detrás de éste, haciendo un gesto en dirección a Rikke. Como Finn no se movía, Stride dio otros dos pasos hacia atrás con cautela, para abrirse espacio. Señaló y de nuevo hizo un gesto. Finalmente, con un doloroso y rápido movimiento

de cabeza, Finn se giró y vio a su hermana.

—Que todo el mundo se quede donde está —gritó Stride.

Finn señaló hacia la izquierda con el cañón del arma, y Stride entendió lo que pretendía. Los quería a Rikke y a él dentro de su ángulo de visión. Por un momento pensó en quedarse donde estaba, pero después empezó a bajar lentamente en diagonal hacia la playa para que Finn pudiera verlos a los dos sin tener que girar la cabeza.

Rikke tenía la vista clavada en su hermano. Cuando dio un paso hacia él, Finn alzó de inmediato la Glock y se apuntó con el cañón directamente a la sien. Su dedo agarraba con fuerza el gatillo.

—Tranquila —le dijo Stride a Rikke.

—Esto es entre él y yo, teniente —repuso ella.

La mujer dio otro paso hacia delante y Finn negó violentamente con la cabeza y hundió con más fuerza el cañón en su sien.

—No bromea —le advirtió Stride.

—Sé lo que necesita —contestó Rikke.

Sus dedos se juntaron en el primer botón de su blusa, que desabrochó. Los ojos de Finn la seguían, completamente abiertos y expectantes. Se desabrochó otro botón y se abrió la blusa, dejando al descubierto un escote de piel blanca. Finn inspiró audiblemente por la nariz. Su cuerpo se estremeció, como si los escalofríos lo recorrieran. Abrió la boca de par en par y retiró poco a poco el arma de su cabeza.

—Siento mucho lo que nos hizo —le dijo Rikke a Finn—. Siento mucho en lo que nos hemos convertido.

Rikke se desabrochó el resto de los botones y se quedó allí con la blusa abierta; después, se sirvió de las uñas para empujar el cuello hacia los hombros, hasta que la camisa le resbaló por los brazos y cayó al suelo. El estómago le sobresalía de la cinturilla de los pantalones. El pecho izquierdo le colgaba como una pelota de agua desinflada; el pezón plano y rosa pálido. El otro pecho era un amasijo arrugado de cicatrices.

Rikke cayó de rodillas y extendió los brazos, haciendo señas a Finn para que se acercara a su cuerpo desnudo. Ella lloraba. Él también. Finn emitió un maullido semejante al de un gatito atrapado y avanzó hacia ella.

Estaban a punto de tocarse cuando otro espasmo doloroso e involuntario hizo que su cuerpo se estremeciera. Su dedo apretó el gatillo.

El arma aún apuntaba a su cráneo.

La expresión del rostro de Finn se congeló cuando la bala le atravesó el cerebro. El disparo resonó por la playa. Rikke aulló, y Stride vio un último destello del rostro de Ray Wallace antes de volver al presente con una sacudida cuando Finn se desplomó hacia delante, sin vida y al fin libre.

Quinta parte

MIEDO A LAS ALTURAS

Serena se mantuvo alejada de los asistentes al funeral mientras éstos se disponían a enterrar a Finn Mathisen en el cementerio Riverside. Se ciñó el impermeable. Su cabello negro revoloteaba alrededor de su rostro. Se hallaban más allá del margen sudeste de Superior, pasadas las vías de ferrocarril y el vertedero, en unos campos inclinados y salpicados de pinos cuyas ramas se alzaban hacia el cielo gris como ángeles rezando. El agua borboteaba por encima de las piedras formando un riachuelo junto al camino. El césped era exuberante y estaba pulcramente recortado.

Se hallaba a quince metros del sepelio, junto a una de las tumbas de mármol más grandes de la pendiente boscosa. Finn no tenía una gran comitiva. Rikke estaba allí, tiesa como un palo, su rostro una máscara severa. Todos los presentes se mantenían alejados de ella. Serena no reconoció a nadie de la docena de extraños congregados, pero sí vio a Jonny, Maggie y Tish de pie formando un trío. Sabía que su lugar estaba junto a Jonny, pero no conocía a Finn ni a Rikke, y no deseaba inmiscuirse en el dolor ajeno. La verdad era que eso le proporcionaba una excusa muy conveniente para mantenerse al margen. Le gustaban los cementerios pero aborrecía los funerales. No le preocupaba la muerte pero no soportaba la agonía. Si algo debía tener un final, quería que acabase enseguida.

Serena oyó unos pasos a su espalda y le sorprendió ver a Peter Stanhope. La melena canosa del abogado apenas se agitaba con el viento. El labio aún mostraba una costra enrojecida.

—No esperaba verte aquí —le dijo Serena.

Peter se quedó junto a ella sin hacer esfuerzo alguno por acercarse al funeral.

—Supongo que me siento culpable.

—¿Por qué?

—Te pedí que escarbaras en los secretos de Finn, y ahora él está muerto.

—No te culpes —le aconsejó Serena—. Puede que haya sido lo mejor para Finn.

—Eso es verdad.

Serena se volvió y clavó sus ojos en los de él.

—Pero eso no significa que puedas irte con la conciencia tranquila, Peter. Aún queda pendiente el asunto de Laura y lo que le hiciste.

—¿Te refieres al acoso? Ya te dije que de joven era un estúpido redomado.

—No hagas que parezca que eras sólo un chaval robando chicles de un colmado. Intentaste violar a esa chica.

Peter se palpó la costra del labio.

—Así que es eso. Has decidido que soy un monstruo.

—No sé lo que eres.

—¿Y eso significa que no puedes trabajar conmigo? —preguntó—. ¿Estás rechazando el empleo por un error que cometí de adolescente?

Serena alzó la vista hacia las siluetas de los árboles, semejantes a limpiatubos espinosos. Oyó el murmullo de voces solemnes cerca de la sepultura.

—Lo siento. No importa si fue ayer o en 1977. La respuesta es no. Quédate con tu empleo, Peter. No lo quiero.

—Estás renunciando a un montón de dinero.

—No es una cuestión de dinero —contestó Serena.

—Creía que eras diferente. Esperaba algo más de ti.

Serena se encogió de hombros.

—Pues no dejes que te estropee tu momento.

—¿Qué quieres decir?

—Hoy es tu día de la independencia —dijo Serena—. Con Finn fallecido, el caso de Laura ha muerto con él.

Peter asintió.

—De acuerdo, sí, eso me favorece, pero no me da carta blanca porque yo no he matado a nadie.

—¿No? —preguntó ella; su tono de voz dejaba traslucir sus sospechas.

—Eres tan paranoica como Tish —contestó Peter.

—No te creyó ni tu propio padre —señaló Serena.

La mirada de Peter se ensombreció.

—Nunca fue mi admirador número uno. Le dije a Randall que yo no la había matado, pero él sabía lo que había ocurrido entre Laura y yo en el campo de béisbol. Me imagino que pensaba que yo era un mentiroso. O quizá lo único que hizo fue proteger el apellido Stanhope. En fin, ya no importa. Lo más sencillo para Stride y Pat Burns y cualquiera de Duluth es creer que fue Finn quien blandió el bate. Del mismo modo que en 1977 lo más sencillo fue creer que Dada la había matado. Nos gusta creer en aquello que nos hace sentir a salvo.

—¿Y no te da miedo lo que Tish escriba en su libro? —preguntó Serena.

Peter observó a Tish, quien permanecía junto a Stride entre la gente que se hallaba próxima al ataúd de madera. Fue como si ella sintiera la mirada a su espalda, pues se giró y vio a Serena y a Peter en lo alto de la colina. Sus labios se curvaron en una mueca.

—Tish puede escribir cuanto guste —afirmó Peter—. Me trae sin cuidado. A veces la explicación más sencilla es la correcta, Serena. Finn estaba enamorado de Laura, y ella no le quería. Así que él decidió que no sería para nadie más.

—Sin embargo, hay quien cree que también tú sentías lo mismo que él —replicó Serena.

—Puede que así fuera, pero el gran error de Laura no fue rechazarme.

—Entonces ¿cuál fue?

—Permitir que Rikke la enredara con Finn. Eso fue como comprar una entrada para la casa del terror.

Hizo un gesto de asentimiento hacia la hermana de Finn, quien mantenía una mano sobre el ataúd, aunque con el rostro vuelto hacia Tish. Serena pudo ver la ira reflejada en el rostro tenso de la mujer. Sus ojos no se apartaban de Tish, y ésta clavó la vista en el suelo en lugar de levantar la vista hacia ella.

—Rikke sabe lo que hizo Finn —dijo Peter.

Serena frunció los labios y recordó el macabro desnudo que Stride le había descrito, protagonizado por Finn y su hermana en la playa.

—Finn y Rikke formaban una familia extraña —convino ella.

—Tienes *razón*, pero no olvides una cosa —le dijo Peter.

—¿Qué?

—En 1977, Laura casi formaba parte de esa familia.

Stride y Serena encabezaban la procesión de vehículos que abandonaba el cementerio. Se dirigieron al norte por la avenida Tower y se desviaron hacia el aparcamiento de una librería cafetería donde se detenían a menudo para tomar una sopa y un café cuando estaban al este de los puertos gemelos. Maggie los siguió hasta el aparcamiento, y también Tish. Los cuatro entraron en el local, que olía a nuez moscada y arándanos. Amanda, la encargada de la tienda, los saludó con la mano y se apartó de las pilas de libros lo suficiente para que Stride le diera un abrazo.

Tomaron asiento en la cafetería, en una mesa cerca de la ventana. Stride apoyó la cabeza en la pared. Al otro lado del cristal, el cielo era una mezcla de gris y burdeos, mientras el atardecer se transformaba rápidamente en noche.

—¿Qué os traigo? —preguntó Maggie.

Stride se encogió de hombros.

—Café.

—¿Tú, jefe? ¿Un simple y vulgar café? Pensaba que ibas a pedir un moca loco con leche y buñuelos de manzana.

Stride le dedicó una mirada asesina.

—¿Y tú, Serena? —preguntó Maggie—. ¿Te pides un té chai como yo?

—Me encantaría tomarme uno, pero también podrías coger una aguja hipodérmica y clavármela en las medias. Tráeme una botella de agua.

Maggie puso los ojos en blanco.

—¿Tish?

—Nada, gracias. Tengo que marcharme enseguida al aeropuerto.

Maggie suspiró y se acercó a la caja registradora de la cafetería. Hizo su pedido y fue hacia el mostrador de la librería para charlar con Amanda.

—¿Cómo va el libro? —preguntó Serena a Tish.

—Ya está casi acabado.

Tish se tironeaba nerviosa de las mangas de su blusa borgoña. Llevaba el cabello rubio peinado hacia atrás y recogido en una cola.

—¿Te marchas esta noche?

Tish asintió.

—Tengo la maleta en el coche —contestó, y añadió—: Supongo que los dos os alegráis de mi marcha.

Stride y Serena guardaron silencio.

—Cuando llegué, no pensé en ningún momento en lo que sucedería —dijo, y prosiguió—: Fui una ilusa. Debería haberos hecho caso.

Esperó, pero el silencio se prolongó.

—Sé que lamentas lo que le ha sucedido a Clark Biggs —le dijo Tish a Stride—. Y a Finn.

—Dudo mucho que sepas lo que siento —replicó Stride.

Vio al camarero dejar sus bebidas en el mostrador; fue a buscar su taza de café y la botella de agua de Serena y volvió a sentarse. Dio un sorbo a su bebida; el café estaba caliente y humeante. Por encima del hombro de Tish, atisbo movimiento en la entrada y le sorprendió ver a Rikke Mathisen entrar en el local desde el aparcamiento. Se mordía el labio superior con los dientes. Los vio sentados en la esquina, y su mirada envenenada se clavó en ellos antes de desaparecer tras una estantería de biografías de la librería.

Permanecieron en silencio.

—Creo que debería marcharme —dijo finalmente Tish.

Stride se encogió de hombros.

—Pues márchate.

—Sé que me echas la culpa —repuso Tish—. Lo entiendo.

—No, no lo entiendes.

—Pues explícamelo.

Stride dejó su taza y se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en la mesa.

—¿Creo que las cosas podrían haber sido diferentes si hubieras sido honesta conmigo? Sí. ¿Creo que las cosas podrían haber sido diferentes si hubieras hablado cuando asesinaron a Laura? Sí. Pero no estoy seguro de nada de eso. La verdad es que no tenía ni idea de que Finn estaba involucrado hasta que tú llegaste a la ciudad. No sabía nada del asesinato de su madre. Finn estaba enfermo. Desesperado. Una combinación semejante puede matar a cualquiera. Así que no, no te culpo por lo que le sucedió a Finn. ¿Y a Clark Biggs? Es una tragedia, pero fue a esa playa por voluntad propia. No lo obligué yo. Ni tú.

Tish se cruzó de brazos.

—Pues entonces, ¿qué?

—Oh, vamos, Tish —murmuró Serena.

Tish la miró y lo entendió.

—Cindy.

—Me gustaría saber por qué nunca me habló de ti —dijo Stride.

—Lo siento. No sé qué más decir.

Stride frunció el ceño y observó el cielo nocturno a través de la ventana.

—Me merezco algo más que eso.

—Sé que es así. —Él percibió la lucha interna que reflejaba su rostro—. No le echas la culpa a Cindy. Échamela a mí. Cuando recuperamos el contacto, le pedí que no le hablara a nadie de mí. Yo sabía que tú averiguarías que yo estaba en Duluth esa

noche. Cindy no deseaba dejarte fuera, pero en esos momentos tú no sólo eras su marido. También eras un policía. No podía pedirte que hicieras caso omiso si lo descubrías. Te habrías presentado en mi casa al día siguiente, y yo no estaba preparada para eso. Era algo que debía asimilar a su debido tiempo.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo. —Tish agarró su bolso con fuerza y se puso en pie—. Tengo que irme al aeropuerto. Te estoy muy agradecida, Jon. Podrías haberme dejado al margen. Y te hubiera entendido de haber sido así.

Se giró para encaminarse hacia la puerta y Stride se levantó y se puso a andar a su lado. Llevaba las manos en los bolsillos. La escoltó hasta la puerta exterior que conducía al aparcamiento y se la abrió para que pasara primero. El aire cálido se mezcló con la brisa de fuera.

—Estamos solos —dijo Stride—. ¿Hay algo más que quieras decirme?

—Nada —respondió ella.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

Stride frunció el ceño.

—Adiós, Tish.

Ella dio un paso hacia él. A Stride sus ojos le recordaron de nuevo los ojos de Cindy. Tish colocó suavemente una mano sobre su rostro.

—Sabes que Cindy te quería, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Entonces no importa nada más, ¿no es así?

Tish retrocedió con torpeza, con la cabeza hundida en el cuello, y se encaminó hacia su coche. Stride dejó que la puerta se cerrara y volvió al interior del local. Serena lo observaba, pero él no regresó a la mesa. Se dedicó a deambular por los pasillos de la librería, alargando la mano de vez en cuando para tocar los lomos de los libros sin prestarles atención. Intentaba entender cuáles eran sus sentimientos y llegó a la conclusión de que era inútil. Recordó que le había dicho a Tish que lo único que temía en la vida eran los finales, y ésta era una puerta que se cerraba en su alma.

Quizás, hasta cierto punto, había deseado que el asesinato de Laura no se resolviera. Si el caso continuara abierto, Cindy seguiría rondando por su memoria. Aún sería joven. Ellos aún serían unos amantes inexpertos. Ray aún sería incorruptible. La vida aún sería un misterio. Ahora que disponía de respuestas, éstas no le habían proporcionado ninguna tranquilidad. Le habían dejado lamentando otro final.

¿O se trataba de algo más?

Observó a Rikke en el vestíbulo de la librería. Ella lo miró desafiante antes de abandonar la tienda. Stride giró en una esquina y se topó con Maggie y Amanda, que

examinaban atentamente un libro sobre educación infantil. Maggie levantó la vista y le leyó el rostro.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Stride se encogió de hombros y negó con la cabeza. Maggie le apretó el hombro.

Él señaló el libro que ella tenía en las manos.

—¿De qué va esto?

Maggie compartió una mirada cómplice con Amanda.

—¿Crees que debería decírselo?

Amanda se echó a reír.

—¡Oh, por qué no!

—Voy a ir a por todas —le dijo Maggie a Stride—. He decidido continuar con la adopción hasta el final. No me importa lo que tarde. Quiero tener un hijo.

Stride sonrió.

—Bien por ti, Mags. Me alegro por ti. De verdad.

—Sólo espero que sea un chico.

—¿Y eso por qué? —le preguntó.

—¿Bromeas? ¿Me imaginas con una niña? La pobre viviría traumatizada por tener una madre como yo. No puedo hacerle eso a una criatura.

Amanda puso los ojos en blanco.

—Es un hombre, querida —dijo, con un acento británico cargado de exasperación—. No comprende la maldición a la que tenemos que enfrentarnos las mujeres ni el terrible legado que transmitimos a nuestras hijas.

—¿Maldición? —preguntó Stride.

Maggie extendió las manos, como si fuera algo obvio.

—Tarde o temprano, todas estamos destinadas a convertirnos en nuestras madres —susurró Amanda al oído de Stride.

Stride gruñó y decidió que en esa conversación no había cabida para un hombre. Así que dio media vuelta y dejó que Maggie y Amanda siguieran hablando de madres e hijas, y entonces se quedó clavado en el sitio. Se giró con tanta rapidez que las dos mujeres se sobresaltaron.

—¿Qué acabas de decir?

Tish se llevó una mano a la nuca y se deshizo la cola de caballo, dejando que su cabello rubio se agitara libre en el aire cálido. El bolso de piel le colgaba del hombro. Estaba enojada consigo misma y se sentía culpable por marcharse. Al observar el desfile de tráfico que avanzaba en ambas direcciones por la calle, estuvo a punto de darse la vuelta y volver a la librería cafetería. La carta de Cindy descansaba dentro de su bolso, y sabía que debería habérsela entregado a Stride. Se lo debía a los dos, pero se sentía como si estuviera en un puente elevado, paralizada, mirando hacia abajo. No

podía enfrentarse a la verdad.

Abrió la portezuela del coche y entró. Arrojó el bolso en el asiento de al lado y puso la llave en el contacto; sin embargo, se quedó sentada sin moverse ni poner en marcha el auto, debatiéndose entre quedarse o no. Si iba al aeropuerto y tomaba el vuelo a Minneapolis, sabía que nunca regresaría a Duluth. Jamás.

Puede que volver hubiera sido su primer y mayor error.

Tish hizo girar la llave y el motor se puso en marcha. Accionó la marcha atrás del Civic, pero al retroceder escuchó un chirrido metálico en el asfalto y notó que el vehículo se tambaleaba como si rebotara contra algo pesado. Se detuvo, apagó el motor y salió del auto dejando la puerta del conductor abierta. Tras rodear el coche para llegar a la parte de delante, lanzó una maldición al darse cuenta de que el capó estaba más bajo por un lado. A través del resplandor de los faros vio que la rueda delantera derecha se había pinchado.

—Oh, demonios —murmuró.

Se agachó frente a la rueda y consultó la hora en su reloj de pulsera. No sabía cambiar un neumático, y tampoco tenía ni idea de si había una estación de servicio cerca. La respuesta era evidente. Acudir a Stride. Sin embargo, dudaba en pedirle ayuda justo después de cerrarle la puerta en las narices.

Tish se puso en pie, dio media vuelta y soltó un grito.

Rikke Mathisen estaba justo detrás de ella, tan cerca que sus cuerpos estuvieron a punto de tocarse.

—¿Tienes problemas? —preguntó Rikke.

Tish se echó hacia atrás para ganar espacio.

—Un neumático reventado —contestó.

Rikke era casi treinta centímetros más alta que ella. Sus ojos echaron un vistazo rápido a la rueda desinflada y su rostro permaneció impasible.

—¿Vas a alguna parte?

—Me dirijo al aeropuerto.

—¿Te marchas de la ciudad?

Tish asintió.

—Yo puedo llevarte —se ofreció Rikke—. Mete tus cosas en mi coche.

Tish intentó esbozar una sonrisa.

—No tiene por qué. Puedo conseguir que me cambien el neumático.

—Así tendremos oportunidad de charlar —contestó Rikke—. ¿No crees que deberíamos hablar, Tish?

Tish se frotó la piel de los antebrazos. Estaba helada.

—Por supuesto, pero es que es un coche de alquiler. No puedo dejarlo aquí sin más.

—Esto no es la gran ciudad. Puedes telefonarles. Enviarán a alguien por el

coche.

—Mis amigos están ahí dentro —repuso Tish mientras observaba la entrada de la librería cafetería deseando ver de repente el rostro de Stride—. Estoy segura que cualquiera de ellos puede llevarme. Probablemente usted querrá estar sola.

—He dicho que te llevaré, así que vamos.

Tish vaciló otro segundo. Rikke estaba furiosa por la muerte de su hermano, pero si quería una oportunidad para descargar su veneno contra Tish, que así fuera. A Tish le traía sin cuidado. Hasta cierto punto, se lo merecía.

—Está bien, de acuerdo —asintió Tish—. ¿Por qué no?

Cogió su bolso, apagó las luces del Civic y abrió el maletero. Sacó la maleta y la metió en el guarda equipajes del Impala canela de Rikke, que estaba aparcado junto a su coche. Rikke no hizo ademán de ayudarla. Esperó a que Tish cerrara el maletero para subir al asiento del conductor y poner el motor en marcha.

Tish se sentó en el interior del Impala e hizo el gesto de abrocharse el cinturón de seguridad. La cinta estaba rota.

—Lo siento, aún no lo he arreglado —dijo Rikke.

Después salió del aparcamiento dejando atrás el Civic varado de Tish.

—¿Por qué puente quieres que vayamos? —preguntó Rikke.

—El que sea más bajo —contestó Tish—. Odio las alturas.

Stride se inclinó aún más hacia Maggie y Serena por encima de la mesa de la cafetería.

—¿Cómo llegó Finn a casa? —les preguntó.

Maggie dio un sorbo a su taza color crema llena de té chai y arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres?

—La noche que asesinaron a Laura, Finn estaba en el parque, vigilándola. ¿Cómo volvió a su casa en Superior?

Serena se encogió de hombros.

—En coche.

—Sí, pero Rikke no le dejaba conducir —contestó Stride.

—Bueno, Rikke juró que Finn no estaba en el parque esa noche; sin embargo, sabemos que sí estuvo allí —observó Maggie—. Así que es posible que volviera en coche.

—O puede que Rikke fuera a recogerlo —apuntó Stride.

En cuanto lo dijo en voz alta, supo que había sido así.

Después del comentario a la ligera de Amanda sobre madres e hijas, Stride se había puesto a considerar las circunstancias del asesinato de Laura desde una perspectiva completamente diferente. En un caso con demasiados sospechosos de por sí, había pasado por alto a otra persona que también pudo haber estado en el parque esa noche.

—¿Acaso cambia eso nuestra teoría sobre el crimen? —preguntó Serena—. Si Rikke fue a recogerlo, eso significa que ella tuvo que sospechar durante todo este tiempo que Finn mató a Laura. Así que mintió para proporcionarle una coartada.

Stride se reclinó en la silla.

—Es lo que yo creía, pero en realidad eso funciona en dos direcciones. Al proporcionar a Finn una coartada, también se proporcionaba una a ella misma.

Maggie negó con la cabeza.

—¿Qué estás diciendo, jefe?

—Estoy diciendo que si Rikke fue al parque para recoger a Finn, quizás encontrara el bate de béisbol en el campo de juego.

—O quizá lo encontrara Elvis —sugirió Maggie—. Puede que se sintiera tan culpable por haber matado a Laura que un mes después murió de sobredosis.

Stride asintió.

—Sí, ya sé que puede parecer una locura, pero las huellas de Finn no están en el bate de béisbol. Tenemos las huellas de Peter, Dada y Cindy, pero no las de Finn. Si

él la mató, ¿por qué no iban a estar sus huellas en el bate? Sin embargo, tenemos una serie de huellas que no podemos identificar.

—¿Y por qué iba Rikke a matar a Laura? —preguntó Maggie.

—Eso depende de lo que en realidad estuviera pasando entre ellas dos —contestó Stride—. Amanda dijo que toda hija se convierte en su madre tarde o temprano. Lo vemos constantemente en las familias donde hay maltratos, ¿no? El abuso engendra abuso. Rikke nos confesó que su madre abusaba sexualmente de ella. La cuestión es: ¿se parecía Rikke a su madre y se convirtió también ella en una maltratadora?

—¿Crees que Rikke mantenía relaciones sexuales con Laura? —preguntó Maggie.

—Considero que no es imposible. Laura pasaba mucho tiempo allí mientras dilucidaba su orientación sexual. Tras su ruptura con Tish, quizá se sintiera tan confundida y vulnerable que necesitara alguien en quien confiar. Así que fue en busca de su profesora preferida para pedirle ayuda. ¿Y si Rikke se aprovechó de su confianza? Ya sabemos que la expulsaron del distrito escolar por tener una aventura con un estudiante. Hemos sabido durante todo este tiempo que Finn tenía unos celos enfermizos de la relación que Laura mantenía con Tish, aunque quizá lo hayamos entendido al revés. Puede que quien estuviera celosa fuera Rikke.

Maggie se tomó unos segundos para pensar en ello y luego negó con la cabeza.

—Aun en el supuesto de que Rikke sedujera a Laura, ¿por qué iba a querer matarla?

—Si era una maltratadora y una obsesa, ¿quién sabe lo que hubiera sido capaz de hacer cuando descubrió que Laura iba a huir? —replicó Stride—. Estamos hablando de unos hermanos que crecieron en un ambiente de violencia e incesto. Sabemos cómo influyó en Finn. ¿Acaso no crees que también Rikke tenga sus propios demonios?

—Sin embargo, sabemos con certeza que Finn es el único capaz de cometer un asesinato —dijo Maggie.

Stride tuvo la visión de una granja solitaria de Dakota del Norte, brillando débilmente en la noche, rodeada de kilómetros de campos. Era como estar en la luna, había dicho Rikke. Su mirada se endureció.

—Esperad un minuto —dijo él—. ¿De verdad lo sabemos?

Maggie abrió la boca para protestar y luego la cerró de golpe.

—Hija de puta —exclamó Serena con un jadeo—. No, no lo sabemos.

—Quiero hablar con Rikke —afirmó Stride mientras se levantaba del asiento—. Quiero sus huellas para compararlas con el arma homicida y quiero saber qué pasó realmente en esa casa. —Se puso en pie y escrutó el local—. ¿Aún está aquí?

Serena negó con la cabeza.

—Rikke salió justo después de Tish. La vi marcharse.

—Bien, veamos si podemos darle alcance —dijo Stride.

Los tres se dirigieron hacia la salida. En la acera del aparcamiento, Stride giró a la izquierda en dirección a su Expedition, aparcado junto al Avalanche amarillo de Maggie, pero se detuvo cuando Serena lo cogió por el hombro.

—Espera un momento, Jonny —dijo ella mientras le hacía una señal—. Ése es el coche de Tish.

Stride identificó el Civic que se hallaba en la otra punta del aparcamiento y acto seguido atisbo el extraño ángulo del chasis a causa del neumático reventado del coche. Frunció el ceño y echó un vistazo al aparcamiento.

—¿Dónde está Tish? —quiso saber.

Maggie echó a correr hacia el Civic y se arrodilló para examinar el neumático con un bolígrafo linterna de su llavero.

—Está rajado —les gritó—. Alguien lo ha reventado.

Stride miró a Serena.

—Rikke.

El puente Blatnik se elevaba ante ellas más allá de la imponente curva que describía la carretera, con su arco iluminado por hileras borrosas de luces blancas que contrastaban con la oscuridad nocturna. El nerviosismo de Tish iba en aumento a medida que se acercaban a la luz, anticipando la espiral de miedo que se retorcería en sus entrañas cuando atravesaran el puente. Quería apartar la vista, pero no podía; al contrario, se quedó observando la joroba de acero como si se tratase de un monstruo marino arqueando su lomo gigantesco por encima del agua. Su tensión podía palpase en el interior del vehículo.

—¿Pasa algo? —preguntó Rikke con voz serena.

—Los puentes —explicó Tish—. Me dan miedo.

Las ventanillas de ambos lados estaban bajadas, por lo que entraba una violenta brisa que hacía traquetear el coche. Ascendieron en ángulo pronunciado en dirección a la cima del puente, y el entramado de acero del arco se alzó ante ellas como los raíles de una montaña rusa. Rikke conducía despacio. El tráfico aumentaba detrás de ellas e inundaba el vehículo con sus luces, hasta que empezaron a avanzarles por la izquierda y con impaciencia al doble de velocidad. A ambos lados, a lo lejos, las luces de las fábricas señalaban la orilla, y la oscuridad indicaba dónde estaba el canal de la bahía de Superior. Tish cruzó los brazos sobre el pecho. Respiraba agitadamente.

Rikke alargó un brazo y posó una mano cálida en el muslo de Tish; ésta se estremeció.

—La vista es impresionante —dijo Rikke—. Deberías mirar.

—No quiero verlo.

Rikke aminoró aún más la velocidad a medida que avanzaban con lentitud hacia el cielo. A Tish le sudaban las manos y su brazo izquierdo se contrajo involuntariamente.

—¿No podemos ir más rápido? —preguntó.

—No, me encanta estar aquí arriba —contestó Rikke—. A veces creo que sería la mejor forma de morir. Dejarse caer por el borde del puente.

—No diga esas cosas; me está asustando.

El coche se deslizó hacia el arcén de la derecha, rechinando sobre la grava suelta. Tish era consciente de los noventa centímetros de valla de hormigón que se extendían por la pasarela del puente, la única barrera entre el coche y más de treinta metros de caída libre hacia el agua. Desde su ventanilla parecían centímetros.

—Es difícil no pensar en la muerte cuando sabes que te estás muriendo —comentó Rikke.

—¿Muriendo?

Rikke asintió tranquilamente.

—Los médicos me han dicho que vuelvo a tener cáncer. Metástasis, lo llaman ellos. Una palabra horrible. Sólo me quedan unos meses de vida.

—Lo siento —dijo Tish.

—Así que, ya ves, es una elección sobre la que tengo que pensar. Éstas son mis posibilidades: una muerte rápida y voluntaria, o una lenta y dolorosa. ¿Tú qué harías?

—No lo sé.

La mano de Rikke se aferró a su muslo. La apretaba con fuerza, las uñas se le clavaban en la piel.

—Nunca entendí lo que Laura veía en ti. Ya sé que eras una chica guapa, pero jamás la comprendiste como yo. Yo fui la única a quien ella acudió en busca de consuelo. La única que la ayudó a entender quién era.

—Me está haciendo daño.

—Me alegro. Te lo mereces. —Rikke apartó la vista de la carretera—. Mírate, aún eres una mujer atractiva. En cambio, yo estoy envejeciendo. Tengo un cuerpo de chiste. Mis pechos son una ruina. Mis muslos están surcados de celulitis. Apenas soporto mirarme. Por aquel entonces, yo era una belleza, ¿recuerdas? Todos mis alumnos me deseaban.

Tish permanecía inmóvil en su asiento sin decir palabra.

—También Laura me deseaba —prosiguió Rikke—. ¿Lo sabías?

—Eso no es verdad.

—Oh, sí lo es —dijo Rikke—. Laura me contó lo de vuestra aventura. Me explicó que ella huyó de ti. Vino a mí porque necesitaba una amiga. Una madre. Estaba tan asustada, tan sola. Yo estuve allí para ella, y tú no. Me pasé horas dejando que llorara entre mis brazos. Nos hicimos íntimas. Y una noche, cuando supe que ella estaba

preparada, le mostré que podía amarla de una forma especial.

—Oh, Dios mío —murmuró Tish—. No es cierto; miente.

Los cables de acero bajaban desde el arco del puente a su alrededor mientras se acercaban al punto más alto. Espectros de niebla se amontonaban junto al vehículo y reflejaban la luz de los faros del coche. Apenas se distinguía la carretera. Por encima de sus cabezas, los diamantes de acero parecían arañas vistas a través de una vaporosa telaraña.

—No había nada malo en ello —repuso Rikke—. Laura jamás debió huir de mí. No para ir en tu busca.

Rikke dio un volantazo y pisó el freno, girando el morro del coche hasta que éste colisionó contra el muro de hormigón. El auto se detuvo con una sacudida en la cima de la autopista. Estaban en diagonal, con apenas sesenta centímetros de piedra y tierra entre la puerta de Tish y el vacío. Los vehículos zumbaban al pasar junto a ellas, haciendo sonar los cláxones.

—¿Qué hace? —Tish se abrazó a sí misma, temblando—. ¡Siga, siga!

—Siempre fuiste tú, ¿verdad? —gruñó Rikke—. A Laura yo no le importaba. Ni Finn. Era a ti a quien quería.

—¡Siga conduciendo! —gritó Tish—. ¡Por favor!

Rikke apagó el motor del auto.

Tish estaba hiperventilando. Se alejó de la portezuela del coche. No podía dejar de mirar el cable aéreo y las hileras brillantes de luces blancas. Una vez más sintió el empuje de las alturas, la insensata urgencia de saltar del automóvil, arrojarlo de él.

—¿Está loca? ¡Vámonos, vámonos ya, por favor! ¡Haré lo que sea!

—¿Por qué regresaste? —preguntó Rikke—. ¿Por venganza? ¿Es eso lo que querías? Intenté asustarte, y te quedaste.

Tish negó con la cabeza. El pánico y el terror se desplazaban a toda velocidad a través de sus terminaciones nerviosas.

Rikke quitó las llaves del contacto, abrió la portezuela del conductor y salió del auto dando un portazo. El tráfico rodaba a su alrededor a través de la niebla y la noche. Se dirigió a la parte trasera del coche y se acercó a la ventanilla bajada del lado donde Tish estaba sentada. Dentro, ésta permanecía encogida de miedo contra la otra puerta. Rikke respiró hondo y echó un vistazo por encima de la valla hacia la negra oscuridad del canal. Después metió la parte superior de su cuerpo por la ventanilla, cogió a Tish de la muñeca y tiró de ella con fuerza.

Tish aulló.

—¡No haga eso!

—¡Mírame! —ordenó Rikke. Tish enterró su rostro en su pecho y Rikke la agarró de la barbilla y le levantó la cabeza de un tirón hasta que sus ojos se encontraron. La mirada de Tish estaba anegada en lágrimas. Vio la violencia y el deseo pugnando en

el rostro de Rikke—. Esto es lo que te mereces por haber vuelto para torturarme. Por haber vuelto loco a Finn. Tú lo mataste, ¿lo sabes? Fuiste tú. Y quizá también hayas sido tú quien le metió una bala en la cabeza.

—Lo siento, lo siento.

Rikke cogió la cara de Tish con las dos manos y la obligó a levantar la barbilla; entonces se inclinó y cubrió sus labios con un beso furioso.

—¿Es tan horrible? ¿Te asusta? Laura me tenía miedo después de hacer el amor conmigo. ¡Miedo! Por culpa de Finn. Nunca debió inmiscuirse, pero estaba celoso porque ella me eligió a mí.

Tish se limpió la boca.

—¡Basta!

—Finn nos vio hacer el amor en su cama aquella noche. Yo sabía que él estaba allí. Pero al día siguiente, él fue y le dijo a Laura lo que había pasado en Fargo. Era nuestro secreto, de él y mío. No tenía derecho a contárselo. Lo único que él quería era separarnos. Asustarla.

El rostro de Rikke era sombrío. El horror lo cubría como una sombra.

—Finn nunca le dijo a Laura que lo hice por él. ¡Por él! Yo sabía lo que nuestra madre hacía. Tenía que acabar con ello, y sabía que Finn jamás levantaría un dedo para protegerse. Se limitaba a arrastrarse hasta su agujero y dejar que ella volviera por más. Así que era yo la que debía ser fuerte. Era yo la que debía salvarlo.

«¿Y si te dijera que papá abusa de mí? ¿Lo matarías? ¿Crees que sólo un demente podría hacer algo así?».

Finalmente, Tish lo comprendió. Laura no se refería a su padre. Hablaba de Rikke. De su secreto.

—Volví a nuestra granja —prosiguió Rikke—, cogí el bate y golpeé a nuestra madre hasta que no fue más que un amasijo de carne y huesos. Finn me vio hacerlo. Sabía que no tenía elección. Se suponía que nadie tenía que saberlo jamás. Y entonces fue y se lo soltó todo a Laura. Yo le oí. ¡Bastardo estúpido y celoso! Laura debería haberme dejado que me explicara, pero salió corriendo. ¿Qué se suponía que tenía que pensar yo? Si se hubiera quedado, jamás le habría hecho daño, pero ella se marchó.

Tish tenía una mirada extraviada.

—Nunca me habló de ello.

—Oh, pero hubiera acabado contándotelo —dijo Rikke—. No la culpo. Y tampoco culpo a Finn. Lo habríamos resuelto todo de no ser por ti. Tú nos destrozaste la vida. Y ahora me toca a mí.

Rikke se colgó las llaves de un dedo que hizo oscilar delante del rostro de Tish.

—Éste es el final para las dos.

Mientras Tish chillaba, Rikke arrojó con total indiferencia las llaves por encima

del parapeto, y éstas cayeron lanzando un destello plateado.

Mientras Stride y Serena se acercaban al brillante arco blanco del puente Blatnik, las luces de freno se pusieron rojas y el tráfico que los rodeaba se detuvo. Las luces del puente sobre sus cabezas estaban bañadas en niebla. Delante de ellos, las bocinas sonaban con un quejido monótono mientras los coches se deslizaban parsimoniosamente hacia delante, uniéndose poco a poco en una caravana sobre el arco del puente. Stride bajó la ventanilla y se inclinó hacia fuera para observar la carretera, pero no pudo vislumbrar la cima del puente a través de la nebulosa blanca.

—¿Se trata de un accidente? —preguntó Serena.

—No lo sé. Cada vez que se levanta niebla, los coches se dedican a estrellarse los unos contra los otros.

Serena echó un vistazo por encima de la valla.

—Hay un largo camino de bajada.

—Treinta y seis metros hasta llegar al agua.

Al otro lado de la mediana, la circulación fluía hacia ellos sin que la neblina la envolviera. En el carril que se dirigía hacia el oeste, los automovilistas apuraban para hacerse un hueco y se cortaban el paso los unos a los otros a medida que confluían. A Stride no le gustaban ni la velocidad ni la impaciencia de los demás conductores. Alargó la mano, buscó tras su asiento la sirena de emergencia y la pegó con un imán en el techo del Expedition. El foco rojo empezó a girar y a emitir un haz de luz a su alrededor. Stride encendió las luces de emergencia y apagó el motor.

—¿Quieres venir? —le preguntó a Serena.

—¿Por el puente?

—Puedes quedarte si quieres.

—Cielos, no; voy contigo.

Stride abrió la portezuela y salió al tablero del puente. Serena hizo lo mismo desde el otro lado del vehículo. Ella estaba más cerca del borde, donde la tierra y la grava del estrecho arcén alcanzaban el muro de hormigón.

—Ten cuidado —dijo Stride.

—Y ahora me lo dices.

Stride agitó las manos para alertar a los conductores que lo rodeaban y ascendió por la calzada, siguiendo la pintura blanca que señalizaba los dos carriles. Serena se apartó del arcén y se unió a él. Sólo alcanzaban a ver unos cuantos coches a través de las espirales de niebla. A su derecha, las vigas de acero se elevaban hasta el semicírculo del arco del puente. Las luces iban y venían por encima de sus cabezas mientras la neblina se arremolinaba en bolsas aisladas. Stride golpeaba con la mano

la carrocería de cada coche al que se acercaban para que el conductor supiera que estaban allí. No quería que nadie saliera disparado para dar la vuelta mientras ellos se acercaban por detrás.

El móvil le sonó en el bolsillo. Lo sacó y contestó.

—¿Qué hay, Mags?

—Estoy en casa de Rikke. No hay ni rastro de ella.

—Da una orden de búsqueda de un Impala color canela.

—Ya lo he hecho. ¿Dónde estáis?

Stride negó con la cabeza.

—Mejor no preguntes. Estamos subiendo a pie por el puente Blatnik.

—¿A pie?

—Sí, la circulación está prácticamente detenida. Debe de haber pasado algo.

—Ten cuidado, jefe. Ese puente es peligroso.

Stride colgó. Serena y él prosiguieron su camino entre el tráfico, pero la niebla se volvió más espesa a medida que se incrementaba la altura por encima del agua. Los coches se empujaban a su alrededor, como si estuvieran atrapados en los autos de choque.

—Volvamos al arcén —le dijo a Serena—. No me gusta estar en medio del tráfico.

—Estupendo —contestó ella sin entusiasmo.

Stride levantó las manos y cruzó por delante de un monovolumen Chevy que intentaba meterse en el carril izquierdo. Cuando llegaron al arcén, apretó el paso y empezó a caminar más deprisa.

—Vigila dónde pisas, hay grava suelta por aquí —le advirtió a Serena.

—Tú también.

Stride dejó atrás el primero de los gruesos pilones que se elevaban como un juego de construcción hasta formar un árbol de vigas y remaches. Agujeros circulares permitían que el aire pasara a través del acero. Los cables colgaban elegantemente en parejas gemelas desde lo alto del arco del puente, como las cuerdas de un piano, y sostenían la superficie por la que caminaban. Las ráfagas de viento procedentes del lago los azotaban y danzaban entre las torres como duendecillos. Stride se apoyó en el parapeto de hormigón para recuperar el equilibrio; sin embargo, la sensación de vértigo le dejó sin respiración por un momento. Podía sentir el balanceo del puente.

El tráfico a su alrededor se aceleró. Los coches del carril izquierdo chirriaron y quemaron goma en el asfalto mientras rugían para alejarse del atasco. Stride hizo una señal frenética con las palmas hacia abajo intentando que redujeran el ritmo. Nadie le prestó atención. Pasaban a toda velocidad junto a ellos, como gigantes.

Stride oyó algo. Y no era el ulular del viento. Un grito.

Una corriente de aire apartó la niebla como si se tratara de una cortina. Treinta

metros más allá, divisó un Impala color canela que bloqueaba el tráfico del carril de la derecha en la cima del puente. Una hilera de vehículos impacientes aceleraba al pasar junto a él, lanzándose hacia el espacio abierto de la autopista de Duluth. Una mujer de elevada estatura se hallaba fuera del coche, azotada por el viento. Vestía de negro, y salía y entraba de la niebla como una bruja.

Rikke.

—Hija de puta —dijo Stride.

Serena también la vio.

—¿Qué vas a hacer?

Stride cogió su móvil y se lo puso a Serena en la mano.

—Llama a Maggie y haz que la policía de Duluth suba hasta aquí desde el otro lado del puente. Y luego intenta detener a esos malditos idiotas y cerrar el tráfico. — Se alejó de ella a la carrera y luego se dio la vuelta para gritarle—: Dile a Maggie que también se ponga en contacto con la guardia costera. Los quiero bajo el puente ahora mismo, por si tenemos que hacer una operación de rescate en el agua.

Sacó el arma y echó a correr.

Rikke miró hacia abajo, a la ventosa franja de espacio que la separaba de la bahía.

—Rápido y sin explicaciones —murmuró.

Un impulso desaforado casi hizo saltar a Tish del coche y empujarla, pero entonces la superficie del puente vibró y el Impala empezó a moverse y avanzar lentamente por la autopista. Tish gritó mientras gateaba por el asiento y apretaba con un pie el freno de emergencia.

Rikke abrió de un tirón la puerta del pasajero y tironeó de ella. Tish se agarró al volante, pero Rikke era más fuerte y cuando Tish sintió que sus dedos se despegaban del volante, las dos se tambalearon hacia atrás. Tish salió despedida del coche y cayó en la pasarela del puente. Rikke lanzó una maldición, perdió el equilibrio y poco le faltó para caerse por encima del borde.

Tish se arrojó boca abajo en el suelo y se cubrió la cabeza con las manos. Oía el rugido del viento y del tráfico. Cada músculo de su cuerpo se tensó como un resorte. Su miedo a las alturas le martilleaba la cabeza, lanzando señales de pánico a su cerebro. La voz era seductora, como un flautista de Hamelin que le ordenara que se pusiera en pie, corriera y se lanzara al agua. Saltar. Detener el terror.

Rikke se agachó junto a ella. La agarró de la blusa y tiró hacia arriba para apoyar su espalda contra el lateral del automóvil. Tish cerró los ojos, pero Rikke se los abrió con los dedos y Tish vio el parapeto de hormigón y el vacío que se extendía más allá y que la llamaba por señas con sus ventosos brazos abiertos.

Rikke le cogió la cara con las dos manos.

—Durante todos estos años me he preguntado si tú lo sabías. Si me habías visto.

Si Laura te había contado lo que hice. He estado esperando a que volvieras y me desenmascararas. Y ahora, después de todos estos años, lo has hecho.

—Yo no lo sabía —replicó Tish—. Por favor, déjeme marchar. No puedo con esto.

—Aquella noche fui a recoger a Finn. Estaba colocado y desquiciado; parloteaba sobre Laura y vosotras dos en el bosque. Encontré el bate de béisbol en el campo de juego y supe qué tenía que hacer. Silenciar a Laura y hacer que pagara por haberme abandonado.

—¡Yo la quería! —gritó Tish mientras golpeaba furiosa con las manos el pecho de Rikke, empujándola hacia el borde del puente—. ¡Maldita bruja, cómo pudo!

Rikke reaccionó, trastabilló y cayó de rodillas hacia delante. Se agarró con los puños a las solapas de la blusa de Tish. Sus caras estaban a escasos centímetros la una de la otra.

—¿Y qué me dices de ti? Me he pasado la vida entera cubriéndome las espaldas por tu culpa. Arruinaste mi vida. Arruinaste la vida de Finn.

Tish la abofeteó con fuerza.

—¡Me quitó a Laura!

Rikke se puso en pie bamboleándose; era bastante más alta que Tish.

—Levántate.

Tish cogió a Rikke por los tobillos y la empujó con violencia. Rikke gritó, se desmoronó como un árbol y aterrizó en la grava. Tish se alejó reptando hacia los coches que pasaban a toda velocidad por la carretera, pero Rikke se arrojó sobre su espalda y la arrastró hacia la cuneta. Luego le dio la vuelta. Piedras afiladas laceraron la piel de Tish. El rostro de la mujer más mayor estaba completamente rojo y contraído por la ira.

Los dedos de Rikke se curvaron como garras y se aferraron al cuello de la otra. Sus pulgares se clavaron en la tráquea de Tish, que empezó a jadear y a asfixiarse. No podía respirar. Su cuerpo comenzó a sufrir espasmos. Arañó las manos de Rikke, pero éstas eran dos bloques de granito.

—¡Rikke!

Las dos mujeres oyeron la voz.

Rikke apartó las manos del cuello de Tish y echó un vistazo a la pasarela del puente entre la niebla. Tish jadeaba en busca de aire y se apartó retorciéndose. Detrás de ella vio a Stride, con el arma en alto y corriendo hacia ellas. Tish intentó liberarse, pero Rikke se apoyó en las rodillas y se levantó, la cogió del cuello por detrás y la puso en pie. Tish se debatía y pateaba, sus ojos cada vez más abiertos y blancos mientras Rikke se acercaba lentamente al borde del puente. Tish trató de alcanzar la seguridad del coche, pero Rikke la sujetaba con fuerza y la obligaba a mirar hacia el negro abismo que tenían debajo.

Tish lo vio claramente. Mentalmente, ya estaba cayendo al vacío. Se quedó sin aire en los pulmones y creyó que el corazón le estallaría.

—¡Alto! —gritó Rikke a Stride—. O nos matamos las dos.

Stride se detuvo. Enfundó el arma y levantó las manos.

—Suéltela, Rikke.

Tish se retorció como un animalillo asustado entre los brazos de Rikke. Sus dedos arañaban la ropa de ésta.

—Si la suelto, saltará —dijo Rikke—. Está fuera de sí.

—Métala en el coche.

Las piernas de Rikke se pegaron al parapeto de hormigón en el borde de la pasarela del puente. Apenas le llegaba a las rodillas. Se inclinó de cara al viento, con Tish agarrada del torso. Tish aulló, un sonido tan primitivo y terrorífico que estremeció a Stride.

—Lo haré —dijo Rikke—. Me la llevaré conmigo. Me trae sin cuidado.

La mente de Stride se aisló de cuanto le rodeaba. Alejó de él cualquier tipo de distracción. Dejó de ser consciente del viento, de la altura y del traqueteo de la carretera bajo sus pies. Dio dos pasos en dirección a Rikke. Ella estaba a casi dos metros de distancia.

—No se mueva —le advirtió ella.

Stride era consciente que Serena estaba detrás de él, deteniendo el flujo de vehículos que se dirigían al oeste. Al otro lado del puente, oyó la sirena de un coche patrulla que se acercaba a toda velocidad desde Duluth. El coche patrulla se detuvo en diagonal a unos veinte metros, ocupando los dos carriles en dirección este, y una joven oficial saltó del auto con el arma desenfundada. Stride levantó una mano para indicarle que se quedara donde estaba. La policía se quedó quieta, y el tráfico procedente del lado de Duluth se desvaneció a medida que los vehículos daban marcha atrás más allá del coche patrulla.

Estaban solos allí arriba.

—Quiero que vuelvan las dos al coche —le dijo a Rikke.

Volutas de niebla flotaban perezosamente entre ellos. El puente se hallaba inmerso en el ir y venir del flujo de nubes. A lo lejos, Stride oyó la sirena de un barco. Identificó la llamada de la embarcación de rescate de la guarda costera, que se bamboleaba en dirección al arco del puente y tomaba posiciones en la bahía. Stride había estado en esa barca en numerosas ocasiones. La mayoría de los que saltaban desde el puente no salían del agua con vida.

Dio otro paso hacia delante.

—Suéltela —conminó a Rikke—. Entréguemela.

Los ojos de Rikke eran como piedras azules.

—No se mueva —le advirtió ella.

Stride puso las manos en alto.

—No me muevo.

Uno de los pares de cables verticales que sostenían la superficie del puente estaba justo detrás de Rikke, quien deslizó el brazo izquierdo a su alrededor para apuntarse y levantar a Tish con fuerza del suelo con el otro brazo. Tish pataleaba frenéticamente; el cabello rubio revoloteaba sobre su cara con el azote del viento.

—Camine hacia delante —le ordenó Rikke a Stride con desdén—. Acérquese a mí.

—Tish no le ha hecho nada —dijo Stride—. Lo que pasó entre Laura y usted hace años que acabó.

—Pues entonces ella debería haberse quedado donde estaba.

Stride vio a la mujer policía al otro lado del puente trepar en silencio por la mediana y acercarse sigilosamente hasta su campo de visión. La agente se hallaba a unos nueve metros detrás de Rikke. Hizo una señal a Stride con la mano izquierda y luego se señaló a sí misma y apuntó con el arma hacia el lugar donde efectuaría un disparo perdido y seguro hacia el agua. La policía lo miró con una mirada interrogante.

Disparar o no disparar. Desviar la atención.

De manera casi imperceptible, Stride asintió.

La mujer policía levantó la mano izquierda y alzó un dedo en el aire. Dos. Cuando izó el tercero, su dedo presionó el gatillo del arma y una súbita detonación resonó en el puente.

Rikke se sobresaltó y, en ese preciso instante, Stride se abalanzó sobre ella. No fue lo bastante rápido. Rikke arrojó violentamente a Tish contra el murete de hormigón, donde perdió el equilibrio y trastabilló hacia delante. Rikke se dio media vuelta y echó a correr. Stride intentó coger a Tish y a punto estuvo de hacerlo, pero ésta se le escurrió y se precipitó sobre el parapeto. Su mano derecha rozó el muslo de ella y su mano izquierda logró agarrarla por detrás de la rodilla, pero se le escapó en su camino hacia el vacío a medida que incrementaba la velocidad de su caída hacia la bahía. Tish cayó entre gritos, hasta que las manos de Stride se cerraron alrededor de su delgada pantorrilla y el pie derecho de ella quedó atrapado entre los dedos de él, que, por fin, logró detener su caída con un movimiento brusco.

Tish colgaba suspendida sobre los treinta y seis metros de vacío que mediaban entre el puente y el agua.

Su peso mantenía inmovilizado a Stride contra la valla de hormigón; notaba como Tish se retorció, debatiéndose contra él, como si quisiera caer. La parte superior del cuerpo de Stride sobresalía por encima del puente; percibía cómo también él empezaba a resbalar hacia delante, a arrastrarse hacia abajo. No tenía fuerza para alzarla. Lo único que podía hacer era seguir agarrándola del tobillo, pero los

músculos de los brazos le crujieron y comenzaron a aflojarsele.

—¡Serena! —gritó.

La oyó correr detrás de él.

—¡Aguanta!

Stride intentó detener el tiempo. Intentó vaciar la mente de cualquier pensamiento excepto de sus manos aferradas al tobillo de Tish. Sus manos eran grilletes. Herméticos. No podía rendirse.

—Aguanta, Jonny, ya estoy aquí.

Serena se inclinó por encima del puente, observando el agua oscura, y lanzó una maldición.

—Joder, no sé si voy a poder.

—Tienes que hacerlo, se me está escurriendo de las manos.

Serena se inclinó hacia delante intentando atrapar a Tish por donde fuera. La agarró de la blusa con los dedos, pero la tela se rompió al levantarla; así que Serena lanzó un jadeo y tropezó contra Stride, quien se tambaleó y la garra que mantenía alrededor del tobillo de Tish a punto estuvo de soltarse.

—¡La mano, deme la mano! —gritó Serena a Tish, que tenía los brazos extendidos dibujando una Y por debajo de la cabeza, en dirección a la bahía.

—¡No, no, no, no puedo!

—Agárrese, Tish, puede hacerlo.

—¡No!

Stride tenía los dedos entumecidos y húmedos por el sudor, y el dolor empezaba a resultar lacerante en las terminaciones nerviosas de sus hombros y su cuello.

—Prueba a cogerla del otro tobillo —sugirió él.

Se les acababa el tiempo.

La pierna de Tish giró al mismo tiempo que su cuerpo. El viento jugueteaba con ella como una muñeca, empujándola en círculos hacia delante y hacia atrás. Serena trató de agarrarla por el tobillo que daba vueltas, falló, volvió a intentarlo de nuevo y, finalmente, gritó:

—¡La tengo! ¡Tira! ¡Tira!

Stride tiró de ella hacia arriba con un grito, retrepándose hacia atrás desde el borde del puente. Serena estaba a su lado haciendo lo mismo que él. Palmo a palmo, se fueron alejando de la valla de hormigón, y Tish subió con ellos. Le vieron las rodillas, luego los muslos, y cuando llegó su cintura, Serena alargó una mano, agarró a Tish por el cinturón y la tumbó de espaldas en la carretera, donde ésta se retorció como un pez fuera del agua.

Stride la soltó y cayó hacia atrás contra el Impala. Respiraba agitadamente. Sentía en los brazos el pinchazo de incontables alfileres y agujas.

Tish se comportaba de forma incoherente, gemía y lloraba.

—Llévatela a la parte trasera del Impala, haz que se tumbe —masculló a Serena —. Habrá que sedarla antes de trasladarla a nuestro coche.

—¡Teniente!

Stride alzó la cabeza de golpe.

A unos nueve metros de distancia, la mujer policía que había disparado el tiro de advertencia yacía tendida boca arriba en el asfalto, enzarzada en una violenta pelea con Rikke. Las dos rodaban por el suelo y forcejeaban y, mientras él observaba la escena, el arma se deslizó por el carril lejos del alcance de su mano. Rikke se echó hacia atrás y le machacó la cara de un codazo. La cabeza de la mujer policía golpeó el pavimento, desmadejada.

Stride lanzó un juramento, se apartó del auto y echó a correr. Sentía las piernas como gelatina. Le aturdió ver los coches que bajaban a toda velocidad por la pendiente de la pasarela del puente hacia Duluth, como si fuera una pista de carreras. La niebla le hacía parecer casi invisible, y tenía que evitar los vehículos que empezaban a reunirse en el carril de la derecha antes de que éstos le vieran a él. Atravesó corriendo el arcén y se arrojó sobre Rikke, quien se tambaleó. Cuando extendió sus brazos exhaustos para detenerla, ella se abalanzó con violencia sobre él con ambos puños levantados. Le dio un golpe sorprendentemente fuerte en la mandíbula. Él trató de agarrarla de las muñecas, pero ella le empujó por el pecho y Stride resbaló hacia atrás y perdió el equilibrio.

Rikke se alejó corriendo.

Stride oyó bocinas y vio luces blancas cegadoras. Coches en estampida como elefantes ciegos. Echó a correr tras Rikke, pero ésta se alejó de él zigzagueando y se arrojó entre el tráfico a su izquierda. Le dio el alto, pero ella no se detuvo. Como una boca de cañón emergiendo de la niebla, un enorme Escalade negro bajaba disparado por el carril izquierdo, y Rikke se interpuso en su camino. Stride vio el destello rojo de las luces de freno. Los neumáticos chirriaron y echaron chispas. Rikke chilló, pero su grito quedó ahogado en cuanto el SUV se estampó contra ella y casi la partió en dos.

El cuerpo aplastado de Rikke golpeó la parrilla del coche y rodó hasta detenerse dieciocho metros más allá. No se movía.

Antes de que Stride pudiera reaccionar, sintió la presencia de algo gigantesco y peligroso detrás de él. Se giró y vio un sedán blanco como un barco pirata salir de la niebla. Cuando el conductor vio el Escalade detenido en el carril izquierdo, viró bruscamente a la derecha, dirigiéndose directamente hacia Stride, quien saltó y rodó por el capó cuando el sedán chocó contra él. Su cuerpo rebotó contra el metal. Se golpeó en el pecho con el parabrisas. El aire le estalló en los pulmones. Se colgó del capó con las puntas de los dedos al tiempo que el vehículo se empotraba contra el murete de hormigón del puente y luego se soltó.

Stride salió volando.

Era como un pájaro en el aire, catapultado desde el capó del sedán, arrojado al vacío por encima del puente.

Y empezó a caer.

El tiempo parece dilatarse en una larga caída.

Stride sabía que había treinta y seis metros hasta las negras aguas y que con una caída en picado cubriría esa distancia en tres segundos. Aun así, sus pensamientos se aceleraron como estrellas fugaces, proporcionándole el tiempo suficiente para verse a sí mismo caer y ser plenamente consciente de todas y cada una de sus sensaciones. No tenía tiempo para asustarse.

Mientras era arrojado al vacío, creyó oír a Serena llorar, pero su voz desapareció al instante y el único ruido que escuchó a su alrededor fue el ensordecedor rugido del viento. El aire se precipitaba contra su cuerpo, frío y furioso, tan veloz como una bala. Su ulular sonaba como un alarido que saliera de su pecho. Esperaba que no fuera así. No quería morir gritando.

Echó un último vistazo al puente mientras éste desaparecía por encima de él. Sus luces eran medias lunas de un blanco borroso, y después parpadearon y la oscuridad lo envolvió. No veía nada por debajo de él, ni agua ni luz, y se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Se obligó a abrirlos, intentando sacar partido de la extraña sensación de que el tiempo se alargaba para orientarse. Al hacerlo vio las luces del Point, donde vivía él, y alguna cosa en ese brillo trémulo en la estrecha franja de tierra hizo que quisiera verlo de nuevo.

Intentó respirar pero no pudo. Tenía los pulmones aplastados tras el impacto con el capó del coche, y se negaban a hincharse para aspirar el oxígeno que le circundaba. Se sentía mareado, como si nadara o soñara, como si ya se hallara bajo el agua.

Tres segundos.

Le dio tiempo a pensar en el hecho de no estar viendo su vida pasar ante sus ojos. Ningún fotograma sucediéndose como una película en un viejo proyector de cine. Ninguna evocación de Cindy, Maggie o Serena. Ninguna voz, sonido, recuerdo. Ningún ángel que le acariciara el brazo y le mostrara los seres amados que se habían ido antes que él. Se hallaba en un vacío lleno de aire a punto de caer al agua, y no lo haría como un cuchillo cortando mantequilla: el agua no era blanda sino tan sólida como el hormigón, se ensañaría salvajemente con sus huesos y tejidos y lo mataría al instante; apretaría un interruptor y él pasaría de vivo a muerto.

Ése fue el primer pensamiento consciente que penetró en su mente en ese primer y largo segundo.

Estaba a punto de morir.

Pensó en gente saltando de lo alto de edificios. En gente en aviones a punto de estrellarse. También ellos tuvieron el mismo instante de lucidez. Estás vivo y, de

repente, te mueres. Casi sentía curiosidad por saber cómo sería, y se dio cuenta de que la muerte le seducía de forma extraña.

No obstante, aún tuvo tiempo para darse cuenta de que no quería morir, ni ahora ni en mucho tiempo, y para recordar que el puente Golden Gate era mucho más alto que el Blatnik y había quien había sobrevivido tras caer a la bahía de San Francisco, aunque su intención no fuera ésa. No muchos. Pero sí unos cuantos.

Y los que lo habían hecho habían caído al agua con los pies por delante.

Primero los pies.

Su cerebro empezó a gritarle. Primero los pies.

Si se golpeaba la cabeza, el hombro o el pecho contra el agua, moriría como si ésta estuviera hecha de ladrillos. Su única esperanza era abrir una pequeña brecha en el hormigón líquido y deslizarse por ella. Con los ojos abiertos, y ese extraño tiempo elástico estirándose como un chicle rosa, Stride trató de poner su cuerpo lo más rígido posible, apuntó con los dedos de los pies hacia el agua, levantó los brazos por encima de la cabeza y alzó la barbilla al cielo. En un intervalo fugaz de menos de un segundo, se convirtió en una flecha dirigiéndose al centro de una diana.

«No te pongas nervioso. Deja que pase lo que tenga que pasar».

«Vas a morir».

«No, no vas a morir».

Exhaló la última bocanada de aire que le quedaba en el pecho y dejó que sus músculos se relajaran. Volvió a cerrar los ojos y, en cuanto lo hizo, el tiempo le alcanzó. Sus pies abrieron las aguas. Su cuerpo penetró el agua como un cohete. Fue consciente del dolor, de la rotura de huesos, de su ropa arrancada de la piel, del agua que inundaba sus pulmones. Vio las luces del mundo que dejaban de parpadear en la noche. Sintió que la agonía caliente se volvía fría, y que descendía y descendía y descendía, como si pudiera viajar a través de la tierra y acabar en el infierno.

Excepto que el profundo canal tenía fondo y después de caer hasta donde podía caer, se quedó suspendido, una mariposa envuelta en su crisálida, antes de que su cuerpo empezara a trepar y subir. La bahía que lo había succionado lo encontró duro de tragar y decidió escupirlo.

Después, no se acordaría de nada de todo eso. Su último recuerdo sería el de haber corrido hacia Rikke Mathisen en el puente. Aquí acababa la película. No tendría recuerdos del coche que le golpeó y lo arrojó por la barandilla del puente, de la caída, del tiempo que se alargó, del impacto que le causó la rotura de su pierna izquierda y neumotórax en ambos pulmones, de haberse balanceado hasta la superficie del agua tumbado boca arriba, del reflector de la embarcación de la guardia costera bañando su cuerpo con un cálido brillo. Tampoco recordaría haber pensado que si había logrado llegar hasta allí, entonces tenía que vivir.

Cuando Stride vio abrirse la puerta de vidrio, se dio cuenta de que la mujer que había salido a la terraza del restaurante era su difunta esposa, Cindy.

Durante un instante, sintió como si de nuevo estuviera cayendo desde lo alto y con fuerza hacia el agua. La misma enigmática sonrisa que recordaba de hacía años. Cuando ella se levantó las gafas de sol, sus ojos marrones le devolvieron la mirada con un destello familiar por encima de las cabezas del resto de comensales del restaurante.

Por supuesto, no era ella. Era Tish.

Se reunió con ellos en la misma mesa donde los había encontrado la primera vez, tres meses antes. Stride estaba sentado entre Serena y Maggie. El calor del verano había dado paso a las tardes de septiembre, cuando la oscuridad disolvía la luz del día. Mientras Stride miraba, el último fragmento de luz solar se hundió en la ladera oeste y el lago adquirió un color gris y turbulento. Tish se estremeció al sentarse.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Stride.

Tish observó el estado físico de él.

—¿No debería hacerte yo esa pregunta?

La pierna izquierda de Stride estaba embutida en una escayola. Sus muletas descansaban apoyadas contra la barandilla de la terraza. Se señaló el collarín que llevaba en el cuello.

—Las heridas físicas se curan —dijo—. Las tuyas puede que tarden un poco más en sanar.

Tish adoptó una expresión valiente y sonrió.

—¿Sabías que hay quien dice que es necesario enfrentarse a los miedos para superarlos? Una auténtica gilipollez. No quiero volver a cruzar un puente en mi vida. —Estiró los brazos por encima de la mesa y cogió las manos de Stride y Serena—. Hasta ahora no he tenido ocasión de daros las gracias como os merecéis. Yo debería estar muerta. Vosotros me salvasteis la vida.

—Ya se ha acabado todo —repuso Stride—. Intenta no volver a pensar en ello.

Sin embargo, en realidad aún no había terminado, no para ellos. Serena tenía pesadillas en las que revivía la caída de Jonny desde el puente. Se despertaba cubierta de sudor y se agarraba con fuerza a él. Y en cuanto a Stride, le sorprendía y angustiaba el hecho de no experimentar una respuesta emocional tras haber estado a las puertas de la muerte. Se sentía extrañamente vacío, como si le hubiera sucedido a otra persona. Temía que las emociones se hicieran fuertes en silencio, como una avalancha dispuesta a enterrarlo con un rugido el día menos pensado.

—En serio, ¿cómo te encuentras? —le preguntó Tish.

—Me va a llevar unos cuantos meses restablecerme del todo —admitió—. Los médicos no quieren que vuelva a trabajar hasta finales de año, pero no voy a esperar tanto.

Maggie le guiñó un ojo.

—Me han nombrado jefa interina del departamento de detectives. Tiene miedo de que le quite el puesto.

—Todo tuyo —replicó Stride.

—De hecho, ya he regalado tu silla —le dijo Maggie—. Demasiado grande para mi culo.

—Vete a paseo, Mags.

Ella se echó a reír.

—¿Has terminado de escribir el libro? —le preguntó Stride a Tish.

—Estoy en el último capítulo. —Tish se atusó el pelo con nerviosismo—. Me siento culpable escribiéndolo. Como si en parte yo también fuera responsable de lo sucedido. Fui yo quien arrojé a Laura a los brazos de Rikke.

Stride negó con la cabeza.

—Rikke sabía cómo manipular a las jovencitas. Ella fue la responsable de cuanto sucedió, no tú.

—Ya lo sé, pero quizá si hubiera tenido más paciencia con ella, Laura habría seguido conmigo. No habría caído jamás en la trampa de Rikke. Me habría gustado que me contara lo que sucedía entre ellas.

—Laura estaba asustada —señaló Serena—. Descubrió que Rikke era una asesina y quiso apartarla de su vida.

—Y cuando volví por ella, murió —apostilló Tish.

—No te culpes por sobrevivir —le aconsejó Stride.

Tish clavó sus ojos en él.

—Ése es un buen consejo.

Una alarma electrónica gorjeó debajo de la mesa. En un gesto automático, Stride se llevó la mano al cinturón, pero no llevaba el busca. Maggie sacó el suyo y observó la pantalla.

—Es para mí, jefe —dijo—. Tenemos un robo a mano armada en una gasolinera al sur de la calle Michigan.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Stride—. Extraoficialmente, claro está.

Maggie suspiró y miró a Serena.

—Encárgate de él, ¿quieres?

—Lo intentaré.

Maggie apartó su silla hacia atrás y se levantó. Se despidió de los tres con un

gesto de la mano y se encaminó hacia la puerta del restaurante.

—También yo debería irme —dijo Tish.

Se puso en pie pero no se movió. Su boca adoptó un gesto hierático y triste. Su mirada se volvió vidriosa y parpadeó para evitar que le cayeran las lágrimas. Volvió a tomar asiento, pero cuando intentó hablar, las palabras se le atragantaron.

—Hay algo más —admitió finalmente.

Stride percibió una sensación de malestar. Sin que Tish hubiera dicho nada, sabía que lo que pretendía compartir con ellos tenía que ver con Cindy. Durante todo este tiempo había habido una pieza que no encajaba. Un secreto. Y ya no estaba seguro de querer saber de qué se trataba.

—Tengo algo para ti —le dijo Tish—. Lamento que me haya llevado tanto tiempo decidirme a dártelo, pero espero que lo entiendas cuando te lo explique.

Sacó un sobre de su bolso y lo empujó por encima de la mesa hacia Stride. Él vio las palabras escritas en tinta negra. «Para Jonny». Enseguida reconoció la escritura apretada y precisa que había conocido durante años.

—Cindy me entregó esto la última vez que estuvimos juntas —dijo Tish—. Me pidió que si alguna vez volvía y decidía sincerarme respecto a mi pasado, te diera esta carta. No la he abierto jamás. Ni la he leído.

Stride no cogió el sobre.

—¿Su pasado? —preguntó él.

—Sí. Antes de que el padre de Cindy muriera, le contó algo sobre mí. Algo importante. Por eso Cindy se puso en contacto conmigo. Jamás pensé que querría que alguien más lo supiera, pero supongo que los dos se merecen saber la verdad.

Stride aguardó.

—El padre de Cindy sabía lo mío con Laura —continuó Tish—. Oyó a Laura hablar por teléfono, y sabía que planeábamos fugarnos juntas. Se puso como una fiera.

—Conocí a William Starr —dijo Stride—. La idea de que su hija fuera lesbiana debió de horrorizarle.

—Mucho peor —repuso Tish—. No se trataba sólo de que Laura fuera homosexual. Se trataba de mí. Del hecho de que estuviéramos enamoradas.

—¿De ti?

Tish sacó algo más del bolso. Un desgastado recorte de prensa. Tras desdoblarlo cuidadosamente, Stride alcanzó a leer el titular. Y también Serena, que cruzó su mirada con Tish. Ésta asintió, avergonzada.

—No te mentí, Serena, en realidad no lo hice —se defendió—. El atraco en que mi madre murió no tenía nada que ver con el asesinato de Laura. Cindy encontró este recorte de prensa en la Biblia de su padre poco antes de que éste muriese. Lo había conservado durante años. Ella le preguntó el porqué, y al final él le contó la verdad.

Finalmente, admitió su aventura. —Tish negó con la cabeza con una intensa amargura—. El muy hijo de puta, egoísta, hipócrita. Le odiaba. Y nada cambiará eso.

—¿Con tu madre? —aventuró Serena.

Tish asintió. Las lágrimas le anegaron los párpados y resbalaron por sus mejillas.

—Ella era una persona honesta. Mucho más honesta de lo que él merecía. Mi madre no se lo contó nunca a nadie. Ni siquiera cuando la echaron de su trabajo en los grandes almacenes. Ni cuando la expulsaron de su iglesia. Jamás admitió que él era el padre.

Stride cerró los ojos. Nunca le había gustado William Starr. Y tampoco le gustaba ahora.

—Durante todos esos años, jamás quiso reconocermme —dijo Tish—. Ni siquiera cuando mi madre murió tuvo el coraje de admitir quién era yo. Me alegra que creyera que Dios le estaba castigando por todo lo sucedido. —Se limpió una mejilla con el dorso de la mano—. Cindy me lo contó, y yo le supliqué que quedara entre nosotras. ¿Puedes imaginar lo que supuso para mí? Descubrí que tenía una hermana. O una medio hermana. Y también descubrí que el gran amor de mi vida era algo horrible. Algo inmoral. Laura y yo. Estaba enamorada de mi...

Tish se detuvo. Su voz quedó ahogada una vez más.

—No lo sabías —murmuró Serena.

—No. Nosotras no lo sabíamos. Incluso después de que Cindy me lo contara, intenté engañarme a mí misma diciéndome que no era verdad. Aún amaba a Laura. Aún la deseaba. Quería recordarla de esa manera. No deseaba renunciar a lo que habíamos compartido.

Tish señaló la nota que descansaba delante de Stride.

—Cindy quería que te lo contara —dijo ella—. No soportaba la idea de ocultar una parte de su vida, pero yo insistí. Cuando supo que iba a morir, me hizo prometer que volvería. Deseaba que lo hiciera por Laura, pero creo que también quería que yo no estuviera sola. Pensaba que quizás aquí pudiera encontrar una suerte de familia.

Sus ojos los miraron, interrogantes.

—Ya tienes familia aquí —afirmó Stride.

—Gracias. A los dos. —Se puso en pie—. Tengo que irme.

—Que no sea para siempre, Tish.

Ella rodeó la mesa y se inclinó para pasarle los brazos a Stride por el cuello. Lo abrazó y le susurró al oído:

—Llevo conmigo una parte de ella, aunque la perdiera para siempre.

Stride guardó silencio. Tish le dio a Serena un escueto abrazo y luego se colgó el bolso al hombro. El viento le despeinó el pelo y ella se lo arregló. Obsequió a Stride con una sonrisa emocionada y se fue por donde había venido. Stride la siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. De espaldas volvió a recordarle a Cindy,

alejándose, abandonándole.

Stride cogió el sobre y estudió la posibilidad de arrojarlo al viento y que saliera volando. En esos momentos no necesitaba un mensaje en una botella arrastrada a tierra. No necesitaba una resurrección.

Serena y él siguieron sentados, sin hablar, mientras la tarde se oscurecía a su alrededor. La mayoría de mesas estaban vacías; hacía demasiado frío para estar afuera. En el Point, más allá del puente elevado, unos penachos blancos alcanzaban y lamían la arena.

El aire olía a otoño.

Después de un intervalo de silencio, Serena se levantó, le besó en la mejilla y tocó su brazo desnudo con los dedos fríos.

—Voy a caminar un rato por el paseo —le dijo ella.

Sus ojos se encontraron, y él asintió. Ella lo dejó allí sentado y él se quedó a solas con Cindy.

Stride examinó los dos lados del sobre con las yemas de los dedos y se preguntó cuánto tiempo podía pasar sin que lo abriera. No estaba seguro de estar preparado para revivir a Cindy, ni siquiera un instante. No ahora que su dolor había cicatrizado. Cuando ya no pudo contenerse más, se sirvió de un cuchillo de la mesa para cortar el sobre por arriba y extraer la única hoja que había dentro. Se trataba de un papel comente y, al desdoblarlo, halló unas cuantas líneas escritas a mano.

Querido Jonny:

Si estás leyendo esta carta significa que al fin Tish te ha contado la verdad, y sabrás por qué te la he ocultado durante tanto tiempo. Y también significa que he perdido la batalla contra el cáncer. Lamento muchísimo, mi amor, haberte dejado mucho antes de lo que habíamos planeado.

Stride tomó aire con dificultad. Le ardían los ojos, y las palabras se volvieron borrosas sobre el papel cuando intentó seguir leyendo.

No ha pasado un solo día sin que haya deseado hablarte de Tish, pero no era mi secreto y no podía compartirlo. Era el suyo. De mi hermana. Y se trataba de un secreto fruto de demasiada sangre derramada y dolor como para revelárselo a alguien más. Espero que puedas perdonarme.

Ya no estoy contigo, así que dime que no te ha llevado mucho

tiempo olvidarme. Sé qué clase de hombre eres, Jonny. Cuando te topas con un muro, golpeas la cabeza contra él con todo tu sufrimiento. Espero que no hayas hecho lo mismo conmigo. Dime que no estás solo y que has vuelto a enamorarte. Que me has dado la paz.

En realidad, no sé qué más decir. Puede que Dios no me haya dado todo el tiempo que quería, pero ¿cómo podría quejarme? El tiempo que he tenido, te he tenido a ti.

Con todo mi amor,

Cindy

Stride volvió a doblar la carta y la guardó en uno de sus bolsillos. Juntó las manos y enterró en ellas la cara, y dejó de sentirse vacío o muerto. Lloró una última vez por su esposa, y luego alzó la vista a los cielos ocultos tras el cielo gris marengo, exhaló de forma entrecortada y se dejó llevar. Cuando volvió en sí y contempló el tranquilo paseo a la orilla del lago por debajo de él, vio a Serena sentada en las rocas entre sombras alargadas, de espaldas a él, con el cabello al viento. Las gaviotas planeaban y chillaban a su alrededor, flotando en el aire con las alas extendidas. Supo que ya era hora de irse. Ella le estaba esperando.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias, como siempre, a mis agentes y editores: Ali Jun, Marión Donaldson y Diana Mackay, en Reino Unido, y Deborah Schneider y Jennifer Weis, en Estados Unidos. También he tenido el privilegio de trabajar con un numeroso equipo de agentes, editores, representantes de ventas y publicistas en todos los países que han desempeñado un importante papel en mi carrera. Les estoy agradecido a todos ellos.

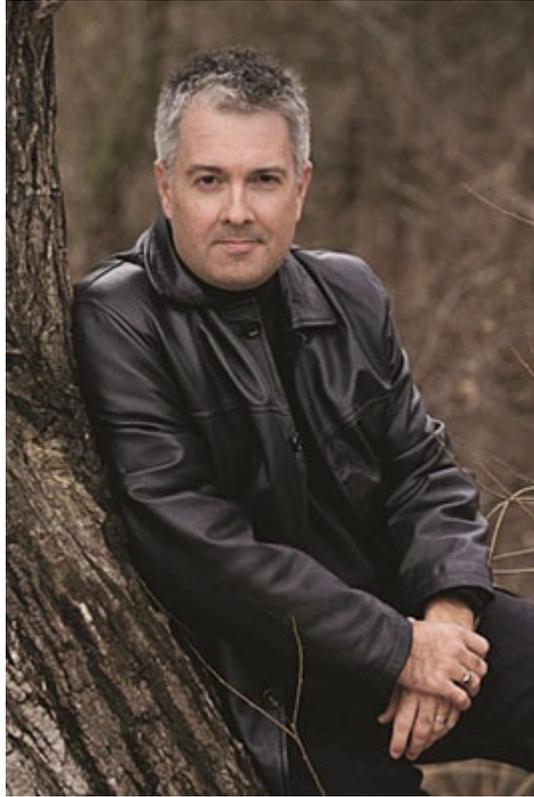
A lo largo de los años he establecido una buena relación de amistad con muchos lectores y librerías, quienes son una fuente constante de inspiración y estímulo. Doy especialmente las gracias a Jean N., Mike O., Lilamae, Lynn, Amanda, Sally, Laura R, Sara W., Bonnie, Jim H., Ed K., Eric, Paul R, Christine, Lenie, Connie (y a todos en Ezzulia.nl), Ambra y Alfredo.

También quisiera dar las gracias a unos cuantos lectores anticipados que me proporcionaron valiosos consejos durante los primeros borradores de este libro, incluidos Matt Davis, Paula Tjornhom Davis y Gail Foster. Y, por supuesto, a mi esposa desde hace veinticinco años, Marcia, que lleva a cabo con placer el papel de ser mi crítica más dura (y mi mejor amiga).

Mis padres y mi familia han permanecido a mi lado en cada paso del camino, incluso aunque la distancia nos haya mantenido separados. Gracias por haber creído en mí durante todos estos años. Y lo mismo puede aplicarse a nuestros queridos amigos y vecinos Barb y Jerry.

Stride y Serena siguen viviendo en un chalé del Park Point en Duluth, que puede visitar usted mismo en www.cottageonthepoint.com. Muchas gracias a Pat y Bill Burns por su continua hospitalidad cuando Marcia y yo vamos a Duluth.

Como siempre, pueden escribirme a brian@freemanbooks.com.



BRIAN FREEMAN. Nació en Chicago en 1963 y creció en San Mateo, California, antes de mudarse a Minnesota. Empezó a escribir su primera novela cuando estaba en sexto curso, y todavía recuerda esa primera incursión en la literatura. Como fuentes, cita dos un tanto insólitas: su abuela y una profesora de secundaria. Cursó estudios en Lengua Inglesa, lo que le facilitó el acceso a la colaboración en revistas literarias como *Mystic Fiction*, *Mind in Motion* y *Green's Magazine*. Su trabajo como director de marketing y relaciones públicas en la firma de abogados Faegre & Benson le acercó a los dramas de quienes se ven involucrados en asuntos criminales, experiencia que le ha sido de inestimable ayuda a la hora de crear sus argumentos.

El lanzamiento mundial de su carrera editorial a los cuarenta y un años supone para él la culminación de treinta años de fascinación por el *thriller*. *Inmoral* representa su debut en la escena literaria y ha suscitado un gran revuelo, ya que es la carta de presentación de un autor llamado a renovar el género del misterio y la intriga. Los detectives Jonathan Stride y Serena Dial también protagonizan su segunda novela, *Stripped*. Sus libros están a la venta en cuarenta y seis países y han sido traducidos a dieciséis idiomas.

Para más información sobre Brian Freeman: www.bfreemanbooks.com.

Notas

[1] En honor a la homónima serie de televisión estadounidense (*Dark Shadows*). Emitida entre 1966-1971, se considera un fenómeno de culto debido a los elevados índices de audiencia que alcanzó en su día. De género gótico, en 1991 se realizó un *remake* que en España se emitió con el nombre de *Vampiros*. (N. de la T.). <<

[2] Véase Brian Freeman, *Acosada*. (N. de la T.). <<

[3] La estadounidense Amelia Earhart (1897-1937) fue una famosa aviadora que desapareció en las aguas del Pacífico mientras recorría el mundo en su aeroplano. A pesar del gran despliegue llevado a cabo para encontrarla —el presidente de Estados Unidos, Roosevelt, envió una flota de nueve barcos y sesenta y seis aviones en su busca—, jamás se halló su cadáver. (*N. de la T.*). <<

[4] Martha Moxley murió asesinada en 1975, con tan sólo quince años de edad, a manos de Michael Skakel (sobrino de la viuda del ex senador Robert Kennedy), quien empleó un palo de golf para acabar brutalmente con la vida de la adolescente. Debido a su relación con el clan Kennedy, logró eludir la justicia hasta el año 2000, en que fue detenido y juzgado. En la actualidad, cumple una condena de veinte años. *(N. de la T.)*. <<

[5] Abreviatura de *driving under the influence (of drugs and/or alcohol)*, es decir, conducir bajo el efecto de drogas y/o alcohol. (N. de la T.). <<